

**Semblanzas II**  
**Necrologio Salesiano de la Inspectoría “Santiago el Mayor” (León)**  
**Coordina: José Luis Guzón.**  
**Edita: Inspectoría Salesiana “Santiago el Mayor” (León)**  
**Imprime: Imprenta Santos (Burgos)**  
**2004**  
**Depósito Legal: BU**

**"Alegraos de que vuestros nombres estén escritos en el cielo"  
(Lucas 10, 20)**

## **SEMBLANZAS II**

**Inspectoría Salesiana de "Santiago el Mayor"**

**LEÓN  
2004**



# PRESENTACIÓN

Entre las tareas llevadas a cabo en la celebración del 50 Aniversario de nuestra Inspectoría Salesiana de “Santiago el Mayor” de León, una de las que habíamos programado con ilusión fue la de renovar y actualizar la publicación del libro que llevó por título: ‘Semblanzas’, obra de D. Cipriano San Millán Gómez, publicación que vio la luz en 1988, año conmemorativo del centenario de la muerte de Don Bosco. Veintiséis años después, a los cincuenta años de andadura de esta querida Inspectoría, y con más semblanzas que entonces, se imprime este libro que tiene como finalidad primera y fundamental la de recordar a todos aquellos hermanos difuntos que forman parte de nuestra riqueza como Inspectoría, y agradecerles de esta manera su vocación salesiana.

Recordarles es, en primer lugar, un acto de humana justicia puesto que han dado la vida hasta el final de sus días. Es también no sólo una sencilla, pero sincera y sentida retribución, sino también ocasión para hacer de todos y cada uno de ellos, memoria agradecida porque nuestra Inspectoría, y las presencias salesianas en las que han vivido, amado y trabajado, hoy son lo que son porque también ellos, junto con otros que aquí nos encontramos, lo han hecho posible.

Dicen nuestras Constituciones, refiriéndose a los hermanos que fallecen, que “Su recuerdo nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión” (Const. 94). No cabe duda que, con la singularidad de cada persona, con todo lo que a cada cual nos hace únicos e irrepetibles, en ellos encontramos variados estilos y maneras, siempre personales, de vivir la vocación salesiana.

Podríamos decir que sus vidas, reseñadas muy sucintamente en esta publicación, constituyen un precioso mosaico del sereno rostro de Don Bosco, donde cada cual es una tesela imprescindible para que su efigie, hoy como ayer, sea completa.

Partiendo del primer trabajo de D. Cipriano, hoy otras plumas, como la de D. Higinio Martínez y D. José María Hernández Farelo, con los escritos y coordinación de D. José Luis Guzón Nestar, han ido llenando cada página de este libro y cada reseña de una vida. Otros hermanos han aportado su purismo literario, para hacer que la redacción fuese tan cuidada como para gustar y saborear cada una de las páginas.

En la anterior publicación Alfonso Milán, entonces Inspector, quizá sin imaginarse que cuando se escribiera un segundo libro su semblanza también brillaría con luz propia en estas páginas, escribió un fragmento que cito textualmente porque expresa con exactitud mi sentir en estos momentos. “*Son santos de carne y hueso, con luces y sombras, como nos gusta ver a los grandes hombres cuando los miramos desde nuestra pequeñez. Vivieron en nuestras casas, trabajaron en nuestros campos, rezaron en nuestras capillas, escribiendo la historia de su santidad desde la sencillez de su vida cotidiana, haciéndonos familiares las cumbres de la perfección*”.

En nombre de quienes a través de la lectura de este libro vamos a aproximarnos a lo que fue su vivir, nuestro agradecimiento a estos hermanos por haber escrito con sus propias vidas hermosas páginas, con frecuencia desde el anonimato, la sencillez y la cotidianeidad. Como Inspector que en este momento tiene el honor de presentar este libro, vaya para todos y cada uno de ellos, mi agradecimiento, y en el mío, el de todos los salesianos de la Inspectoría, así como la petición de que su intercesión ante Don Bosco y ante el Señor, haga fecundo también hoy nuestro trabajo educativo-evangelizador, y otros muchos ‘Don Bosco’ de carne y hueso tomen el testigo en este siglo XXI.

A quienes con su trabajo han hecho posible esta publicación, también nuestro agradecimiento, porque han escrito páginas que quedan como importante Memoria en la vida e historia de nuestra Inspectoría.

León, 11 de septiembre de 2004  
Clausura del 50 Aniversario de la Inspectoría de “Santiago el Mayor”

Ángel Fernández Artime  
Inspector

## INTRODUCCIÓN

Algunos de los objetivos que nos habíamos propuesto para las Bodas de Oro de la Inspectoría reciben con esta publicación en buena medida su realización. Se decía en la Agenda del Cincuentenario que queríamos recordar a todos los hermanos que han hecho posible nuestro presente y a todos los miembros de nuestra Familia, bienhechores, amigos y simpatizantes, al mismo tiempo que dábamos gracias al Señor de la vida por todos ellos.

Nuestras Constituciones nos invitan repetidamente, en primer lugar, a tener presente la muerte del salesiano como un elemento de la vida: “La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano. Y cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo. El recuerdo de los hermanos difuntos une en la caridad que no acaba a los que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo” (Const. 54). En segundo lugar, nos animan a tenerlos como estímulo: “La fe en Cristo resucitado sostiene nuestra esperanza y mantiene viva la comunión con los hermanos que descansan en la paz de Cristo. (...) Su recuerdo nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión” (Const. 94). Y, finalmente, a recordarlos: “[La comunidad inspectorial] sigue con amor a los nuevos hermanos, es solícita en la formación de todos, goza con sus éxitos y se alegra en sus celebraciones personales, llora su pérdida y *conserva vivo su recuerdo*” (Const. 58).

Esta sencilla publicación sirva para hacer realidad nuestro recuerdo más entrañable a tantos hermanos que han trabajado por el Reino, en esta parcela de la Familia Salesiana, al servicio de los jóvenes y de los pobres.

Agradezco la generosa colaboración de Higinio Martínez, que con gran dedicación ha intentado dar unidad estilística a esta obra. Mi reconocimiento más sincero a los hermanos que me han estimulado, ayudado o prestado algún tipo de colaboración en la lectura, revisión y corrección de los textos: Segundo Cousido, Tomás Estévez, Ángel Fernández Artime, Alberto García-Verdugo, Mateo González, José María Hernández Farelo, Aureliano Laguna, Luis Lozano y Fernando Nieto.

Si hacemos caso a León Tolstoi cuando dice que “la muerte no es más que un cambio de misión”, ellos “desde la otra orilla” siguen alentando nuestro trabajo y estimulando nuestra misión juvenil y popular.

Que María Auxiliadora, la Madre de nuestra Familia, recompense tanto cariño filial como le han dispensado.

José Luis Guzón

## 1. LUIS NUÑEZ OUTEIRIÑO

Clérigo.

Nacimiento, en S. Pedro de la Mezquita - Merca (Ourense), 18-12-1886.

Profesión religiosa, en Barcelona - Sarriá, 13-9-1905.

Defunción, en S. Pedro de la Mezquita - Merca (Ourense), 30-5-1909.

Buen modelo, preciosa flor del Jardín Salesiano, para encabezar esta serie de semblanzas de los hermanos salesianos de la Inspectoría de Santiago el Mayor.

Comienzo esta semblanza entre el asombro y consiguiente sorpresa, al tropezar, de entrada, con una figura religiosa de relevante espiritualidad y ejemplaridad, en la persona de este joven salesiano de la Inspectoría Tarraconense, que, circunstancialmente, murió en la circunscripción de la Inspectoría Céltica (hoy, Inspectoría de Santiago el Mayor), a la que pertenece su pueblo natal, donde falleció.

Al leer los datos que me han ido llegando sobre este hermano, muerto en la flor de la edad, a los veintitrés años de vida, me ha venido a la memoria alguna de aquellas semblanzas del «Flos Sanctorum», porque a él también, por el atajo de la enfermedad, desde el altar del holocausto, se lo llevaron los ángeles al cielo, purificado por el «sacramento del dolor».

Fue uno de los primeros «emigrantes» ourensanos que llegaron a Barcelona-Sarriá.

Luis Núñez Outeiriño nació en San Pedro de la Mezquita, pueblecito del Ayuntamiento de Merca, provincia de Ourense, el día 18 de diciembre del año 1886.

Tenía dieciséis años, cuando, siguiendo el ejemplo de otros muchos ourensanos, algunos de los cuales constan en estas semblanzas, se fue a Barcelona el año 1902.

Después de tres años de estudio de Latinidad, comienza el año de noviciado, (1904-1905), que culmina con su entrega al Señor, en la Congregación Salesiana, con la profesión religiosa, el día 7 de diciembre de 1905.

En la misma Casa de Sarriá, cursa sus estudios de Filosofía y comienza su apostolado pedagógico salesiano con los niños y jóvenes de la misma Casa. No puede terminar ese Trienio Práctico por falta de fuerzas físicas. Después de probar en otros Colegios, tuvo que recluirse en la Casa de Sarriá y esperar allí la determinación de los Superiores. Al agravarse su enfermedad, la tuberculosis, enfermedad poco menos que incurable a primeros de siglo, el médico aconsejó a los Superiores enviarlo a su tierra, para ver si el cambio de clima, el reposo absoluto y los cuidados de los suyos le devolvían la salud.

Pero los designios de Dios eran Otros. De lo que aconteció desde su llegada al pueblo, del proceso inexorable de su enfermedad y de su ejemplar y santa muerte, me han llegado dos versiones de distinta procedencia, pero las dos coinciden en lo esencial: sus virtudes ejemplares y edificante muerte.

La primera versión fue la del Archivo General de la Congregación en la Carta mortuoria, firmada por D. Luis Costamagna, sobrino del gran obispo misionero D. Santiago Costamagna, que llegó a regir la Casa de Sarriá el mismo curso en que murió nuestro Luis. En esta carta se dice sobre el Hermano:

«Desde su aspirantado fue dechado de virtudes, sobresaliendo de manera particular en la

humildad y en la obediencia, en la suavidad de su carácter y dulzura en los modales, en la escrupulosa observancia y máxima diligencia en el cumplimiento de sus deberes como religioso y como maestro-asistente, en un ardiente celo por las almas de sus alumnos y en heroica paciencia en sobrellevar su enfermedad y en aceptar con santa resignación su preciosa muerte. ¡Todo edificante!»

A la muerte de Luis, se recibió en Sarriá una carta de su tío, presumiblemente hermano de su madre, ya difunta, en la que describía detalladamente lo sucedido:

«...El día 30 entró en agonía, casi había perdido la voz y no podía articular palabra... Llevaba ya casi medio día en este estado, cuando, de repente, estando su habitación llena de gente, comenzó a hablar con voz tan alta y enérgica de los Salesianos, que parecía más sobrenatural que humana. Salía en defensa de ellos, ya que en el pueblo y en otros de los alrededores no se les tenía el respeto y la consideración de que siempre habían gozado...

Se encomendaba a Dios y a la Virgen constantemente y aconsejaba a su hermano Pío (que lo había acompañado desde Sarriá, donde era aspirante, muy tocado también de la misma enfermedad) que no abandonara su vocación...».

La otra versión recabada de personas de su mismo pueblo, que lo conocieron y trataron de cerca, coincide casi en todo lo anterior:

«...Los ancianos que lo conocieron, todos unánimemente, dicen que era tenido por santo y que, por eso, en el pueblo se le llamaba «el santiño». Que era de un carácter piadosísimo, bondadoso, caritativo en extremo, sufrido, alegre..., virtudes todas ellas que heredó de su difunta madre, una virtuosísima mujer. Que llevó Luis la enfermedad con la sonrisa siempre en los labios... Que, semanas antes de morir, anunció el día y la hora de su muerte. Que la víspera misma de su fallecimiento, mandó llamar a los familiares cabe su lecho para decirles que estuvieran preparados para su entierro. Que el día mismo de la muerte, estuvo hablando con énfasis y entusiasmo de María Auxiliadora, de Don Bosco, de Domingo Savio, como si fuera, decían estos señores, un gran predicador. Que, al llegar el momento de la recomendación del alma, él, sacando fuerzas de flaqueza, incorporándose, les dijo que no le hacía falta la recomendación del alma, ya que, alrededor de su lecho estaban los ángeles para llevar su alma al cielo. Mandó quedar a sus familiares y, sentado como estaba en la cama, fue despidiéndose de todos, abrazándolos y dándoles buenos consejos de vida cristiana. Cuando terminó, se recostó y, a los pocos momentos, los ángeles que tenía en torno al altar de su holocausto, recogieron su bendita alma para llevarla, como él dijera, a su Padre Dios».

Creo queda más que justificada la introducción que hice a esta preciosa y ejemplarísima semblanza.

## 2. CIPRIANO LOPEZ MANRIQUE

Novicio coadjutor

Nacimiento, en Itero de la Vega (Palencia), 16-9-1989.

Noviciado, en Carabanchel Alto (Madrid), 1915-1916

Defunción, en Itero de la Vega (Palencia), 15-5-1916.

Poco sabíamos de este novicio coadjutor salesiano palentino; simplemente el nombre y apellido con la fecha y lugar de su muerte consignados en el Necrologio.

Durante la guerra civil, en la zona republicana desaparecieron todos los documentos de las Casas y de la Inspectoría.

En el libro «Astudillo: aproximación a la historia salesiana de un pueblo castellano» (pp. 60-61), se dice que en el período de 1907 al 1911, llegó la primera oleada de vocaciones salesianas, enviadas por los señores Párrocos palentinos. A ella pertenecía Filemón López Manrique, que fue misionero en la India. También fue salesiano su hermano Cipriano.

En el primer Necrologio de los años 1864 al 1950 figura como novicio (Coad. a., 15-V-1916), en el segundo, lo pone ya como salesiano (Coad...).

Por las noticias que me llegaron de una sobrina suya, que frecuenta el Centro AA. AA. de Palencia, he llegado a la conclusión de que realmente era novicio y como tal murió.

Este es su «carnet de identidad» expedido por su sobrina doña Marce Estébanez López:

«Don Anselmo López tuvo de su primera esposa, Basa Manrique, dos hijos: Filemón y Filomena, madre de Marce; de su segunda esposa, hermana de la anterior y de nombre Modesta, un hijo: Cipriano. Éste, siguiendo el ejemplo de su hermano (hermanastro) Filemón, ingresó en el Colegio de Baracaldo-Bilbao como aspirante, en el año 1909. Posteriormente, pasó al Colegio de Carabanchel Alto (Madrid) y allí ingresó en el noviciado para hacerse salesiano el año 1915.

Su hermano le dio clases y lo calificaba más bajo de lo que merecía. Sólo al final del curso, supieron sus compañeros que eran hermanos.

Enfermo de tuberculosis, lo enviaron a casa, con su familia, y al poco tiempo falleció. El Sr. Párroco contaba a Marce que lo edificaba, en su enfermedad, la ejemplaridad de sus confesiones, su santidad. Lo recuerdan en el pueblo como constante devoto de la Virgen, con su rosario siempre en la mano. Cuando el tiempo y su salud se lo permitían, salía a un banco, delante de la casa (el clásico «poyo» de las casas de Castilla). Los niños de la escuela, en los recreos, le hacían compañía, rodeándolo con agrado y él los entretenía y adoctrinaba.

El párroco decía, que le ponía sobrecitos a la Virgen de la Piedad, Patrona del Pueblo, de la que era muy devoto, pidiéndole seguramente por su salud. El mismo aseguraba a la familia: «Tenéis un santo en el cielo».

El Salesiano Manuel Martín, de Itero del Castillo (Burgos), pueblecito separado del anterior por el río Pisuerga, tenía una amistad muy estrecha con él, por lo que quedó muy afectado al enterarse de la muerte de su amigo. El director del Colegio preguntaba a Manuel a qué se debía tanto abatimiento... «Nos aseguramos (prometimos) decimos una Misa de sufragio el que

sobreviviera y no lo he hecho todavía». El mismo Manuel decía que se le había aparecido. A alguien que le preguntó qué le había dicho, le respondió que le había comunicado que él también iría al cielo».

Estos son los informes que me remitió su sobrina Marce; son suficientemente claros para sacar de ellos la imagen verdadera de nuestro Hermano.

### 3. FRANCISCO PAGES CASANOVA

Sacerdote.

Nacimiento, en Barcelona, 11-11-1883.

Profesión religiosa, en s. Vicente dels Horts (Barcelona), 2-9-1900.

Ordenación sacerdotal, en Valencia, 9-6-1906. -

Defunción, en Ourense, 23-10-1918.

¿Quién fue D. Francisco Pagés? ¿Qué salesiano de las primeras décadas del presente siglo no recuerda las poesías, composiciones literarias de las veladas recreativas, firmados por Francisco Pagés? Por ellos podemos adivinar un tanto cuál era el talante y personalidad artística de este buen salesiano, muerto en la flor de la edad, a los 35 años, cuando los Superiores de la Congregación tenían depositadas en él las más fundadas y halagüeñas esperanzas.

«Su desaparición, dijo el Sr. Inspector de la Célitica, D. Binelli, causa una pena profunda y un gran vacío en la Inspectoría».

El día 23 de octubre de 1918, moría el sacerdote salesiano Francisco Pagés, Director de la Casa de Ourense, encabezando la ya nutrida lista de Hermanos fallecidos en esa Casa, víctima de la tristemente célebre epidemia de la gripe del año 1918, «la española o del Soldado», que sembró la desolación en toda la geografía española, causando más de 200.000 muertes, y víctima también de su espíritu de sacrificio y de su aguante temerario al resistir, en pie, los síntomas de la misma.

En una carta que días antes escribió al Sr. Inspector, le comunicaba que sentía un cierto malestar. El día 22, después de haber celebrado la Misa, como de costumbre, añadió en la citada carta una apostilla en la que decía que iba a guardar cama, por estar un poco indispuesto, cosa que esperaba fuera pasajera. Otros eran los designios de Dios. El día 23, inopinadamente, por lo inesperado, sin darle tiempo siquiera a recibir con vida los auxilios espirituales, moría de bronconeumonía aguda, a la que se le unió una meningitis.

D. Francisco había nacido en Barcelona, en el año 1883. A los diez años comenzó a frecuentar las Escuelas de alumnos externos del Colegio de Sarriá. Pasó, poco después, a ser interno. Durante este período, se despertó en él el deseo de hacerse Salesiano, como sus profesores.

A los 16 años, fue enviado a San Vicente dels Horts a realizar el año de noviciado, recibiendo la sotana de manos del Beato D. Felipe Rinaldi, y haciendo la profesión religiosa, al término del mismo.

Cursada la Filosofía y hecho el Trienio Práctico, comenzó la teología y al finalizarla fue ordenado sacerdote, en Valencia.

Conocieron su buen hacer y celo las Casas de Ciudadela (Menorca), Valencia, Barcelona-Sarriá, Santander, donde estuvo desde el curso 1912 al 1915, desempeñando el cargo de Prefecto. De allí, la obediencia lo mandó a dirigir la Casa de Ourense, Casa que tuvo unos comienzos bastante prolongados, muy difíciles y problemáticos.

En los tres años de su gestión como Director de la misma, se apreció un clima de entendimiento y mejoría general y se prometía una andadura mucho mejor que la que había tenido anteriormente. Organizó las clases, el pequeño internado, el Oratorio Festivo, la Capilla, abriéndola al público, el cultivo y la productividad de la finca, aneja a la Casa. Prueba inequívoca de tales progresos era la

simpatía que despertaba hacia su persona en propios y extraños, especialmente en las autoridades eclesiásticas y civiles, y el cariño y confianza que habían encontrado en él los niños del Colegio, que lo consideraban como su mejor padre y amigo.

Pero, cuando todo hacía presagiar que las cosas iban a ir sobre ruedas, superadas ya las mayores dificultades, Dios dispuso llamarlo a Sí.

Hace tiempo, coincidí en un acto social con un simpático anciano que me dijo haber sido alumno del Colegio Salesiano de Ourense, en los años de D. Francisco Pagés, del que guardaba los mejores recuerdos y un profundo agradecimiento. Me decía que aquel Director era un «factotum»: que sabía hacer de todo: buen músico, buen poeta, buen dramaturgo y hasta muy buen cocinero.

D. Binelli había dejado constancia de las características de este buen Director. «Estaba siempre dispuesto —decía— para cubrir cualquier puesto. Para él era cosa natural pasar de la clase a la cocina para suplir al titular ausente, para después acompañar a los pequeños cantores con el armonium, y estar siempre mezclado entre los niños en los recreos, aprovechando esos ratos para hilvanar el tema de sus poesías y meditar en la trama de alguno de sus dramas, no desprovistos de valor literario y contenido temático».

«Otra característica muy acusada de D. Francisco, escribía el Sr. Inspector en la Crónica de la Casa, fue también el amor a la pobreza y la veneración a la Congregación y a los Superiores y a las «sanas tradiciones», que él cuidaba mucho fueran respetadas, siendo él el primero en observarlas. Era artista por temperamento, con facilidad para la literatura; era también músico y, con pocos conocimientos, sabía sacar gran provecho para las funciones religiosas y académicas. Hubiera podido ser un gran y buen literato, poeta y dramaturgo. Dejó alguna obra inédita».

Y termina con estas frases: «En Ourense se le quería mucho y se le apreciaba. Era sonriente y bromista, ágil en sus movimientos, tenía unas cualidades y habilidades exteriores excepcionales que le granjeaban las simpatías de propios y extraños, sobre todo de los niños con los que se había identificado tanto».

Todavía resuenan en mis oídos las estrofas de la poesía titulada «Precisamente por eso», que más de una vez declamé en las Veladas de reparto de premios, al final de curso. Él era su autor:

«Aunque fui un poco travieso — quisiera un premio, señores,  
que fuera de los mejores, — ¡precisamente por eso!».

Yo me imagino que el último fin de curso de su vida, Dios Nuestro Señor, María Auxiliadora y Don Bosco, le habrán concedido ese diploma y premio, a su dedicación y entrega a la causa de Dios y de los niños... ¡Precisamente por eso!

#### **4. ANTONIO JOSEPHIDES FRANCOS**

Sacerdote.

Nacimiento, en Agua Marina (Chipre), 17~9-1861.

Profesión religiosa, en Belén (Palestina), 7-7-1893.

Ordenación sacerdotal, en Jerusalem, 22-9-1888.

Defunción, en Vigo, 28-10-1919.

Tiene Robert Bolt una película sobre Tomás Moro, que titula: «Un hombre para la eternidad». Es así como yo definiría a este venerable Hermano Antonio Josephides: «Un hombre de eternidad», porque durante toda su vida estuvo sembrando semilla de eternidad.

El Padre Josephides es el primero del elenco necrológico de la Casa de San Matías - María Auxiliadora de Vigo, que ya tiene en la eternidad a dieciséis de sus mejores valedores.

Nació el año 1861 en la isla de Chipre. Entró en el Seminario de Jerusalem, con deseo de ser sacerdote, y el Patriarca Latino lo mandó a hacer sus estudios a Francia, de donde volvió a Jerusalem, siendo ordenado en esta ciudad, el día 22 de septiembre del año en que murió Don Bosco, 1888.

Era griego, por su origen; inglés, de nacionalidad; francés por educación.

Ya sacerdote, ingresó en la Congregación de la Sagrada Familia, fundada por el canónigo D. Belloni, italiano, en el mismo Jerusalén y que, con los años, terminaría con la integración de sus miembros en la Congregación Salesiana. Entre los miembros que se fusionaron con los Salesianos, estaba el joven sacerdote Antonio Josephides.

Hizo el noviciado en la Casa salesiana de Belén. La profesión en la Congregación Salesiana, el día 7 de julio de 1893.

A los dos años de su entrada en la Congregación, se abrió una Casa Salesiana en un arrabal de la ciudad de Túnez (La Marsa), y fue enviado a ponerla en marcha y dirigirla. No le sentó bien aquel clima, y los Superiores, buscando uno más benigno y conveniente a su delicada salud, lo mandaron a España y le encargaron la dirección, sucesivamente, de las Casas de Málaga y de Béjar (Salamanca). Los últimos años de su vida mortal los pasó retirado en Vigo, preparándose al gran paso de la muerte, que fue edificante en extremo, el día 28 de octubre del año 1919.

Llegó a Vigo, al Colegio de San Matías, el año 1908, y desempeñó, durante varios años, el cargo de consejero eclesiástico, atendiendo, al mismo tiempo, al confesionario de la Capilla externa de María Auxiliadora y en la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, salesiana. Cuando su endeble salud no se lo permitió, se dedicó exclusivamente a confesar a los niños del Colegio, en la Capilla interna.

La Crónica de la Casa dice que tuvo una muerte santa, la muerte del justo, a la edad de 58 años.

Unos días antes de emprender viaje a la eternidad, escribió una larga y curiosa carta al Sr. Director de la Casa, D. Felipe Alcántara, en la que, después de hacerle varios encargos, le decía:

«...Al escribir al Sr. Inspector y Superiores Mayores, tenga la bondad de manifestarles mi entera sumisión y acatamiento y, por ellos, al Jefe Supremo de la Santa Iglesia, al Pontífice

Romano, Benedicto XV.

Y, ahora, le ruego me ayuden a prepararme al tránsito de la eternidad de la que, creo, me separa poco. Me ayuden, por caridad, a que todos mis pensamientos y afectos se concentren en Dios. Si, por la infinita misericordia de Dios y los méritos de Nuestro Señor, me admite en el Reino celestial, pediré al Señor les pague, según su promesa, el céntuplo de todo lo que habrán hecho por mí». (De la Crónica del Colegio).

Hay aún algún Antiguo Alumno de la segunda década de siglo, a quien le dio clase, y recuerda con verdadera veneración y cariño la bondad de don Antonio, todo un gran patriarca para con los niños. Entre otras cosas, me ha contado este prestigioso periodista, que, por ser sus monaguillos, los llevaba a él y a otro compañero de paseo por la ciudad, que los invitaba a merendar en una pastelería. Era el paseo de los jueves. «¡Era un goloso de marca!», dice este amigo...,pero, con ese gesto, demostraba el agradecimiento y la grandeza de su corazón para con ellos.

El último paseo que realizó, sin sus monaguillos y sin las consabidas y riquísimas golosinas, fue para ir a la Casa del Padre, a examinarse del amor que durante toda su vida había derramado a manos llenas.

Y terminaba ese buen amigo con estas palabras: «Tengo curiosidad por saber si allá en la eternidad D. Antonio continúa siendo goloso y si me podrá convidar a otra merendola».

## 5. JOSE ROBLES LACOURTIADE

Sacerdote.

Nacimiento, en Málaga, 16-9-1853

Profesión religiosa, en Sarriá - Barcelona, 15-11-1896

Ordenación sacerdotal, en Barcelona, 22-12-1900

Defunción, en Vigo, 6-4-1921.

Don José Robles nació en Málaga, el 16 de septiembre de 1853. Hizo sus estudios superiores en la Universidad de Granada, donde con el aplauso general de catedráticos, profesores y compañeros, siendo muy joven, obtuvo la licenciatura «maxima cum laude», en Filosofía y Letras.

Inclinado al estudio y amante del recogimiento, al terminar los estudios universitarios, repartía sus jornadas en estudiar y en el magisterio en las escuelas populares, en lo que mostraba una no común habilidad. Hombre de muy vasta cultura, obtuvo varios premios importantes en concursos oficiales. Así transcurría su vida, insatisfecha y buscando dar cumplimiento a su ideal de algo superior aún más de lo que ya había obtenido.

Los Salesianos llegaron a Málaga, por primera vez, el año 1894, en un intento de fundar, mas tuvieron que desistir... Pero bastó la presencia esporádica de los Salesianos, para que D. José sintonizara con ellos y quedara prendido en las redes de la vocación salesiana. Tan es así, que el año siguiente llegó a Sarriá para comenzar el noviciado, que terminaría con la profesión religiosa en la Congregación Salesiana. Esto sucedía el día 15 de noviembre del año 1896.

Cuatro años más tarde, recibe la ordenación sacerdotal en Barcelona. Así, con su preparación y celo apostólico se dedicó con amor y entrega a la actividad sacerdotal salesiana, pastoral y pedagógica en los colegios de Utrera, de Sevilla, de Béjar y, finalmente, hasta su muerte, en el Colegio de San Matías de Vigo. En todos estos sitios dejó constancia de su buen espíritu, de sus bondades y de su buen hacer.

A Vigo, como he podido comprobar en la Crónica de la Casa, llegó en el año 1908. Su delicada salud, de manera particular la pérdida progresiva de la visión y la insuficiencia cardíaca, de la que habría de morir, indujeron a los Superiores a mandarlo a un clima más benigno, exonerándolo de responsabilidades mayores y de trabajo... Allí, no obstante, continuó dando alguna clase y dedicándose de lleno al ministerio sacerdotal, como confesor de los niños del Colegio y de la Capilla externa de María Auxiliadora. Llevó siempre con ejemplar resignación y paciencia sus dolencias.

En el invierno del año 1921, tuvo que recluirse en su habitación, donde todos los días celebraba la Santa Misa, hasta el 6 de abril, día en que dejaba este mundo, casi sin darse cuenta, a consecuencia de un paro cardíaco, confortado con los auxilios espirituales de la Santa Unción y acompañándolo todos los Hermanos de la Comunidad.

Bien preparado estaba nuestro Hermano para el definitivo encuentro con Dios.

## **6. DOMINGO ASTUDILLO ASTUDILLO**

Sacerdote.

Nacimiento, en Cantalapiedra (Salamanca), 4-8-1874.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 8-12-1904..

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 13-3-1897.

Defunción, en A Coruña, 23-4-1922.

Don Domingo Astudillo fue uno de aquellos candidatos mayores ya sacerdotes, que en los primeros años del presente siglo, tiempo de verdadera «inflación» de vocaciones de adultos, llamaron a las puertas de la Congregación Salesiana española.

Llegaron los Salesianos a fundar en la ciudad del Tormes, el año 1898, un año después de su ordenación sacerdotal. Poco tiempo le bastó para sintonizar con el carisma salesiano, porque, a los cuatro o cinco años, pidió ser admitido en las filas de la naciente Congregación.

De la solariega e histórica Casa de San José (San Benito), se fue a hacer el noviciado a la Casa de Carabanchel Alto de Madrid, de no menor solera, abierta en 1904, el mismo año en que él comenzaba el período de preparación para la Profesión religiosa en la Congregación Salesiana.

Como dato curioso, y al mismo tiempo histórico, cabe señalar el hecho de que tuvo como compañero de noviciado a otro sacerdote, D. Manuel Lino Cabada, que, años después, siendo su Director en el Colegio de A Coruña, le había de escribir su carta mortuoria. Otra cosa curiosa: que después de veintinueve años, moriría D. Manuel Lino, el mismo día y mes que él, en la misma Casa de A Coruña...

Había nacido este Hermano en Cantalapiedra, pueblecito de rancia religiosidad, de la diócesis y provincia de Salamanca. Realizó sus estudios eclesiásticos en el Seminario Conciliar de la Diócesis. Fue ordenado sacerdote, el día 13 de marzo de 1897. Una vez sacerdote, fue adscrito al servicio de la catedral, como Sacristán mayor de la misma.

No estaba lejos de la catedral el Colegio de San Benito y le bastaron pocas visitas a las Escuelas Salesianas para quedar prendado de la bondad del sistema que usaban los Salesianos con los niños, de la simpatía de aquellos hombres de Dios, entregados en cuerpo y alma a la labor apostólica y evangelizadora, para sentir él la llamada de Dios a ese mismo género de vida apostólica...

Una vez salesiano, a los dos años de su profesión trienal, es destinado a Santander, donde comenzaba también la presencia salesiana, en la Casa de la calle Viñas, y en el Colegio de María Auxiliadora, un poco más arriba, en el Alta. Allí, en los dos Colegios, entra de lleno en la pedagogía y pastoral salesianas. Permanece en Santander con los cargos de maestro, asistente y confesor hasta el año 1913. Trabaja también en otros colegios de la Inspectoría Céltica, entre ellos el del Arenal de Vigo, en 1920, donde, además de atender a los colegiales, se dedica de lleno al ministerio sacerdotal en la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, aneja al Colegio.

Finalmente, es destinado al Colegio de A Coruña donde permanecerá hasta su muerte, desempeñando el cargo de confesor. Un buen y celoso confesor.

Durante muchos años sufrió una molestia intestinal, que llevó con paciencia, sin darle demasiada importancia, Llegado el momento de suma gravedad, por deseo propio, lo ingresaron en una clínica y allí lo sometieron a una muy delicada intervención quirúrgica. El no se asustó ante el diagnóstico pesimista de los médicos; sólo pensó en prepararse al gran paso y encuentro con Dios. Como buen

sacerdote, aceptó consciente y explícitamente la última llamada de Dios, la llamada a su suprema función sacerdotal, la de unir su muerte a la muerte de Cristo. Recibió todos los auxilios espirituales. Una noche, asistido por un Hermano Salesiano, que estaba constantemente con él, entregaba plácida y santamente su alma a Dios. En su serena agonía, sólo tuvo una preocupación: invocar continuamente a la Santísima Virgen, besar y estrechar entre sus dedos el santo crucifijo. Dios lo encontró como Hostia propicia aquel domingo, día 23 de abril del año 1922 a los cuarenta y ocho años de edad, dieciocho de profesión religiosa y veinticinco de sacerdocio.

Bonitas Bodas de Plata las que celebraría en el Cielo con Don Bosco y los demás Hermanos que lo precedieron en el viaje al Paraíso.

## **7. MIGUEL SÁNCHEZ VENERO**

Sacerdote.

Nacimiento, en Burgos, 25-9-1860.

Profesión religiosa, en Sarriá-Barcelona, 8-9-1890.

Ordenación sacerdotal, en Lérida, 4-6-1898.

Defunción, en Vigo, 6-9-1926.

El Padre Miguel nació en la ciudad de Burgos, el día 25 de septiembre de 1860. Fue una de las primeras flores abiertas en el jardín salesiano de España; maduro y experto en el camino de las virtudes religiosas, salesianas y pastorales.

Entró en la Casa de Sarriá, Barcelona, en septiembre de 1886, a los cinco meses de la llegada y estancia de Don Bosco en esa ciudad, que comprendió desde el 4 de abril al 6 de mayo. Seguramente tendrían eco en su corazón aquellas explosiones de entusiasmo con que fue recibido Don Bosco y percibiría el aroma que había dejado en la ciudad y, de manera especial, en la Casa de Sarriá, de su santidad y de sus maravillosos y portentosos milagros. Desde su llegada le tocó vivir, a la sombra de aquellos santos varones, padres de la Salesianidad en España: el Beato D. Felipe Rinaldi, D. Branda, D. Aime, D. Manuel B. Hermida, que también ingresó ese mismo año, siendo ya sacerdote, y, dejándose modelar por ellos, asimilaría plenamente el espíritu y carisma salesianos.

Arropado por ellos, pasó el tiempo de prueba del Aspirantado, haciendo el noviciado en aquella Casa, durante el curso 1889-1890, al final del cual hizo la profesión religiosa.

Después de los estudios de Filosofía y de hacer el Trienio Práctico, comenzó sus estudios de Teología, terminados los cuales, fue a Lérida a recibir el Sacramento del Orden sagrado del sacerdocio, el día 4 de junio de 1898.

Las Casas de Sarriá, Utrera, Sevilla y Madrid fueron los primeros campos de su labor salesiana y pastoral y testigos de su infatigable actividad en el trabajo, de la excelencia de su espíritu religioso y de la bondad de su delicado corazón.

Pero donde más huella dejó por el tiempo de permanencia y por su celo, fue el Colegio de San Matías de Vigo, donde trabajó incansablemente por espacio de diecisiete años consecutivos. Encargado de la Capilla externa de María Auxiliadora desde el año 1913, conquistó los corazones de los numerosos devotos de la Santísima Virgen Auxiliadora, llevando muchas almas a Dios.

Según el testimonio de muchas personas que lo conocieron y lo trataron en su ministerio sacerdotal, fue un verdadero hombre de Dios, un apóstol infatigable de la devoción al Santísimo Sacramento, a María Auxiliadora y demás devociones salesianas. Tuvo un trato exquisito con todos y una bondad excepcional para sus prójimos más queridos: los niños, los enfermos y los pobres. La gente, con un sentido práctico perspicaz, sensible y acertada en sus juicios críticos, lo canonizó ya en vida, llamándolo «el santo Padre Miguel».

Era alegre, con esa alegría que contagia... Es que la alegría florece en la cúspide de la entrega, de esa entrega que exige el olvido de sí. Para quien ama al prójimo, como él lo amó, dar es una alegría, una riqueza, una necesidad.

Prueba de cuanto acabo de decir es que a la muerte del Padre Miguel se despertó un sentimiento

general de dolor y de pesar en todos los destinatarios de su pastoral evangélica. Eso se vio refrendado en las honras fúnebres que se le rindieron. A ellas acudieron las personas más representativas de los organismos eclesiásticos, religiosos y civiles de la ciudad. El Sr. Obispo de la diócesis, residente en Tuy, mandó en representación suya a su Secretario particular y al Sr. Magistral de la Iglesia Catedral. Acudió en persona el Sr. Alcalde. No faltaron los Sres. Párrocos de la ciudad ni los representantes de los religiosos y una multitud incontable de personas de toda clase y condición.

Su entierro fue una manifestación elocuente de devoción y de cariño, a los que se había hecho acreedor el «Santo Padre Miguel».

Días antes de su muerte, escribió una conmovedora carta, de corte y contenidos evangélicos, a los Hermanos de la Comunidad, pidiéndoles perdón por si en algo los había molestado, y dejándoles el consejo del anciano apóstol San Juan: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros».

El contenido exacto de la carta dice así:

«Mis queridos hermanos: me encuentro en la presencia de Dios, Juez de vivos y muertos, delante de cuyo Tribunal yo también pronto he de comparecer. En estos momentos solemnes en que estoy para dar cuenta a Dios de mi larga vida, durante la cual no he dejado de cometer pecados y muchas faltas, que en mí habréis descubierto, ¿qué otra cosa me queda sino el pedir os perdón? ¿Me perdonaréis, queridos hermanos?»

Y, como último recuerdo, os recomiendo lo que el Apóstol Juan, en los últimos años de su avanzada edad, solía decir y repetir con frecuencia a los suyos: «Hijitos míos, amaos los unos a los otros, es Dios quien os lo manda, y, si lo hacéis, eso basta».

Seréis salesianos santos y gozaréis de una perfecta tranquilidad en la hora de vuestra muerte.

Siempre afectísimo, Hermano Miguel Sánchez».

Breve es la reseña en comparación con lo que el Padre Miguel se merecía.

No he encontrado mejor remate para esta semblanza que las palabras encontradas en la estampa-recordatorio de su muerte:

«No lloremos; para él la muerte, después de una ancianidad cargada de méritos, más ha sido un descanso, que una desgracia. Sigamos sus enseñanzas, practiquemos la caridad y moriremos tranquilos».

## 8. LUIS GONZÁLEZ DIAZ

Clérigo.

Nacimiento, en Allariz (Ourense), 25-11-1908.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 23-7-1925

Defunción, en Allariz (Ourense), 25-3-1931.

De este Hermano, muerto en la flor de la edad, a los veintitrés años, no he podido recoger más datos que los que me proporcionó la Ficha-Estadística del Archivo General de la Congregación:

«El clérigo Luis González Díaz nació en Allariz, el año 1908. A los once años, en 1919, cuatro años antes de que fueran los Salesianos a su pueblo a abrir el Colegio, fue a estudiar al Colegio Salesiano de Ourense, donde estaba de Director un paisano, D. José Saborido; allí realizó los estudios de bachillerato hasta el cuarto curso.

Este mismo año, a la edad de dieciséis, es enviado al Colegio de Carabanchel Alto, para ingresar en el Noviciado; lo realiza bajo la dirección de aquel gran Salesiano andaluz, Padre Castilla. Coronó el año con su entrega al Señor, haciendo la profesión religiosa, el día 23 de julio de 1925. Allí mismo cursó los estudios de Filosofía, de 1925 a 1928».

El Trienio Práctico, por lo menos así consta en el libro de D. José Luis Bastarrica «Los Salesianos en Santander», lo realizó en el Colegio de María Auxiliadora del Alta, de esa misma ciudad, del 1928 al 1931.

Ante el hecho de su muerte en su pueblo, Allariz, en el año 1931, es de suponer que en casa de sus familiares, y, careciendo de datos sobre el particular, D. Tomás Díez, residente en ese pueblo actualmente, se puso al habla con una hermana de Luis, residente en A Coruña, y ésta no le supo dar más que noticias vagas e inconcretas: que en el año 1926, había estado enfermo en casa. Yo supongo que sería por una temporada, a no ser que, constando en el Elenco General de la Congregación, como personal del Colegio de Santander, 1928-1931, pasara desde ese año hasta el de su muerte en casa con los suyos, aquejado del mal que no lo perdonó..., o que, habiendo estado ese año en casa, se reintegrara a su destino y volviera de nuevo a su casa, poco tiempo antes de morir.

La hermana no sabe precisar ante estas suposiciones mías. Sólo se acuerda de que era muy bueno, bondadoso y servicial y de muy buen carácter.

Fuera lo que fuera, lo cierto es que Luis González emprendió el viaje desde Allariz a la Casa del Padre con su tarjeta de visita: Luis González Díaz, salesiano clérigo.

## **9. ALFONSO BOUZAS PÉREZ.**

Clérigo.

Nacimiento, en Allariz (Ourense), 15-12-1911.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1930.

Defunción, en Allariz (Ourense), 14-1-1934.

Alfonso desde su infancia se preparó a seguir los pasos de Jesús.

Dios puso en él sus ojos bondadosos y lo eligió para su servicio en la vida religiosa salesiana. Siguió esta llamada a la perfección «en oblación y sacrificio», como lo atestiguan las personas que se relacionaron con él en las Casas de Formación y en el Colegio donde estaba consagrado al apostolado salesiano, y de una manera especialísima, en su familia durante el tiempo de su preparación a la definitiva inmolación.

Es su hermana, D<sup>a</sup> Pilar, fervorosa cooperadora salesiana, la que fue testigo de toda la historia de su hermano y la que ha proporcionado a D. Tomás Díez esta relación detallada y minuciosa de ella.

«Alfonso nació en Allariz (Ourense), el día 15 de diciembre de 1911, en el seno de una familia profundamente cristiana. Su padre, Antonio Bouzas, murió cuando Alfonso tenía cuatro años, y su madre, Aurora Pérez, a los pocos meses de ingresar él en el Seminario de Astudillo (Palencia), el año 1925.

Fue un muchacho elegido por la Providencia desde su nacimiento. Debía haberse llamado Manuel, como deseaba su padrino, pero unos Misioneros Redentoristas, presentes al bautismo, pidieron encarecidamente se cambiase ese nombre por el de su santo Fundador, San Alfonso María de Ligorio, a quien tuvo, años después, una gran devoción. Leemos en su libreta de «Memorias de mi Noviciado»: «San Alfonso, mi santo Patrono y celestial Protector, me enseña a tener un amor sin límites hacia Jesús y María, en que se abrasaba su corazón. Así sea».

Desde niño, se mostró muy sumiso, llamando la atención por su humildad, disponibilidad y obediencia. En casa siempre estaba dispuesto a hacer todo aquello que sus hermanos rehusaban.

Pronto a seguir la llamada fuerte del Señor, entró en el Aspirantado de Astudillo, distinguiéndose por su piedad, buenos modales y excelente aplicación, como reflejaban sus calificaciones.

De Astudillo pasó a Mohernando (Guadalajara) para hacer el noviciado y los estudios de Filosofía, y de allí, al Colegio de San Miguel, del Paseo de Extremadura (Madrid), para hacer el Trienio. Era muy apreciado por todos sus Superiores, de manera especial por D. Agustín Liaño, que ya lo había tenido de seminarista en Astudillo. Era también aquí el Director. En todas las cartas que Alfonso escribía a su familia, D. Agustín ponía siempre palabras de elogio y admiración.

Reflejo fiel de su espiritualidad y profunda vida interior son las cartas y sus «Memorias» del Noviciado, que se conservan en poder de su familia.

Tenía gran espíritu de mortificación, ocultando a todos sus sufrimientos ya que su enfermedad de corazón, por entonces oculta, empezó a manifestarse externamente, y es por este motivo por el que los Superiores decidieron enviarlo a uno de los Colegios de Vigo.

Eran las Navidades del año 1933 cuando emprende el viaje a Galicia, y, como Ourense, a 24 kilómetros de su pueblo Allariz, estaba en ruta, le autorizaron los Superiores a que celebrase las Fiestas en el seno de su familia.

Su estado de salud era muy precario y, a pesar de ello, hace el viaje solo, en tren. Llega a Ourense el mismo día de Navidad, en un estado verdaderamente deplorable. Pierde la combinación del coche de Allariz y tiene que dormir en casa de su hermana María que vivía en Ourense. Al verlo su esposo, médico, se da cuenta de la gravedad del muchacho, lleno, no obstante, de ilusión y entusiasmo, que parece olvidar sus sufrimientos. Al día siguiente, lo acompañan al pueblo, a casa. Allí, ni los muchos cuidados ni el amor de que, en todo momento, se vio rodeado por sus familiares, lograron devolverle la salud. Se intentó todo por salvar su vida. El quería vivir para poder cantar Misa. Era salesiano cien por cien. En su delirio, hablaba con sus muchachos del Colegio de Paseo de Extremadura de Madrid. El Señor lo encontró preparado y con su misión de amor cumplida. Don Bosco lo quería cabe sí en el cielo. Y allá se fue, el día 14 de enero de 1934. Murió como lo que era, un santo.

Fueron numerosas las cartas de condolencia que llegaron a su familia: Superiores, compañeros salesianos, alumnos. Todos lloraban la pérdida de un joven en plena vida, que tenía un no sé qué de especial.

Esto sacamos de lo que expresaron en las cartas los que convivieron con él:

«Era muy sufrido, ocultando sus sufrimientos, como las personas santas, siendo por eso muy estimado por todos los compañeros, que lo tenían por uno de los mejores del curso» (Un compañero).

«Alfonso era muy bueno, y Dios lo ha llamado para premiarle la vida santa que ha llevado» (Un superior).

«Ha vivido poco, pero el poco tiempo lo ha vivido muy bien» (Un superior).

«Aquí he escrito unas cuantas cosas, termina diciendo su hermana D. Pilar, quizás he dejado lo más importante. Lo que nos ha quedado más impreso en nuestro corazón fue su mirada de pureza, su candor y su bondad».

Estaba haciendo el Trienio Práctico (prácticas pedagógicas de los salesianos jóvenes) en el Colegio de San Miguel, del Paseo de Extremadura, donde aquel año era Director D. Alejandro Battaini, que es quien firma la carta mortuoria. En ella dice lo siguiente:

«A la llegada a esta Casa, se me presentó y me rogó encarecidamente quisiera tener con él la caridad de ejercitarlo en todas las virtudes religiosas salesianas, de manera especial, en la obediencia, manifestándome querer cumplir siempre escrupulosamente las órdenes y deseos de los Superiores, insistiéndome en que se le avisase de cualquier falta contra la virtud, aunque insignificante. Su obediencia fue, en verdad, ejemplar, en toda circunstancia, particularmente en la observancia de la Santa Regla y de la vida común, a pesar de que ya tenía la enfermedad que lo llevaría prematuramente a la tumba».

«Desde los años de sus estudios de Filosofía, una lesión cardiaca le causaba molestias tales por las que forzosamente debía renunciar a sus mejores deseos, de ser fiel al cumplimiento de sus deberes comunitarios, esforzándose, no obstante, en cumplir a la perfección con la piedad y el trabajo que le permitían sus fuerzas físicas...

En los días de su postración límite, como buen religioso que vivió en plenitud la unión con Dios, sólo quería que se le hablase de cosas espirituales, y se le leyeran libros de terna religioso. Edificaba a cuantos lo visitaban con su piedad y con la manifiesta alegría con que hacía al Señor el holocausto de su vida en el santuario y altar de aquella familia que con tanta generosidad se lo había ofrendado al Señor, en la vocación salesiana.

Recibió con toda lucidez y con la mayor emoción los últimos auxilios espirituales. Estamos seguros de que su bendita alma se fue a gozar del abrazo de su Padre Dios, a quien había hecho el ofrecimiento de su vida en aras del apostolado y de la salvación de las almas».

Ante los testimonios de su hermana, del Director del Colegio, de los Superiores y de los compañeros, me inclino a pensar que debió profundizar mucho, durante el Noviciado y los estudios de la Filosofía, en el estudio de las virtudes fundamentales de la vida religiosa: humildad, obediencia, fidelidad.

Con este acopio de méritos, nos dejó este joven hermano un ejemplo a seguir.

## 10. AGUSTIN LIAÑO RICALDE

Sacerdote.

Nacimiento, en S. Román de la Llanilla (Santander), 25-1-1891.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 29-7-1913.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 11-9-1921.

Defunción, en Vigo, 23-9-1934.

Don Agustín Liaño, como se desprende de los testimonios que me han llegado de varios Salesianos, que fueron destinatarios de su celo apostólico y de su amor sacerdotal, y del «curriculum» de su vida desde su más tierna edad, hizo programa y bandera de su actuación religiosa y sacerdotal el Amor de Dios, con una respuesta generosa y sacrificada.

Una sobrina, Sra. Sara González Liaño, residente en Madrid, me ha remitido unas notas sobre su tío Agustín, a quien invoca como a Santo:

«...En breve, le digo a Vd. lo que mi madre (q.e.g.e.) me contaba de mi tío Agustín. Que era tan fervoroso desde niño, que, cuando estaba en casa, jamás salía ni con sus hermanos, si no era para ir al Colegio o a Misa. Que mientras sus hermanos iban a divertirse, él se quedaba estudiando, rezando, enseñando a leer y escribir, o aprendiendo a decir Misa para cuando fuera sacerdote. A ella (mi madre) la ponía de monaguillo y, si se cansaba, le decía con cariño: «Descansa un poquito y, luego, seguimos, porque yo quiero ser un buen sacerdote salesiano y enseñar a muchos niños, como te enseñó a ti. ¡Anda, guapa, no te canses!».

Yo de mi madre aprendí las oraciones en latín, y siempre nos decía con orgullo sano: «A mí me las enseñó mi hermano Agustín...»

Los demás datos son: una carta escrita a uno de sus alumnos del Colegio del Paseo de Extremadura, donde fue director de los Aspirantes, y en la cual deja entrever que sentía una verdadera nostalgia de los años pasados como Director de los Aspirantes, de manera especial de algunos a los que ayudó a perseverar en su vocación y le están muy agradecidos. Recuerda, en particular, a los que volvieron al Colegio después de los acontecimientos de la República del año 1931. Uno de ellos dice: «A tu tío le debo la perseverancia en la vocación».

Don Agustín nació en San Román de la Llanilla, pueblecito en el extraradio de Santander, el día 25 de enero de 1891, de una familia muy cristiana.

A los ocho años, comenzó a frecuentar las clases Elementales del Colegio de la calle Viñas, de los Salesianos, en dicha capital. Allí, desde el primer momento, dio muestras de una piedad candorosa y de unos modales exquisitos.

Al terminar las clases Elementales, pidió ser admitido como aspirante a la vida salesiana. Es enviado al Seminario de Carabanchel Alto (Madrid) donde estudió los cursos de Latinitud y formación humanística. Es admitido a hacer el noviciado en la misma Casa y lo realiza durante el curso 1912-1913, coronándolo con la profesión religiosa en la Congregación Salesiana.

Siguiendo la ruta de formación, llega a la Casa de Campello (Alicante) para cursar la Filosofía, del año 1913 al 1915. Hace el Trienio Práctico en la Casa de Carabanchel Alto y los estudios de Teología en Salamanca y recibe el Sacramento del Orden sagrado el día 11 de septiembre de 1921. Allí mismo estrena su sacerdocio, desempeñando el cargo de Consejero de estudios durante dos

años. En 1923, lo encontramos de personal en su antiguo Colegio de la calle Viñas de Santander.

El año 1925, los Superiores lo nombran Director del Seminario de Aspirantes de Astudillo (Palencia), donde está hasta que dichos Aspirantes son enviados a Madrid, al Colegio del Paseo de Extremadura, y termina allí su mandato, el 1931.

Su entrega constante y hasta escrupulosa preocupación por la perseverancia de los Aspirantes le produjeron trastornos en su salud y tuvo que resignarse a un descanso absoluto en la Casa de Ourense, durante un año.

Recuperadas un tanto las fuerzas, fue destinado al Colegio de San Matías de Vigo, el año 1932. En este nuevo destino, desempeñó con su proverbial generosidad y entrega a los alumnos, el cargo de Consejero eclesiástico, hasta su muerte, acaecida el día 23 de septiembre de 1934.

Durante todo el tiempo de su formación fue modelo de piedad y de aplicación y, sobre todo, de un conjunto de virtudes humanas que le hacían merecer el aprecio y la estimación de todos sus compañeros. En el campo salesiano, en el trabajo y sentido de responsabilidad, como maestro y asistente y, más tarde, Consejero y Director, fue modelo también de observancia religiosa, de laboriosidad, de celo apostólico en la formación espiritual de sus alumnos. No es de extrañar que, dotado de tan buenas cualidades espirituales y humanas, fuera destinado ya desde clérigo a las Casas de Formación y le confiaran la dirección de la Casa de Aspirantes de la Inspectoría Céltica.

Muerte de Don Agustín Liaño. Título este apartado, porque me interesa dilucidar el infundio que corrió por la Inspectoría, sobre las circunstancias de su muerte. Yo mismo lo oí de labios de algún Superior y de Hermanos Salesianos que lo tuvieron como Director en el Aspirantado: de que lo habían poco menos que abandonado y lo habían dejado morir sin la asistencia espiritual.

Intento puntualizar y aclarar las cosas con el fin de que se disipe, si todavía existe, esa desacertada y errónea versión. Una cosa es que muriera inesperadamente, como realmente sucedió, y otra muy distinta, que estuviera abandonado y no fuera atendido clínica y espiritualmente.

Para ello, me remito a la Crónica del Colegio, donde se relata, día a día, el proceso de su enfermedad y demás concomitancias:

«Día 19 de septiembre de 1934: D. Agustín se siente indispuesto y guarda cama desde ayer. Visitado por el médico de Casa, Dr. Rollén, le aprecia una infección intestinal de pronóstico reservado.

Día 20-21: Sigue D. Agustín en cama con fuertes dolores y constantes molestias reumáticas, sin que la visita del médico, en estos días, haya podido diagnosticar qué enfermedad padece.

Día 22: Después de una víspera y noche de dolores y constantes movimientos, según atestigua el Director (D. Joaquín Urgellés), que esto escribe y que lo asistió, amaneció tranquilo, pero siempre con fiebre de 39°.

En la visita del médico, se acordó que al día siguiente tuviera consulta y, para ello, se avisó al Dr. Corbal, que se prestó a ella con el médico de cabecera, Dr. Rollán, conviniendo que la consulta se celebraría al día siguiente (El Dr. Corbal era una celebridad en la ciudad de Vigo).

El enfermo quedó relativamente tranquilo pero sin que descendiese la fiebre, que iba consumiéndolo y le producía delirios. En esta condición continuó el enfermo todo el día hasta entrada la noche. A las 10 p.m., y en la confianza de que no habría de empeorar, y esperando la

consulta del día siguiente, se retiró la Comunidad a descansar, quedando al cuidado del paciente el enfermero. A las seis de la mañana, éste avisó a los sacerdotes, comunicándoles que D. Agustín estaba en agonía. Acudieron los sacerdotes, pero apenas dio tiempo para leerle la recomendación del alma. Fallecía a las seis y quince minutos, después de darle la Unción General en la frente, que le aplicó D. Crescenciano Miguel, mientras D. Cirilo Sagastagoitia, sacerdote de la Comunidad, le recomendaba el alma...».

Hasta aquí, al pie de la letra, lo que dice la Crónica de la Casa de San Matías. Siguen después los detalles de las solemnes honras fúnebres, en la Capilla interna del Colegio y la conducción de sus restos mortales al cementerio de Pereiró, y cómo su hermano Norberto, llegado en el tren correo de Santander, no pudo estar a tiempo a estos actos (Crónica, años 1930 al 1937, pp. 160 a la 163).

Creo quede aclarado suficientemente este asunto tan delicado y de justicia.

Doy fin a esta semblanza, destacando su sensibilidad humana y espiritual, como lo atestiguan unas palabras suyas, publicadas en el Diario Palentino, el 11 de mayo de 1928, y que recoge en sus páginas el libro «Astudillo-aproximación a la historia salesiana de un pueblo castellano». En ellas deja traslucir su profundo cariño a este pueblo, del que admira su historia, su arte exquisito, abundante y, por desgracia, deteriorado por el tiempo; su nostalgia al tener que abandonarlo por otro destino, en cumplimiento de la Obediencia; su deseo de que la Obra Salesiana se consolide y de que sirva para la cultura y para que muchas vocaciones partan de aquí para la Diócesis y para las Misiones.

## 11. JUAN COSTAS COSTAS

Coadjutor.

Nacimiento, en Bouzas (Pontevedra), 24-3-1861.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 29-7-1914.

Defunción, en Vigo, 22-3-1935.

Nuestra vida presente es un peregrinaje en busca de Dios. Nuestro buen Hermano Juan Costas, como buen gallego, recorrió muchos caminos y terminó emprendiendo la ruta que aún le quedaba: la de la vocación religiosa salesiana. Y para recorrerla, se alistó en las filas de los Salesianos Coadjutores. Es que en la Congregación Salesiana, como decía el Beato D. Felipe Rinaldi, hay sitio para las más variadas personas: «Los menos instruidos se santificarán en los trabajos humildes de las Casas...». Es el caso de muchos de nuestros Hermanos Coadjutores, en cuya lista podemos poner, con todos los honores, a nuestro Juan Costas. Arropado de sencillez y humildad, fue el «factotum» de aquella pobre y destaralada Casa de San Matías, durante más de dieciséis años.

Ingresó en la Congregación el año 1914, a los 53 años de edad. En la Providencia de Dios hay una hora para cada alma. A él lo llamó a la hora undécima, en el atardecer de su vida.

¿Quién fue Juan Costas? En un folleto mecanografiado, resumen de la Crónica de los primeros veinte años de la Casa de San Matías de Vigo, escrito por el entonces Director de la Casa, D. Felipe Alcántara, hallé esta pista: «Del Colegio y Oratorio salieron varias vocaciones».

Releídas las páginas de la Crónica, tropecé con el nombre «Juan Costas»:

«En el día 20 de Julio (1912), sale D. Germán Lampe, Catequista, a Carabanchel Alto para predicar las Meditaciones de los Ejercicios Espirituales. Lo acompaña el Sr. Juan, señor muy bueno que pasó en nuestra compañía varios meses, empleado en los quehaceres de la Casa y ahora va a ingresar en nuestro noviciado, después de un año de Aspirantado, en la misma Casa de Carabanchel».

Efectivamente, después del año de prueba (Aspirantado) realizó el noviciado, el curso 1913-1914, teniendo entre otros compañeros, a D. Crescenciano Miguel, que lo había de atender en la hora de la muerte con los auxilios espirituales.

En los años 1915 al 1918, lo encontramos entre el personal de la Casa de la calle Viñas, de Santander. El verano de 1918, viene a la tanda de Ejercicios Espirituales de Salesianos, que se celebra, precisamente, en la Casa de San Matías, y, al final, de ellos, recibe obediencia para quedarse definitivamente allí mismo, hasta el año 1935, en que rindió viaje al cielo.

Nació de unos padres muy cristianos, en el pueblo marinero de Bouzas, hoy anexionado al Ayuntamiento de Vigo.

Como muchos paisanos, nuestro buen Juan emigró a América y pasó varios años en la ciudad de Buenos Aires, donde supo ganarse la vida y ahorrar unos dineros que, llegado al pueblo, invirtió en la educación cristiana de dos sobrinos, uno de los cuales murió siendo sacerdote salesiano, D. Francisco Fálquez, en un Sanatorio antituberculoso de Cercedilla (Madrid), el día 23 de julio de 1925, a los veintisiete años.

¿Qué decir de su talla religiosa y humana? En la crónica de la Casa de San Matías, se dice lacónicamente:

«El día 22 de marzo de 1935, fallece santamente, como había vivido, nuestro querido Hermano en religión. D. Juan Costas. El día 23, después de un solemne funeral en la Capilla interna del Colegio, fue enterrado con bastante concurrencia».

El entonces Director, D. Miguel Salgado, en la carta mortuoria nos ofrece una interesante semblanza:

«Si hubiera de escribirse las vidas de nuestros Hermanos Coadjutores, que han perfumado con el aroma de sus virtudes a nuestra Congregación, creo que, entre tantas almas selectas, con todo derecho, merecería un puesto el Coadjutor profeso perpetuo, de 74 años de edad, Juan Costas.

De él se puede repetir el dicho de San Pablo: «Vida escondida con Cristo en Dios». Humildad profunda, piedad sincera, unión con Dios, caridad exquisita, amor a la Congregación, trabajo asiduo, fiel observancia de las Santas Reglas, veneración a los Superiores, cuenta de conciencia humilde y sincera. He aquí las virtudes que resplandecieron en él.

Su bondad le hizo querido de todos: alumnos, Hermanos, Superiores. Se consideraba a sí mismo el ser más vil, indigno de vivir en Comunidad. Amé la vida oculta, buscando siempre las ocupaciones más humildes, que desempeñaba con sencillez y diligencia, que hacen admirar la belleza de un alma, toda de Dios. Persuadido de que su edad y los años vividos en la Congregación exigían de él una paciencia especial en soportar los dolores de la penosa enfermedad, los soporté con verdadera fortaleza de espíritu».

Cuando se decidió a entrar en el Colegio de San Matías, para hacerse salesiano, su patrón dio este informe de él:

«Verdadero hombre de bien, modesto, trabajador; de tales condiciones que ellas lo recomiendan para cualquier cargo o empleo... »

Por su parte, las testimoniales del Sr. Obispo, para el ingreso en el noviciado, señalan estas extraordinarias cualidades:

Hombre de costumbres inmaculadas; se confiesa cada semana y se acerca a la sagrada Mesa todos los días. Modelo de educación y de virtud».

La mayor parte de su vida salesiana la pasó en Vigo.

Abundando un poco más, termino con esta referencia de una piadosa dama de Bouzas que lo conocía, cuando ella era joven:

«Mire Vd., no se ha vuelto a ver en el pueblo de Bouzas ninguna otra persona que rezara el Santo Viacrucis con tanta unción y sentimiento como aquel buen D. Juan Costas, cuando aún no había ingresado en los Salesianos de la Casa de la Ronda de Vigo. Era un hombre piadoso, trabajador y lleno de virtudes».

No es, pues, de extrañar que de una vida tan ejemplar brotara una vocación religiosa salesiana, que tanto honró el proyecto genial de nuestro Santo Padre Don Bosco.

## **12. DOMINGO RODRIGUEZ PEREZ**

Coadjutor.

Nacimiento, en San Juan del Río (Ourense), 8-12-1859.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 8-12-1904.

Defunción, en Vigo, 17-7-1935.

Estamos ante el caso de una vocación tardía, pero, como suele decirse, «nunca es tarde, cuando la dicha es buena». Y lo fue buena para nuestro Hermano Domingo.

Podía decir él con el andariego, «routier» legendario, O. de Larigaudie: «Mi vida entera no ha sido más que una larga búsqueda de Dios. Por todas partes, siempre, a todas horas, he buscado su huella o su presencia. La muerte no será para mí más que un maravilloso encuentro».

De tanto pisar caminos, terminó por acertar con el camino de Dios.

Domingo había nacido en San Juan del Río (Ourense), en el seno de una familia muy humilde en bienes materiales pero muy rica en virtudes cristianas, el día 8 de diciembre de 1859.

Joven todavía, tiene que enfrentarse con las dificultades de la vida, con dedicación a un trabajo muy sacrificado y aleatorio, empujado por el espíritu aventurero, que ha sido siempre la característica de esos hombres sufridos de las provincias gallegas. Y en su extenuante y cansino oficio de «afilador», uno de los más socorridos y típicos de Galicia y, a su vez, uno de los mejor localizados geográficamente en la provincia orensana, la tierra «da chispa», fue siempre espejo de laboriosidad y honestidad, las dos coordenadas de su vida itinerante.

Empujando su rueda de afilador, recorrió varias provincias. Después de largos, agotadores y monótonos viajes, por caminos polvorientos o enfangados, bajo un sol de justicia o un gélido frío o lluvia, llegando a la aldea o pueblo, antes de echarse a las calles y recabar la atención de los vecinos, con su característico y penetrante «chifre», instrumento parecido a la flauta de Pan, el buen afilador Domingo dejaba, a la puerta de la iglesia, su rueda, y entraba a saludar a Dios, a quien demostraba su piedad y amor de esta manera respetuosa y reverencial. Buena y sapientísima manera de comenzar su tarea. Yo no sé qué le pediría al Señor, pero sí me imagino que Jesús le diría todo lo contrario de lo que, tal vez, le dijera alguna de las vecinas:

«Aflador andareiro - que córrela terra toda;  
non pares no meu portelo - que non quero home con roda».

Más tarde, renunciando a la penosísima vida nómada, y con algún dinerillo que habría conseguido, abrió una pequeña tienda en la ciudad de Zamora, donde con su honestidad y buen hacer, se ganó en seguida la confianza y simpatía de muchos clientes, que le proporcionarían buenas ganancias. Con ello y con otros ahorros comenzó a pasar una vida un poco más holgada, reposada y apacible. Sus ratos libres los empleaba en leer libros espirituales, de devoción, que él compraba. Con esa lectura asidua y con su feliz memoria con un bagaje de conocimientos religiosos y ascéticos, que informarían toda su vida.

Dios sabe cuándo llama, y siempre lo hace en el momento oportuno, ni tarde ni pronto, a la hora en punto... Y a él lo llamó, a los cuarenta y cinco años de edad, a la Congregación Salesiana. ¿Quién le propondría a Domingo ir a los Salesianos? ¿No sería fruto de sus lecturas el que hubiera conocido a Don Bosco, con la lectura de alguna revista, del Boletín Salesiano o de algún otro escrito de propaganda, de la mucha que en aquellos tiempos se hacía de la presencia de los Salesianos en España, en Galicia ya, precisamente en Vigo?

Galicia, en la que ya se habían aposentado hacía diez años, no se quedó atrás en eso de las vocaciones. En esos primeros años, ya habían ingresado en la Congregación Salesiana numerosos gallegos de Ourense y otras provincias.

En el año de noviciado coincidió con D. Manuel Lino Cabada.

De su oficio de afilador errante, pasó Domingo a desempeñar los cargos más humildes en varias Casas de la Inspectoría Céltica.

De él he encontrado las primeras huellas en la Crónica del Colegio del Arenal, de Vigo. En ella se dice que salía para el noviciado (sic!) de Villaverde de Pontones (Santander), el año 1903. El noviciado lo hizo en Carabanchel Alto (Madrid) coronándolo con la profesión religiosa. Eso sucedía el 8 de diciembre de 1904.

En el año 1907, se encuentra de nuevo, ya salesiano, en el Colegio del Arenal, de Vigo, como cocinero de la Comunidad. En el año 1910, forma parte del personal que echó a andar el Colegio de Ourense. Del 1921 al 1928 se le encuentra nuevamente en el Arenal. Al año siguiente, pasa al Colegio de San Matías, en el que se asentó definitivamente, hasta su muerte, el año 1935.

Ya entrado en años, por los achaques de la edad, principalmente por la debilidad de su vista, no podía atender como él deseaba, a su trabajo. A duras penas, se le pudo convencer de la necesidad del descanso, porque respondía a las instancias de los Superiores que no quería ser inútil a la Congregación, que no podía estar en ocio, mano sobre mano, cuando veía que los demás estaban sobrecargados de trabajo.

Crecido desde joven en la soledad de los largos y solitarios caminos, empujando su rueda de afilar, conservó durante toda su vida un carácter introvertido, reservado, lo que acrecentó con toda seguridad sus penas físicas y más morales.

Sufrió mucho, rezó mucho, con sinceridad y con fe, viviendo intensamente la vida religiosa de piedad. Su pasión postrera fue oír el mayor número de Misas.

Después de seis largos meses de penosa enfermedad, confortado con todos los auxilios espirituales, entregó su bendita alma al Señor, que le saldría al encuentro, a darle la bienvenida a la Casa de su Padre Dios, a su Reino de paz y descanso.

### 13. ANTONIO ALVAREZ FRAGA

Sacerdote.

Nacimiento, en Sacardebois (Ourense), 8-12-1874.

Profesión religiosa, en Sarriá-Barcelona, 28-8-1906.

Ordenación sacerdotal, en Ourense, 17-12-1897.

Defunción, en Ourense, 24-1-1936.

«Un sacerdote benemérito, un sacerdote ejemplar y celoso». Con estas palabras prologaba la carta mortuoria el Director del Colegio de Ourense, D. José Peiteado.

Estas palabras dejan traslucir la longitud de onda de su vida religiosa y sacerdotal y la carga de amor que distribuyó en su vida apostólica, plural y dinámica, cuyo objetivo único, el gozo y el tormento de evangelizar, fue la salvación de las almas.

Al conocer su vida y su ministerio, podríamos decir, en apretada síntesis, que con su actividad, de manera especial al frente de la Parroquia del Sagrado Corazón de la Casa del Arenal, en Vigo, fue «un sacerdote péndulo» que iba del altar a los niños y a los pobres y de ellos al altar.

Nació en Sacardebois (Ourense), hizo sus estudios eclesiásticos en el Seminario diocesano de la misma ciudad. Al terminarlos, recibió el Orden sacerdotal, el 17 de diciembre de 1897.

Alma de ardiente celo, fue párroco muy estimado de los feligreses de su pueblo natal por su entrega a la evangelización y espiritualidad de la Parroquia.

Cuando más dedicado estaba a su labor pastoral, llega a conocer la Congregación Salesiana, y, siguiendo el ejemplo de otros muchos sacerdotes gallegos, alguno de su propia diócesis, atraído poderosamente por la figura de Don Bosco y por el ideal salesiano, pide ser enrolado entre las huestes de la Congregación.

Hechos los trámites con la mayor reserva y secreto, para no correr el peligro de ser presionado y disuadido por nadie, por sus familiares, en particular, se fue a la lejana Casa de Sarriá-Barcelona, donde confluían, como atraídos por un misterioso imán, casi todos aquellos que, en los primeros años de siglo, sentían la llamada de Dios y de Don Bosco.

Después de un breve tiempo de Aspirantado, es admitido al noviciado, que termina con la profesión en la vida salesiana, el día 28 de agosto de 1906. Seguramente haría la profesión en manos del P. Hermida, párroco gallego como él y primer sacerdote español que profesó en la Congregación Salesiana.

Mucho tendría que esforzarse para someterse con docilidad de «novicio» a las exigencias de toda clase de la vida religiosa, a la escrupulosa y exacta observancia de la Regla. De carácter fuerte y vehemente, acostumbrado a ordenar y disponer él siempre según sus criterios personales, tuvo que notar mucho el cambio y sufrir lo suyo, pero lo hizo con generosidad y espíritu sobrenatural, llegando a ser un salesiano humilde y paciente, lleno de caridad y celo por la salvación de las almas.

No es de extrañar que a D. Antonio Álvarez, apenas profesado, le encargaran responsabilidades especiales y delicadas: la primera fue encargarle de la marcha religioso-espiritual de la misma Casa de Sarriá, como Catequista; poco después fue nombrado Administrador-Vicario de la Casa de Valencia, y, cuando se pensó en abrir, en octubre del año 1914, la Casa de Talavera de la Reina (Toledo), fue designado Director de la misma.

Al año siguiente, la obediencia lo lleva a regir el Colegio y la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús del Arenal, de Vigo. Allí estuvo un sexenio, dejando muy grato recuerdo por su celo pastoral y exquisita caridad con los pobres.

De su llegada a Vigo y de su apostolado, saco un apunte de la Obra inédita «Presencias Salesianas en Vigo»:

«D. Antonio Álvarez regentó la Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús del Arenal (y Colegio Anexo), desde el año 1915 al 1921. No sólo atendió a la labor parroquial, teniendo

especial cuidado de los pobres, de tal manera que se lo llamó y conoció con el nombre de PADRE de los pobres, sino que también pensó en proporcionar a los Salesianos de la Comunidad unas habitaciones más dignas y confortables, para lo cual, llevó a cabo la edificación de un segundo piso en la Casa-Residencia, el año 1920».

En el periódico de la ciudad, Faro de Vigo, en el número del 3 de octubre de 1915, se recoge la noticia de la designación para párroco de la Parroquia del Arenal, de D. Antonio Alvarez, que sucede en el cargo al P. Perramón.

Apenas llegado a Vigo el P. Antonio, fue a presentar sus credenciales y sus respetos al Sr. Obispo de la diócesis de Tuy, Mons. Leopoldo Eijo Garay, tan edificado siempre y amigo, ya desde niño, de los Salesianos, ya que su familia pertenecía a la Parroquia del Arenal, y seguramente frecuentaría, en su niñez, el Oratorio Festivo si no las clases elementales del Colegio Salesiano.

Los feligreses sintieron mucho su marcha, al cabo de los seis años de una convivencia familiar y amistosa en sumo grado, sobre todo con los pobres y los niños. Habían visto en él al hombre de Dios, al Padre solícito y preocupado de todos, al buen hijo de Don Bosco.

De aquí, la obediencia lo destina a la Casa de la Ronda de Atocha, de Madrid, con el cargo de Prefecto (administrador), gozando siempre de la estima y consideración de los Hermanos y de la confianza de los Superiores, que en él veían al Hermano ejemplar, al hombre prudente, de siempre acertado criterio y consejo, al amigo jovial, a la persona que despertaba simpatía en cuantos se le acercaban.

Cuando más entregado estaba en la administración de la siempre compleja Casa de Atocha, sede también de la Inspectoría Céltica, Dios le mandó la terrible prueba de su incapacidad para continuar con sus responsabilidades. Una conmoción cerebral lo llevó al borde de la tumba. A pesar de todos los cuidados que le prodigaron, ya no pudo recuperar la salud.

Los médicos aconsejaron el traslado a su región gallega, clima más benigno que el de la meseta castellana.

Como ya no podía trabajar, se dedicaba intensamente a la oración, al ejercicio de la humildad, del consejo prudente y alentador, y, sobretodo, al buen ejemplo, porque ejemplar era la exactitud en la observancia de la pobreza, del desasimiento de todo lo terreno, de la resignación a la voluntad de Dios, de la Regla y del horario de la Comunidad, la clásica «mea maxima poenitentia» del religioso.

Por este real camino del sufrimiento y de la soledad se presentó a su buen Padre Dios, el día 24 de enero del año 1936, en la Casa de Ourense, desde la cual, con sus credenciales de buen hijo de la Iglesia y de la Congregación Salesiana, emprendió viaje al Paraíso, a los 62 años de edad, 30 de profesión religiosa y 39 de sacerdocio.

#### 14. RAFAEL OJANGUREN URQUIZA

Sacerdote.

Nacimiento, en Bilbao (Vizcaya), 21-3-1896.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 28-7-1914.

Ordenación sacerdotal, en Tuy (Pontevedra), 2-4-1927.

Defunción, en Navas del Marqués (Ávila), 23-5-1937.

La vida de este bilbaíno, antiguo alumno del Colegio de Baracaldo, por lo que he podido saber de personas que lo conocieron, convivieron con él y lo trataron más de cerca, alumnos suyos en Béjar, y, sobre todo, por lo que se puede colegir de su movido y diversificado «currículum» de vida salesiana, fue inquieta, ensoñadora, un tanto independiente, un verdadero trotamundos.

La vocación salesiana de nuestro Rafael Ojanguren brotó en el Colegio Salesiano de Baracaldo. Siguiendo la ruta de todos los candidatos a salesianos, llegó al Colegio de Campello (Alicante) y allí estudió la Latinitad, como consta en unas fotos de su último curso de estancia en aquella Casa, 1913. Sigue su camino vocacional y llega a la Casa de Carabanchel Alto (Madrid) para hacer el noviciado, que corona con la profesión religiosa y su alistamiento en las filas salesianas, el día 28 de julio de 1914. Desanda el camino de un año atrás y lo encontramos en Campello para cursar los estudios de Filosofía, 1914-1916. Al terminar estos estudios, fue llamado a «filas» y destinado al África, a cumplir con el servicio militar. A la vuelta a España, lo encontramos, como maestro y asistente, en el Colegio de la calle Viñas, de Santander, los cursos 1919-1921. Va por tercera vez a Campello, para realizar sus estudios de Teología, pero sólo consta su nombre en el curso 1922-1923. Los restantes tres cursos los hace, suponemos, en la Casa de Béjar (Salamanca), los cursos 1923 al 1926, en que al mismo tiempo que estudia la Teología «por apuntes», da clase y asiste a los aspirantes. Uno de sus alumnos de entonces me ha referido que les hablaba mucho de sus tiempos de soldado en África.

El año 1927, estando de personal en el Colegio de San Matías de Vigo, es ordenado de sacerdote. El año 1928 lo pasa en el Colegio de la calle Viñas, de Santander. El 1929, en Baracaldo. En 1930, en Vigo - San Matías. En el 1933, de nuevo en Baracaldo. El 1934, en Vigo, Colegio de San Matías de Vigo. En la Crónica de dicha Casa, en el día 26, se lee:

«Accediendo a las instancias de los jefes de las Milicias (Fuerzas de la JAP), sale para el frente, en calidad de Capellán, D. Rafael Ojanguren».

Hacia la mitad del enero del año 1937, estuvo con permiso para descansar unos días en la Casa de San Matías, y se reintegró de nuevo a su puesto en el frente.

En el ANUARIO de Vigo, nº 1, del año 1937, se recoge la ceremonia solemne del descubrimiento de una placa de mármol, en el salón de los AA. AA. donde constan todos los AA. AA. caídos en la contienda, encabezándolos el nombre de D. Rafael Ojanguren Urquiza, profesor del Colegio, voluntario en la guerra. No hay más noticias de él en las Crónicas de los Colegios de la ciudad de Vigo. Había sí, en el Archivo de la Casa de San Matías unas cartas que le escribiera el Sr. Inspector de la Céltica, D. Felipe Alcántara, recogidas y guardadas a raíz de su fallecimiento, un tanto requisitorias, que yo, siendo Director de la Casa, sin conocer aún la identidad de D. Rafael, guardé en el despacho del Director. El incendio de la Casa del año 1963 se encargó de reducir las a ceniza.

El mismo D. Felipe Alcántara, en el opúsculo «Laudemus viros gloriosos», hace esta piadosa recensión del P. Ojanguren, en las siguientes líneas:

«Sacerdote Rafael Ojanguren. Vocación venida de la Casa de Baracaldo. Hizo en Carabanchel su noviciado y su profesión religiosa; ejerció su apostolado en varias casas de esta

Inspectoría y cantó Misa en el Colegio de San Matías de Vigo.

Al iniciarse el glorioso Movimiento Nacional, se ofreció generosamente como capellán militar y estuvo en varios de los frentes de batalla ejerciendo el ministerio.

El día 23 de mayo de 1937, se encontraba en las Navas del Marqués (Ávila), cuando, al salir de la chabola (choza), una granada, disparada desde el campo rojo, estalló junto a él y le arrancó la vida. Tal vez habría pensado con nostalgia en la Fiesta de María Auxiliadora, que, al día siguiente con tanta solemnidad se iba a celebrar en las Casas Salesianas, y nuestra buena Madre se lo llevó consigo para que la celebrara en el cielo».

Fue asistido por otro Capellán militar. En la carta que éste escribió al Sr. Director del Colegio de San Matías de Vigo, le dice textualmente:

Murió santamente, y a su entierro tomaron parte, además de las autoridades militares, capellanes de la misma Columna, el Jefe de la JAP, los RR. PP. Salesianos del Colegio de Salamanca; una compañía armada ha tributado los honores al cadáver de nuestro Hermano. Fue sepultado en Navalperal (Ávila)».

¿No hallaría, en la hora veinticinco de su vida nuestro Hermano Ojanguren la solución de sus inquietudes y ensueños, manifestándose paternalmente la misericordia de Dios, en la reválida definitiva de su vida toda?

La prueba pudo ser para nuestro Hermano la sombra de una bendición de Dios, la sombra de una mano paternal y divina.

¡Yo creo que D. Rafael Ojanguren lo testificó con su última reválida!, porque la energía acumulada en su ideal fue más poderosa que la dinamita que deshizo su cuerpo, pero exaltó hasta la gloria su alma.

## 15. ANDRÉS APARICIO DEL CERRO

Clérigo.

Nacimiento, en 5. Martín de Ubierna (Burgos), 29-2-1914.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 12- 10-1931.

Defunción, en Cella (Teruel), 2 1-1-1938.

No sé si la tumba de mi inolvidable Hermano y amigo Andrés Aparicio tendrá alguna inscripción; yo le hubiera puesto ésta: «Dichoso el que creyendo en Dios, lleva en su alma un ideal de Belleza, un ideal de Arte, un ideal de Ciencia, un ideal de Patria, un ideal de las Virtudes del Evangelio» (En la tumba de Pasteur).

Los buenos frutos de la planta provienen de las raíces y del buen terreno, de «la buena tierra». Andrés Aparicio había nacido en San Martín de Ubierna, pueblo campesino y pintoresco de la provincia de Burgos, a 17 kilómetros de la capital. Era un pueblo de costumbres atávicas piadosas y profundamente cristianas. Pueblo que quedó muy ligado a la Congregación Salesiana por las numerosas y excelentes vocaciones que, en todo tiempo, le ha proporcionado. Al frente de las cuales está el glorioso mártir de la Cruzada española del año 1936, D. Enrique Sáiz Aparicio, tío de Andrés.

Andrés y yo habíamos sido destinados, el curso 1934-35, al Colegio Misionero Salesiano de Astudillo; él, procedente de la Casa de Mohernando, donde había hecho el noviciado y la Filosofía.

Durante los veranos de los años 1935 y 36, realizamos un cursillo en la Academia Militar de Madrid, para poder acogernos al privilegio de «cuota». Terminamos dicho cursillo el día 28 de junio de 1936. Al día siguiente, pasamos por Astudillo para despedirnos de los Hermanos Salesianos y recoger alguna pertenencia personal, para personarnos, el día 1 de julio, en el Cuartel del Regimiento de Infantería de Valencia, separado del Colegio Salesiano del Alta por la calle del mismo nombre.

El día 16 del mes de julio, me despedía en la estación de Santander y él quedaba en el cuartel, continuando prestando su servicio, hasta que, estallada la guerra, fue destinado al frente de batalla, en la zona norte, en la comarca de Cubillos del Rojo, desde donde se pasó a las filas de los nacionales.

Reincorporado al Ejército Nacional, cambió de arma, pasando de Infantería a Sanidad, por su condición de religioso. Participé en diversas acciones de guerra como enfermero de la Cruz Roja. Nunca quiso llevar armas ni aceptar ascensos; rehusó el grado de Teniente que, en cierta ocasión, le ofrecieron.

Le tocó intervenir en la dura y sangrienta batalla de Teruel, a finales del crudísimo invierno del año 1937. Desde el mismo Frente del Teruel, escribe su última carta a los familiares, precisamente la víspera de la gran Batalla de la Muela, y en ella les dice que está en perfecto estado de salud y con una moral muy elevada. A los pocos días, recibían sus padres un comunicado oficial del medico-comandante del Batallón, en el que les decía que su hijo Andrés había sido herido en un pie y en el costado. El reconocimiento de las heridas había aconsejado su hospitalización. Lo conducían al pequeño pueblo de Cella. La aviación enemiga sorprendió al convoy y la ambulancia en que era conducido quedó completamente deshecha. Una granada había cortado las piernas del herido. En este estado, fue recogido por un camillero sanitario, alumno nuestro en el Colegio de Astudillo, Rosendo González. Trasladado con la mayor rapidez al Hospital de Sangre, ingresó ya cadáver, el día 21 de enero de 1938.

Nada nos hacía presagiar este desenlace y la separación definitiva de nuestras vidas aquí en la tierra, en aquella emotiva despedida, en la estación de Santander, dos días antes de que estallara el Movimiento Nacional, 18 de Julio de 1936. Nos queríamos mucho. Yo lo consideré, desde el primer encuentro como mi mejor amigo, el mejor compañero que me pudo tocar en suerte, en el Trienio.

Conservo de él gratísimos recuerdos. Todo en él era extraordinario: la piedad, el carácter, la bondad sin límites, el espíritu de servicio y disponibilidad con todos y para todo. Tenía una preparación esmerada en todos los aspectos y niveles: literaria, clásica (griego y latín), científica, artística, religiosa y espiritual.

Los Aspirantes también lo querían mucho por su dedicación a ellos sin límite, por su buen carácter y por el interés constante por todos sus problemas. Era el mejor amigo y consejero que pudieron encontrar en sus años de formación humanista, como me dijeron muchos antiguos alumnos de aquellos años felices de Astudillo. El amé a todos indistintamente y todos confiaron en él, porque les dio lo mejor que había en él: el corazón. Tenía un no sé qué de extraordinario y especial, un carisma oratoriano, que prendía en sus redes de amor y afecto a grandes y pequeños, apenas se entraba en su órbita salesiana, también cien por cien.

Cuando en Astudillo se supo su muerte, se celebró un solemnísimos funeral al que concurrió el pueblo en masa, de manera especial multitud de AA. AA. y sus familiares, entre los que gozaba de extraordinaria simpatía. -

Este fue Andrés Aparicio. Yo estoy seguro y lo pienso constantemente, que, si Dios, en sus divinos designios, le hubiera conservado la vida, hubiera sido fiel imitador de su tío Enrique. Pero lo encontró ya maduro, con la espiga de su vocación bien llena y con su misión de amor cumplida, y se lo llevó a sus trojes divinas.

## 16. JOAQUÍN AZOR CARCASONA

Clérigo.

Nacimiento, en Huesca, 29-10-1914.

Profesión religiosa, en Gerona, 31-7-1934.

Defunción, en Ourense, 21-4-1939.

Nació Joaquín en la ciudad de Huesca, en el seno de una familia cristiana.

Cursé sus estudios elementales en el Colegio Salesiano de la ciudad, en el que ingresó a los siete años. Terminados esos estudios, entró en el Seminario diocesano, desde donde, sintiendo la llamada de Don Bosco, pidió ser admitido en el Colegio Salesiano de Campello, el año 1929. Terminados los estudios de humanidades y de Latín, fue enviado al noviciado de Gerona, el cursó 1933-1934. Allí hizo la profesión religiosa, dando el nombre y todo cuanto era a la Congregación Salesiana. En la misma Casa comenzó los estudios de la Filosofía, que no pudo terminar por haber estallado la guerra civil española. Esto le obligó a refugiarse en el pueblo de San Vicente dels Horts (Barcelona). Allí, como me comunicó D. Basilio Bustillo, fue acogido con otro clérigo por una caritativa familia, Sres. de Bartra. Apenas se le presentó la ocasión, logró cruzar la frontera de Francia y de allí llegó a la zona nacional, en Irún.

Como estaba en la edad militar, forzosamente tuvo que alistarse en el ejército nacional. Su destino fue el Cuerpo de Sanidad militar, a un tren sanitario, de los destinados a la evacuación de enfermos y heridos de los frentes de batalla.

Lo conocí, precisamente, en Burgos, en el invierno del 1937-38, cuando, en los días de la segunda decena de enero, llegó a Burgos un tren sanitario, evacuando enfermos y heridos de la sangrienta y luctuosa Batalla de Teruel. Era Jefe de ese tren un médico de Astudillo, a quien yo conocía, Ciro Estébanez. Estando yo con un grupo de soldados del Cuartel de Sanidad, en la operación de evacuación del tren, me saludó el citado médico y me dijo que entre los Sanitarios del tren había dos soldados salesianos. Me los presentó y les dio permiso para salir conmigo a la ciudad. Mientras permaneció el tren en Burgos, los amigos Joaquín Azor y Ramón Mongay frecuentaron el piso que teníamos alquilado los soldados salesianos residentes en la capital, en las inmediaciones del Monasterio de las Huelgas y del Cuartel de Sanidad, donde prestaba yo mi servicio. Al licenciarme, en el mes de marzo de 1938, perdí ya todo contacto y comunicación con todos aquellos amigos, entre los cuales, como he dicho, estaba Joaquín Azor. Me enteré de su muerte varios años después, al leer su nombre en el Necrológico.

Al conocer que había muerto en Ourense, investigué en la Crónica del Colegio Salesiano de esa ciudad y no encontré ningún rastro sobre ese particular, ni el personal del mismo supo darme ninguna referencia. Tampoco los militares supieron decirme nada sobre el caso. La guerra había terminado el día 1 de abril de 1939, y el murió veinte días después, el día 21.

¿Qué había pasado? D. Manuel Ivorra, sacerdote salesiano, compañero suyo de noviciado, me dio una pista al decirme que Joaquín era muy propenso a la tuberculosis. Otros datos complementarios me los comunicó su compañero de tren, D. Ramón Mongay, residente en la Comunidad del Templo del Tibidabo. Me dijo que el médico del tren, antes citado, le comunicó a él personalmente que la enfermedad que aquejaba a Joaquín era una «pleuritis aguda». En una expedición del tren a Pamplona fue evacuado y de allí lo mandaron a Ourense donde murió. Pero no me dice si murió en el mismo tren o lo internaron en algún sanatorio antituberculoso. ¿A quién comunicaron la noticia de su fallecimiento? Es seguro que no la comunicaron a los Salesianos de Ourense y eso me da pie para creer que fue en el mismo tren.

Su personalidad religiosa, humana, cultural y artística, según testimonio de D. Manuel Ivorra,

era muy destacada; era muy piadoso, muy cumplidor de sus deberes, buen compañero, servicial con todos, inteligente, tocada discretamente el violín y componía algún que otro motete y hacía sus pinitos en poesía.

¡Cuántas ilusiones no tendría represadas, durante el tiempo de la guerra y que esperaba realizar en su misión apostólica sacerdotal salesiana y cómo estaría pensando en el momento venturoso de cambiar de campo de operaciones y reengancharse en la milicia salesiana!

Y cuando España entera ardía en fiestas patrióticas y fervores de victoria, nuestro Hermano tuvo que seguir la orden de su Capitán de poner proa al azul del cielo, para celebrar y presenciar desde las tribunas celestiales el glorioso desfile de la VICTORIA...

## 17. GREGORIO VELASCO DE LA FUENTE

Sacerdote.

Nacimiento, en Rábano (Valladolid), 7-5-1907.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 23-7-1925.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel Alto, 15-6-1935.

Defunción, en Vigo, 22-2-1940.

Al leer el perfil que nos presentaba su carta mortuoria, de una santidad ejemplar, uno tiene que pensar que realmente nuestro Hermano D. Gregorio fue un doble de Cristo, como uno de sus apóstoles, y que le dijo como a ellos: «Ejemplo te he dado, para que hagas tú también como Yo he hecho» (Jn. 13,15). Cristo se le puso a tiro para entablar con él una amistad sin reservas.

Así fue la vida religiosa y sacerdotal de D. Gregorio Velasco.

Había nacido en Rábano, pueblecito de la provincia de Valladolid, que dio a la Congregación excelentes vocaciones. Del ambiente de una familia muy piadosa brotó su vocación salesiana.

Después de cuatro años de Latinidad y Humanidades en el Colegio de Campello (Alicante), fue enviado a Carabanchel Alto (Madrid), para hacer en aquella Casa el noviciado, en el curso 1924-1925. Diez años después, en esa misma Casa, recibía el Sacramento del Orden Sagrado.

Quienes lo conocieron a fondo y lo trataron durante los años de estudiante y de trienal dicen que fue un verdadero hijo de Don Bosco, incansable trabajador, apóstol entregado en hacer el mayor bien a las almas de los niños y de los jóvenes, con el verdadero carisma salesiano.

Con tan grande esfuerzo y no menos generosa entrega, ya desde el Trienio Práctico, se resintió su salud contrayendo entonces la terrible enfermedad que lenta e inexorablemente lo llevaría, por el atajo del sufrimiento, a la Casa del Padre, a los mismos años a los que llegara su divino modelo Jesús, cumpliendo la misión de amor que su Padre le confiara, 33 años.

La Teología debió estudiarla en diversos sitios, porque el curso 1930-31 lo encontramos en la lista de los Teólogos de primer curso, en Campello; en el año 1932, está en la lista del personal del Colegio de María Auxiliadora del Alta, en Santander. Se encuentra entre los ordenandos del año 1935, en el Teologado de Carabanchel Alto-Madrid, donde recibe el Sacramento del Orden Sagrado, el día 15 de junio del mismo año.

Llegó destinado al Colegio de A Coruña a estrenar su apostolado sacerdotal y pastoral. Lo hizo con tanto ardor y generosidad que su endeble salud no pudo resistir aquel ritmo de actividad y tuvo que ceder, dejando constancia de su buen hacer con los AA. AA., que aún recuerdan con agradecimiento y cariño cuanto por ellos hizo el buen sacerdote D. Gregorio Velasco.

Después de algún tiempo de reposo absoluto, en la creencia de que el mal había remitido, lo destinaron los Superiores a la Parroquia-Colegio del Sagrado Corazón del Banjo del Arenal, en Vigo, como maestro y organista. Pero, pasados tan sólo dos meses en esas actividades, y, siguiendo la enfermedad su inexorable proceso, se vio obligado a abandonar, de nuevo, toda actividad y a comenzar su preparación «por la vía sacra del sufrimiento y holocausto», a la muerte, que no tardó en llegar, en el Colegio de San Matías, donde había sido trasladado, en vistas de su gravedad. Y fue allí donde dio la verdadera talla de su identificación con Cristo sacerdote y víctima.

«En la escuela salesiana de D. Bosco y de D. Andrés Beltrami, copio de la carta mortuoria, había aprendido prácticamente la excelencia purificativa del sufrimiento, y tuvo aprendido prácticamente que sólo por ese camino de espinas se identificaría con su divino Maestro, y tuvo la suficiente entereza cristiana para beber el cáliz de las supremas amarguras, haciendo suyas las sublimes ansias de una Santa Teresa «Aut pati, aut mori» —o padecer o morir—. Y también las no menos sublimes del Siervo de Dios D. Andrés Beltrami: «Nè guarire, né morire; ma vivere per patire», —ni sanar ni morir; sino vivir para sufrir—».

De carácter vivaz y temperamento sanguíneo, era para él una grande y verdadera contrariedad

no poder ayudar a los Hermanos en las clases, en el Oratorio Festivo y, sobre todo, en los ensayos de canto general, para lo que estaba muy bien preparado. En las prácticas de piedad era exactísimo, y, no pudiendo hacerlas con la Comunidad, las hacía en su habitación, con fervor angelical y una exactitud escrupulosa; cuando sus achaques se lo permitían, celebraba la Santa Misa, en su habitación, y, cuando no podía, recibía la Comunión con la mayor efusión de su corazón.

Sus devociones favoritas siempre eran salesianas: a Jesús Sacramentado, a María Auxiliadora y a San Juan Bosco. Ni un solo mes, durante el tiempo que estuvo en esta Casa, faltó a la cita con el Sr. Director, con el que se explayaba con la sencillez y sinceridad de un novicio. Pocos días antes de su muerte, postrado ya en cama y casi sin poder articular palabra, le dijo al Sr. Director: «No deseo más que hacer la voluntad de Dios». Las últimas noches las pasó entre constantes jaculatorias y besos al pequeño crucifijo, que no dejaba de estrechar entre sus manos hasta que la muerte se lo arrebató. Recibió los últimos Sacramentos con solemnidad extraordinaria. Al Viático asistió el Colegio en pleno, los Hermanos Salesianos y los trescientos alumnos. En esos momentos, después de hacer solemne profesión de fe, pidió humildemente perdón á todos por las molestias que les hubiere podido causar. Escena llena de la más profunda emoción... El día siguiente, con toda lucidez y rodeado de todos los Hermanos recibió la Santa Unción de los enfermos.

Con todo este bagaje de auxilios espirituales y de sus virtudes, mientras se hacía la recomendación del alma, voló ésta al seno del Padre Dios, a continuar su unión con El, sublimando y perpetuando su vida de Amor.

## 18. CRESCENCIANO MIGUEL PÉREZ

Sacerdote.

Nacimiento, en Sotresgudo (Burgos), 31-5-1885.

Profesión religiosa, en Sarriá-Barcelona, 13-3-1904.

Ordenación sacerdotal, en Toledo, 20-9-1913.

Defunción, en Vigo, 22-12-1946.

No he encontrado mejores trazos para plasmar la figura sacerdotal de este benemérito hijo de Don Bosco, que estos de los que hizo oración un santo sacerdote jesuita, y que hizo de ellos su programática actuación sacerdotal:

«...Que yo irradie, que sea el sacerdote, que lo sea en todo mi modo de proceder, en privado y en público, el sacerdote que arrastra hacia Jesucristo».

Este es el marco donde se encuadra la figura sacerdotal y apostólica de D. Crescenciano, cuya ejecutoria excelente la vamos a ver en los testimonios que toda clase de personas dieron de él. Fue sacerdote hasta la médula, hasta lo último. Fue de verdad un hombre comprometido con su ministerio sacerdotal.

Había nacido en un pueblecito de la provincia de Burgos, del Partido judicial de Villadiego, Sotresgudo. Hizo el Aspirantado en Sarriá-Barcelona. En la misma Casa hizo el Noviciado que coronó con la profesión religiosa, el 13 de marzo de 1904. Recibió el Orden Sagrado -en Toledo, el 20 de septiembre de 1913.

Terminó sus días en Vigo, el día 22 de diciembre de 1946. Tenía 61 años de edad, 42 de profesión religiosa y 33 de sacerdocio.

Ante sus despojos no se interrumpió el rezo del Santo Rosario, día y noche, por toda clase de personas, y hubo un desfile interminable, impresionante, de personas que hacían pasar por las manos del difunto y rezando su sotana objetos, y que besaban reverentes sus pies...

Las honras fúnebres, funeral y entierro, fueron solemnísimos y multitudinarios. Presidieron los actos las primeras autoridades civiles, con el Sr. Alcalde al frente, los .Sres. Párrocos de la ciudad, sacerdotes del clero secular y regular, Superiores religiosos de las Comunidades afincadas en la ciudad. Una masa compacta de gente de toda clase y condición llenó a rebosar el templo de María Auxiliadora. El cortejo al cementerio fue multitudinario también. Esta despedida póstuma a sus restos mortales fue sincero y digno broche de una vida entregada sin reserva, a los demás.

El P. Modesto Bellido, Inspectoría de La Celta, a su muerte, da de él este testimonio: «Ha muerto un ejemplarísimo salesiano, un religioso de innegable buena voluntad».

De él se escribieron los siguientes perfiles:

«El fallecimiento del sacerdote Crescenciano Miguel produce en la ciudad un profundo dolor. El virtuoso sacerdote, que llevaba varios años, largos años, entre nosotros, era queridísimo en la ciudad por sus virtudes y por su piedad» (Anuario de Vigo, nº 8, 1946-1947).

«Recientemente ha fallecido este santo sacerdote en Vigo, donde, desde hace tiempo atrás, venía cuidando de la Capilla externa de Maria Auxiliadora, y, en los últimos años, de la preciosa Iglesia que la sustituyó.

En sus cuarenta y dos años de vida religiosa fue siempre modelo de laboriosidad humilde y piadosa. ¡Murió en olor de santidad!» (Boletín Salesiano 1947).

«Dieciséis años había pasado el Padre Miguel en Vigo; dieciséis años de trabajo sacerdotal, esparciendo el bien a manos llenas, entre toda clase de almas. Caracterizaba al Padre Miguel un gran espíritu, sacerdotal, que él presentaba cubierto de sencillez, candor y bondad y que hacía a su persona venerable, a su trabajo sacerdotal atrayente y santificante, con una entrega total, incondicionada, desinteresada» (Gonzalo Rey Alar, AA.).

Todos estos testimonios y sentimientos propios y ajenos nos hablan muy a las claras del espíritu sacerdotal que animaba su vida y que se transparentaba en su obrar: ESPÍRITU SACERDOTAL en la predicación de la Palabra de Dios, predicación sencilla pero abundantísima durante el tiempo que estuvo al frente de la Capilla externa: novenas, fervorines, Jueves eucarísticos, homilías, Buenas noches salesianas. ESPÍRITU SACERDOTAL en el esplendor y magnificencia del culto. El «pequeño clero» fue como las niñas de sus ojos.. Le tenía tanta predilección, que una madre no hubiera tenido cuidado mayor, ni de más mimo que el que tenía el Padre Miguel por él. ESPÍRITU SACERDOTAL en el Sacramento del perdón: largas horas atendido con verdadero celo pastoral a cuantos se acercaban a su confesionario.

¿Y qué decir de su ESPÍRITU SALESIANO?: religioso espiritualmente maduro, trabajador incansable, buscador infatigable de la gloria de Dios y salvación de las almas. Cuando ya le iba fallando la vista a causa de la uremia y la diabetes, se le veía constantemente desgranando las cuentas del Rosario. Vivió durante toda su vida la piedad de una manera muy intensa.

En los recreos siempre se lo veía rodeado de niños, como si fuera otro Don Bosco. La aureola de su vida fue su paternidad espiritual, sacerdotal, que pródigo en todos los cargos que le señaló la obediencia: en Carabanchel Alto, en Ronda de Atocha de Madrid, en Bilbao, en Ourense, en Vigo.

## 19. MANUEL LINO CABADA Y CABADA

Sacerdote.

Nacimiento, en Cerdedo (Pontevedra), 23-5-1873.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 8-12-1904.

Ordenación sacerdotal, en Santiago de Compostela, 24-12-1899.

Defunción, en Lóngora (A Coruña), 23-4-1951.

Fue le Padre Manuel Lino una de las numerosas vocaciones de sacerdotes gallegos que, en los albores de la Congregación Salesiana en España, se alistaron en sus filas, cada uno con sus rasgos y características peculiares.

El relieve de la figura del Padre Manuel es de lo más controvertido sobre todo, en sus tiempos de Superior en las «Escuelas Populares Gratuitas» y de la fundación del Colegio «Don Bosco» de A Coruña, y posteriormente durante su «aislamiento» en la Finca de Lóngora, desde el año 1932 hasta su muerte el año 1951. Casi veinte años de «exclaustración» en la Finca de Lóngora, donde, como me dice el sacerdote salesiano D. Aniceto Sanz Yagüe, que convivió con él en los turbulentos años de la II República, solía residir habitualmente, aunque constara en el Elenco de la Pía Sociedad Salesiana como confesor, entre el personal del Colegio.

Lo cierto es que la Providencia se sirvió del Padre Manuel para llevar a cabo el «Proyecto Salesiano» en la ciudad herculina.

Llega a la ciudad de A Coruña el año 1918, después de un variado peregrinaje por la España salesiana, cuatro años después de haberlo hecho los Salesianos fundadores, para hacerse cargo de las «Escuelas Populares Gratuitas». A él le tocará asumir la dirección de dicha obra los cuatro años siguientes. Ante la insuficiencia de los locales y deseando que la labor apostólica tuviera horizontes más amplios, recorre la ciudad de punta a punta, acompañado del Vicario General de la Congregación, D. Felipe Rinaldi, de visita canónica aquellos días en la Comunidad. Llegaron, en su recorrido, a una vieja fábrica de cristal; D. Rinaldi fija los ojos en aquellos solares y le dice al Director: «¡Este es el Sitio!».

Cuatro después, con la ayuda que prestaron al Padre Manuel la gran bienhechora del Colegio, la Sra. Marquesa de Mos, a quien se debería después la fundación de Mohernando, y Doña María Dolores de Adalid y González Garrido, que, poco después, donaría a la Congregación la Finca de Lóngora situada a pocos kilómetros de la ciudad, se instalan los Salesianos en «aquel sitio», cerca de la playa de la Barberiana, en el Orzán, convertido hoy en el gran complejo colegial y parroquial «Don Bosco».

Poco a poco, aquel grano de mostaza se va convirtiendo, por obra y gracia de la Providencia, que nunca le faltó al Padre Manuel, en clases elementales, salón de cine, con máquina a manivela, banda de música, talleres de mecánica, de cerrajería, de carpintería y ebanistería, de zapatería y sastrería y, en primer lugar, la capilla de María Auxiliadora. Todo ello en el tiempo record de seis años y por el esfuerzo de un hombre con carisma, que debía tener un «ángel bueno» a su lado y muchas almas generosas que lo ayudaron y sostuvieron constantemente, porque, de otro modo, le hubiera sido imposible realizarlo.

Nació D. Manuel en Cerdedo (Pontevedra), diócesis de Santiago de Compostela, el año 1873, de un matrimonio muy cristiano, que le supo inculcar una fe profunda y sólidas virtudes cristianas.

A los trece años, ingresó en el Seminario Conciliar de Santiago, con la ilusión de llegar un día a ser sacerdote. Poseía una inteligencia extraordinaria. En todo su curriculum estudiantil, y en casi todas las disciplinas escolásticas: Humanidades, Filosofía, Teología, Derecho...; obtuvo el «meritissimus».

En la Navidad del año 1899, recibió la ordenación sacerdotal, en Santiago. A los pocos años de

su estrenado sacerdocio, conoció a los Salesianos, y su alma sacerdotal y su generoso corazón sintonizó con el carisma de la Pía Sociedad Salesiana, con el Sistema de Don Bosco, con la educación de la juventud y con el cuidado de los niños pobres y abandonados. Movido por estos ideales, pidió ser admitido en la Congregación Salesiana.

Y a un colegio de niños pobres, San Benito, de Salamanca, fue a hacer las pruebas del Aspirantado. De allí pasó a la Casa de Carabanchel Alto (Madrid), en la que, aquel mismo año, 1903, estrenaba el noviciado de la Celta su andadura. Entre los novicios de aquella primera promoción estaban con D. Manuel, Marcelino Olaechea, a quien sucedería en el cargo de Director de las «Escuelas Populares Gratuitas» de A Coruña, y Domingo Astudillo, sacerdote como él, de quien escribiría su carta mortuoria, al terminar su primer mandato de Director, en 1922 en las Escuelas citadas. Termina esta segunda prueba, consagrándolo Dios con la profesión perpetua en la Congregación Salesiana, el 8 de diciembre de 1904.

Con la identidad ya salesiana, es destinado como confesor a la Casa de Vitoria, de efímera duración; de allí pasa a la Casa de la calle Viñas, en Santander, como catequista, el curso 1908; después de dos años, vuelve a Salamanca, al Colegio de María Auxiliadora, como consejero escolástico, en cuyo cargo se mostró como guardián inflexible de la disciplina más extrema, según dice su alumno D. Aniceto Sanz Yagüe.

Sus nuevos destinos, como confesor y maestro, fueron los Colegios de la Ronda de Atocha, en Madrid, en el de Mataró y de San Matías en Vigo.

Su vida itinerante salesiana la termina en el Colegio de A Coruña, recluído en el Plazo de Lóngora, el día 23 de abril de 1951.

Había llegado a la ciudad herculina como Director de las «Escuelas Populares Gratuitas»; en ellas estuvo hasta el año 1926. Lo sustituye el Padre Ernesto Armelles del 1926 al 1929. Vuelve de nuevo el Padre Manuel a la dirección del Colegio y termina su mandato el año 1932. Antes tuvo que pasar por los malos trances de la proclamación de la República, el año 1931. Testigo de excepción de aquel año fue D. Aniceto Sanz Yagüe:

«...Llegó la República con todos sus excesos, y ella nos sorprendió, engañados por la Prensa... A Coruña junto con Alicante era, en aquel entonces, la ciudad más republicana de España... Hubo algaradas descontroladas por doquier. El primer empuje y envite fue contra los Salesianos, encarnados en su Director, el Padre Manuel Lino Cabada. Las turbas, enloquecidas, se manifestaron violentas y amenazadoras camino del Colegio de los Salesianos, vociferando y con los puños en alto...

Avisados por el mismo Conde de Fenosa, que nos envió un coche de su propiedad, el padre Manuel y yo, cogimos el Santísimo del altar, salimos, dando un rodeo a la ciudad, y llegamos al Banco Pastor, donde pasamos varios días y noches, gimiendo y llorando, sobre todo el Padre Manuel, seguros, por otra parte, por la condición de republicano del Conde... Salimos de los sótanos del Banco y encontramos acogida y asilo en familias amigas, hasta que se calmó la ciudad y pudimos volver a nuestro Colegio, el único que oficialmente continuó abierto».

A partir de su cese en el cargo de Director, en el Elenco de la Pía Sociedad Salesiana consta entre el personal de la Casa de A Coruña como confesor, aunque la realidad es que, como apunta D. Aniceto, habitualmente moraba en la finca de la Lóngora y eran muy contadas las veces que aparecía por el Colegio.

Fue el año 1947 cuando, al final de su mandato de Inspector de la Celta, D. Modesto Bellido, según éste me ha comunicado, regularizó aquella situación del Padre Manuel, nombrándolo «oficialmente» Encargado de la finca de Lóngora, filial de la Casa de A Coruña, como consta en el Elenco de ese mismo año. Y allí está hasta el fin de sus días, que tuvo lugar el año 1951, durante el directorado de D. Agustín Benito.

No se puede negar que el Padre Manuel fue el gran promotor y propulsor de la Obra Salesiana en A Coruña. Derroché entusiasmo y energías en propagar la devoción a María Auxiliadora, consciente, tal vez, de lo que Don Bosco le dijo a una dama coruñesa que el año 1886 fue a Turín a visitarlo y a pedirle que mandara a A Coruña a los Salesianos: «Si queréis que los Salesianos vayan a

A Coruña, llevad primero allí la Imagen de María Auxiliadora...».

Y por su amor a la Virgen, a Don Bosco y a la congregación D. Manuel realizó el milagro.

Cuentan los que convivieron con él, que, cuando se ponía a relatar sus andanzas y peripecias por la ciudad, para lograr lo que pretendía, les parecía que estaba contando una «epopeya», gestas que sólo el Padre Manuel Lino podía llevar a cabo. Los Salesianos que trabajaban a su lado se sentían como hechizados y contagiados de su espíritu y carismas, de su actividad, de su amor entrañable a la Virgen, a Don Bosco, a la Congregación, a los jóvenes y a los niños. La verdad era que tenía algo extraordinario que, como suele decirse en términos populares, llevaba de calle a cuantos se cruzaban en su camino. Sólo así se puede explicar que, en tan corto espacio de tiempo, ganara las simpatías de aquellas influyentes personas que 16 ayudaron a pasar de aquella «escuela do caldo» a los sólidos cimientos de lo que hoy es la realidad salesiana en la ciudad de la Torre de Hércules.

Su extraordinario DON DE GENTES le valió para atraer a la órbita salesiana a muchas personas influyentes y de alta posición social y económica, que, encariñados con la labor que realizaban los Salesianos en beneficio de la niñez y de la juventud coruñesas, legaron a la Congregación bienes inmuebles, capitales, grandes fincas... Me dice también D. Aniceto que el Padre Manuel tenía mucho prestigio ante jueces, abogados y notarios de alto rango y que, por ello, no lo vieron en la cárcel. Lo que no evité que alguna vez tuviera que ausentarse de la ciudad, hasta que se calmaran los ánimos.

Le unía una íntima amistad personal con D. Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa.

No es de extrañar que los Superiores, valorando las benemerencias del ya anciano y delicado de salud Padre Manuel, transigieran, en última instancia, en que se avecindara en la Finca, rodeado de sus familiares, y descansara de sus muchos trabajos y preocupaciones. Pero allí, el buen Padre «Lolo», aún con su salud un tanto quebrantada, continué con sus acostumbradas actividades, cultivando a los muchos cooperadores y bienhechores de la ciudad. En el verano tenía en la Finca un grupito de niños a los que preparaba para mandarlos a las Casas de formación de la Inspectoría, corno yo mismo pude comprobar, un año en que llegó D. J.M. Beobide a Astudillo con un grupito de aspirantes de los preparados en Lóngora.

Los Hermanos del Colegio iban todos los años a celebrar su fiesta onomástica. Aquel día revivía el ya anciano y achacoso Padre Manuel, y echaba la casa por la ventana obsequiando con todo lo mejorcito que guardaba en sus despensas y con abundante y sabroso marisco que le regalaban sus buenos amigos de la Ría. En la sobremesa que le dedicaban se lo veía gozoso. Era muy emotivo y extremadamente agradecido y, por eso, sus bondades eran proverbiales.

Cuando el Señor lo encontró ya maduro para el cielo, se lo llevó consigo; era víspera de Jueves Santo. Emprendió e<sup>1</sup> viaje arropando con todos los auxilios espirituales, la Bendición papal, besando con verdadera efusión el Crucifijo durante toda su preparación al encuentro con el Señor, que aquel Jueves Santo lo sentaría a su Mesa entre los predilectos.

D. Agustín Benito que en aquel entonces era Director del Colegio de A Coruña, enterado de su estado de suma gravedad, se fue al Pazo y lo preparó en su agonía; murió en sus brazos.

Por la capilla ardiente del Pazo desfiló lo más selecto de la ciudad coruñesa. Cosa que se repitió en los solemnísimos funerales que se celebraron en la Capilla del Colegio.

Al leer estas líneas, alguien podrá objetar que faltan referencias explícitas a ciertos asuntos importantes relacionados con el Padre Manuel, como podrían ser la colocación de sus sobrinos en la Finca de Lóngora, en la que su sobrina Concha Varela era ama y señora de llaves, que, por cierto, trató a su tío con todo el esmero y cariño que se merecía, hasta sus últimos momentos.

La especulación sobre silos legados que recibía el Padre Manuel eran a su nombre, a su persona, hizo pensar a alguno que la misma Finca de Lóngora podría caer en manos de sus sobrinos, a su muerte. Acabo de ver en el Archivo Inspectorial lo relativo a la Finca de Lóngora; en documentos notariales, de manera clara y explícita, se declara legataria a la Congregación: «RELACIÓN JURADA: Dejo a los Padres Salesianos establecidos en A Coruña...».

Se me puede objetar que no trato «a fondo» los fallos y desviaciones que pudo tener al final de sus días... Creo que todo está tratado, pero con ese respeto y reverencia que nos merece un Salesiano, buen hijo de Dios y de D. Bosco.

Al mítico Padre Manuel hay que situarlo «en su circunstancia», con su carisma, su don de gentes, con su proyección apostólico-pastoral y otras muchas cualidades con que Dios lo enriqueció para bien de las almas y gloria de la Congregación Salesiana, por la que trabajó sin descanso.

Que tuviera sus fallos, que no atinara en la solución de ciertos problemas, que no contentara a todos los que convivieron con él..., eso no resta ni ensombrece su gran figura apostólica y el que Dios lo eligiera para que fuera el gran propulsor, el hombre providencial en la consolidación de la Obra Salesiana en A Coruña y el medio de que se sirvió la Providencia para la cooperación y colaboración de tantas almas buenas y generosas en favor de la Congregación.

## **20. JOSE CAJAREVILLE PRADO**

Coadjutor.

Nacimiento, en Santiago de Compostela (A Coruña), 12-9-1900.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 25-7-1920.

Defunción, en Vigo, 7-3-1956.

Ante las figuras próceres y pioneras de nuestros Hermanos coadjutores, debemos quitarnos el sombrero, en señal de respeto, de admiración y veneración; en señal de imitación, de celo y de entrega al trabajo.

Cuando en nuestra vida salesiana tropezamos con algún Hermano Coadjutor veterano, forzosa e ineludiblemente tenemos que remontamos hasta los primeros tiempos, hasta la generación de aquellos coadjutores «históricos y magníficos», salidos del «corazón de Don Bosco como genial y gloriosa estirpe».

Es lo que me ha pasado a mí en el caso de nuestro Hermano Coadjutor José Cajaraville. Lo conocí precisamente aquí en Vigo, durante dos años, del 1954 al 1956.

Su vocación salesiana comenzó en Argentina. Sus padres, muy religiosos, se trasladaron, como otros muchos paisanos, a la República Argentina, a la ciudad de Buenos Aires, donde entró en contacto con los Salesianos, en los Colegios de León XIII y Pío IX, de tanta solera y prestigio.

A los pocos años volvió a España y comenzó su aspirantado en el Colegio de Sarriá-Barcelona. Tenía ya dieciocho años cuando se inscribió en aquel Taller de la Madera de la Casa solariega del coadjutor, Sarriá; allí adquirió el carnet de identidad salesiana, salesiano coadjutor, bajo la dirección profesional y religiosa de los Salesianos coadjutores Sr. Recaséns, jefe responsable del Taller de Carpintería, de gran habilidad y de una profunda religiosidad, y el Sr. Mestre, hombre de gran talento artístico e imaginación creadora, encargado de la Sección de Talla. Los dos, piedras angulares de los Talleres, donde se forjaron tantos y tan buenos coadjutores, entre los cuales se encuentra nuestro Don José Cajaraville. En aquel taller, al mismo tiempo que se trabajaba, se tallaba y se daba vida y expresión a la madera, se plasmaba a los alumnos en la religiosidad y vida espiritual, en la expresión salesiana.

Tuve la suerte de conocer y hablar con aquellos dos santos salesianos coadjutores, que tenían la expresión de tallas de un Retablo de los tantos que levantaron por la geografía española.

Después de haber aprendido el arte y las virtudes de estos dos maestros, pasó Don José Cajaraville a la Casa de Carabanchel Alto (Madrid), para hacer el noviciado, el curso 1919-1920, coronándolo con la profesión religiosa, el día 25 de julio de 1920. Algunos de sus compañeros de noviciado y profesión fueron: Don Modesto Bellido, Don Joaquín González y Don Vicente Ballester.

Pasó en la misma Casa los dos años siguientes, en trabajos y encomiendas de su oficio. De allí fue destinado al Colegio de Ronda de Atocha (Madrid) a dirigir el Taller de Carpintería de las Escuelas de Artes y Oficios de la misma, desde el año 1922 al 27. Este año fue destinado al Colegio de Pamplona «Escuelas Profesionales Salesianas», donde coincidió con su maestro Sr. Recaséns, al que tuvo que sustituir al frente del Taller de Carpintería, hasta el año 1933.

A partir de su estancia en Pamplona, tuvo muchas y muy graves dificultades de orden religioso y humano, sobre todo en la Ronda de Atocha y en Ourense, y en alguna otra Casa de las muchas que recorrió, en su movida y agitada vida, debido a su carácter un tanto independiente.

Del 1933 al 1935 es destinado de nuevo a la Casa de Atocha como maestro carpintero. Del 1935 al 1942, al Colegio de Ourense, período más problemático y polémico de toda su vida salesiana. Allí, durante los siete años de estancia, desempeñó el cargo de maestro escolar. Vuelve por tercera vez a la Capital de España, Atocha, de maestro carpintero, hasta el año 1943. Más tarde, en Alicante, desempeña durante un año el cargo de maestro escuela y encargado de la Banda de música. Desde el año 1944 al 1949, pasa a las siguientes Casas: Utrera; Morón; por segunda vez en Pamplona; Sevilla; Santander; Arévalo y A Coruña, desempeñando en ellas los oficios señalados anteriormente.

Al Colegio-Hogar «San Roque» de la Caja de Ahorros de Vigo llegó el curso 1949-1950, cuando el Colegio daba los primeros pasos en su fundación. Instaló el Taller de Carpintería, el primero que comenzó a funcionar en el Colegio. En muchas iglesias y capillas de la ciudad y provincia se pueden ver todavía bancos y confesonarios hechos por los alumnos del Colegio-Hogar, bajo la dirección de Don José Cajaraville.

Pero no fue el Taller la única actividad del Sr. Cajaraville. Era músico, y pronto organizó con aquellos niños, llegados al Colegio sin cultura de ninguna clase, la Banda de gaitas, cometas y tambores, que encabezaría tantos desfiles, procesiones y Otros actos públicos de la ciudad y de otros lugares, aun fuera de la provincia. «Melodiosa batería de gaitas y banda de cometas y tambores, alegre fanfarria, que, como decía un ilustre periodista, en muchas ocasiones nos ha dado optimismo, y se debe al afán constante y magnífico de su profesor, Don José Cajaraville».

Durante los seis años que tuvo la responsabilidad de esas actividades, se distinguió por su entrega total y generosa a la formación de aquellos niños, muchos de los cuales son en la actualidad honrados profesionales y hacer honor a la formación cristiana, profesional y social que de él recibieron. Cuando no estaba en el Taller o en la clase de música, estaba con ellos en los recreos, paseos, haciéndoles lo más agradable posible la vida, con su carácter alegre y comunicativo, amigo de bromas y de chistes, de fino sentido del humor... Le gustaba mucho gastar bromas para provocar la alegría y sana convivencia. Esto le hacía ser más alegre, más cordial, más bueno y acogedor que años antes, haciéndose querer y ganando la confianza de los muchachos a quienes hacía llegar de esta manera su buena palabra.

La víspera de la hemorragia que lo llevó a la muerte, había sido de paseo con un grupo de niños a uno de los montes que rodean la ciudad, para disfrutar de la nieve que lo cubría. Al día siguiente, estuvo sentado al sol, entreteniéndolos a los niños con sus chistes y bromas. Ese mismo día, por la tarde, asistió a una reunión de notas de alumnos, en el despacho del Director. Al terminar subió a la enfermería a curarse una pequeña herida. Cuando se dirigía al coro de la Capilla, donde tenía que tocar el *armonium* para acompañar a los cantos de los niños en la Bendición eucarística, que todavía se impartía todas las tardes, no pudo continuar andando y se apoyó en el antepecho de una ventana; avisados los Superiores, lo trasladaron inmediatamente a su habitación, donde los tres médicos que lo asistieron pronosticaron que había sufrido una hemorragia cerebral, mortal de necesidad. A ratos, recobraba el conocimiento; en uno de ellos, se le hizo entender que estaba muy mal, impartándole la absolución sacramental. Cuando ya se perdieron todas las esperanzas, se le administró la Santa Unción de los Enfermos y se le leyó la recomendación del alma, en presencia de todos los Hermanos de la Comunidad y de alguno del Colegio de San Matías. La Comunidad de San Roque perdía el primer Hermano desde su fundación. Entregó su alma a Dios el día 7 de marzo.

La radio y la prensa de la ciudad divulgaron la triste noticia. Fue un sentimiento unánime de condolencia en todos los sectores de la población. A sus honras fúnebres acudieron las autoridades religiosas y civiles, los AA.AA. del Colegio de San Matías, los niños del Colegio en bloque y otras muchas personas.

Bien se merecía nuestro buen Hermano Cajaraville todas estas demostraciones de amor y simpatía, hechas oración por su alma, y el reconocimiento de todo el bien que había hecho a aquellos niños y a sus familias y a toda la ciudad, porque toda ella era beneficiaria del interés que puso Don José en educar y promocionar a sus hijos, los más necesitados de toda clase de ayuda, material y espiritual.

## 21. ANDRÉS CAAMAÑO BRAÑAS

Sacerdote.

Nacimiento, en Aranga (A Coruña), 25-3-1888.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 25-7-1912.

Ordenación sacerdotal, en Orihuela (Alicante), 11-5-1921.

Defunción, en Vigo (Pontevedra), 25-12-1956.

Andrés Caamaño, hijo de un caminero de Aranga (A Coruña), en una encrucijada de aquellas carreteras que parcheaba, ayudando a su padre, se cruzó con el Divino Peregrino, que lo invitó a seguirlo. Dejada allí la carretilla, el restrillo, la azada y a su padre, se fue en pos del Maestro. A los diecinueve años siguió el mismo camino que numerosos paisanos habían ya recorrido y llegó hasta el apacible y acogedor Colegio de Campello (Alicante), para pasar allí el tiempo de Latinidad y de preparación para el ingreso en la vida religiosa salesiana. Dos años más tarde, lo seguiría su hermano Manuel, ocho años más joven que él, el mítico y «fuera serie» Don Manuel, que permaneció en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca durante cuarenta y cinco años. Los encontramos a los dos, en la primera década del siglo entregados a sus estudios de Latinidad, de Filosofía y de Teología, en Campello.

Don Andrés había nacido en Aranga (A Coruña) el 25 de marzo del año 1888, el mismo año de la muerte de San Juan Bosco.

Hizo su aspirantado en el Colegio de Campello (Alicante), desde el año 1907 al 1911. Fue enviado a Carabanchel Alto (Madrid), para hacer el noviciado, terminando el año con la profesión religiosa, el día 25 de julio de 1912. Vuelve a Campello para realizar los estudios de Filosofía (1912-1914), y de Teología (1917-1921). Antes, cumplió con la prueba pedagógica del Trienio Práctico, en la que se sobresalió por su dedicación a la asistencia y a las clases, entregándose con generosidad a la formación de los Aspirantes a Salesianos.

Fue ordenado sacerdote por el Sr. Obispo de Orihuela (Alicante), el 11 de mayo de 1921. Hasta el año 1923, prodigó sus primicias sacerdotales en la misma Casa de Campello, impartiendo clase y doctrina a los niños de las clases externas. Del año 1923 al 1927, lo encontramos, como Consejero escolástico y, después, como Catequista, en el Colegio San Juan Bosco de A Coruña.

Poco a poco, le van llegando encomiendas de mayor y delicada responsabilidad. Así, en el trienio siguiente, 1927-1930, los Superiores lo encargaron de la dirección del Colegio y de la Parroquia del Sagrado Corazón, en el barrio de pescadores del Arenal, de Vigo. Allí trabajó con esmerado celo y ardor apostólico, tanto con los niños del Colegio como entre los fieles de la Parroquia. Durante su mandato, se hizo el cambio de la Asociación de AA.AA., convirtiéndola en «Juventud Católica Masculina Parroquial», respetando la identidad salesiana, con el subtítulo de «Juventud Católica Masculina SALESIANA de A.C.», exigido por los mismos AA.AA.

En otro orden de cosas, concibió el proyecto de agrandar la pequeña Iglesia parroquial, incapaz de dar cabida ya a los feligreses en los actos litúrgicos. Para ello, comenzó por comprar unas casitas contiguas a la Iglesia. No le dio tiempo de llevar a cabo su ambicioso plan.

Dejó muy gratos recuerdos en todos los habitantes del Barrio del Arenal y en otros contiguos pertenecientes al bloque parroquial.

De aquí, pasó a dirigir el Colegio de Ourense, los años 1931-1934, años difíciles de la Segunda República. Tiene que actuar con mucha prudencia ante la Ley de Confesiones y Asociaciones Religiosas y la aprobación, durante el bienio 1931-1933, de la Constitución que pretendía amordazar a los religiosos, vedándoles, entre otras cosas, ejercer la enseñanza. Estos años tan conflictivos exigieron al bueno de Don Andrés esfuerzo y tensión constantes, para salvaguardar los intereses cristianos, doctrinales y pedagógicos del Colegio, de la Iglesia y de la Congregación. Dios, la Santísima Virgen y San Juan-Bosco le hicieron sentir su protección y auxilio.

Cumplida esta misión tan delicada y difícil, es destinado al Colegio de Baracaldo-Bilbao, como

confesor y Director del floreciente Oratorio Festivo.

Los años 1938 al 1943, los pasa en el Colegio de María Auxiliadora del Alta de Santander. De allí, vuelve otra vez al Colegio «Don Bosco» de A Coruña, para volver de nuevo a Santander, el curso 1946-1947. Los cuatro años siguientes los pasa en el Seminario de Cambados, desempeñando el cargo de confesor.

Su último destino fue el Colegio-Hogar «San Roque» de Vigo, en el que desarrollé su misión de confesor hasta el año de su muerte.

Entregó su bendita alma a Dios el día 25 de diciembre, Fiesta de la Navidad, el año 1956.

Un mes antes, el 25 de noviembre precisamente, se vio obligado a guardar cama. Llamado el médico que lo atendía en sus achaques, diagnosticó hiperemia vascular y deficiencia cardiaca. Con ese delicado cuadro clínico pasó todo el mes. No le faltaron, a tiempo, ninguno de los auxilios espirituales, ni la asistencia fraternal de todos y cada uno de los Hermanos, que se fueron turnando cabe su lecho. Llevó con ejemplar paciencia y resignación piadosa, como atestiguan los Hermanos, la dolorosa enfermedad. Murió la muerte de los justos.

Divulgada la noticia de su muerte, acudieron en piadosa y sentida condolencia los Salesianos de la Comunidad de San Matías, alumnos, Antiguos Alumnos de la Parroquia del Sagrado Corazón del Arenal, amigos y vecinos de las barriadas del entorno del Colegio.

Los solemnísimos funerales y entierro reunieron en tomo a sus restos mortales a las primeras autoridades de la ciudad, religiosas y civiles. El Excmo. Sr. Alcalde, presidente de la Caja de Ahorros Municipal, con todo el personal directivo, presidieron estos actos. Representaciones de sacerdotes y religiosos de la ciudad, de la Acción Católica, de los AA.AA. de San Matías, en cuya Asociación están incardinados los del Colegio del Arenal, y numerosas personas, le rindieron un merecido homenaje póstumo.

Yo lo conocí y traté durante cinco años, lo que duró su estancia en Vigo. En mis visitas, durante su mes de enfermedad, pude descubrir en él su talla piadosamente humana y sus profundas vivencias espirituales. Muy humano con toda clase de personas que se acercaban a él y apostólicamente entregado en la administración de los divinos misterios. Repartió mucha paz y mucha misericordia divina.

Don Andrés fue muy humano, muy buen religioso y muy apostólico.

Alguien dijo de él:

«Era un hombre con temperamento fuerte, pero con alma angelical. Los niños, aquellos niños aislados de los primeros años del Colegio-Hogar, entre los que se encontraba constantemente, lo querían como a un verdadero amigo y padre espiritual de sus almas».

## 22. JOSÉ SABORIDO CID

Nacimiento, en Allariz (Ourense), 23-12-1882.

Profesión religiosa, en S. Vicents dels Horts (Barcelona), 8-12-1900.

Ordenación sacerdotal, en Ivrea (Italia), 18-9-1909.

Defunción, en Ourense, 4-2-1960.

Fue el año 1898, a los dieciséis años, cuando el joven José Saborido Cid oyó la llamada de Dios y se confió a El. Por los datos que tengo, me parece que fue el primero de los alaricanos que se fue a Barcelona-Sarriá para «hacerse salesiano». Después lo seguirían sus hermanos Sergio y Antonio, los hermanos Conde y Conde (Pío, Daniel y Luis), los hermanos Lorenzo Gómez (Modesto, José y Ramón), los hermanos Cid Pazo (Luis y Sergio) y algún otro más...

La pregunta que ya me he hecho en alguna otra semblanza, y a la que no me ha sido posible responder, ha sido ésta: ¿De mano de quién fueron conducidos a los Salesianos estos jóvenes, todos ellos a Sarriá-Barcelona, cuando ya, en los primeros años del siglo, había una casa de noviciado en Carabanchel Alto (Madrid)? ¿No sería la influencia y el proselitismo de Don Manuel B. Hermida entre sus paisanos gallegos?

El año 1916, moría en Allariz la madre de los hermanos Conde y Conde, a la que se la llamaba la «SALESIANA», en el pueblo. Cristiana de temple antiguo, no bien conoció la Obra Salesiana, se hizo cooperadora entusiasta. Dio tres hijos a la Congregación Salesiana, otro al clero secular y una hija a otra Congregación. Mujer de acción, sé propuso aumentar el número de cooperadores, y en un solo año recluté más de sesenta. Encaminaba al santuario a cuantos niños o jóvenes veía con vocación. La Congregación Salesiana contaba, a su muerte, con dieciséis sacerdotes salesianos de Allariz.

Encabezaba la lista José Saborido, cuya madre, Doña Manuela Cid, como me ha comunicado una nieta, María Luisa Pintado, era muy piadosa y muy salesiana también. Ella asimismo entregó tres de sus hijos a la Congregación, como ya hemos visto. Y esto, diez años antes de que llegaran los Salesianos a fundar la Casa de Ourense, y veinte, antes de que se abriera la Casa de Allariz.

Don José se presentó en el Colegio de Sarriá-Barcelona cuando ya había cursado tres años de Latín en su mismo pueblo. Al terminar el cuarto curso con sobresaliente, lo enviaron a San Vicente del Horts para hacer el noviciado, bajo la dirección de aquel gran forjador de Salesianos, el Padre Maestro Don Antonio Balzario. Consagrado por Dios en la Congregación Salesiana con la profesión religiosa el día de la Inmaculada del año 1900, vio cumplido su deseo de adherirse de por vida a Dios.

Allí mismo realiza sus estudios de Filosofía, con notas de «meritissimus cum laude». Durante el Trienio práctico que cumplió en los Colegios de Mataró (Barcelona), de San Benito, de Salamanca (Escuelas de San José) y en el de la calle Viñas, de Santander, obtuvo el título oficial de Bachiller.

A aquel tan bien dotado salesiano lo enviaron los Superiores a Italia a realizar sus estudios de Sagrada Teología, en la Casa de Foglizzo. Allí terminó sus estudios con calificación máxima y con Diploma. Fue consagrado sacerdote, en Ivrea, capital de la diócesis a la que pertenecía Foglizzo. Volvió a España diplomado en Teología y con un buen bagaje de salesianidad, como lo demostró en el transcurso de toda su vida salesiana.

Estrena su apostolado sacerdotal en el Colegio de Mataró, frecuentando, al mismo tiempo, la Universidad de Barcelona, donde obtiene la Licenciatura en Ciencias Exactas.

Pronto es llamado a cargos de responsabilidad. En los años 1916-1918, lo encontramos en el Colegio-Parroquial del Arenal, de Vigo. De allí, va a Ourense, donde los Superiores le encargan la dirección de la incipiente Casa de aquella ciudad, con muchas y muy graves dificultades fundacionales. Durante ese trienio 1918-1921 en Ourense dirige también las obras del Colegio de

Allariz, su pueblo, y su puesta en marcha el año 1923. Después es destinado a la Casa de la calle Viñas, de Santander. Posteriormente, pasa al Colegio del Alta, María Auxiliadora, de la misma ciudad. En el año 1927, lo encontramos de nuevo, en Vigo, Colegio-Parroquia del Arenal.

En los años difíciles y conflictivos de la Segunda República, le toca dirigir el Colegio Helmántico (María Auxiliadora, de Salamanca), 1931-1934.

Años después, los Superiores le confían una nueva encomienda de muy grande responsabilidad: dirigir las obras del Colegio que se construye en la ciudad vizcaína, en el barrio de Deusto. Reside en la Casa de Baracaldo, donde el año 1936, en la guerra civil, tiene que sufrir con los demás Salesianos del Colegio los efectos de la persecución marxista. Tiene que buscar asilo en una casa particular de una familia amiga de los Salesianos. Su vida, como la de los demás Salesianos, está constantemente amenazada de muerte hasta que el Gobierno nacionalista, que los toma bajo su tutela, les brinda la ocasión de poder salir del país al extranjero. Don José aprovecha esta providencia y un buen día se embarca, en el puerto de Santurce, a bordo de un destructor inglés y zarpa para San Juan de Luz, en la nación vecina. Apenas puede, se traslada a San Sebastián y de allí a la Casa de Pamplona.

En el año 1938, apenas liberado Bilbao por las fuerzas nacionales, se presenta en Deusto como Encargado del Colegio y responsable de las obras que continúan realizándose bajo su dirección hasta su culminación. Deja un complejo colegial modélico, en cuyo centro se yergue una artística y acogedora Iglesia.

Como «arquitecto» inspectorial, acude a A Coruña, para dirigir las obras de reestructuración del Colegio «San Juan Bosco».

El año 1943 llega a Ourense para encargarse de la dirección de la Casa (1943-1946) y realizar el gran milagro de la construcción del nuevo Colegio.

El año 1945 emprende de nuevo la ruta de constructor de iglesias y dirige la construcción de la iglesia del Colegio de María Auxiliadora de Salamanca.

Lo cierto es que, en todos los sitios donde se responsabilizó de obras, dejó el sello personal de su gusto y su arte. En Allariz, en Deusto-Bilbao, en Ourense, en Salamanca, en Carabanchel Alto-Madrid...

En todas las Casas donde estuvo dejó constancia de su genio artístico, en copias bastante logradas de cuadros de Murillo y Velázquez; y en la iglesia de Deusto un artístico Vía crucis, de tamaño natural, alrededor de toda la iglesia. En Ourense intenté repetir esa obra de arte y no lo conseguí porque, en la Tercera Estación cayó, como Jesús, y sus ya agotadas condiciones físicas no se lo permitieron.

Hasta aquí el hombre del trabajo, el constructor, el arquitecto, el artista. Del hombre sabio y piadoso tendría mucho que decir, si no temiera alargarme en estos trazos de su personalidad.

Durante los años de su formación, se distinguió siempre como alumno diligente y aventajado, adquiriendo una cultura sólida y vasta, que se advertía inmediatamente en sus conversaciones y en sus exposiciones y conferencias.

De sus virtudes, que no tenía pocas, cabe destacar de una manera especial su amor extraordinario a la pobreza. Por sus manos pasaron muchos millones de pesetas pero no le afectaron lo más mínimo el corazón. Fue de verdad pobre en sus apetencias de vestido, de confort, de vida fácil, etc. A su fallecimiento, los hermanos y sobrinos pidieron al Director de la Casa de Ourense algún pequeño recuerdo personal; no le fue posible complacerles porque el bueno de Don José había muerto sin dejar otra cosa más que el «neceser» de su cuarto de aseo.

Otra virtud muy cultivada y practicada por él, casi con escrúpulo, fue la fidelidad a la asistencia puntual a los actos de la Comunidad. Aunque estuviera absorbido por la preocupación y trabajos de las obras, jamás se dispensaba de asistir a ellos. Un contumaz y pertinaz reumatismo le aquejó por más de cuarenta años con agudísimos dolores y no pequeños contratiempos, llegándosele, incluso, a deformar paulatinamente los dedos de las manos y de los pies; pero ni eso era óbice para dispensarse de la presencia entre los Hermanos. Sólo se rindió cuando, en sus últimos días se vio obligado a guardar cama.

Yo creo que la dimensión más importante de su figura fue el culto que le rindió al TRABAJO

SALESIANO. Por eso, no es de extrañar que así se reconociera oficialmente y se le tributara el homenaje que conlleva en sí la concesión de la Medalla del Trabajo por el Gobierno de la Nación, reconociendo su meritísima labor de tantos años. En la imposición de dicha condecoración, el Sr. Delegado del Ministerio de Trabajo de Ourense, Don Modesto Pérez Piñeiro, pronunció las siguientes palabras: «... El ejemplo de trabajo, tesón y confianza en la Divina Providencia, pues, sólo con esas dotes pudo lograr ver realizada la ingente obra que sobre sus hombros se echó».

Comentando Don José, después de este acto, decía a los Hermanos: «Con qué poca cosa nos premia el mundo. Espero que el buen Dios será más generoso conmigo».

Ya esperaba él que las facturas de su trabajo, que nunca pasó a los hombres, se las abonaría con creces Dios.

Otras pinceladas de esta semblanza me las ofrece Don Emilio Corrales:

«Hace algún tiempo, celebró sencillamente el Jubileo de sus BODAS DE ORO sacerdotales nuestro querido Don José Saborido, que tanto ha trabajado en la España Salesiana, muy particularmente en las Inspecciones de Barcelona, Madrid y en la nuestra de Santiago el Mayor. Las obras y la vida de este gran Hijo de San Juan Bosco constituyen para nosotros una gloria, que a todos nos beneficia y estimula».

De seguro que a él, consumado artista, le habría salido más logrado este su retrato que a mí, que sólo conviví con él unas semanas, precisamente en el Colegio de Deusto, el año 1938, cuando las obras del Colegio estaban en su apogeo. Pero fueron suficientes aquellos días para descubrir en él su talla espiritual y humana y su pasión y entrega sin límite por el trabajo en pro de la Congregación y de las almas.

### 23. JOSE PEITEÁDO RODRIGUEZ.

Sacerdote.

Nacimiento, en Ulla (Pontevedra), 8-4-1881.

Profesión religiosa, en Sarriá-Barcelona, 8-9-1903.

Ordenación sacerdotal, en Ciudadela (Menorca), 20-9-1913.

Defunción, en Ourense, 13-11-1960.

Don Josa era bueno por naturaleza. No conviví con él pero en mis encuentros esporádicos, quedé hondamente impresionado de su figura diminuta, envuelta en un halo de espiritualidad, de verdadero hombre de Dios, de hombre de eternidad. De una mirada mitad penetrante, mitad inocente, mitad misteriosa y enigmática, de ojos vivarachos y resplandecientes de alegría, un tanto picarones. Alma candorosa y desbordante de bondad, que se hacía querer de todos por su talante abierto y Comunicativo, jovial, inocentón, fácilmente crédulo, un tanto ingenuo, de sencillez encantadora, pero con una pizquita de reserva y pillería.

Con sus dichos y hechos se podría escribir una muy nutrida y sabrosísima antología, un divertido y ameno florilegio. El Hermano coadjutor Miguel, cuya semblanza aparece en estas páginas, y Don José Peiteado formaron durante muchos años una pareja singular, única en su género; fueron durante todo el tiempo de su estancia en la Casa de Ourense, los protagonistas de la vida de Comunidad, distendida y relajada, en el mejor de los sentidos, sazonando el ambiente con el buen talante y la originalidad de cada uno de ellos... Aquel Don José de las chanquiñas y del paraguas, de sus andanzas apostólicas por «lareiras» y «corredoiras».

Sería muy interesante que, cuando se haga la Historia del Colegio de Ourense, afloraran las «venturas» y «desventuras» y los «trances» muy apurados por los que tuvo que pasar el beatífico Don José Peiteado, en defensa de los intereses y de la propiedad salesiana de la Casa orensana.

Me contaron sus aventuras apostólicas por las aldeas de la región, con sus exorcismos, conjuros y qué sé yo cuántas cosas más. Le podía pasar las aventuras más inimaginables, pues se juntaban en él la ingenuidad y la temeridad, aunque tenía sus «reservas», dada su idiosincrasia gallega.

Son botón de muestra los hechos que me acaba de contar alguien que estuvo de trienal en el Colegio orensano:

«Un cierto día, los clérigos trienales se enteraron que Don Peiteado iba a exorcizar a una mocita «poseída». Tomaron sus posiciones en la iglesia... Comienza, con toda solemnidad, la ceremonia. Don Peiteado, revestido de roquete y estola y con el hisopo, comienza el rito: «Exi ab ea, Spirite inmunde...»; los clérigos no pueden sostener la risa, y uno de ellos dice en alta voz: «¡Don José, que es de la cuarta, que es de la cuarta...!».

En varias ocasiones, había pedido al Sr. Inspector autorización para levantar un tabique, en cierta dependencia, y el Inspector se lo había denegado. Cierta día, el Sr. Inspector, en un recorrido de rigor por las dependencias, se encuentra con el tabique levantado. «Pedro ¿no te había dicho que no convenía levantar este tabique?»... «Mire usted, lo hice con permiso «presunto»... Y de estos, a montones.

Don José tuvo un «currículum» muy movido, constantemente itinerante.

A los dieciocho años de edad, siguiendo el ejemplo de otros numerosos paisanos de la provincia de Ourense y diócesis de Santiago de Compostela, y llevado de la mano de Don Manuel B. Hermida, ingresó en el Colegio de Sarriá-Barcelona, donde se encontró con otros de otras latitudes gallegas.

Ignoro si llevaba ya alguna formación humanística al ingresar el año 1899, lo cierto es que, como otros compañeros suyos ya mayores, hizo una carrera meteórica, seguramente siguiendo el modelo de la «Scuola di fuoco» del Oratorio de Valdocco de Turín.

A los dos años, termina la formación humanística —la Latinidad— y allí mismo comienza el noviciado, que corona con la profesión religiosa. En la misma Casa cursa los estudios de Filosofía y cumple el Trienio Práctico, para comenzar los estudios de Sagrada Teología, haciendo allí mismo tres cursos: el cuarto lo realiza en el colegio de Ciudadela (Menorca), el año 1910. No recibe el Orden sacerdotal hasta el año 1913.

A partir de esta fecha inicia su peregrinaje por la geografía peninsular. Comienza por Vigo-San Matías, como prefecto, 1913-1914, en el mismo Vigo-Colegio-Parroquia del Sagrado Corazón, como consejero, 1914-1917. Salamanca-Colegio-María Auxiliadora, como ecónomo, 1917-1918. Talavera de la Reina (Toledo), como encargado de los AA.AA., 1918-1921. Ourense, como confesor, 1921-1923. Baracaldo (Vizcaya), como prefecto, 1923-1928. Vigo-Parroquia, como vicepárroco, 1928-1929. A Coruña, como confesor, 1929-1930. Allariz, como Director, 1930-1936. Ourense, como Director, 1936-1940. Continúa en la misma Casa como prefecto y confesor, desde el año 1943. Fue confesor muy solicitado; muchos penitentes encontraban en él la rápida y deseada solución de sus problemas.

A la muerte de este incansable trabajador de la causa de Dios, aparecieron testimonios que nos presentan su semblanza espiritual y apostólica:

«Este día, 13 de noviembre de 1960, entregaba su alma a Dios el benemérito sacerdote, Padre José Peiteado. Han sufrido mucho a lo largo de su enfermedad, soportada con ejemplar resignación. Su larga vida al servicio de la Congregación, en esta Casa de Ourense, el apostolado de labor callada en el confesonario durante un cuarto de siglo, la sencillez de su vida, su ejemplaridad, nos harán recordar al salesiano modelo.

Sus funerales y entierro han constituido pública manifestación de amor y simpatía, que había despertado en el ambiente popular. La Casa de Ourense ha perdido en Don José Peiteado a uno de sus más entrañables defensores. Descanse en paz».

Termino con estas palabras que pronunció el Director ante la Comunidad el día de su fallecimiento:

«Figura venerable de la Salesianidad, nos ha legado un espíritu y una vitalidad, que nosotros hemos de administrar, sostener y acrecentar, siguiendo sus huellas e imitando sus ejemplos».

## 24. JOSE LUIS LLORENTE DE LA PEÑA.

Clérigo.

Nacimiento, en Santander, 1-1-1940.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1956.

Defunción, en Ourense, 26-9-1961.

¡Cuántas veces durante el tiempo de formación habría oído esta advertencia» del poeta místico San Juan de la Cruz: «A la tarde de la vida, te examinarán de amor».

Y aquella tarde del 26 de septiembre de 1961, en que desapareció nuestro joven Hermano José Luis, en las templadas aguas otoñales del río Miño, a pocos kilómetros, río abajo, de la ciudad de Ourense, en el término del pueblecito de Untes, Dios, que guía los pasos del hombre, le realizaría ese examen.

Había nacido José Luis en Santander, Allí, desde su más tierna edad, frecuentó el Colegio de María Auxiliadora del Alta, cursando estudios hasta el tercer año de bachillerato (1953).

Este mismo año fue al aspirantado-seminario de Arévalo (Ávila) con sus compañeros de clase Julio Manzano y Eduardo Ortiz, hoy sacerdotes salesianos.

Terminados en ese colegios sus estudios de Latinidad, fue admitido al noviciado en Mohernando (Guadalajara), el curso 1955-1956. Coronó este año de espiritualidad salesiana con la profesión religiosa el día 16 de agosto de 1956. Le impuso la sotana Don Luis Ricceri que, al cabo de diez años, fue elegido Rector Mayor de la Congregación, el Sexto Sucesor de San Juan Bosco.

Realizó sus estudios de Filosofía en el estudiantado de Guadalajara, en los cursos 1956-1959.

Comenzó el Trienio Práctico en el Colegio «Don Bosco» de A Coruña. El curso siguiente, 1960-1961, fue destinado al Colegio de Ourense. ¡Su último destino en la tierra! El definitivo lo recibió para el Cielo.

Quién era José Luis nos lo van a, decir quienes lo conocieron y lo trataron:

Son Julián Romo, sacerdote salesiano, que lo tuvo de alumno en Santander, en el primer curso de bachillerato, señala estos rasgos sobresalientes en él:

«Era un niño encantador no sólo por sus dotes físicas sino por su aplicación, inteligencia, sumisión, obediencia, etc».

El mismo Don Julián coincidiría con él en el Colegio de Ourense, y también apunta estas cualidades del joven salesiano asistente:

«Aquel esbelto mozo santanderino, era un buen salesiano: piadoso, dispuesto siempre, parsimonioso lector en la Iglesia».

En opinión de uno de sus compañeros trienales José Luis reunía estas características:

«José Luis tenía mucho prestigio entre los alumnos, por su educación exquisita; muy pulcro, Muy respetuoso con los niños y jóvenes. Todos los clérigos de la Casa formábamos n él muy buen equipo, muy conjuntado y hermanado, y todos le teníamos mucho aprecio y simpatía».

En el informe de los Superiores del Estudiantado Filosófico se señala lo siguiente:

«Bueno, piadoso, trabajador, de esperanza para el futuro, carácter un poco tímido...».

Al dar el informe los Superiores del Estudiantado no pudieron barruntar, en su vaticinio de

futuro —«de esperanza para el futuro»—, el destino que Dios le tenía preparado en su plena juventud.

¡Sobre las aguas del río Miño, aquella tarde, se oyó al coro de los ángeles que salieron al encuentro del alma de José Luis y la presentaron ante el Altísimo que, porque lo amaba, lo llamó!

## **25. JOSE LUIS MENÉNDEZ BRAVO**

Coadjutor.

Nacimiento en Gijón (Asturias), 12-8-1933.

Profesión religiosa, en Mohemando (Guadalajara), 24-10-1954.

Defunción, en Zamora, 22-3-1962.

Había nacido en Gijón (Asturias), el 12 de agosto de 1933 de padres profundamente cristianos, quienes en los pocos años que estuvieron junto a él, en esta vida, grabaron en su alma, de manera imborrable, gérmenes de una profunda espiritualidad que calificó su vida.

Después de dos años de Aspirantado en Arévalo (Ávila), ingresó en el Noviciado de Mohemando (Guadalajara), en 1953, y lo coronó con la profesión religiosa el día 24 de octubre de 1954.

Poco después fue destinado a la Casa «Universidad Laboral» de Zamora, recientemente erigida como Casa Inspectorial de la nueva Inspectoría de «Santiago el Mayor», segregada de la de Madrid.

Allí desarrolló todo su ejemplar y apostólico trabajo salesiano, durante los ocho años preciosos de su vida religiosa.

En el mes de enero de 1962, tuvo los primeros síntomas de la enfermedad, que, inesperadamente, lo llevó a la muerte. Tras una operación de apendicitis y de vesícula biliar, realizada felizmente, un shock quirúrgico inexplicable lo llevó a la muerte. Falleció en la madrugada del día 22, a los veintiocho años de edad, después de recibir los Santos Sacramentos y la Bendición Papal.

Pocos días antes, había escrito al Inspector, Don Emilio Corrales, que, por fin, sería operado el día 20 y rogándole lo ofreciera en la patena de la Misa por el bien de la Inspectoría. Y, entre sus escritos, se encontró este pensamiento: «Señor, te suplico que me lleves al cielo, si ves que te voy a ofender algún día, con el pecado, o si voy a ser causa de que otros te ofendan».

Hombre abierto a la amistad, a la generosidad y al interés por los demás, se vio correspondido con grandes muestras de afecto, en los pocos días de su enfermedad, y, sobre todo, el día de su muerte.

José Luis fue un hombre que tomó muy en serio su vivencia religiosa, impregnada de un tono de sobrenaturalidad, de ejemplaridad y de fervor.

En el Congreso de Coadjutores, celebrado en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios, de León, el verano anterior a su muerte, José Luis tuvo la ponencia inicial. Desarrolló el tema de la Vocación del Coadjutor Salesiano, como coadjutor de Cristo, de Don Bosco y de la Iglesia. En su introducción dijo que, para escribirla, no había tenido más que acercarse al Sagrario, y allí escribir lo que el Señor le iba dictando.

Se entregó con celo y cariño a su acción educativa. Era muy estimado por sus alumnos por su bondad y buen trato.

Trabajó con las Compañías y el Círculo Misionero. Propagó con entusiasmo la Revista Juventud Misionera, consiguiendo un amplio número de suscripciones.

José Luis, modelo en el amor y en el dolor.

## **26. DON SEVERINO BREA PAZOS.**

Sacerdote.

Nacimiento, en Arcos de Furcos (Pontevedra), 22-4-1935.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1952.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 18-3-1962.

Defunción, en A Coruña, 15-11-1962.

Estamos ante una figura religiosa y sacerdotal de extraordinarias dimensiones espirituales. Las coordenadas de su corta pero densa existencia fueron la piedad y el sacrificio. ¡Bien lo probó Dios y lo purificó en el crisol y fragua del sufrimiento!.

Contaba a su muerte veintisiete años de edad, once de profesión religiosa y sólo siete meses de sacerdocio.

Nació en Arcos de Furcos, diócesis de Santiago de Compostela, el 22 de abril de 1935. Sus padres, Fortunato y Carmen, le inyectaron ya en sus tiernos años, los ideales de una fe profunda y de una sólida piedad cristiana. Una casita de campo, rodeada de huertas y frutales, a pocos minutos del templo parroquial, fue el escenario de sus primeros años de infancia. Muchos hijos, fervor cristiano arraigado, trabajo honrado campesino, fueron las características de aquel santo hogar que Dios bendijo con dos vocaciones salesianas: el querido Don Severino y el sacerdote Don Francisco, su hermano.

A los doce años, responde generosamente a la llamada del Señor, ingresando en nuestro Seminario de Cambados, que acababa de inaugurarse, el año 1947. Amor al estudio, piedad sacramental, docilidad a sus Superiores y el sol de la vocación salesiana que iba calando en su alma. El curso 1948, lo encontramos en el Colegio-Seminario de Arévalo (Ávila), que también abrió sus puertas ese mismo año. Allí logra consolidar su vocación y completar su formación de Humanidades. Siempre alegre, piadoso, soñando con el futuro sacerdocio.

En la Casa de Mohernando (Guadalajara), transcurre su año de noviciado bajo la experta mirada del gran forjador de apóstoles salesianos, Don José Arce. Don Severino asimiló muy bien los principios de la vida religiosa, dejándose penetrar del espíritu salesiano, del que, luego, dio buena prueba con sencillez, con la sonrisa constante en los labios y con diáfana ejemplaridad.

El 16 de agosto de 1952 hizo su consagración a Dios emitiendo los votos. Sus recuerdos espirituales de ese día nos hablan de la altura de aquella alma: holocausto del Señor, gratitud, felicidad de sentirse salesiano.

Pasó de inmediato al Seminario Filosófico de Guadalajara, que se inauguraba también ese mismo año, 1952. Tres años de formación densa, de observancia impecable, de trabajo intelectual nada superficial. Todo lo hacía con interés, alegría y profundidad.

Fruto de estos esfuerzos fueron los años de fecundo apostolado trienal transcurridos en el Colegio de Ourense. Fue un asistente solícito, sacrificado, muy piadoso y observante; un profesor eficaz, en los primeros cursos de Lengua Española y Latina. Inclinado a la bondad por temperamento, era santamente exigente con los chicos, a los que quería salesianamente, sin preferencias: tenía mucho aguante con los torpes y con los revoltosos, y una gran docilidad para con todos sus Superiores. Hablaba encomiásticamente del Colegio donde hacía el trienio.

El 16 de agosto de 1958 hizo sus votos perpetuos.

Lleno de ilusiones sacerdotales, empezó ese mismo año los estudios de Sagrada teología, en el Seminario Teológico de Carabanchel Alto-Madrid. Se dio de lleno a ellos y a su formación salesiana sacerdotal, siempre sonriente, dócil y sencillo, a pesar de su temperamento sensible y nervioso.

A punto de terminar el primer año de Teología, comienza el doloroso calvario de este querido Hermano. Los síntomas primeros fueron: alta tensión arterial, con secuelas de mareos, insomnios,

hipersensibilidad. A pesar de los varios tratamientos médicos a que fue sometido, no logró una eficaz mejoría, soportando resignado sus agudas crisis. Un proceso implacable, infeccioso, iba minando lentamente sus fuerzas: tuberculosis renal.

No obstante su sufrimiento físico y moral, era tal su deseo del sacerdocio que fue llevando adelante sus estudios sagrados con aprovechamiento y con gran gozo de su alma. De modo definitivo, desahuciado por los médicos, después de haber sufrido una agudísima crisis, sostenido por una fe luminosa y una voluntad santa, sacó fuerzas de flaqueza para presentarse a recibir la sagrada Ordenación de sacerdote, el día 18 de marzo de 1962, con todos sus compañeros. Sus manos temblorosas de enfermo incurable, sostenidas por un cuerpo flaco, con palidez mortal, pero con un alma llena de fervor sacerdotal salesiano, fueron custodia viva de Cristo. Recibió la Ordenación de manos del Excmo. Sr. Obispo de Salamanca, Mons. Barbado y Viejo.

Su hermano, sacerdote salesiano, cuenta sus impresiones de ese acontecimiento:

«Yo estuve presente en su ordenación sacerdotal y puedo decir sinceramente que la recibió con gran fervor y me decía que rezase con él para que fuese un santo sacerdote. Aunque se encontraba muy mal, sin embargo, la alegría de ese día parece le hizo olvidar unas horas el dolor y la enfermedad que llevaba dentro».

Por la gravedad de su estado, no podía asistir a clase ni atender a sus estudios, los últimos meses de curso. Celebraba fervorosamente la Santa Misa los días que su dolencia se lo permitía.

El día 10 de mayo, llegaba destinado a A Coruña, al Colegio «Don Bosco», con la esperanza de que el clima benigno y el cambio de presión aliviarían su tensión anormal, sus mareos continuos y su fatiga respiratoria. De momento, parece que fue así. Celebrada fervorosamente la Misa, asistía ejemplarmente con la Comunidad a las prácticas de piedad y al comedor. Jamás un lamento ni una queja contra nadie. Hablaba muy bien de sus Profesores del Teologado. Sonreía amablemente a todos, aun sabiendo claramente que sus días estaban contados.

El día 25 de julio celebró su Primera Misa Solemne en su pueblo natal, con gran consuelo de su alma y de toda su cristianísima familia.

Aprovechando esta circunstancia de su presencia en casa, su padre lo llevó a Santander, a una consulta con uno de los mejores especialistas de la Facultad de Medicina. El dictamen facultativo fue muy pesimista: «Este enfermo es una nave que camina a la deriva».

Pasados los breves días de su estancia con la familia, se reintegró a la vida de Comunidad. Se ofrecía espontáneamente para ayudar a los Hermanos sobrecargados de trabajo; quería dar clases, deseaba actividades pastorales.

En la organización del nuevo curso, aceptó con mucho agrado la asistencia de un grupo de internos, los más pequeñitos, y el dar una hora diaria de clase. También aceptó con sumo agrado la celebración con homilía, algún domingo; en la iglesia del Colegio. Para cuantos servicios se lo necesitará, se lo encontraba inmediatamente dispuesto.

El domingo, 10 de noviembre, notó varias molestias: un fuerte resfriado y vómitos. La visita del Dr. Corredoira, antiguo alumno, lo animó mucho.

En días sucesivos, varios análisis y exploraciones pusieron a todos los Salesianos en guardia: bronconeumonía, tensión muy anormal, fallos circulatorios, fatiga respiratoria intensa y una alarmante concentración de urea en la sangre...

Se le avisó inmediatamente del peligro que corría su vida exhortándolo a ponerse en las manos del Señor. Con una calma dulce, envidiable, fruto de una fe que se transparentaba en su pálido rostro, pidió fuera inmediatamente el confesor de la Casa. Después de la reconciliación, pidió se le administraran el Santo Viático y la Sagrada Unción. Así lo hizo el Sr. Inspector, Don Emilio Corrales, que durante aquellos días estaba realizando la visita canónica a la Casa, en presencia de los Hermanos de la Comunidad. El enfermo respondía a cada una de las oraciones del Ritual con fervor edificante y con viva emoción.

Su hermano salesiano y sus buenos padres acudieron en seguida a la cabecera del enfermo.

Ante el ahogo que le producía la insuficiente respiración, el enfermo besaba reiteradamente el crucifijo, elevaba los ojos al cielo e invocaba constantemente a María Auxiliadora.

El día 14, por la tarde, pareció experimentar una ligera mejoría, por ceder algo la fatiga. Hacia las once de la noche creíamos que se entregaba al sueño. En realidad había entrado en coma, del que ya no se recuperó. A la mañana siguiente, a la 8,15, sin un gesto, sin una contracción, entregó su bendita alma al Señor en presencia de sus padres y hermanos y de varios Salesianos de la Comunidad.

Al cementerio coruñés, por la tarde, acudieron los alumnos del Colegio, diversas representaciones de AA.AA., clero de la ciudad y una representación de familiares y vecinos de su pueblo natal.

El día 16 tuvo lugar el solemne funeral, oficiado por Sr. Párroco, con la asistencia de la Comunidad, familiares y todos los alumnos del Colegio.

Varios son los testimonios de Superiores y compañeros que lo trataron que abundan en las cualidades y virtudes que lo adornaban: su sufrimiento callado, su sonrisa jovial, su cumplimiento del deber, su exquisita piedad, su generosidad en la obediencia y en la colaboración que se le solicitaran..., en fin, que Don Severino «calzó muy buenos puntos en la santidad salesiana», en frase del entonces Inspector, Don Emilio Corrales.

Y, como Dios le puso el dolor en la vida para enseñarle el camino del Cielo, por él llegó a la Casa del Padre Dios, a engrosar las filas de Salesianos que hacen corona a Don Bosco.

## 27. CONSTANCIO MANERO BLANCO

Coadjutor.

Nacimiento, en Rupelo, (Burgos), 12-12-1925.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1943.

Defunción, en Cuyabá - Mato Grosso (Brasil), 30-12-1962.

El buen Manero, el amigo de todos, que de todos se hacía querer por sus bondades y su disponibilidad constante a lo que se le indicará, se nos fue a Misiones y de las Misiones, por la ruta de la generosidad, la nota característica de su existencia, al Cielo. Así perpetuó su postura. Y perpetuó su postura «salesiana-misionera», con el bautismo de agua y sangre, en la charca, como nos lo comunicaron. Murió de pie, con las botas puestas, con la antorcha de su fe y de su amor misionero encendida, que no pudieron apagar las aguas. De aquella «antesala del infierno», al cielo, al encuentro maravilloso del primer Misionero, Cristo, el Enviado del Padre.

¿Quién era Manero? Un trabajador infatigable, un religioso edificante, un amigo entrañable de cuantos convivían con él, un alma de Dios, en actitud continua de piadosa fidelidad.

Al acabar el curso 1959, unos cuantos Hermanos Coadjutores, los cuatro «adelantados», entre los cuales estaba Manero, fueron enviados a preparar la Finca de Medina del Campo, para alojar en ella a los Estudiantes de Filosofía de la Inspectoría de Santiago el Mayor. Allí, con sus compañeros Cayetano Álvarez, Julián Amor y Deodato Robles, dio la talla de un trabajador excepcional, infatigable, sacrificado y dispuesto a afrontar cualquier eventualidad que surgiera, en las tareas que se presentaran... Para todo encontraba tiempo y maña, hasta en dar clase a los aspirantes que, durante ese curso, estuvieron allí.

El permaneció en el «Gran Hotel», convertido en residencia de los estudiantes, atendiendo a la cocina, que era su oficio, y otras incumbencias como fueron la granja, la huerta, el bosque y otras ocupaciones, durante dos cursos más.

Fue el brazo derecho del Administrador, un verdadero tesoro para la Casa. Todo con su proverbial generosidad, dispuesto siempre a ser útil a los demás. De carácter apacible, comunicativo, amable y muy amigo de bromas y de tomar parte activa en todas las manifestaciones de orden recreativo y lúdico de los estudiantes.

Nos enteramos de que había muerto y esperábamos con verdadera ansia noticias sobre ese particular y nos llegaron muy espaciadas y sin datos y circunstancias del acontecimiento.

Las últimas noticias que tuvieron de él fueron las que recibió Cayetano Álvarez, entonces personal de la Casa de la SEI de Madrid, en una carta, en la que le felicitaba las Fiestas de Navidad, unos días antes de su muerte, fechada en Cuyabá, el día 24 de diciembre de 1962.

Entre otras cosas, le decía lo siguiente:

«Aquí nos tienes a Justino y a este menda nada menos que en la capital; no hemos querido ser menos que Vd., claro está que de Madrid, al cielo», en cambio, «de Cuyabá se dice que es la «antesala» del infierno», por el calor y las plagas de toda clase de insectos; el mato (bosque), el mucho calor y demás. Todo favorece su multiplicación. ¡Ni las plagas de Egipto!...

Aquí estamos tan apartados del mundanal ruido que no llegan ni siquiera las noticias más divulgadas, por esto, le pido, «si no es mucho pedir» nos mande algún Boletín Salesiano de los que por ahí le sobren. Mándelos por vía ordinaria para no ser tan gravoso a esa benemérita SEI; aunque lleguen algo atrasados, no importa».

La siguiente noticia fue la de su muerte, no mucho después. Estuvimos todos pendientes de noticias sobre el fatal desenlace. Esperábamos la carta mortuoria, pero no nos llegó porque no la escribieron, como me comunicaba el encargado del Archivo General de la Congregación de Roma.

Sus trabajos misioneros y su nombre sí que los escribió Dios en el libro de su vida...

Los hechos sucedieron así: Don Rosendo González, ecónomo y secretario inspectorial, en tiempo en que Constancio Manero fue al Brasil, me acaba de esclarecer lo que podíamos llamar el «caso Manero»:

«Don Constancio Manero, según carta del Sr. Inspector, a cuya jurisdicción pertenecía el Hermano, murió de una fuerte y repentina hemoptisis, y las cosas sucedieron así: El Sr. Manero salió, a caballo, después de comer, a realizar un servicio.

Viendo los Hermanos de la Comunidad que tardaba en llegar, salieron en su busca, y, después de un largo rato de rastreo por los alrededores, descubrieron el caballo, paciendo, cerca de un pequeño lago. En sus aguas, en la orilla, entre tierra y agua, con los brazos extendidos, en medio de una mancha grande de sangre, encontraron exánime, sin vida, al buen Hermano Constancio.

¿Qué le había pasado? Se supone que, agobiado por el intensísimo y sofocante calor, y sintiéndose ahogar..., se tiraría al agua para remediar su situación límite, y allí le dio una hemoptisis que le originó la muerte instantánea».

Habla, en la citada carga, el Sr. Inspector de las virtudes y buena disposición para toda clase de trabajos del buen Hermano Constancio Manero. Rubricó con su sangre la misión que el Señor le había confiado, que no era otra que el dar testimonio del Nombre y de la Sangre que salvan: los de Cristo Redentor.

Había nacido en Rupelo (Burgos), el año 1925. A los catorce años, ingresó como aspirante en la Casa solariega de Mohernando, y en ella, al terminar el año de noviciado, realizó su profesión religiosa, el verano de 1943, el día 16 de agosto. Durante ese año aprendió el oficio de cocinero, oficio que desempeñó con novicios, filósofos, teólogos y aspirantes, en las siguientes Casas: en Mohernando, el curso 1942-1943; en Carabanchel Alto (Madrid), 1943-1950; en Astudillo, 1950-1958; en Cambados, 1958-1959; en Medina, 1959-1961. En todas esas Casas fue «héroe a fondo perdido», sin «sueldo a destajo», como diría alguien de los misioneros. Lo fue sobre todo en Astudillo, donde dio la talla de hombre generoso hasta el heroísmo..., en los días difíciles y luctuosos de la epidemia de difteria, que se cobra varias víctimas entre los aspirantes y a punto estuvo de haber ocasionado una verdadera tragedia en el Colegio y en el mismo pueblo, como manifestó un médico especialista de Palencia. Al final del año 1961 vio cumplidos sus deseos de ir como misionero, y es destinado al Mato Grosso (Brasil).

Estás son las referencias que sobre el Sr. Manero hace Don Francisco García que convivió con él varios años en la Casa de Astudillo:

«Constancio Manero era de una religiosidad profunda, que disimulaba con su sencillez. En los años que permaneció en Astudillo, de cocinero, fue el brazo derecho de Don Valentín Grasso en la gestión de Oratorio Festivo. Lo catalogaría como persona polifacética, pues entre sus cualidades destacaba también el ser un buen actor de teatro. Sabía adaptar muy bien las obras teatrales modernas, y lo mismo interpretaba papeles cómicos que dramáticos. Era un observador profundo y los «informes» que, por deber, tenía que dar sobre novicios y aspirantes eran siempre muy atinados y ecuánimes. Era muy austero y pobre, de poquísimas exigencias... Su celo apostólico le había pedido poder trabajar en el campo de las misiones. Nó obstante, los Superiores dilataron su concesión. El no por eso dejó de insistir en su petición para alcanzar ilusionadamente su proyecto misionero.

Estaba maduro humana y religiosamente y Dios aceptaba su voluntad y su ofrecimiento de sacrificar su vida con el desgarrón afectivo de separarse de su familia, de las Casas donde había derrochado energías y donde había despertado grandes afectos por parte de Hermanos y alumnos.

El se sembró en el surco, y su ofrecimiento fue semilla, cuya fecundidad la dará el Señor de la mies».

## 28. ERNESTO ARMELLES PALLERES

Sacerdote.

Nacimiento, en Ares del Maestre (Castellón), 25-11-1884.

Profesión, religiosa, en San Vicente de los Horts (Barcelona), 16-8-1902.

Ordenación sacerdotal, en Foglizzo (Piamonte-Turín), 28-10-1910.

Defunción, en A Coruña, 1-5-1963.

Don Ernesto dio de sí «el grano limpio» de su preciosa ejecutoría salesiana: espíritu salesiano, caridad evangélica a todos, especialmente a los niños y jóvenes, entre los que se encontraba siempre muy a gusto, un corazón abierto y bondadoso para todos, «un corazón plenamente oratoriano», simpatía desbordante y cautivadora y un acervo más de virtudes humanas y divinas.

Con el gran equipaje de años y de méritos, se presentó a su Padre Dios este ejemplar hijo de Don Bosco, en la mañana del día 1 de mayo, en el Colegio Salesiano «Don Bosco», de A Coruña, del año 1963, a sus setenta y nueve años de edad, sesenta y uno de profesión y cincuenta y tres de sacerdocio.

Don Ernesto había nacido en Ares del Maestre (Castellón), en las nobles tierras del Maestrazgo, el día 25 de noviembre de 1884. En su cristianísima familia florecieron cuatro vocaciones religiosas salesianas: dos sacerdotes y dos Hijas de María Auxiliadora.

En el año 1900, cuando contaba dieciséis años, ingresó como aspirante en San Vicente de los Horts (Barcelona), donde echó los cimientos de aquella piedad profunda que sería preciosa característica de toda su vida. Allí mismo hizo el noviciado bajo la dirección de Don Antonio Balzario, maestro de novicios de las primeras promociones de salesianos españoles, hombre providencial en cuyas manos, como dice el P. Fierro en sus «Memorias», estuvo la formación íntegra salesiana de muchos eminentes salesianos, entre los cuales, por citar algunos, podemos recordar a Don Felipe Alcántara, Don Tomás Boidas, Don Cirilo Sagastagoitia, Sr. Mestre, Sr. Sabaté, Mons. Bars... Nuestro Don Ernesto coronó el noviciado con la consagración religiosa en la Familia Salesiana. Fue el día 16 de agosto de 1902.

Su primer destino fue el Colegio de Sarriá. En aquel ambiente salesiano perfumado con la visita de Don Bosco y las virtudes de sus primeros hijos: Don Rinaldi, Don Branda, Don Aime, Don Manuel Hermida y otros, Don Ernesto atiende a sus estudios de Filosofía y simultáneamente aprende a ser modelo de maestro y asistente salesiano.

Allí mismo inicia los estudios de Teología mientras asiste y da clase a los alumnos. Por entonces, llega a Sarriá Don Miguel Rúa quien le propone ir al Seminario Teológico Salesiano de Foglizzo. Allí va con la mayor ilusión de su alma y en aquel clima de alta salesianidad, con compañeros y, sobre todo, Superiores que habían conocido personalmente a Don Bosco y estaban, por lo tanto, embebidos de su espíritu, terminó la Teología, siendo ordenado sacerdote allí mismo, el 28 de octubre del año 1910.

Dice su hermano José Miguel, sacerdote salesiano también:

«Cuando vino al pueblo de Celia (Teruel) a celebrar su primera Misa, en compañía del Padre Viñas, quedó resignadísimo al ver que nuestra madre no podía asistir a ella por hallarse enferma en cama desde hacía tres meses».

Estrena su primer año de sacerdocio en el Colegio de Sarriá (Barcelona).

Al año siguiente, 1911, pasó a Valencia como Catequista, cargo que ejerce durante ocho años, y como Prefecto-Administrador, dos años. Consagrado a la formación de los jóvenes, sumiso a la voz de los Superiores, fue acumulando experiencia y madurez salesianas.

Prosigue su hermano:

«Del año 1913 al 1914 estuve con él en Valencia, preparándome al aspirantado. No tuvo conmigo ningún trato especial. Tampoco llegue a enterarme dónde tenía su alcoba. Sólo noté que era muy apreciado de los Superiores, antiguos alumnos y de los muchachos».

La obediencia lo destinó a Ourense, como Director del Colegio Salesiano de aquella ciudad. A los tres años, 1925. pasa con el mismo cargo al Colegio de A Coruña «San Juan Bosco», donde levanta un nuevo pabellón para alojamiento de los Hermanos Salesianos y para clases.

En el 1929, fue destinado como Prefecto-Administrador del Colegio de la Ronda de Atocha de Madrid. En, 1932, lo encontramos como Párroco-Director en el Colegio del Arenal, de Vigo, hasta el año 1935, en que la obediencia lo destinó de nuevo al Colegio de la Ronda de Atocha de Madrid, como Catequista de internos.

En la prueba es donde se conoce el temple, el valor y la generosidad de las personas. No, hay vida tan bien guardada como la que guardan las penas. Y penas, tuvo un rosario de ellas, a partir, sobre todo, del domingo día 19 de julio de 1936, cuando las milicias revolucionarias asaltaron el Colegio de la Ronda de Atocha donde tantos niños y jóvenes, hijos de obreros, estaban recibiendo enseñanza gratuita y asistencia de toda clase. Fueron días los que siguieron a este domingo de sangre y de exterminio en que los sacerdotes y religiosos, perseguidos con odio satánico implacable, eran sacrificados brutalmente en los tristemente famosos «paseos».

Don Ernesto, vestido de paisano, fue apresado con varios Superiores y Hermanos y conducidos con ellos a la Dirección General de Seguridad. Penosos interrogatorios y, luego, una celda en la Cárcel Modelo madrileña.

A altas horas de la noche, los milicianos pregonaban, a la puerta de las celdas, los nombres consignados en una lista negra. Y, luego, el supremo sacrificio ante el paredón. Cundía el desaliento entre los reclusos. Cada noche traía su pesadilla.

Pero María Auxiliadora, a quien Don Ernesto invocaba filialmente, velaba por su vida. Su rostro pacífico y sencillos ademanes debieron convencer al Comité revolucionario que lo interrogó, de que Don Ernesto no era un enemigo peligroso. Las respuestas al interrogatorio eran lo suficientemente evidentes de su condición religiosa sacerdotal como para haberlo puesto en la lista negra:

«—¿Cómo te llamas, camarada?... ¿Dónde vivías?

En el Colegio Salesiano de la Ronda de Atocha.

—¿Qué hacías allí?

Daba clase a los niños...

—¿De qué materias dabas clases?

De Gramática, de Geografía...

—¿Y de qué más?...

Pues, de Caligrafía y de Historia...

—Pero, dabas también clase de Religión, ¿no?

Pues claro, para eso soy cura...

—Con que cura, ¿eh? ¿Y qué opinas tú de los militares sublevados?

Pues que ellos luchan por su idea..., y vosotros por la vuestra...».

El buen Don Ernesto tenía su «ángel». Este diálogo le valió sólo unos meses de cárcel...

De la Cárcel Modelo fue a parar a una pensión de la calle San Bernardo, y de allí, de nuevo a la cárcel del Duque de Sexto. Más interrogatorios, y otra vez en libertad. Dios guió sus pasos y fue recogido y acogido (entonces era un acto heroico acoger a un «enemigo» del pueblo) en el seno de una familia muy buena, los Señores de Royo Marín que lo trataron como a un hijo:

«Sentíamos por Don Ernesto un cariño entrañable. Mi madre siempre decía: “Don Ernesto nos trajo la bendición de Dios”. Teníamos constantes registros y detenciones de mis hermanos.

Llegó Don Ernesto y nadie nos volvió a molestar. El pobrecito no sabía cómo expresarnos su gratitud por haberlo amparado, en aquellas circunstancias trágicas, cuando, en realidad, éramos nosotros los que le debíamos a él gratitud».

Con su cara de bueno, logró una Cartilla de Racionamiento, y el buen sacerdote se ponía a las colas, esperando largas horas, a fin de alcanzar unos puñados de sabrosísimas lentejas... Y con su confianza en la Auxiliadora, logró entrar, ya en el año 1937, en la Legislación de Rumania, y, bajo pabellón extranjero, marchar a Valencia y tomar un barco que lo llevó a Francia. Por la frontera de Irún pasó a Pamplona donde fue atendido por los Salesianos del Colegio de dicha ciudad y por el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis, Don Marcelino Olaechea, salesiano.

El recordaría durante toda su vida con euforia aquella afortunadísima fuga del torbellino rojo de Madrid, atribuyéndola a su Virgen Auxiliadora.

Del 1937 al 1939, lo encontramos en el Colegio de Allariz (Ourense) como Director. El año 1940 fue destinado al Colegio de Béjar (Salamanca) como confesor y encargado de la Asociación de Antiguos Alumnos. Allí conquista el afecto de todos.

A fines de 1944, le sobrevino un violento ataque de reumatismo que lo inmovilizó en cama varios meses y lo puso en trance de muerte. Fue para él una crisis cruel, casi tan dura como la guerra.

Los Superiores lo destinan a Vigo en busca del clima aconsejado por los médicos; la brisa de las Rías Bajas gallegas le sienta muy bien. Pasó dos años de Catequista en el Colegio de San Matías.

Al terminar el curso 1966-67, es destinado al Colegio «Don Bosco» de A Coruña donde acaba de restablecerse.

«Don Ernesto, dice el Director, fue una bendición para este Colegio». Con su campanilla de Consejero, al frente de las clases elementales, amado entrañablemente por pequeños y mayores, era una institución. Cuidaba de los Profesores externos y lo querían respetuosamente; dirigía las clases, las oraciones y cantos. Atraía con su sonrisa cautivadora a los Cooperadores y a los Antiguos Alumnos de la ciudad. Y a su confesonario acudían los Salesianos a recibir la luz de sus atinados consejos, llenos de sabia experiencia. En su cátedra del perdón era manso y paciente. Siempre animaba. Los alumnos formaban diariamente grandes racimos alrededor de su confesonario.

En el patrio era el abuelito querido de todos: salesianos, niños y jóvenes, antiguos alumnos. Recibía con gozosa sencillez el afecto de todos y se dejaba querer como un niño.

Se podría ofrecer una verdadera antología de testimonios que llegaron a raíz de su muerte que, en síntesis, lo presentan como un salesiano ejemplar que no ahorró fatigas en cuánto la obediencia le encomendó:

«... Que no tuvo hiel para nadie, para nadie desamor y desvío. Hombre de verdadera piedad y fiel al cumplimiento de las prácticas. Una perla más en la corona de Don Bosco en el cielo». (Mons. Marcelino Olaechea, Arzobispo de Valencia).

«Realmente fue siempre ejemplarísimo salesiano... Me fue de valiosísima ayuda en momentos difíciles» (Don Modesto Bellido).

«Don Ernesto era un salesiano de cuerpo entero, un santo de pies a cabeza...». (Don Emilio Corrales).

«Todo lo que se diga de la bondad de Ernesto es poco. Lo querían en todas partes». (Su hermana, Sor Rita, Hija de María Auxiliadora).

«Don Ernesto hizo mucho bien a las almas, de una manera recatada y silenciosa. Fue un edificio magnífico; con una fachada muy sencilla. No tuvo dotes humanas espectaculares. No atronó en los púlpitos ni en las cátedras. Pero su humildad hacendosa, su gran amor a la Congregación, la veneración llena de fe que profesaba a los Superiores ante quienes se arrodillaba, en la intimidad, para pedirles la bendición de María Auxiliadora, su amor a los jóvenes, a los antiguos alumnos, su caridad paciente y sufrida, sin la más leve murmuración, su preocupación por nuestras tradiciones salesianas y el culto que rendía a las virtudes internas, sin

concesiones a la galería, serán para cuantos lo conocieron un altísimo ejemplo digno de imitar» (El Director del Colegio de A Coruña).

Era muy humano, con fino sentido del humor y de la sana ironía. Avisaba graciosamente no sólo al que dirigía las oraciones, cuando cometía algún «lapsus», sino también al cocinero, cuando se olvidaba de «conmemorar» dignamente alguna de nuestras fiestas. Nuestros Antiguos Alumnos, hoy hombres ya maduros, recuerdan anécdotas de antología de los buenos tiempos pasados con Don Ernesto. Y estos últimos años era ya un niño. Cualquier muestra de afecto, cualquier golosina lo emocionaba profundamente.

En tiempo en que se estimaba mucho la buena letra, «la caligráfica», y se enseñaba a hacerla esmeradamente a los alumnos, ayudó mucho, entre otros métodos, el de Don Ernesto de letra caligráfica «americana» de rasgos finos, adoptado en casi todos nuestros Colegios, hace años, antes de que apareciera el bolígrafo que terminó con esa pulcritud en la presentación de los trabajos escritos y demás documentos hechos a manos.

Dedicó mucho trabajo y sacrificio al teatro salesiano. Todos lo recordamos ensayando en el escenario con paciencia benedictina. Y así se ganaba el corazón de los improvisados actores y de los jóvenes espectadores. Ante el avance del cine en nuestros Colegios, él, a su modo, le hacía sorda guerra graciosamente. Sólo asistía a las veladas y representaciones teatrales.

Sólo en momentos de gran intimidad contaba algunos de los sentimientos de dolor experimentados durante su vida. Uno era éste: estando gravemente enfermo en una Casa, casi deshauciado por los médicos, alguien llevó a cabo el escrutinio-reparto y reparto prematuro de «sus bienes». Esto le dolió profundamente, sacudiendo su sensibilidad, pero lo soportó con gran paciencia.

Muy amante de la música, en sus buenos tiempos, aún en los últimos años de su vida, enseñaba las Avemarías de Mayo a los pequeños y dirigía el canto en la iglesia. Era una escena inolvidable la de cada sabatina. Solo ante los chicos, con paciente sonrisa, con los ojos suavemente elevados y las manos abiertas en magistral y gracioso ademán de dirigir la Salve Regina, llevaba la voz cantante en medio del general concierto, no siempre afinado y rítmico, con una expresión en su rostro tan encantadora, que evocaba la actitud extática del David Músico de nuestro Pórtico de la Gloria de la Catedral Compostelana.

Yo creo que, aquella mañana del 1 de mayo, en que entregaba su bendita alma a Dios, en presencia del Sr. Consejero de Estudios del Colegio, Don Félix Domínguez, que piadosa y fraternalmente cerró sus ojos, y tres antiguos alumnos: Carlos Millor, Antonio Lorenzo y Manuel Corredoira, médico, hijo de Don Manuel, médico también del Colegio y gran amigo y bienhechor de los Salesianos, que certificó la muerte, entraría glorioso en el cielo cantando la Salve y las Avemarías que con tanto cariño había enseñado a los niños, que, en esos momentos precisamente, estaban en la iglesia oyendo la Santa Misa.

## 29. CARLOS VÁZQUEZ DE ALDANA GARCÍA

Sacerdote.

Nacimiento, en Salamanca, 2-10-1928.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1946.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 26-6-1955.

Defunción, en Zamora, 30-4-1964.

De haber tenido que hacerle alguna recomendación a mi buen amigo Carlitos, no le hubiera hecho otra distinta a la que tan pulcramente expresa nuestro gran novelista y poeta Ricardo León:

«No adelgaces el humor — más no olvides que el vivir es una escuela de honor — donde se aprende a sufrir para enseñarnos mejor— cómo se debe morir».

Toda la vida de Carlitos fue de verdad «una escuela de honor», y no le faltó «el humor», humor que fue en él un signo inequívoco de madurez cristiana y humana, ya desde jovencito, y aprendió «a sufrir» ya desde los primeros años de andadura salesiana...

Don Carlos nació en Salamanca el día 2 de octubre de 1928, en el seno de una familia de las más puras y sanas, cristianamente.

Cursó todo el bachillerato en el Colegio Salesiano de María Auxiliadora de la misma ciudad. Al terminarlo, se fue al noviciado de Mohernando (Guadalajara), haciéndolo con ejemplaridad, en el curso 1945-46. En el mismo lugar cursó los estudios de Filosofía. El Trienio Práctico lo hizo, dos años, en Santander, y dos, en Madrid, en el Colegio de San Miguel, del Paseo de Extremadura, 1949-51. (Salió un año antes del estudio de la Filosofía por la preparación que tenía y además por su enfermedad de corazón...)

Conviví con Carlos en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, durante los cursos 1942 al 1945. Le di clase de griego y de latín en sexto y séptimo cursos. En todo lo referente a clase fue la exquisitez personificada.

Durante los dos últimos cursos, siendo yo catequista del Colegio, lo tuve como Secretario de la Compañía del Santísimo y de la Acción Católica interna que entonces funcionaba en el Colegio. Tenía un espíritu proselitista y apostólico extraordinario entre todos sus compañeros. Fue un elemento valiosísimo a todos los niveles, mi verdadero brazo derecho en la gestión del movimiento espiritual de las Compañías y de Acción Católica. No es de extrañar, por lo tanto, que todo ese celo y espíritu piadoso desembocara en la vocación salesiana y sacerdotal.

Cuando durante el Trienio Práctico, que estaba realizando en el Colegio de Santander, se sintió aquejado del mal de corazón, el Sr. Inspector lo mandó al Colegio de San Miguel Arcángel, del Paseo de Extremadura de Madrid. Fue una verdadera providencia para la buena marcha de ese Colegio, tanto de los alumnos como del personal joven salesiano, que tenía yo a mi cargo. Al terminar los dos años de estancia en él, fue a Carabanchel Alto para estudiar la Teología. No se olvidaba de este Colegio y, con relativa frecuencia, lo visitaba con verdadera ilusión, porque había dejado en él sus simpatías y buen quehacer.

Del Colegio del Paseo de Extremadura pasó, como ya he dicho, a Carabanchel Alto (Madrid) a terminar su preparación sacerdotal, con los estudios de Teología, desde el 1951 al 1955. Fue ordenado de sacerdote en Salamanca el día 26 de junio del mismo año.

El motivo de ordenarse en Salamanca se debió a la circunstancia especial de haber llegado a la meta del sacerdocio cinco antiguos alumnos del Colegio de María Auxiliadora aquel año. Fue un gran acontecimiento para el Colegio, que lo celebró con grandes festejos, y para toda la Familia Salesiana de la ciudad.

Recién ordenado sacerdote fue destinado como profesor a la Universidad Laboral de Zamora,

donde se distinguió siempre por la escrupulosidad en el cumplimiento del deber, que ejerció con la máxima perfección, bien en lo que se refiere a sus clases de matemáticas a cursos, superiores, bien desde su puesto en la Secretaría particular de la Universidad Laboral, bien en la comprensión de los problemas humanos en sus largas horas de confesonario. Todo ello por su inteligencia despejada y claridad de mente, que lo llevó a encargarse de los más delicados asuntos.

Sabiendo el bien que podía realizar, no obstante su precaria salud, sentía verdadero gusto en predicar las Tandas de Ejercicios Espirituales, sobre todo, los «cerrados», los de los novicios, que predicó y dirigió en numerosas ocasiones durante los pocos años de su sacerdocio.

El curso escolar 1963-64 desempeñó el cargo de Catequista con la competencia en él característica. Y, en pleno trabajo, como buen luchador de Cristo, se nos marchó, reclamando por Él, para recibir el premio.

El Sr. Director en la carta mortuoria dice:

«Don Carlos Vázquez de Aldana García terminó su prueba y marchó a la patria, el día 30 de abril, a las 20,30 horas, y cuando su vida era todavía ilusión y esperanza, contaba sólo treinta y cinco años de edad. Un paro cardíaco terminó con su existencia.

El ambiente era de fiesta: estábamos preparando el primero de mayo para celebrar la festividad de nuestro Patrono, San José Obrero, con gran solemnidad. No creó que se excediera en el esfuerzo físico; es que su corazón no funcionaba normalmente desde hacía tiempo; él lo sabía y tornaba precauciones, bajo el control de buenos especialistas. Don Carlos, como siempre, era el alma en estos preparativos. Dios quiso, no obstante, que esa hora, cuando se terminaba los preparativos par a la fiesta, marcara también el final de una vida generosa y entregada plenamente, en todos sus momentos, al servicio de los demás.

La muerte fue instantánea; en casa había un médico, un practicante y medios suficientes; pero todo fue inútil y no reaccionó. La fiesta se convirtió en duelo. La Misa solemne, en solemne funeral. Y todos los adornos de la Casa, a base de profusión de banderas y colgaduras, sirvieron para rendir merecido homenaje de despedida a nuestro querido Don Carlos; despedida festiva, aunque sentida, porque había terminado su misión y se iba al Cielo».

Al saber la muerte de su Catequista y profesor, los alumnos, sobre todo los quinientos internos, se llenaron de consternación. En el funeral que siguió a su muerte se acercaron casi todos a comulgar y siguieron acercándose, emocionados, en días sucesivos. Sus buenos padres y familiares que presenciaban estos sentimientos, pudieron sufrir y llorar pero con una serenidad confortante. Se vivieron horas de pesadilla, de emoción contenida y de sollozos entrecortados. Se le dedicaron funerales solemnes en la gran Iglesia de la Universidad, llena hasta rebosar de alumnos, profesores, amigos y autoridades.

En el cementerio, en una tarde soleada, el féretro, cuajado de flores, empapado en plegarias y rodeado de amigos, sentimos la profunda seguridad de la victoria. Y aquella misma crecida masa de jóvenes que lloraban, rezaban y cantaban, sobre la fosa abierta, serían después la tierra de bendiciones de su muerte.

Es indescriptible la manifestación de los sentimientos de condolencia. Y no sólo aquí, en Zamora; podría llenar un montón de páginas con frases de antiguos alumnos y amigos, llegados de toda España y aun del extranjero, todas llenas de emotividad y de afecto sincero por quien tanto bien les hizo. Me limito a transcribir las palabras del muy Rvdo. Don Emilio Corrales que, seguramente, lo conoció mejor que nadie, por haber tenido contacto con él durante casi toda su existencia:

«Don Carlos era un religioso ejemplar; un profesor estudioso y sacrificado; un sacerdote fervoroso, culto y apostólico; un salesiano responsable y celosísimo; uno de esos hombres, consecuente con los principios que profesa, para quien, en teoría y práctica, cuentan más la gloria de Dios y la salvación de las almas que su propia salud y que su misma vida; una de esas personas maravillosas que dejan huellas de luz y de vida en los corazones; una figura señera,

cuya silueta bienhechora seguirá admirándose en la penumbra de la vida de quienes lo han conocido, con admiración, con cariño y sana emulación; un salesiano de cuerpo entero a quien le vienen magistralmente las subidas palabras de Don Bosco: «Cuando ocurra que un salesiano sucumba y cese a vivir, trabajando por las almas, entonces habremos de proclamar que nuestra Congregación ha obtenido un gran triunfo, y sobre ella descenderán copiosas bendiciones» (MB., XII, 38 1-383)».

Don Julián Romo, compañero suyo de curso, sacerdote salesiano también, se remite unas notas sobre su compañero Carlos en las que fundamentalmente destaca:

«Carlos Vázquez de Aldama fue un muchacho de formas exquisitas de urbanidad, ordenado, pulcro en todo, siempre impecable en sus atenciones con los Superiores y compañeros. De gran sensibilidad en las virtudes y valores humanos. De carácter sereno, equilibrado, coherente, regular...

Sabía compaginar en el trabajo con los alumnos exigencia del deber y dulzura y amabilidad...

Hasta en sus momentos de buen humor, de sus bromas un tanto picarescas (de joven era un tanto irónico, pero siempre respetuoso hasta con sus mismos compañeros) aparecía en su semblante la grandeza de su alma y como si embalsamara el ambiente con sus palabras siempre amables. Todo ello demostraba que tenía un corazón muy grande, tan grande que no podría resistir tanta presión de amor con que él quiso llenarlo.., y «se le rompió».

Y con la autoridad de estos testimonios pongo fin a esta semblanza. Que la vida de Don Carlos Vázquez de Aldana ‘sea luz para la nuestra, al mismo tiempo que pedimos a Dios que su muerte haya sido para él luz gloriosa en la presencia dichosa del Señor.

### 30. MIGUEL SALGADO CORRAL

Sacerdote.

Nacimiento, en Matilla de los Caños (Salamanca), 29-6-1878,

Profesión religiosa, en San Vicente del Horts (Barcelona), 8-12-1901.

Ordenación sacerdotal, en Barcelona, 13-6-1908.

Defunción, en Vigo 8-1-1965.

«Omne trinum est perfectum», es una frase latina de fácil comprensión. Ni una sola gota de agua se parece a otra, pero sin embargo, cada una de ellas participa de la inmensidad del océano.

Don Miguel Salgado fue el tercero de la terna de los «Miguel», que hubo en el Colegio de San Matías de Vigo. Tres campeones de la piedad, de la bondad, del don de gentes, «tres santos varones», como los aclamó el pueblo, muy certero, cuando se trata de calibrar la valía de cada cual. Don Miguel Sánchez, muerto en 1926; Don Crescenciano Miguel, muerto en 1946; y nuestro Don Miguel Salgado, muerto en 1965.

Los achaques de riñón, que ocultaba siempre tras su constante sonrisa y buen humor, signo inequívoco de su madurez humana, fueron minando sus fuerzas hasta arrebatarlos, casi sin que nos diéramos cuenta y sin que nos hubiera causado la menor molestia, como él había pedido siempre a Dios, según confidencia a un Hermano: «Le he pedido a Dios que, cuando ya no sea útil sobre la tierra, me lleve con El». Y, ante la insinuación del Hermano, de que los ancianos siempre son útiles, aunque enfermos, contestó con su habitual buen humor: «¡Con todo, yo preferiría que Dios me dispensase de ese mérito que se puede adquirir, haciendo ejercitar la paciencia a los demás!». Entre las muchas aleluyas que solía repetir, con un tanto de fina y desenfadada ironía, se encuentra ésta:

«Paciencia es virtud bendita — que el hombre gasta en gran copia; quien no ejercita la propia — la del prójimo ejercita».

Su costumbre inveterada de madrugar para sentarse, desde la primera Misa, en el confesonario, fue la causa de que contrajera una pulmonía, de la que salió, gracias a la solícita intervención del médico de la Casa, Don Manuel Pintado Saborido (sobrino del salesiano Don José Saborido) que lo atendió con verdadero interés y cariño.

El día 1 de enero dijo su última Misa; por la tarde recayó. El día 8 de mañana, se le administraron los últimos auxilios espirituales, contestando devotamente a las ceremonias, y, a los pocos minutos de haber comulgado, expiró en los brazos del practicante, Don Manuel Andión, antiguo alumno del Colegio.

El Padre Miguel, como cariñosamente lo llamábamos todos, había nacido en Matilla de los Caños, a pocos kilómetros de Salamanca, el día 29 de junio de 1878. A los dieciocho años comenzó sus estudios en el Seminario Conciliar de Salamanca. Era el año 1886, año de la venida de Don Bosco a Barcelona. En 1900, a los dos años de la llegada de los Salesianos a Salamanca, después de madura reflexión y aconsejado por sus Superiores, pasó a nuestro Noviciado de San Vicente dels Horts, haciendo su primera profesión religiosa el día 8 de diciembre de 1901. Al año siguiente, hacía su profesión perpetua en la Casa de Sarriá (Barcelona). En el 1906, también en Barcelona, recibió, las Sagradas Ordenes Menores, y allí mismo, el día 1 de junio fue ordenado sacerdote, año 1908. Todo un record, seguramente según el modelo de la célebre «Escuela del fuego», organizada por Don Bosco en Valdocco, para las vocaciones tardías (MB, vol. X, p. 1216 de la Traducción española).

Su «currículum» salesiano, a grandes trazos, siguió así: del 1908 a 1911, Consejero Escolar en el Colegio Rocafort (Barcelona); de 1911 a 1914, en Sarriá; de nuevo en Rocafort, de 1914 a 1917; en A Coruña, de 1917 a 1921.

En 1921, fue destinado a la Casa Parroquial del Arenal, de Vigo, como Director y Párroco, cargos que desempeñó hasta el año 1926, año en que fue nombrado Director del Colegio de Baracaldo (Vizcaya). En 1928, fue llamado a dirigir la Casa de Pamplona (Navarra), al año de haber sido fundada. Por fin, en 1934, volvió definitivamente a Vigo; hasta el 1939, como Director del Colegio, de San Matías; de 1939 a 1947, de nuevo en la Parroquia del Sagrado Corazón, y, al dejar ésta los Salesianos, volvió a San Matías donde permaneció hasta su muerte.

El vacío que dejó en el ambiente salesiano de la ciudad este santo varón será muy difícil de llenar. Tendrán que pasar muchos años para que, las personas piadosas que frecuentaron la Parroquia del Sagrado Corazón y esta nuestra de María Auxiliadora, dejen de recordar con cariño y veneración a su Padre Miguel.

Notas características de su personalidad fueron:

—Su profunda HUMANIDAD, hecha de una sana filosofía de la vida, de simpatía arrolladora, que le atraía la benevolencia de cuantos con él tenían relación, sobre todo, siempre risueño, los caracteres físicos del hombre bueno. Su seguridad ante la certeza de la cercanía de la muerte, de la que hablaba con la mayor naturalidad, nos descubren un alma impregnada de espíritu de fe y de amor a Dios que lo iluminaba constantemente. Su dedicación al confesonario, su salesianismo que se echaba de ver en su amor entrañable a la Congregación y a este su viejo Colegio, por el que se preocupaba, no sólo buscando bienhechores (quería ver levantado Cuanto antes el nuevo Colegio de María Auxiliadora, en sustitución del viejo caserón de San Matías, destruido por el fuego en la madrugada del 23 de julio del año 1963), sino preguntando siempre por el número de alumnos, durante los períodos de matrícula, por el éxito en los exámenes oficiales y hasta en las competiciones deportivas; en su adhesión inquebrantable a los Superiores, a los que veneraba.

Don Modesto Bellido lo testimonia con estas palabras:

«...Cierto que los que mayores beneficios hemos recibido, hemos sido los Salesianos que, de alguna manera, lo tratamos. Me coloco en este número: cuantísimo tengo que agradecer al buen Padre Miguel, de mis años de Inspector. Su consejo fue siempre para mí de gran valor. Y lo mismo era para los demás Hermanos, según lo manifestaban en las confidencias que me hacían en las visitas...».

Otro punto en el que probo su amor a la Congregación fue su preocupación constante por las vocaciones: la Inspectoría Céltica de «Santiago el Mayor» ha perdido con él al paladín, al campeón, de la recaudación de limosnas y Becas para nuestras Casas de Formación.

—Su ESPÍRITU DE ALEGRÍA, con sus chistes graciosísimos y oportunos, que siempre eran celebrados, sus salidas ocurrentísimas, inclusive con los finos, sus proverbios y refranes, que le salían como a Sancho y todo «con humor». Un día, en el desayuno me decía: «¡Oye!, ¿te has fijado cuántos jóvenes mueren...?, pero viejos no vamos a quedar ni uno para contarlo». Alguien dejó dicho que hay cuatro virtudes teologales: la fe, la esperanza, la caridad y EL BUEN HUMOR. El Padre Miguel tenía esta virtud en muy elevado grado, era la atmósfera natural en que él vivía y hacía ver a los demás las virtudes de la vida comunitaria, sobre todo la que rima con humor: ¡AMOR!: Su fuerza conquistadora resultaba de la igualdad de humor, maravillosa cualidad de la paciencia y que nacía del dominio de sí mismo.

—Su PUNTUALIDAD a todos los actos de Comunidad, hasta en los últimos días en que llegaba, arrastrando los pies penosamente como quien no quiere resignarse a quedar fuera de combate. Por algo, la puntualidad se ha definido como virtud de príncipes...

—Su POBREZA SALESIANA: Durante toda su estancia en esta Casa, recibió muchos regalos de toda clase, sobre todo, a partir del incendio de la Casa, que lo despojó de todas sus pertenencias: ropas, calentadores, libros, calzado, golosinas, dinero... El todo lo ponía a disposición del Sr. Director, para que dispusiera de ello a su gusto. ¡Cuántas veces lo sorprendíamos, en el trayecto de la iglesia a la Casa, con abultado «contrabando» debajo del abrigo o sotana: eran los roscones, roscas, brazos de gitano, pastas, caramelos que Doña Gumer y otras piadosas mujeres le llevaban asiduamente al confesonario! Aunque él era goloso de marca, siempre lo ponía en la mesa a

disposición de los Hermanos, que lo celebraban.

—Su DON DE CONSEJO, practicado dentro y fuera del confesonario. Durante varios meses, hasta que su confesonario fue ocupado por otro sacerdote, personas piadosas, sus penitentes, agradecidas a su buen Padre Espiritual,, depositaban en él flores, lo mismo que en el Panteón del cementerio, sobre su tumba. Y todavía hay alguna persona que deja su clavel, en su nicho.

Por la capilla ardiente desfilaron muchos miles de personas que, conmovidas, besaban las manos que tantas veces las había bendecido y absuelto, y lo lloraban y rezaban como se reza delante de un santo; velaron sus restos, hasta durante toda la noche, turnos de Hermanos Salesianos y antiguos alumnos con otros feligreses de la Iglesia de María Auxiliadora.

Los funerales presididos por el Sr. Inspector constituyeron una apoteosis para el humilde hijo de San Juan Bosco que «pasó por la tierra haciendo el bien, consagró la mayor parte de su existencia a santificar las almas como bondadoso confesor y celoso director espiritual; siempre supo mantener entre los suyos un clima risueño de serena alegría y santa cordialidad» (de la estampa recordatorio).

### 31. VICTORIANO RODRÍGUEZ MARTÍN

Sacerdote.

Nacimiento, Valsalabroso (Salamanca), 9-8-1929.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1946.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel Alto (Madrid), 26-6-1955.

Defunción, en Vigo (Pontevedra), 6-11-1967.

La estampa-recordatorio que los Salesianos del Colegio de María Auxiliadora de Vigo hicieron a su muerte decía: «Señor, Tú eres el camino, la Verdad y la Vida; ten presente qué tu siervo Victoriano escogió tu camino para siempre y predicó la verdad de tu palabra. Dale a él la Vida eterna, y a nosotros que te encontremos al final del camino».

El final lo encontró en la entrada de Vigo. Había sido recientemente nombrado primer Director de la últimamente fundada Casa de Villagarcía de Arosa. Los responsables de RENFE habían visitado el Colegio de Huérfanos de Ferrovianos de León, donde Victoriano era Administrador. Ellos querían dar a los jóvenes aprendices de RENFE la educación que se impartía en León.

Apenas llevaba unas semanas residiendo en el Colegio de Villagarcía, estaba preparando el ingreso de los primeros alumnos y adecuando la Casa para los salesianos; necesitaba hacer frecuentes viajes, a Vigo para abastecer la residencia.

El día 30 de octubre, el encargado de las obras en el Colegio lo acompañaba a la ciudad de Vigo. Aquí esperaba encontrarse con un Hermano Coadjutor para llevarlo a Villagarcía. A la entrada de Vigo, el «seiscientos» derrapó, el conductor perdió el control y fue a chocar contra el petril de la carretera; el golpe fue fuerte y don Victorino sufrió shock traumático y rotura de pelvis.

Fue ingresado en la Residencia de la Seguridad Social de Vigo, donde se le prestaron todo tipo de cuidados.

El Director de la Residencia, avisó al Director del Colegio de María Auxiliadora a quien comunicó que el estado del paciente era delicado y que habría que esperar tiempo para ver si no se presentaban más complicaciones. En principio reaccionaba bien.

Se avisó a la familia y a los Superiores. No había más que mirarlo para notar que el seguro y sereno don Victoriano estaba afectado. Agarraba sin desprenderse la mano de su compañero, el Director de María Auxiliadora; la apretaba, como dicen que hacen los moribundos. No le faltaban los auxilios espirituales del Capellán de la Residencia.

El día de los Santos, algunos Salesianos de Vigo compartieron los tradicionales dulces de los Santos con él y sus familiares. Se le llevó la reliquia de Domingo Savio que había pedido insistentemente. Para un hombre que no había tenido otra enfermedad que algún catarro, este golpe representaba, «un pequeño fracaso íntimo», como él decía.

A las cinco de la madrugada del día 6 de noviembre, que era domingo, el salesiano que lo acompañaba en la habitación, se percató de la gravedad; avisó de inmediato a la enfermera y médicos, uno de los cuales era antiguo alumno de Salamanca, y al Capellán; sólo pudieron aplicarle unas inyecciones y constatar su defunción. Una embolia, efecto del accidente, fue la causa inmediata de su muerte.

Puestos de acuerdo los Salesianos de los dos Colegios de Vigo, se pensó que el Colegio-Hogar de la CAV era más adecuado que el de María Auxiliadora para instalar la capilla ardiente.

La noticia entristeció a la Familia Salesiana; empezaron a llegar Salesianos y personas allegadas, familia y amigos a dar el pésame y a rezar una oración.

Los ‘funerales tuvieron lugar en la iglesia de María Auxiliadora. Presentes estaban el Sr. Inspector con casi todos los Directores de las Casas de Galicia, la Madre Inspectora con varias Hermanas de las Hijas de María Auxiliadora. También estuvo presente una representación de Directivos de RENFE, numerosos Cooperadores Salesianos, Antiguos Alumnos y Salesianos.

No conocían a don Victoriano, pero quedaron impresionados por el sentimiento que mostraba quienes habían convivido con él.

Estaban presentes sus hermanos: Mercedes, Hija de la Caridad; María, Hija de María Auxiliadora; Honorio, sacerdote salesiano de la Inspectoría de Madrid; Filiberto, estudiante de Teología en Salamanca, perteneciente a la Inspectoría de León; y Juan, que vivía con sus padres en el pueblo.

Sus restos mortales inauguraron el panteón que la Comunidad de María Auxiliadora había acondicionado poco y donde yacían beneméritos salesianos muertos en la ciudad.

Se pronunciaron exactas loas en recuerdo de don Victoriano; la mejor es la constatación de su final. Murió desarraigado, casi en una tierra desconocida a la que acababa de llegar, él que amaba tanto el lugar donde había trabajado antes; sin conocidos, él que se había creado amistades consistentes por su buen hacer y tratar; casi sin ropa, pues hasta calcetines hubo de prestarle un compañero para la mortaja. El Director del Colegio de María Auxiliadora abrió el baúl donde guardaba todas sus pertenencias en la residencia de Villagarcía, da fe de que estaba vacío. Apenas dos prendas de vestir.

Ni alumnos del nuevo Colegio tuvo, él que cuidó y quiso tanto a sus amigos estudiantes de Zamora y León.

Quien conociera a don Victoriano y le viera mandar y hacer, resolver y comprar, decidir y alternar... recibiría una lección que vale por toda una vida.

Su gestión como Director del Colegio de RENFE de Villagarcía fue un sueño de ilusiones y promesas. Una lápida que RENFE colocó en el vestíbulo fue casi el único recuerdo de su paso: desarraigo total de un hombre desprendido. Nunca como en él se cumplió la copla de Jorge Manrique, su vida, como un río crecido, terminó en el mar plácido de la ría viguesa.

Don Victoriano había nacido en Valsalabroso, pequeño pueblo del partido de Vitigudino, en la provincia de Salamanca, el día 9 de agosto de 1929. Fueron sus padres, don Alfredo y doña Estefanía, cristianísimos padres que educaron seis hijos, cuatro salesianos, una Hija de la Caridad y Juan, casado y residente en Valsalabroso.

La Congregación por medio del Rector Mayor, don Zigliotti, les concedió la Medalla de Oro de la Congregación Salesiana, que en una ceremonia emotiva les fue impuesta por don Emilio Corrales, Inspector de la Céltica, en su pueblo natal.

Educaron a sus hijos en la sencilla piedad, en el trabajo serio de un pueblo austero. En ese ambiente floreció la vocación de don Victoriano, al acabar la contienda nacional, primer crecer de la semilla de nuestros mártires.

Ingresó en el Colegio de Astudillo como aspirante el año 1941. Pronto descollé por su madurez y buen juicio, así como en los estudios: siempre estuvo en los primeros puestos. Acabados los cuatro años del Aspirantado de entonces, pasó a Mohernando a hacer el Noviciado durante el curso 1945-46. Eran los años épicos de Mohernando, reciente aún el ambiente de martirio de años antes y bajo la personalidad del Padre Maestro, don José Arce; tiempo de correrías para atrapar conejos, la vendimia y recogida de aceituna en el diciembre inclemente, el espiguelo de agosto, los paseos largos..., y la tuberculosis que los malos años habían traído a Mohernando,

Hizo su profesión el 16 de agosto de 1946 y empezó a continuación los años de Filosofía. Al terminar, tuvo que suplir durante una temporada al Asistente de Novicios.

El Trienio lo realizó en Salamanca, María Auxiliadora. Era maestro, asistente y atendía otras actividades: el teatro, los grupos, formativos, llamados entonces Compañías, colaborando activamente con don Luis Chiandotto, gran animador de ese movimiento en toda España.

En Madrid, Carabanchel Alto, realizó los cuatro años de Teología. Entonces estudiaban allí los Salesianos de Andalucía y los de Portugal. Por lo que no es extraño que fuera ordenado en un grupo de más de cuarenta sacerdotes, el año 1955.

La circunstancia de que su hermana Mercedes, Hija de la Caridad, estuviera al frente de un pabellón en el Hospital General de Madrid, hizo que don Victoriano, haciendo de enfermero de la Comunidad, acompañara a los enfermos a dicho Hospital, donde eran atendidos con esmero por las Hijas de la Caridad.

Los descansos del verano en los años de Teología los pasó en el Colegio del Paseo de Extremadura de Madrid, ayudando a preparar el libro de la BAC sobre don Bosco.

Celebró su Primera Misa en Valsalabroso, con la emoción que se puede imaginar, de sus padres, familia y vecindad.

Su primer campo apostólico fue la Universidad Laboral de Zamora; era el año 1955-56. Al siguiente, fue nombrado Consejero de Internos. Aquí demostró sus cualidades ya sobresalientes: atención a los muchachos y familiares, exigencia con comprensión, serio trabajo en el estudio de los alumnos y atención a la predicación. Entonces, además de la segunda Misa, se tenía instrucción catequética por la tarde de los domingos, de la que, por mucho tiempo, estuvo encargado don Victoriano; su palabra era extremadamente atractiva para los chicos. Casi todas las charlas las escribía.

El año 1961 fue trasladado al Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León, donde permaneció hasta el 1967, año de su muerte.

En este Colegio acredité el bien hacer de su actividad como Administrador, Capellán de las Hijas de María Auxiliadora de la Comunidad aneja al Colegio y de predicador de la Palabra de Dios. Las Hijas de María Auxiliadora que cuidaban la cocina y el ropero del Internado, encontraron en él al administrador fiel y solícito.

Don Victoriano fue hombre de disciplina, exactitud, seriedad. Tenía la cualidad de saber romper la monotonía con la que se crea la rutina y de saber que, por encima de las cosas, está la atención a las personas.

Creatividad para que los chicos tuvieran la ropa adecuada: él fue quien hizo cambiar el «uniformado traje de los alumnos» del C.H.F., por estilo y colores que escogieran ellos. Sabía también romper la tensión que se hubiera creado en un internado de quinientos cincuenta alumnos con una buena pizca o una película; tenía la obsesión de que perdieran el carácter de aislados que tenían a veces los internos.

Con la Comunidad tuvo las atenciones adecuadas en tiempos en que las compras, viajes, diversiones, etc., eran muy limitadas. Pero sabía inculcar el orden necesario para que todo discurriera con suavidad. Solía decir que el comedor era para la distensión y no para discusiones o solucionar problemas; para ello había un despacho.

Gustaba de predicar y se preparaba a conciencia. Entre las escasas pertenencias de su baúl semivacío, estaba el libro de homilias de Evelyn y unos cuadernos con apuntes de sus charlas. La predicación le servía, comentaba él, para predicarse a sí mismo y medio de espiritualizar su propia vida.

Estaba dotada de una agudeza para penetrar la idea esencial del problema o razonamiento; inteligencia y decisión en la resolución; visión rápida y sintética de las cuestiones a tratar; cualidades de trato y cortesía y una especial simpatía, con la que se granjeó abundantes amistades que lo siguen recordando, tanto del personal directivo como de administración y servicios.

Los Superiores lo juzgaron preparado para dirigir la difícil obra que RENFE había encomendado a la Inspectoría. Todos los elementos de éxito estaban a punto. Había diseñado programas e ilusiones que comenté con su hermano Honorio la víspera de su muerte.

Había asistido en La Crocetta de Turín al cursillo de Directores en agosto de 1967. Allí, decía les habían lavado el cerebro; pero lo sumió en el sentido más positivo de su futuro trabajo: sabía lo que tenía que salvar y lo que tenía que eliminar de su actuación.

Estaba, dotado de cierto gracejo e ironía risueña de la que hacía a veces exteriorización. Recuerdo un día, durante la predicación de Ejercicios a los Novicios que los dos hacíamos en Astudillo. Salimos a dar un paseo, y pasamos por el convento de las Clarisas; se divisaba una galería descubierta donde trabajaban dos monjitas. Le dije: «Mira, dos monjitas». El sacó un pañuelo blanco que desplegó para hacer señas con él. No sé si las monjitas se asustaron, pero los dos nos reímos un rato.

Luchó consigo mismo y trabajó sobre su rica personalidad, de modo que muy pronto se hizo fruto sazonado. Destacaba entre sus Hermanos-compañeros de estudio y formación. La serenidad de espíritu, la cordialidad de su carácter, el dominio de situaciones y problemas, una precoz intuición

de las personas le hacían ser ante todos un joven maduro, muy superior a la madurez que su edad hubiera exigido.

Especialmente sobresalía por estas dos cualidades: su encanto de trato y su dominio de la vida y de sus problemas.

El secreto de la primera era una rara conjunción de sencillez, por la que nunca parecía se sintiese superiora nadie y la cordialidad por la que todos, altos y bajos, jóvenes y mayores, entraban en el campo de su aprecio profundo y su afecto manifiesto. Nunca se sintió sometido por el servilismo o el oportunismo. Pero siempre trató a los «muy» superiores con confianza y aprecio como si fuesen iguales, pero, al mismo tiempo, con un sincero sentido de su situación. Esto le hacía encantador a todos.

Fue capaz de desempeñar los cometidos de los cargos que le confiaron con seguridad y serenidad, como si los problemas no le afectasen en lo hondo de su persona. Su profundo sentido de responsabilidad y la solución que daba a cada asunto emprendido, no turbé nunca su carácter, siempre radiante, ni su actitud de atención y acogida hacia cualquiera que se acercase a él, como si no tuviese prisa o no tuviese otra, cosa que hacer. Creo que esta constante actitud era una manifestación diáfana de rica personalidad, madura en auténtico afecto y en su convicción de que la vida vale la pena si sirve a los demás.

Estaba convencido de que la fecundidad de la palabra no dependía sólo de la semilla, por buena que fuese, sino también de la tierra. Sembraba semilla de calidad en tierras que preparaba concienzudamente. Acudía a resortes que nacían de su atención a, los oyentes, de la condición de su edad o cultura, de la dificultad del tema. Se metía en cada uno de los que escuchaban antes de decirles lo que debían escuchar.

«Un salesiano más, decía el Sr. Inspector en su carta mortuoria, que cayó en la brecha: una honra para la Congregación y para nosotros. Dios le dio muchas almas que pidieran por él».

«Siempre fue el primero en todo, y ha querido serlo precediéndonos al cielo», decía su hermana Mercedes.

Murió en plena juventud, con tantas cosas aún por hacer. Pero él había pronunciado el «sí» absoluto a Dios, el sí que Dios exige a todo hombre antes de admitirlo a la acción definitiva del Cielo; el sí cuya lenta y difícil preparación es la única razón que explica el hecho de que una existencia humana se prolongue.

### 32. JOSÉ ANTONIO ALCALDE GARCÍA

Coadjutor.

Nacimiento, en Ventosa de Río Pisuerga (Palencia), 21-11-1939.

Profesión religiosa, en Astudillo (Palencia), 16-8-1958.

Defunción, en Medina del Campo (Valladolid), 18-11-1967.

Estaba en el Estudiantado Filosófico de Medina del Campo, responsable de la sana y bien atendida alimentación de la Comunidad, en la que estaba totalmente integrado, y, por lo tanto, muy querido de todos los Hermanos.

Alguien dejó dicho que así como un día bien empleado procura un dulce sueño, así una vida bien vivida nos proporciona una muerte tranquila. Este fue el caso de nuestro Hermano José Antonio. Bien se le pueden aplicar aquellos versos de la mística doctora castellana:

«Ven, muerte tan escondida, — que no te sienta venir,  
porque el placer de morir— no me vuelva a dar la vidas».

Muy escondida y sigilosa pasó la muerte, aquella noche del día 17 al 18 de noviembre, por aquellos aledaños de Las Salinas de Medina del Campo, que ni siquiera tuvo que abrirle la puerta nuestro Hermano José Antonio Alcalde.

Eso sí que fue dormirse en la tierra para despertarse en el cielo. La plácida muerte le sobrevino por intoxicación de monóxido de carbono, salido por un registro de la chimenea de la calefacción. Una muerte serena, sin un rictus aparente siquiera de agonía, como se pudo comprobar, al descubrirlo en postura apacible y sosegada, muy natural, sin extorsión de ninguna clase, en el lecho de la muerte.

Había nacido José Antonio en Ventosa de Río Pisuerga, un pueblecito a pocos kilómetros de Herrera de Pisuerga, en la carretera Madrid-Santander, donde su padre tenía un taller artesanal de carpintería: el clásico «carretero» de los pueblos de Castilla, dedicados a la agricultura, el día 21 de noviembre de 1939.

Del ambiente muy cristiano de la familia brotaron dos vocaciones a la vida salesiana: la suya y la de su hermano menor, coadjutor también, Fermín.

Su «curriculum vitae» fue muy sencillo, como lo era él... Hizo su aspirantado en las Casas de Astudillo y Arévalo, del año 1953 al 1957, Volvió a Astudillo para prepararse a la Profesión religiosa, al fin de su noviciado, como realmente logró, coronando dicho año, con la consagración a Dios en la Congregación Salesiana, el día 16 de agosto de 1958.

Transcurrió su vida consagrada en las Casas de Formación siempre: Astudillo, Medina del Campo, Allariz, Medina del Campo, por segunda vez, desarrollando en ellas un apostolado «oratoriano» de servicio a los Hermanos, desde el sacrificado y generoso trabajo de la cocina, entre cuyas ollas encontró constantemente a Dios, sirviéndose de ello y de otros trabajos de apostolado como de trampolín para saltar al cielo.

Era un tanto despistado y un tanto atrevido, no por falta de buena voluntad, ni, mucho menos, de espíritu religioso-salesiano, sino por su manera de ser espontánea y extrovertida. Con esto no entiendo quitarle ni un ápice siquiera de su tabla humana y religiosa.

Características fundamentales de su espíritu y carismas salesianos fueron la bondad sencilla, la piedad, el trabajo y la alegría. Características que ya señalaban los Superiores del Noviciado: bueno - trabajador - humilde...

De forma litánica, serían éstas algunas de las muchas que yo mismo comprobé durante el tiempo que estuve con él y que me han señalado los que compartieron con él trabajo y fraternidad:

—Siempre humilde: prodigio de servicio constante a los otros en su oficio de verdadero

«ministro».

—Amable: derramando sonrisas por doquier. Fue el gran medio del que se sirvió para ganar amigos con toda clase de personas. Aquella sonrisa limpia, amplia, ingenua, inocente, que tenía siempre a flor de labios. Eran admirables su bondad y sencillez.

—Siempre fue sacrificado y trabajador, sobre todo, cuando las circunstancias lo requerían, como eran las Fiestas (para él los días de Mayor preocupación y más duro trajín).

—Con frecuencia se le veía pasar ratos de intimidad con Dios, en la capilla y, cuando, por razones de su cargo, encontraba dificultad para hacer cumplidamente las prácticas de piedad con los Hermanos de la Comunidad, buscaba tiempo para hacerlas por su cuenta.

—Amaba intensamente su vocación. No se despojaba nunca de su Medalla-distintivo de coadjutor, como un símbolo de su acendrado amor a don Bosco. En sus cuentas de conciencia manifestaba detalles de su vida, interesándose por la forma más perfecta de comportarse religiosa y salesianamente.

—Pobre y austero, como la tierra castellana que lo vio nacer, vivió sin exigencia alguna, dándonos alto ejemplo de desprendimiento. Nunca una queja, siempre agradecido a cualquier atención que se tuviera con él y contento y satisfecho de poder ser útil a cualquiera que precisase sus servicios.

—Tenía amor salesiano a los niños y era correspondido por ellos. En el tiempo que permaneció en los Aspirantados, se relacionaba, como buen asistente, con los alumnos y con los niños del Oratorio Festivo, con los jovencitos mayores y con los AA. AA.

—Otra característica, acusadamente pedagógica, fue su disposición a intervenir, siempre que se lo proponían, en sobremesas, veladas, teatro, deportes, etc. Tenía una «vis» especial para el teatro y contaba con buenos y numerosos recursos para todos esos ratos de esparcimiento. Entre sus pertenencias, se encontraron varios cuadernos y papeles con números para esas intervenciones, escritos de puño y letra. Recursos que él explotaba alegre y apostólicamente y, como se ha dicho, con una exquisita colaboración con los encargados de esas actividades.

—Pero lo que más sobresalía y se destacaba en él era su «bonhomía» —campechanía—, fruto de su generosidad y de su confianza en los demás. Era verdaderamente sencillo como una paloma. Su método de vida, su talante constante, sus gestos espontáneos y su mismo expresarse reflejaban esa candorosa sencillez que don Bosco quiso para sus hijos. Esa su cualidad cautivaba a cualquiera.

Fueron muchos los clérigos que habían convivido con él en el Estudiantado Filosófico de Medina del Campo y que, al dar el pésame al Sr. Director, coinciden en cuanto llevo apuntado, diciendo que este buen Hermano que era bueno porque era humilde.

Un hermano de sangre, residente en el extranjero, decía que en verdad había sido una gran prueba de Dios y un gran dolor para todos ellos, por ser él tan humilde y bondadoso por lo que se hacía querer de todos; las cartas que les escribía los alegraban mucho por sus buenos consejos y sus oraciones continuas por todos ellos; a sus oraciones y vida santa atribuyen sus actuales beneficios.

El Sr. Inspector, en la Circular en que anunciaba a los Hermanos la muerte de José Antonio, decía que era bondadoso, alegre, optimista, piadoso y que estaba entusiasmado con su obediencia sacrificadísima de preparar nutritiva alimentación a nuestros jóvenes estudiantes.

San Juan Bosco lo habrá premiado, presentándole a la Virgen sus buenas obras.

### 33. FRANCISCO FRANCO FRANCO

Subdiácono.

Nacimiento, en Grisuela del Páramo (León), 7-5-1940.

Profesión religiosa, en Astudillo (Palencia), 16-8-1958.

Defunción, en Candelario (Salamanca), 23-6-1968.

«No le digas a las cosas — que tengo que morir;  
ni tampoco a las estrellas — ni a los grillos, ni al silencio;  
no se lo digas a nadie...» (Francisco Franco Franco).

¿Presentiría él, por poeta o por esas secretes del espíritu, su pronta muerte?, se pregunta su Director del Teologado, Don José Antonio Rico.

Estos versos los escribió cinco días antes de su muerte.

La cosa sucedió así: Es su Director quien nos lo relata.

«Este buen teólogo, perteneciente a la Inspección de Zamora (hoy León Santiago el Mayor), iba todos los domingos, en compañía de otros cuatro, al barrio de La Vega, donde trabajaban con muy buen espíritu salesiano entre los muchachos de aquella barriada: santa Misa, catequesis, deportes. Este año prepararon un concurso catequístico, que terminó con una solemne fiesta de premios, el día 16 de junio. Para el domingo, 23, reservaron una excursión para los cincuenta mejores, con meta Candelario, pueblo con sierra y río. Casi todos los chicos prefirieron subir hacia la nieve, mientras los más pequeños se quedaron junto al río para pasar el día jugando. A pesar de todos los cuidados y prohibiciones preventivas, un chiquillo resbaló y cayó al río; lo que motivó que nuestro Francisco se arrojara al agua, vestido como estaba, para salvarlo. Logró darle un empujón y ponerlo a salvo, a cambio de caer él en lo más profundo de donde no pudo salir. Los restantes detalles, de confusionismo de aquellos pequeños y de dolor ante su impotencia, no son para descritos. El pueblo de Candelario, como los Salesianos y Antiguos Alumnos de Béjar, ofrecieron toda suerte de ayudas, tanto en favor del pobre salesiano fallecido, como para atender a los chicos y, especialmente, al muchacho salvado heroicamente...

Ha sido todo un mundo de almas hermanas que ha vibrado al unísono con notas de consuelo y de adhesión sincera. De modo especial, sus compañeros teólogos, vivieron horas de intenso afecto, expresado en oraciones, lágrimas y comentarios edificantes».

Su familia en pleno, con el Párroco del pueblo y algunos vecinos, se trasladó a Salamanca. Fue ejemplar su lección de aceptación de la voluntad divina, llevando la muerte de Francisco con gran entereza.

El funeral, presidido por el Sr. Inspector de Madrid, concelebrando el Párroco de su pueblo, el que suscribe, juntamente, con los treinta y cuatro compañeros sacerdotes, fue una función litúrgica inolvidable...

De este modo, su familia pudo comprobar que su hijo, al dejar la propia casa, había encontrado verdaderamente otra familia, más numerosa en hermanos y rica en afecto...».

Francisco había nacido en Grisuela del Páramo (León), el 7 de mayo de 1940, de familia muy cristiana, sexto de siete hermanos. El Señor lo llevó a los trece años al Aspirantado de Astudillo (Palencia), donde hizo el primer curso, pasando luego a Arévalo (Ávila) a completar sus años de latinidad. El Noviciado, en Astudillo, durante el curso 1957-58. Y los cursos de Filosofía, en Guadalajara, desde 1958 a 1961. El trienio lo realizó en el Colegio de Niños del Naranco de Oviedo, niños pobres que tuvieron en Francisco un verdadero amigo. El 2 de agosto de 1964, emitía sus Votos perpetuos y, meses después, comenzaba en esta Casa del Estudiantado Teológico de Salamanca los estudios de Sagrada Teología; estudios que estaba a punto de coronar, cuando le sobrevino la muerte.

En el Boletín del mes de agosto de 1968, aparece una semblanza tan preciosa y aleccionadora que bien vale la pena transcribir algunos párrafos:

«Muchas veces nos preguntamos ante la expansión salesiana, signo visible de la vitalidad de nuestra Familia, cuál o cuáles serán las causas íntimas de tal lozanía...

La muerte de nuestro Hermano por salvar la vida de un niño, ha descubierto el tesoro de un alma enamorada del sacerdocio; meta soñada, á la que no pudo llegar, cuando tan sólo lo separaban de ella cuatro días. La muerte ha proyectado una sombra, que ha hecho más clara la luz de una vida heroica, ocultada a conciencia; una vida conscientemente entregada al Señor para servicio de la juventud.

Al leer sus pensamientos íntimos, conocidos tan sólo después de la tragedia, comprendemos que son salesianos cómo Francisco Franco, abnegados, que se están santificando en el silencio, amando a la juventud y a las almas, dispuestos a dar por ellas la vida, quienes dan vigor al tronco salesiano con su savia. Dios derrama sus bendiciones a través de ellos ¡y nadie lo sabe!».

He aquí algunos pensamientos íntimos, recogidos de su diario personal:

«Sacerdote, Misión difícil y arriesgada. Tanto más peligrosa cuanto más bella y sublime. Ir tocando las almas sin rozar los cuerpos; amar a todos sin pegarse a nadie; estar juntó al fuego sin quemarse; estar en el mundo sin pertenecer a él; vivir con los hombres sin pensar como los hombres... ser hombre y contrariar al hombre; andar entre las fieras sin aprender a aullar... Arriesgada misión. Pero no me asusta. Te espero y Te deseo. Abriré mis brazos y, con ellos en cruz, trabajaré en esta postura, Te recibiré así, para luchar y amar cual otro Cristo» (5 de octubre de 1967).

En su diario personal se pregunta repetidamente «¿seré sacerdote? ¿Llegaré a sacerdote?»

Parece ser que los Superiores del teologado le habían negado las Órdenes en el último escrutinio. Así me lo han asegurado algunos de sus compañeros.

En sus apuntes, se encuentra esta oración preciosa:

«Acto de fe en la vida... Dame una luz nueva. Que vea el camino que he de seguir... Tú lo sabes, Tú sabes lo que me conviene. Dame tu mano, apriétame fuerte, no te importe si me haces daño... Si me quejo, no me sueltes... Enséñame a sufrir y a luchar. Dame fe en la vida: que crea en lo que me rodea y espere siempre en tu amor. Señor, que yo crea, que yo espere y que yo ame cada día un poquito más». (8 de junio de 1968).

¿Sería la réplica a la comunicación de su no admisión a las Órdenes? Piadosamente yo creo que sí.

La semblanza de nuestro Hermano nos ofrece características dignas de hacerse notar. Uno de sus compañeros escribe que en una visión rápida o para aquellos que no lo tratasen de cerca, es posible que aparentase ser un espíritu en exceso jovial, llegando hasta ser algo irreflexible o picaruelo. Pero, al cambio de pocas palabras con él, se descubría su gran corazón, su espíritu sacrificado, delicado, lleno de entrega para los demás. Lo que más destacaba era su sencillez y su bondad. Era de carácter sincero, franco (como su doble apellido); no guardaba secretos que pudieran dar a entender segundas intenciones. En sus apuntes personales, jamás se lee una frase de encono o de amargura contra nadie.

Por eso todos lo querían mucho: nadie podrá decir que Francisco haya negado favor alguno que se le pidiera. Se ofrecía libremente para participar en actuaciones en público, para ayudar y mantener la sana alegría en la Comunidad como también cortar el pelo a los compañeros.

En este punto, todos los compañeros destacan su cariño para con los niños y los pobres. Siempre, en los paseos o en el Oratorio a donde iba los días festivos estaba rodeada de niños, les daba caramelos, un bocadillo y unos minutos de su amena charla.

Acaso más velada para los no íntimos era su vida interior, su espíritu de piedad. Nuestra capilla

sabe de muchos ratos de sagrario, de sus luchas interiores y de sus avances en la vida interior. Se lo veía sensible y profundo para los valores espirituales, con un sentido auténtico de las realidades de la fe; delicado y con gran capacidad de sufrimiento en profundidad. Todas las cosas, aun las más sencillas, las pasaba por su reflexión religiosa, remontándose al campo de la fe.

Al tener un alma tan delicada, sabía ver la naturaleza con espíritu de poeta religioso: los nidos, los pájaros, las bellezas todas de la naturaleza le inspiraban versos de gran finura y de buen corte: era un pequeño cantor de la creación en sus conversaciones con los compañeros.

Con esos mismos ojos sabía ver la muerte, en la que pensaba frecuentemente y a la que dedicó una de sus últimas poesías. En uno de sus trabajos escritos de clase, del último curso, se explayaba en este sentido:

«La muerte, a pesar de ser un castigo, no es un mal. Sólo para los pecadores constituye una desgracia. Fue vencida por Cristo y los que viven en Cristo, en el fondo, deberían deseársela, pues por medio de ella nos unimos a la Verdad para la que hemos sido creados. San Pablo la deseaba para recibir la gloria. Y, como él, muchos santos: Santa Teresa de Jesús: «Que muero porque no muero»... La muerte de los justos es como un sueño. La muerte para el justo es un paso, doloroso, pero consolador; para el impío es un salto en el vacío que lo aterra y lo hace temblar. La muerte es un encuentro con Dios».

¿Pensaría él que era ya la hora de volver a Casa, a la Casa del Padre? Cinco días antes de ella, algo presintió en la entraña de su alma; algo le dijo que estaba a un paso de ella. Su vena poética dejó constancia de su presentimiento en estos versos emocionantes:

#### «CAMINO DE SANGRE»

«No le digas a las rosas — que me tengo que morir;  
ni tampoco a las estrellas — ni a los grillos, ni al silencio;  
no se lo digas a nadie...

Dile al jilguero que cante — y a los grillos, a la alondra,  
y al viento y a la luna — diles que no se paren;  
que haya estrellas esa noche — y amapolas y trigales;  
que nadie deje su vida — aunque esté de luto el aire.

Me iré yo solo, de negro, — por un camino de sangre;  
que nadie llore mi muerte — que todos recen y canten;  
que la espero a cada instante — aunque tenga que irme solo  
por un camino de sangre.

No le digas a las cosas — que ya no puedo vivir;  
deja que sufra yo solo; — deja que muera sin ellas  
para que aprenda a morir».

Repetiremos con él que nadie llore su muerte, antes al contrario, que, como en la nueva liturgia de difuntos, cantemos un aleluya jubiloso porque nuestro Francisco vive en Dios, de quien está recibiendo el pago al amor con que lo reverenció, de sus delicadezas para con Él, de sus ansias sacerdotales, de su servicio de diafonía, de generosidad sin límites... Ahí queda la lección y el ejemplo. Nuestro Hermano pasó de la vida a la Vida. El Señor se lo llevó pronto porque estaba maduro ya.

### 34. ADOLFO GARCÍA LLORENTE

Novicio coadjutor.

Nacimiento, en Zarzosa de Río Pisuerga (Burgos), 12-12-1950.

Defunción, en Astudillo (Palencia), 9-9-1969.

Me costó hacerme a la idea, por desgracia, triste realidad, de cómo en aquel lugar hubiese encontrado la muerte el novicio Adolfo García. Hacía pocos días que había dejado mi cargo de Director y Maestro de novicios en manos de otros dos Hermanos. Conocía muy bien la situación de aquel arenal, por llamarlo así de alguna manera... y alguna arena se había sacado, muy poca, para hacer la muralla de entrada en el patio, tres años antes, y, si mal no recuerdo, se había cegado el pequeño hueco que se había hecho, entre otras intenciones, para no dar pie a que alguien del pueblo continuase sacando de allí arena. No me gusta trabajar a base de hipótesis y, por lo tanto, admito la explicación que dieron los responsables.

Lo cierto es que el «currículum» de nuestro buen amigo Adolfo fue muy sencillo y corto. Murió a los diecinueve años de edad, a los veinticuatro días de haber comenzado el noviciado, en la Casa de Astudillo (Palencia).

Era de un pueblecito de la provincia de Burgos, en la margen izquierda del río Pisuerga, a muy pocos kilómetros de Herrera de Pisuerga. En este pueblo-ciudad, se había levado un Colegio que el Ayuntamiento cedió a los Salesianos y éstos lo dedicaron a Aspirantado de Coadjutores, durante los años de 1959 al 1969. Allí acudían los niños de la ciudad y de los pueblos cercanos que querían formación profesional. Allí se matriculó también Adolfo en la rama del metal. Durante los cursos de ajustador, sintió la llamada de don Bosco para desempeñar su misión en las filas salesianas. Hizo el aspirantado desde el año 1964 al 1969, año en que solicitó ser admitido al Noviciado de Astudillo.

En el informe para su ingreso, los Superiores del Colegio dejaron constancia de las cualidades del candidato: «Buena salud, trabajador. Piadoso. Tiene buena voluntad y decisión».

Ingresó efectivamente en el Noviciado, con la ilusión de ser salesiano, como eran sus maestros y superiores de Herrera, el día 15 de agosto de 1969. Llevaba casi un mes de noviciado dichoso y feliz, y ya era conocido entre sus compañeros clérigos que procedían de otros Colegios, por un buen espíritu de alegría y de trabajo. Y en el trabajo efectivamente lo encontró el Señor ya maduro para el cielo. Un accidente laboral desgraciado le produjo la muerte de una manera, la más inesperada imaginable.

El hecho sucedió así:

«Cuando varios novicios trabajan en el arreglo del campo de deportes del patio del Colegio, a los que se hallaban sacando arena en las inmediaciones, los sorprendió un derrumbamiento de arena, en una cueva de poca profundidad, y a dos los sorprendió, quedando sepultados.

Uno pudo salir del socavón por propio pie. El otro, que estaba un poco más adentro, quedó cubierto por la arena. Y, a pesar de la rapidez de los trabajos de socorro, cuando se lo descubrió, era ya cadáver. Tal desgracia le sobrevino por el efecto del susto que le afectó al corazón. Así lo manifestaron su propia madre y un hermano. Cosa parecida le había sucedido, hacía poco, al padre del novicio.

A los funerales acudieron todas las autoridades salesianas de León y los Directores de las Casas más cercanas, además de muchos Salesianos de Herrera de Pisuerga, donde el difunto había hecho el Aspirantado, de León y Medicina del Campo.

Todo Astudillo se sumó al luto y acompañó a los Salesianos en los solemnes funerales y sepelio». (De la Crónica de la Casa de Astudillo, día 9-IX-1969)».

Así comunicaba el Sr. Inspector la noticia a los Hermanos de la Inspectoría:

«Comunico a todos los Hermanos el fallecimiento del novicio coadjutor Adolfo García. Se extinguió su vida bajo las arenas, cumpliendo con su deber. Entre los compañeros era considerado cómo un gran trabajador».

A todos nos sobrecoge una muerte repentina, pero, estando, como estamos, en las manos de Dios, tendríamos que decir como aquel legendario «routier», Guy de Larigaudie: «...Es cierto que preferiría morir plenamente consciente. Me gustaría poder tomar mi vida en el hueco de la mano y tener tiempo de elevarla hacia Dios y dársela como mi humilde ofrenda de hombre. Pero estará igualmente bien si la puerta, en lugar de abrirse lentamente, cede de un brusco empujón». .

Adolfo era joven y creo que tendría esos arrestos generosos para no regatear a Dios el sacrificio de su vida, en las circunstancias en que Él se lo pidiera.

### 35. JOSÉ SABATE LLEONART

Coadjutor.

Nacimiento, en Sabadell (Barcelona), 9-3-1887.

Profesión religiosa, en Sarriá-Barcelona, 30-8-1905.

Defunción, en Vigo (Pontevedra), 23-12-1969.

La vida de este ejemplar Hermano discurrió así: Nace en Sabadell (Barcelona), el 9 de marzo de 1887, de una familia muy cristiana. Ingresa en el Colegio Salesiano de Sarriá, cuando apenas si tenía nueve años, en 1896, y se va formando en aquel ambiente de piedad y religiosidad salesiana, donde todavía se respiraba el recuerdo de santidad que don Bosco dejara en su visita, diez años antes. A los dieciséis años, siente la llamada de Dios a la vocación salesiana, de la que ya estaba empapado por el ejemplo de los Hermanos salesianos coadjutores con los que había convivido, y, sobre todo, por la santidad de aquellos Superiores de la primera generación salesiana en España: don Rinaldi, don Manuel Hermida, don Antonio Aime, don Antonio Balzario, por citar algunos. En la misma Casa de Sarriá, bajo la dirección del P. Balzario que le inculca los amores salesianos, Jesús Sacramentado, María Auxiliadora y la Congregación Salesiana, comienza ese período de prueba, que termina felizmente con la profesión religiosa, con la que lo consagra Dios, en la Congregación Salesiana, el día 30 de agosto de 1905.

Bien imbuido del espíritu de don Bosco y de su sistema educativo de bondad y celo apostólico, recibe la primera obediencia religiosa para la misma Casa de Sarriá, como encargado de los aspirantes coadjutores, después de haber estado encargado de la Iglesia de María Auxiliadora, de la Archicofradía de la misma, de la puesta en marcha de los Coros con su capilla domiciliaria cada uno. A él le corresponde el mérito de haber iniciado esa piadosa práctica, extendido hoy por toda España. Se distinguió también en la esmerada preparación de los niños a la Primera Comunión, actividad que continuaría durante toda su vida.

A los dos años de haber terminado singularmente los catorce años de encargado de los Aspirantes es destinado, en el año 1922, al Colegio de Ronda de Atocha de Madrid, como maestro y encargado del Oratorio Festivo.

Maestro de clases elementales y animador del Oratorio: miles de muchachos lo quieren con toda su alma, porque sabe enseñar con paciencia, alienta siempre, es el amigo en el patio, organiza sus juegos, busca el momento oportuno para la buena palabra.

En esta Casa, le sorprende la Guerra Civil Española. Como en Sarriá, aquí es responsable de la Iglesia y, previendo lo que iba a suceder, evita con su Director, Don Ramón Goicoechea, la profanación del sagrario. Pasa las horas tremendas del arresto y del paredón. Y, con los demás salesianos, es echado fuera del Colegio. Se refugia en la pensión de unos amigos, en compañía de otros salesianos y alumnos mayores.

Don José Sabaté, hombre maduro de cuarenta y nueve años de edad, lleva una vida profundamente religiosa a pesar de encontrarse en un ambiente tan diferente. Un sacerdote salesiano, don Ernesto Armelles, refugiado en otra pensión, le facilita una cierta cantidad de hostias consagradas y él las reserva en una cajita como sagrado; así puede comulgar casi a diario. Se confiesa con frecuencia, ya que donde él está vive también en un canónigo de Toledo.

Una noche; lo narra él mismo, estando en otra pensión, el 24 de septiembre de 1937, tiene un sueño, en el cual varias veces don Felipe Rinaldi, que había sido su confesor en Sarriá, cuando era niño ya quien escribía con frecuencia, se le aparece y le insiste para que se marche de aquella pensión, porque corre peligro su vida. «Yo creo, dice él, que si no me hubiera ido de allí, me hubieran detenido, porque era objeto de continua vigilancia y estaban buscando la ocasión para acabar con nosotros. Varias veces nos habían amenazado».

El Sr. Inspector de la Celta en aquel entonces, don Felipe Alcántara, desde la clandestinidad,

le logra todos los salvoconductos para salir de España, con dirección a Marsella y, de allí, a Irún. Llega felizmente a Pamplona, al campo de concentración, de donde lo saca el Sr. Obispo salesiano, Mons. Marcelino Olaechea. Después de unos días, va destinado al Colegio Salesiano de San Matías de Vigo.

Don José estuvo en la Casa de San Matías de Vigo treinta y dos años, dando clase a los pequeños de la Primera Elemental y con otras incumbencias. Durante todos esos años derrochó entusiasmo, dotado de simpatía arrolladora, de don de gentes y de una carga ingente de bondad.

Todas estas cualidades le granjearon el respeto, la admiración, la veneración, el amor y el cariño de grandes y pequeños, de propios y extraños. Sus actividades escolares y extraescolares darían tema abundante para una interesante y curiosa miscelánea. El don José Sabaté de la Primera Elemental, de los niños de la Primera Comunión, del Círculo Misionero, del Tibidabo, de las Condecoraciones, de las Excursiones, de las operaciones quirúrgicas, y un largo etcétera más.

Conviví con él los seis años que me tocó dirigir el Colegio de San Matías 1954-60. Lo traté y conocí a fondo, lo bastante para darme cuenta de que se trataba de un honorable catalán. Haría falta tener un estilo suelto y saltarín para escribir desenfadadamente una vida de don José María Sabaté, el Maestro de la

Primera Elemental..., con «buen humor». Materia y greguerías no faltarían; anécdotas habría para muy abultada y muy variada y divertida antología.

Dos botones de muestra:

—«Don José, es Usted un santo», le decíamos en nuestros encuentros con él; y él siempre respondía: «¡Ni que lo diga, ni que lo diga!».

—Don José, Maestro ideal de la Primera Elemental: nunca ponía límite al número de alumnos, lo mismo le daba tener cincuenta que ochenta. A todos los atendía, ¡y cómo! Aquella sí que era una clase activa, programada y personalizada..., con exposición permanente de trabajos, con los desafíos entre los niños mismos con la tabla, que cantaban que era una maravilla; con el reto entre Romanos y Cartagineses, cada contrincante con su «Lábaro», en los certámenes de catecismo, con respuestas y preguntas a cargo de los competidores de cada bando, todo ello de memoria, se entiende, —¡Preguntas y respuestas!—, ¡increíble si no se viera! Y..., después, los caramelos de premio que don José sacaba de un cuarto-trastienda y les decía a aquellos angelitos que se los acababa de dar el Niño Jesús, para los niños buenos y aplicados...

El año 1963, un incendio redujo a cenizas la Casa de San Matías, afectado, sobre todo, a la parte de la Comunidad, y él fue uno de los salesianos afectados, quizá de los más afectados, porque, con gran sentimiento suyo, tuvo que abandonar la Casa, que ya no reunía las condiciones mínimas de habitabilidad y menos para él, aquejado de graves quebrantos de salud. En el incendio le desapareció parte de sus pertenencias, como les sucedió a los demás Hermanos. Pudo salvar algunas medallas y condecoraciones, de las muchas que recibió en su vida, pero lo más importante, el fichero de fotos que tenía desde los años de su entrada en la Congregación, de una importancia excepcional para la Historia de la Congregación, quedó entre los escombros calcinados...

En el Colegio-Hogar de San Roque de la Caja de Ahorros de Vigo, los Hermanos le dieron fraternal y cariñosa acogida, y allí durante seis años se fue preparando para su última «excursión». Dios lo probé, como a las almas predilectas, con una arteriosclerosis que le privó de la vida, del oído y de las articulaciones, postrándolo en el altar del holocausto, los tres últimos años de su existencia.

Purificado y engrandecido espiritualmente con estos sufrimientos, se rindió a Dios este hijo preclaro de don Bosco, el día 23 de diciembre del año 1969, a los ochenta y dos años de edad, sesenta y cuatro de profesión religiosa y treinta y dos de su estancia en la ciudad olívica, dejando su arteriosclerosis de la cama por la salud sempiterna del cielo.

Don José fue «el Sistema Preventivo encarnado», un excelente profesional y trabajador, su «leitmotiv», pasión santa: los niños: en la clase, en los recreos, en las visitas a la iglesia, en el Viacrucis, en los paseos, en la catequesis de la Primera Comunión, en el Círculo de Amigos de las

Misiones, en las Procesiones; en todas partes, con niños. La razón es que él era niño de alma y corazón.

Don Gonzalo Rey Alar, prestigioso periodista de Vigo, muy amigo de don José, escribió, como homenaje póstumo a su gran amigo don José Sabaté, en la prensa de la ciudad, estas evocadoras y sentidas frases:

«Don José era un salesiano integral, con toda la carga de bondad, de alegría, de dedicación total y emocionada a los niños, como quería don Bosco. ¡Cuántos chicos vigueses, de los que hoy ejercen profesiones liberales, se sientan en oficinas, bancos o integran la plantilla de taller, pasaron por el aula, donde don José daba sus lecciones y, principalmente, su lección imborrable de amor!»

El florón más hermoso y más representativo, religiosa y salesianamente hablando, el que le dedica el Excmo. Sr. Arzobispo de Valencia, Mons. Marcelino Olaechea, que había convivido con él tantos años y tanto se querían:

«Estaba dotado de un alma buena; tan buena se la dio el Señor, pura y sencilla, que era imposible no quererlo. Para nadie tuvo hiel. Su nombre entra dignamente en el Catálogo de los santos Hermanos Coadjutores —la idea más genial de don Bosco— que yo he conocido».

### 36. JOSE LORENZO GOMEZ

Sacerdote.

Nacimiento, en Allariz (Ourense), 16-5-1889.

Profesión religiosa, en Sarriá-Barcelona, 18-9-1907.

Ordenación sacerdotal, en Gerona, 18-9-1915.

Defunción, en Ourense, 8-10-1970.

Conocí a don José Lorenzo en el Colegio de San Matías de Vigo en el que convivimos el curso 1954-1955, hasta el 8 de noviembre de este último año, en que fue destinado a la Finca de Lóngora (A Coruña), seguramente para descansar de la postración en que se hallaba. Todos los salesianos, que no lo habíamos tratado antes, nos extrañábamos de su mutismo y retraimiento habitual. Por otra parte, era un salesiano ejemplarísimo en el cumplimiento de todos sus deberes religiosos y sacerdotales, no faltando nunca a las exigencias de los alumnos y demás personas que lo solicitaran en la reconciliación.

Ahora, al recabar datos para ofrecer su semblanza, me entero de que la causa de su depresión, taciturnidad y un tanto de melancolía fue debido a una «anemia cerebral», causada por el excesivo trabajo a que estaba sometido, en sus primeros años de sacerdocio, como veremos más adelante.

De Allariz, villa de rancio abolengo histórico y salesiano, de recias costumbres cristianas, era don José Lorenzo. Nació el día 16 de mayo de 1889, de un ejemplar matrimonio, Agustín y Francisca. Huérfano de padre desde muy temprana edad, recibió de su madre una esmerada educación cristiana, fruto de la cual fue la gracia de la vocación salesiana suya y de dos hermanos más. Ingresó como aspirante en la Casa de Sarriá-Barcelona, el 1902. En la misma Casa hizo el noviciado con la respectiva profesión religiosa, el año 1907. Allí mismo realizó el Trienio Práctico. Sin salir de la Casa, cursó los estudios de Teología, recibiendo la consagración sacerdotal, en Gerona, el 18 de septiembre de 1915.

Estrena su sacerdocio en la Casa de Sarriá, como Maestro y asistente, hasta el año 1917. Antes, había estado en Madrid y Béjar con las mismas incumbencias, siendo todavía estudiante. Según testimonio de su paisano y maestro en Sarriá, don Luis Conde, se distinguió don José por su habilidad y buen hacer en el trato con los jóvenes sobre los cuales cobró gran ascendiente, por su esmero en la preparación de las clases, y por la serenidad y disciplina lograda entre sus alumnos.

La entrega generosa al cumplimiento de sus deberes y los esfuerzos motivados por la escasez de personal, produjeron una anemia cerebral en el joven salesiano, de la que no se recuperó, siendo la cruz de toda su vida sacerdotal.

Debido a esto, tuvo una vida itinerante y cambiante, como se puede ver los cambios de residencia: entre 1905 y 1970 pasó sucesivamente, en algunos casos en estancias repetidas, por las siguientes Casas: Sarriá, Madrid, Béjar, Vigo. Ourense, Tarancón, Estrecho (Madrid), A Coruña, Salamanca, Lóngora, León y Oviedo.

Su perfil moral y religioso nos, lo ofrece el Sr. Director del Colegio de Ourense, don Gregorio Crespo; fue en esta Casa donde pasó don José los últimos ocho años de su vida:

«Usando una frase de nuestros autores dramáticos, podemos alabar a don José el haber sabido ocupar su butaca sin apetecer otra y sin temer que la suya le fuera disputada. Era una butaca sencilla, molesta, oculta, y, al mismo tiempo, digna como pocas, y ciertamente ocupada con ejemplaridad: el Confesonario. En todas las Casas por donde pasó, con su quebrada salud, fue dando la callada lección, magistral, por cierto, de su abnegada entrega al apostolado de la dirección de las almas.

Ha sido su vida tan larga en anécdotas como en altos. La humilde lección de su silencioso pasar es altamente ejemplar en estos tiempos de bullicio, de apetencias y extroversión. Brillar,

cuando se está en el candelero, no parece excesivamente difícil; pero sí lo es merecer el común aplauso, el ganarse universal estima, el brillar, cuando la obediencia ha escondido su luz en la penumbra y hasta en la oscuridad. ¡Y don José supo hacerlo!

Sin duda que don José hizo mucho bien a las almas de una forma recatada y silenciosa. Fue un edificio magnífico con fachada simple. No tuvo dotes humanas espectaculares. No atronó los púlpitos y las cátedras, pero su caridad paciente y sufrida y el culto que rendía a las virtudes internas, sin concesión a la galería, serán para cuantos lo conocimos ejemplo que imitar.

Cuantos han pasado por sus manos, y han sido muchísimos a lo largo de sus interminables horas de ministerio, han visto en él al sacerdote culto, asiduo lector de la mejor literatura ascética, diligente y actualizado en sus moniciones, oportuno siempre en la solución de los casos, edificante en disponibilidad, sereno ante las incomodidades, fervoroso en todo momento...

Ciertamente que pudo faltarle a la vida de nuestro Hermano el brillo que prestan los altos cargos, las gestiones delicadas y la variedad de encomiendas pero creo que pocos irán al encuentro del Señor tan avalados con la callada lección de su martirio oculto y desconocido, con las miles de horas brindadas al servicio directo de las almas.

La fibra severa y responsable de don José nos sigue hablando de esmero en la vida litúrgica, de su digno respeto y no menos digno porte en la celebración de la Santa Misa hasta el último momento, de su puntualidad a las sagradas funciones y actos de Comunidad, de su delicado trato con Superiores y Hermanos, de su decoro.

Una estampa más, con su original tonalidad, entre las tantas venerables que nos legaron los primeros maestros de nuestra Congregación».

El día 8 de octubre, con edificante fortaleza y piedad entregó su alma a Dios.

Con admirable serenidad pidió el mismo, cuando se percibió de la gravedad de su estado, que le administraran los Santos Sacramentos, los últimos auxilios espirituales, en presencia de toda la Comunidad. Fue el Sr. Inspector quien le administró la Santa Unción de los enfermos. El Sr. Director le dio la Comunión-Viático, impartándole la Bendición Apostólica. Todo ello lo recibió con fervoroso recogimiento y edificante sumisión a la voluntad de Dios.

Las honras fúnebres resultaron con una brillantez extraordinaria, no sólo por parte de los alumnos del Colegio, de los padres de dichos alumnos y miembros de la Familia Salesiana, sino también de autoridades eclesiásticas a las que presidía el Sr. Vicario General de la diócesis. ¡Bien se las merecía nuestro buen don José, que las contemplaría ya desde el Paraíso Salesiano!

¡Bienaventurado don José porque supo saborear el silencio, convirtiéndolo en trampolín de su amorosa comunicación, ahora plenamente lograda en el hogar del Padre!

### 37. VALENTIN GRASSO CHIANALE

Sacerdote.

Nacimiento, en Turín, 3-2-1889.

Profesión religiosa, en Macúl (Chile), 29-9-1907.

Ordenación sacerdotal, en Macúl (Chile), 3-10-1915.

Defunción, en Astudillo (Palencia), 7-12-1970.

Don Valentín fue una figura señera de la salesianidad en Astudillo, adonde llegó, procedente de Turín, el día 29 de enero de 1941.

Fue uno de los salesianos que, durante los veintinueve años de convivencia con los astudillanos se hizo «todo a todos». Tuvo sólo preferencias con los niños, los enfermos y los humildes. Cumplía así a la perfección con la recomendación que don Bosco hiciera a los primeros misioneros que fueron a América:

«Cuidad especialmente de los enfermos, de los niños, de los ancianos y de los pobres, y os ganaréis las bendiciones de Dios y la benevolencia de los hombres».

Y de verdad que don Valentín se granjeó esas bendiciones de Dios y la benevolencia de todos los astudillanos. Tuvo, de verdad, un «corazón oratoriano».

Cuidó de una manera especial y constante de los Aspirantes y de los Novicios. Su vida fue un ininterrumpido ejemplo de virtudes humanas y sobrenaturales. Fue dejando tras sí luminosas y profundas huellas del espíritu y del carisma salesianos.

El hagiógrafo de don Valentín, doctor don Alfonso Izquierdo Laguna, nos regaló, a los pocos días de morir nuestro personaje, un perfil muy interesante sobre su figura humana y espiritual. De ese artículo sacaré algún párrafo que hace a nuestro propósito:

«.. Por entonces estaba reciente el fina! de la Guerra Civil Española, y eran lógicas las dificultades en todo. Fueron altos de hambre y restricciones, hasta que la Nación fue recuperándose. Pero quienes no conozcan la iglesia de Santa Maria, contigua al Colegio, no podrá darse cuenta del frío que guardaban sus bóvedas en los días de nevadas. Sus bóvedas y sus cruceros, entonces sin calefacción. Pero allí permanecía don Valentín horas y horas, entre el confesonario y el Viacrucis. En ocasiones, caminaba por la iglesia cerrada al culto. En sus manos llevaba el rosario; y, junto al sagrario, desgranaba el tiempo y las Avemarías de un rezo constante...

La penuria del Colegio, la falta de medios..., todo hacía ingrato el ambiente que otro cualquiera apenas hubiera podido tolerar. Las dificultades se multiplicaban por la escasez de alimentos... Don Valentín daba clases, a la par que acudía a capellanías y se prodigaba en la administración de los Sacramentos, en ayudar a la Parroquia. Y se llegaba a Villodre (en carro o a pie), o a Villalaco, en invierno y en verano, sin más medios de locomoción que los que alguno le prestase sus pies de peregrino incansable. Jamás puso reparo ante ninguna dificultad... Así resultó un evangelio viviente para, ejemplo de todos. Y trabajaba incansablemente, así, sin darle importancia, como la cosa más natural, con sencillez y humildad salesianas.

...En aquellos años (década de los cuarenta), escaseaba la luz y el agua potable y el pan. Abundaba, en cambio, el frío. Sin embargo, en el Colegio todo era paz y alegría, felicidad y trabajo. Los salesianos, y en especial don Valentín, derrochaban buen humor y gozo en el Oratorio Festivo donde el buen Padre acogía y ayudaba a toda la gente del pueblo, especialmente a los niños».

Y de la vida interior, ¿qué? Impresionante piedad, clases y estudios. Y la soledad plenaria cara a Dios.

Así un día y otro día, un año y otro, en oración y sacrificios constantes.

«También había buena música, y banda juvenil, y literatura clásica, y falta absoluta de vanidad... Todo estaba sobrenaturalizado. Sólo espíritu de una vida ascética muy intensa y muy centrada en Dios, logran esas cumbres de la religiosidad cristiana... (IZQUIERDO LAGUNA, ALFONSO, «Cara al cierzo y cara a Dios. Don Valentín de Astudillo. Datos de una vida ejemplar», en el Diario palentino, marzo de 1971).

Dos meses antes, este mismo escritor había publicado en el mismo Diario un magnífico penegírico sobre la vida santa y apostólica de don Valentín y la incidencia y repercusión, en el pueblo, de sus virtudes. Decía entre otras cosas:

«...Hace un mes aproximadamente, al filo de la Inmaculada, murió en olor de santidad el anciano y querido Don Valentín Grasso. Murió aquel salesiano humilde, sonriente y bueno que con más de ochenta años y muchas leguas de paz en Astudillo, ciego y con su rosario en las manos, recibió tierra de Castilla como cobertura suprema... Este fue el salesiano de Turín que, después de haber vivido tiempo en Chile, vino a tomar carta de naturaleza en Astudillo, donde fue querido (máximamente querido) y donde perdió su apellido. Porque así fije, a secas, don Valentin. Y, de ahora en adelante, don Valentín de Astudillo...

...El hecho es que, entre el clamoroso dolor de todo el pueblo, hace un mes murió don Valentín de Astudillo. Y ahora se palpa que don Valentín de Astudillo no ha muerto, que vive todavía en cada mente, en cada hogar, en cada calle, en cada rincón y en cada lugar de por aquí. Que su figura agigantada poéticamente, podría verse cada tarde reevocada por el pueblo cerca de la iglesia de Santa María, viniendo hacia el centro de Astudillo. Y con su atuendo habitual, camina entre las gentes, con su sonrisa, su palabra sosegada, su paso menudito y ligero...» (A. Izquierdo L., Diario Palentino, enero de 1971).

He aquí algunos elogios tributados a don Valentín por diversos Superiores, recogidos en su Carta mortuoria:

«Estoy seguro que si ha sido posible multiplicar, en pocos años, las Casas y las Inspectorías, ha tenido mucha parte en ello la labor callada pero valiosísima de don Valentín Grasso, que ha dado orientaciones claras a tantos centenares de salesianos dirigidos espiritualmente por él en Astudillo.

Amaba la Congregación y a don Bosco... Veneraba a los Superiores, comenzando por el Director de la Casa... No se sabía qué admirar más: su humildad, obediencia, espíritu de caridad y sacrificio, sencillez, delicadeza salesiana...» (Modesto Bellido).

«Era querido y amado por todos porque vivió para todos y se desvivió por todos: ricos y pobres, sabios e ignorantes; los de la acera de la derecha y los de la izquierda. Pero, sobre todo, amó a los pequeños, a los niños, y ellos lo quisieron con ternura. Era el «hijo predilecto de Astudillo», hijo oficialmente adoptivo, desde el 14 de febrero de 1966; pero lo fue desde que pisó estas tierras... Le están agradecidas por su caridad y sencillez las monjas Claras de Astudillo, y las Religiosas azules Hijas de la Caridad, y también las Hijas de María Auxiliadora... Era un sacerdote similar a Juan XXIII. Daba siempre a quienes se le acercaban. Era un hombre de Dios entre los astudillanos, sufrido confesor, prudente, optimista. Abría caminos de luz a las almas con sus consejos, con su bondad, con sus sonrisas, con su misericordia. Y repartía gracia de Dios a manos llenas...» (Isidro Segarra).

«Lo tuve como profesor en el último año de Teología, y, a renglón seguido, cuando fui superior de aquella Casa; fue él un ejemplo de sumisión, de afecto y de ayuda que orientaba en mil cosas...» (Julián Ocaña).

Quiero mencionar a una de las personas más interesantes de la historia contemporánea de Astudillo y amigo, en el más elevado grado de amistad, y también hagiógrafo de don Valentín; hablo de don Rodrigo Nebreda, que llenó muchas columnas del periódico palentino, resaltando siempre la figura prócer de su amigo.

Con ocasión de las Bodas de Oro del P. Grasso, terminaba su artículo con estas frases:

«...Don Valentín es todo bondad, paz, perdón y amor evangélico. Don Valentín fue todo un hombre, toda una institución, recio, bueno por los cuatro costados, un «hombre de Dios», de un templo recto y sacrificado, de un tesón inmenso...»

El Sr. Inspector, don Santiago Ibáñez, al comunicar a los Hermanos de la Inspectoría, su fallecimiento, en la Circular nº26, del 15 de diciembre del año 1970, hacía, como síntesis de todo lo que hemos expuesto en esta semblanza, este bosquejo biográfico:

«El día 8 de diciembre, Fiesta de la Inmaculada, con el mayor respeto, reverencia y amor, depositamos en el Campo Santo los restos mortales de don Valentín Grasso, fallecido la víspera, a los ochenta y dos años de edad como cristiano, sesenta y tres como salesiano y cincuenta y seis como sacerdote. Fue un hijo fidelísimo de la Iglesia, de la Congregación e «hijo adoptivo» del pueblo de Astudillo.

El funeral y el entierro fueron una respuesta unánime del homenaje de sentida gratitud, al amigo de todos, al salesiano gozoso con el gozo de los niños, al santo confesor y al hijo predilecto de la Villa».

Todo el período de formación humanística y religiosa lo realizó don Valentín en Macúl (Santiago de Chile), pueblo que tenía para él resonancias especiales muy gratas. Allí hizo el aspirantado con el estudio de Humanidades (años 1903-1906). El noviciado con la profesión religiosa (1906-1907). Los estudios de Filosofía (años 1907-1908). El Trienio lo realizó en Valparaíso (años 1909-1911). Los cursos de Teología (años 1911-1914), terminando con la ordenación sacerdotal, el día 3 de octubre de 1915.

Fue asistente de novicios y maestro en Valparaíso (1909-1910); en Macúl residió de 1915 a 1937; en el período de 1930 al 1937 fue Maestro de novicios; de 1915 a 1930 fue alternando los cargos de Catequista y Prefecto.

En Italia estuvo el año 1937 de confesor en Soberato (Calabria). Del 1938 al 1939, de Prefecto en Canelli (Piamonté). Del 1939 al 1941, en la Basílica de María Auxiliadora de Turín.

Del año 1941 al 1970, de confesor y encargado del Oratorio, mientras pudo, en Astudillo.

A quien le pudiera extrañar que coloque aquí este «currículum» como colofón de la semblanza, debo manifestarle que lo he hecho con toda intención. La vida sacerdotal y apostólica de don Valentín comenzó en Macúl con una duración de casi un cuarto de siglo —el Alfa—, y Astudillo, con unos años más, —la Omega—. Principio y fin de la «epopeya». Dos pueblos para toda una vida consagrada al bien de las almas, dos puntos brillantes, estelares, de resonancias divinas y humanas, apostólicas y «oratorianas».

Yo creo que si me hubiera sido posible tener una entrevista con don Valentín en algún lugar del Paraíso Salesiano, me habría contestado: «Vete a Macul y a Astudillo, que allí «he dejado unas flores, y ellas te hablarán por mí».

En el vestíbulo del Colegio de Astudillo los AA. AA. le dedicaron una lápida con esta inscripción:

A la memoria de  
D. Valentín Grasso Chianale,  
muerto el 7-XII-1970 con fama de santo  
Hijo adoptivo del Pueblo,

por treinta años gastó su vida apostólica  
al servicio de todos los astudillanos.

Los Antiguos Alumnos agradecidos.  
27-junio- 1971.

### 38. LUCIO SANZ SOBRINO

Coadjutor.

Nacimiento, en Gomeznarro (Valladolid), 30-12-1933.

Profesión religiosa, en Astudillo (Palencia), 16-8-1967.

Defunción, en León, 2-11-1971.

Si, por un milagro excepcional, el buen Lucio, de cuerpo presente en casa de sus padres, hubiera podido hablar, seguramente les habría dicho las palabras de San Agustín, sobre todo a su desconsolada madre que no se resignaba a perder a su hijo: «No os dejéis abatir por la pena, queridos míos. Mirad más bien la vida que ahora empieza y no la que he concluido».

Hijo de una familia hacendada, con una labranza considerable, en un pueblo eminentemente agrícola de los campos de pan llevar de la Castilla labradora, un buen día, deja el tractor y se ya en pos de Jesús que pasaba por entre las mieses de sus fincas, de sus trigales ondulantes, en plena granazón...

Conocí a Lucio, de interno, en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, en la década de los cuarenta, cuando intentaba hacer el bachillerato. Tuvo que desistir porque era superior a ,sus alcances intelectuales. Era un muchachito muy tímido y modoso, como suelen ser todos los niños de pueblo.

Su pueblo está a pocos kilómetros, a campo traviesa, del Estudiantado Filosófico de «Las Salinas» (Medina del Campo). Los estudiantes habían pasado por el pueblo, en sus paseos y excursiones, y habían entrado en contacto con él. A raíz de uno de esos encuentros y, al enterarse de que yo estaba en el Estudiantado, le faltó tiempo para ir a hacerme una visita, pilotando su moto. En una de las visitas, me pidió hablar sobre el deseo de hacerse salesiano y sus posibilidades. Fueron muchas las charlas que sostuvimos sobre este particular, hasta que, viendo su buena disposición y voluntad de hacerlo, le propuse intentar, durante algún tiempo, ¡aprueba en el mismo Estudiantado. Arregladas las cosas, entró como aspirante allí mismo, el día 5 de septiembre de 1965, a sus treinta y dos años de edad, y permaneció hasta el día 10 de agosto del año siguiente, en que con la aprobación del Consejo se lo consideró apto para ingresar en el Noviciado de Astudillo. Tuvo que superar una grave dificultad:

renunciar al tabaco. Le permití echar, de vez en cuando, algún pitillo, ‘con la condición de que, para seguir adelante, debía superar del todo esa costumbre de fumar. Gradualmente fue dejándolo, hasta que, un buen día, se me presentó en el despacho con su última cajetilla, casi sin estrenar, diciéndome que allí me la dejaba como señal de su vencimiento total. Yo fundadamente creo que fue así, porque era extraordinariamente sincero conmigo.

Durante el tiempo que estuvo en el Estudiantado, se lo ocupó en labores de Casa, de la finca-huerta, de chofer-recadero, como valioso ayudante del Administrador. Cumplió discretamente su cometido, por lo que fue admitido a hacer el noviciado.

Durante el noviciado, que realizó bajo mi dirección también, supo adaptarse a las exigencias de la convivencia con los demás novicios mucho más jóvenes que él y cumplir con todos sus deberes religiosos, formativos y laborales. Continué al volante de la furgoneta de la Casa, haciendo muy buenos servicios.

Era un buen hombre de Dios, afable, de buen conformar, bastante sociable con toda clase de personas, de manera particular, con los Superiores y compañeros del noviciado. Ingenuo como un niño mayor y cumplidor de sus deberes espirituales. Todo eso le hizo acreedor a ser admitido a la profesión religiosa, que realizó con todos sus compañeros, el día 16 de agosto de 1967.

Como primer destino, después de la profesión, le tocó ir al Colegio de La Robla (León). Allí estuvo dos años entre aquellos muchachos, hijos de mineros de la zona. Fundadamente creo que le hubo de costar lo suyo el alternar con aquellos muchachos ya mayores, que no se amoldaban a su

sencillez y bonhomía. Estuvo también en el Colegio «Don Bosco» de A Coruña, como maestro de los pequeños y dispensero, como asimismo en el Centro Don Bosco de León. Estaba en Ourense, cuando le aparecieron los síntomas de la enfermedad que lo llevaría al sepulcro.

Aprovechando las vacaciones veraniegas de 1971, se fue a casa de sus padres que, ajenos a la enfermedad que verdaderamente tenía, intentaron fortalecerlo con abundante alimentación, a base de jamón, embutidos, etc., contraindicados para el mal que padecía. Viendo que su salud iba de mal en peor, sus mismos padres lo llevaron a un especialista que diagnosticó insuficiencia de corazón, en grado muy avanzado, teniéndolo que ingresar en el Sanatorio Otazú de León, donde ya no pudieron hacer nada los médicos, falleciendo, a los pocos días, en el Hospital Provincial «San Antonio A.», asistido por los Salesianos en sus últimos momentos, confortándolo con los auxilios espirituales.

Por deseo expreso de sus padres, sus restos mortales fueron trasladados a su pueblo, instalándose la Capilla ardiente en la casa paterna. Los funerales presididos por el Sr. Inspector y su Consejo, todos los Salesianos del Colegio de Ourense y de otros lugares de la Inspectoría, fueron muy solemnes y conmovedores. En el cementerio de Gomeznarro, junto con los familiares que lo precedieron en la fe y en la esperanza, espera el día glorioso de la resurrección.

El Sr. Inspector, en la comunicación a los Hermanos de la Inspectoría de su fallecimiento, en su carta circular, nº 31, del mes de enero, decía:

«...También lamentamos todos el fallecimiento del querido coadjutor don Lucio Sanz. Alma sencilla, angelical, el Señor lo llevó al cielo, en plena juventud, precisamente el día de los Fieles Difuntos. Acompañamos en el sentimiento a sus padres y familiares y a los Hermanos de la Casa de Ourense. No lo olvidemos en nuestras oraciones».

Descanse en la paz de los justos el buen amigo Lucio.

### 39. SALVADOR SOLER FONS

Coadjutor.

Nacimiento, en Carcagente (Valencia), 24-3-1906.

Profesión religiosa, en Astudillo (Palencia), 16-8-1958.

Defunción, en Oviedo (Asturias), 9-8-1973.

El bueno de don Salvador se fue a la Casa del Padre, en el Colegio de niños del Naranco de la ciudad de Oviedo, el día 9 de agosto de 1973, a los sesenta y siete años de edad y catorce de profesión religiosa.

Había nacido en Carcagente (Valencia), siendo el quinto y último de los hijos con que el Señor quiso premiar el cristianísimo matrimonio de don Salvador y doña Vicenta.

Don Joaquín Barberá, que posteriormente se haría sacerdote, fue uno de los maestros que en sus primeros años influiría notablemente en el alma abierta y piadosa del pequeño Salvador.

Creció don Salvador enfermizo, inapetente y delgado, adaptándose con dificultad a las tareas del campo, en las que se ocupaba la familia. Esta situación motivó que, a los diecisiete años, su tío Pascual Martínez se lo llevara consigo a Madrid a trabajar con él en una tienda de frutas, que poseía la familia allí. Cuando le llegó la edad reglamentaria, tuvo que servir a la patria en el ejército. Llegada la contienda civil del 1936, se vio llamado a servir de nuevo en el ejército republicano, a las órdenes, no obstante, de un cristianísimo capitán. Durante esta misma guerra, pudo volver a su pueblo natal, viviendo con un hermano mayor, ya casado y con familia. Este hermano nos habló de Salvador y recordó su afecto y cariño para con los sobrinos, durante aquellos duros años en que vivieron juntos.

Terminada la guerra, volvió a Madrid. Por estos tiempos conoció al Padre Ferrer, franciscano y fundador del convento de Carcagente. Este ilustre fraile supo compaginar el cargo de confesor del Rey Alfonso XIII con el servicio a los humildes y necesitados. Con él iba don Salvador, en los días de fiesta, a los suburbios, divirtiendo a aquellos niños con juegos sencillos y quitándoles el hambre de toda la semana con sabrosas paellas valencianas. Con la piadosa influencia no es de extrañar que al fallecer sus padres, ingresara en el convento de los PP. Franciscanos de Sagunto. Su salud, siempre precaria, no aguantó aquel género de vida y, meses más tarde, su tío de Madrid se veía obligado a llevarlo, en estado grave, a su finca de la Barraca de Aguas Vivas. Recuperada la salud, volvió a Madrid, emprendiendo, de nuevo, su trabajo. Montó por su cuenta un puesto de naranjas que abastecía con la mercancía que le enviaban desde Valencia sus familiares.

Esta vez, en la Capital de España, conoció a los Salesianos y comenzó a frecuentar el Oratorio Festivo del Colegio de la Ronda de Atocha. Poco a poco, fue familiarizándose con aquel ambiente. Le entusiasmaba la figura de don Bosco y pronto se enamoró de María Auxiliadora. El Colegio comenzaba a ser su nueva casa. Allí hacía su meditación, sus retiros y demás prácticas piadosas. Allí se responsabilizaba de grupos de niños en la catequesis y organizando con ellos campeonatos de ajedrez y otros juegos.

La gracia de la llamada seguía su curso. En el año 1957, don Salvador da el paso definitivo, abandonando su puesto de naranjas y «sus habanos». Y, como les pasara a otros que entraron de mayores en la Congregación, tuvo que hacer el enorme esfuerzo y no pequeño sacrificio de dejar de fumar esos habanos.

Pidió ser admitido en la Congregación Salesiana como coadjutor. Fue enviado a la Universidad Laboral de Zamora, entonces regentada por los Salesianos, para hacer sus primeras pruebas, en plan de aspirante. Superadas éstas, fue enviado a realizar el Noviciado a Astudillo (Palencia). Allí tuvo la suerte de encontrar de Maestro de Novicios a un paisano, un valenciano, don Joaquín González, que lo ayudaría mucho a integrarse con más facilidad en el espíritu salesiano, conociendo mejor que lo

hubiera conocido otro, su idiosincrasia, manera de ser valencianos, cosa muy importante en la formación de la personalidad espiritual y humana salesiana. Al final del año, hizo la profesión religiosa, el día 16 de agosto de 1958, entrando a formar parte de la Familia Salesiana.

A partir de esa fecha, comienza su apostolado. La primera obediencia la recibe para el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León, recién inaugurado (1958), con el cargo de responsable de la despensa. Con el mismo cometido fue mandado a Oviedo, al Colegio de Niños del Naranco, el 14 de marzo, cuando también acababa de ponerse en marcha (1961). Los once años pasados en este Colegio nos hablan de su dedicación, responsabilidad y servicio a los niños ya los jóvenes, necesitados de todo, pero, de manera particular de amor.

Don Salvador era un hombre profundamente religioso, con una piedad hecha de sentimiento y oración sencilla. Sufría lo indecible, y lo demostraba, cuando, con tanto cambio litúrgico y devocional, desaparecía del horario alguna de las prácticas tradicionales. Sin embargo, comprendía perfectamente las innovaciones, hijas del celo genuino y afán de adaptación y las distinguía de las de vacío snobismo o debilidad contemporizadora. Las oraciones del Viacrucis, jaculatorias compuestas por él llenan libretas, así como numerosos tesoros espirituales que enviaba con frecuencia a los distintos Superiores, a los misacantanos, misioneros, etc.

Amigo de las Misiones, enviaba a la Procura gran parte de los beneficios cosechados en su económico baratillo.

Era trabajador, responsable, ordenado y preventivo: enemigo de la improvisación y prisas de última hora. Amigo del detalle y de los cálculos meticulosos y exactos.

Mitad niño, mitad abuelo, mezcla de mimo, capricho y generosidad, le gustaba verse rodeado de alumnos y profesores que le dieran una «lata benigna».

Así era don Salvador: un hombre generoso y bueno. Hijo de Valencia fértil y opulenta, la de la luz y las flores, y su mundo de negocios, con persistentes problemas de salud (tenía una avanzada diabetes). Religioso piadoso, un tanto medroso ante los «modernos» y sus improvisaciones. Obsequioso y reverente con los Superiores; mimoso para con los niños y salesianos jóvenes; muy querido de todos: salesianos, niños, profesores, personal de servicio, proveedores, etc.

Nuestro buen don Salvador pudo decir con el Apóstol de las gentes: «Lo que para mí era ganancia, por Cristo lo he estimado pérdida».

Don Bosco le ofreció «pan, trabajo y paraíso» si entraba en el programa y negocio del «Dame almas...». ¡Buen cambio! Almas por naranjas y habanos...

Y con don Bosco reafirmó su preferencia por la juventud pobre, abandonada y en peligro, la que siempre siente la mayor necesidad de ser querida y evangelizadora, y trabajó por ello, en sitios de mayor «pobreza» (Art. 26 de las Constituciones).

#### **40. MIGUEL MARTÍNEZ FEIJOO**

Coadjutor.

Nacimiento, en Val-La Merca (Ourense), 22-1-1891.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 16-8-1918.

Defunción, en Ourense, 30-11-1974.

El Señor Miguel era un niño por su inocencia, por su bondad, por su piedad y por su espíritu religioso-salesiano. Y, como Dios lo encontró ya maduro en edad y virtudes, se lo llevó consigo el día 30 de noviembre del año 1974.

Don Miguel nació en Val-La Merca (Ourense), el día 22 de enero de 1891, en el seno de una familia cristiana y numerosa. Desde la infancia se distinguió por la vida de piedad y por su gusto para las cosas de Dios. Aquí está la clave, la razón del por qué de esa región han salido muchas y muy buenas vocaciones, ya desde los primeros tiempos, antes inclusive de que fundaran los Salesianos en Ourense y Allariz: familias cristianas y de sanas costumbres y practicantes de la religión.

Comienza la vida salesiana a los veintiún años de edad, ingresando en la Casa de Ourense el año 1912, a los años de haberse abierto dicha Casa, y aquí comienza su aspiración, que termina en la Casa de Gerona, entre los años 1912 y 1917, con los pioneros de la fundación ourensana y los Salesianos de la primera generación española. En Ourense era Director, el primero del Colegio, don Salvador Fernández, muerto durante la guerra.

Al terminar el período indicado, de prueba, pasa a la Casa de Carabanchel Alto (Madrid) para hacer el noviciado, que culmina con la profesión religiosa.

En esta Casa permanece hasta el 1920, ejerciendo la labor de hortelano. De aquí, ese mismo año, es destinado a la Casa de Ourense, donde permanece toda su vida salesiana, hasta la muerte. ¡Todo un record difícil de igualar!

Disfrutó siempre de una extraordinaria salud, no habiendo guardado durante toda su vida cama, por motivo de enfermedad. ¡Otro record más difícil todavía!

Una gripe que le afectó a los bronquios nos lo arrebató, sin apenas haber estado enfermo. El día 29 de noviembre había estado comiendo con la Comunidad; por la tarde, se le instó a que se acostara. Así lo hizo, sin síntoma alguno grave. A la una y media de la madrugada, del día 30, el Salesiano que dormía en la habitación contigua, oyó una queja, cuando acudió a su habitación, lo encontró con el estertor de la agonía. Sin enfermedad, sin dolor, calladamente al igual que había vivido, entregó su alma al Señor, a quien tanto había amado.

Se celebraron Misas, ese mismo día, en sufragio de su bendita alma. Por la tarde se celebró un solemne funeral en la Parroquia de María Auxiliadora, aneja al Colegio, presidido por el Sr. Inspector. Fue, en representación del Sr. Obispo, el Sr. Vicario General de la Diócesis.

Por expreso deseo de sus familiares, sus restos mortales fueron trasladados al panteón familiar, donde reposan junto a los de sus padres y demás allegados.

También los mil doscientos alumnos del Colegio quisieron honrar su memoria asistiendo en masa a otro funeral solemne en la misma Parroquia.

Como el Sr. Miguel pasó casi toda su vida en este Colegio, fue testigo y promotor con tantísimos salesianos de los cambios y logros extraordinarios que ha experimentado, desde su misma fundación esta Obra Salesiana. Entre todos los que trabajaron en ella, merecen el mayor timbre de gloria y galardón, los dos hombres que están en la memoria de todos, don José Saborido, artífice de la construcción de todo el complejo Colegio-Iglesia, y don José Peiteado, hombres a quienes la Congregación debe esa preciosa realidad.

El Sr. Miguel, hasta los ochenta años fue un duro e infatigable trabajador, por eso, ingenuamente decía con frecuencia: «Eu son o millor traballador da Inspectoría», o también: «Eu son

o millor segador». La Medalla al mérito al trabajo se la habrá impuesto don Bosco en el Paraíso. Su tarea de todos los días fue la finca, la huerta, la viña., y sólo dejó ese trabajo duro cuando le fue impuesto por la obediencia, al faltarle ya las fuerzas físicas. Y se santificó con ese trabajo-oración, dedicando largas horas a rezar entre el Sagrario y a los pies de María Auxiliadora. El resto del día lo pasaba oyendo cuantas Misas podía y leyendo en su habitación.

Todos los salesianos que lo conocieron coinciden en señalar como rasgos característicos suyos el haber sido alma limpia, trabajador incansable y salesiano piadoso.

La devoción a María Auxiliadora en él era connatural. Se sentía feliz rezando y contemplando el rostro de María Auxiliadora, su bendita Madre. Rezaba el rosario entero todos los días. Y se distinguía por su fervor en las novenas de María Auxiliadora y en la de los Remedios, cuya ermita está próxima al Colegio.

La Santa Misa y Jesús Sacramentado constituían el otro gran polo que orientó constantemente su vida. En los últimos tiempos, sufría porque no podía madrugar para oír sus acostumbradas Misas.

Ojalá que los salesianos de hoy hubiéramos asimilado, en el grado de él, el amor a estos tres puntales indispensables de nuestra Congregación: devoción a Jesús Sacramentado, a María Auxiliadora y amor y entrega al trabajo.

Cierto que el Sr. Miguel no fue apóstol con su palabra; pero la elocuencia de su ejemplo y la ejecutoria piadosa y activa ha servido mucho más y mejor que multitud de palabras elocuentes.

Lo más hermoso que se puede decir del Sr. Miguel es que «floreció allí donde Dios lo plantó». Y que los mejores títulos que ostentó fueron la honradez, que en él, era piedad, candor y simplicidad, y, sobre todo, el trabajo que hizo que su vida humilde y escondida fuera útil para todos los demás. Por eso, fue dignísimo hijo de don Bosco.

Don Eleuterio Lobato, que convivió unos años con él en Ourense, dice que una de las virtudes, tal vez, la que más sobresalía en él era el respeto y reverencia a los Superiores. Nunca, dice, se le oyó una queja, una crítica o murmuración, una apreciación menos benévola del Sr. Director.

Cuentan que se sabía la lista de todos los Directores y gozaba repitiéndola a los que sé la preguntaban, pero con una Variante que nunca dejaba de hacer: al llegar al número trece, que correspondía a don Gregorio Crespo, callaba ese número y le asignaba el catorce, seguramente para evitar el maleficio que se le atribuye a dicho número.

Otro hecho que se comentó mucho en toda la Inspectoría, fue el del paseo a Vigo y la visita al Monte Castro. Sucedió lo siguiente: los Hermanos del Colegio de Ourense organizaron un viaje a Vigo y uno de los lugares que visitaron fue dicho Monte Castro, mirador maravilloso, para gozar de las incomparables vistas que desde él se divisan.

El caso es que, mientras fueron los otros a los distintos miradores, él se quedó con el Sr. Director, descansando en un banco. Apenas se hubieron sentado, el Director que tenía fama bien ganada de buen roncador, quedó roque e inmediatamente comenzó el ruidoso y ronco concierto, con un volumen de sonoridad que se oían los ronquidos por varios metros a la redonda. Un salesiano que los había oído, le preguntó al Sr. Miguel:

—Sr. Miguel, ¿quién daba esos resoplidos?

—Eu non sei... Eu non era. -

—Si usted no era, entonces, sería el Sr. Director, ¿no?

—Eu non sei.

Y como el gran juerguista don Fortunato no lograra sacarle prenda y hacerle confesar que era el Sr. Director, le hace esta última y capciosa pregunta:

—Si no era el Sr. Director ni usted, ¿entonces quién era?

—Eu non sei..., ¡roncaría o banco!

Todo menos hablar mal del Sr. Director..:

Muchas diabluras le hicieron al Señor «Miguel», sobre todo los salesianos jóvenes: bromas de toda clase, algunas muy sonadas y divertidas, que de no haber sido un hombre de paz y paciencia como la del santo Job, le hubieran cansado y hubiera tomado sus medidas: pero era tan inocente y bonachón que ni siquiera se le ocurría. La más de las veces lo arreglaba con una sonrisa benévola y con una mirada fija en el interlocutor, con aquellos ojillos de pícaro en los que se reflejaba su

beatífico corazón.

Habría que formar una antología, la antología del chiste. Entre otros, podrían salir estos títulos: «De cómo un día, estando rezando a la Virgen en la iglesia, oyó unas voces misteriosas que le hablaban...». (Era un clérigo que lo hacía desde la sacristía, por megáfono...). O «Dé cómo los clérigos le desafiaron a levantar un «culeiro» lleno de uvas. El clérigo lo levantó y se lo echó a la espalda con relativa facilidad, pero él apenas pudo mover el suyo, sin podérselo echar a la espalda porque contenía piedras tapadas como unos racimos». Y no tuvo más remedio que declararse vencido. Y de estas bromas, casi a diario. Por lo menos servían para la alegría. -

Conocí al bueno del Sr. «Migel», como él pronunciaba su nombre, en los primeros Ejercicios Espirituales que hacía en España, el año 1935, en Salamanca. Allí estaba también él. En los contactos de aquellos días, me produjo la impresión de que era un santo varón, con mentalidad de niño, sencillo, bondadoso, inocente y de una piedad edificante. «Un israelita auténtico, en el que no hay engaño», como diría Jesús de Natanael (Jn 2,47). Desde entonces, le tuve siempre un respeto reverencial y cierta consideración.

En los últimos años, cuando por motivos de apostolado o pastorales, tuve que pasar por el Colegio, él se sentía como protegido conmigo y muy a gusto en mi compañía, y, hasta me contaba con cándida sencillez «as cousas que os cregos pequenos e outros» le hacían o decían de él... Muchas eran esas cosas y, a veces, muy pesadas las bromas de que le hacían objeto, y a las que él replicaba en tono ingenuo e inocentón, como Dios le daba a entender, contribuyendo a la distensión de la Comunidad.

Es obvio que nuestro buen Hermano «Migel» tenía un siquismo especial, un desarrollo insuficiente de sus facultades intelectivas, lo que no le impedía ser ejemplar en sus deberes cristianos y religiosos, y progresar en su santificación a su propio aire y ritmo. Tuvo la sencilla humildad y la descarnada ingenuidad de decir: «Xa o meu pai tíñame por home de poucos alcances e corto pra as mulleres».

Estas almas un tanto simples y sencillas pueden también santificarse como las demás, «a su ritmo y a su aire». La razón teológica es que para ser santos basta que hagamos lo que esté de nuestra parte. «Al que hace lo que está de tu parte, Dios nunca le deja faltar su gracia».

Y, de verdad, Dios no le dejó faltar su gracia para santificarse de esa manera y dejamos a todos el ejemplo de su trabajo, de su piedad y de su fidelidad y amor a los Superiores y a la Congregación y de toda su vida dedicada a los demás.

#### **41. VIRGILIO LOREZO FERNÁNDEZ**

Sacerdote.

Nacimiento, en Moslares de la Vega (Palencia), 26-6-1921.

Profesión religiosa, en Mohernando, (Guadalajara), 16-8-1941.

Ordenación sacerdotal, en Madrid, 29-6-1950.

Defunción, en Lugo, 23-12-1974.

Conviví con él y le di clase en los tiempos históricos de la Guerra Civil del 1936, en Astudillo, y guardo recuerdos inolvidables de aquellos tres años de su aspirantado.

Don Virgilio nació el día 26 de junio de 1921, en Moslares de la Vega, pueblo del partido judicial de Saldaña (Palencia).

Ingresó en el Seminario misionero salesiano de Astudillo el año 1936, a la edad de quince años, acompañado de su primo, hoy salesiano, don Ángel Lorenzo. Le tocó vivir los difíciles años de la guerra civil, en un régimen de estrecheces económicas y de austeridad; pero en un clima de alegría y de esperanza que inspiraban aquellos Superiores presididos por don Esteban Ruíz y don Anastasio Crescenzi, que sucedió a don Esteban.

Durante aquellos años de penuria, la esperanza del Colegio estaba en la huerta. Esto viene a cuento de que los aspirantes mayores, sobre todo los de la tierra de pan llevar, eran valiosísimos braceros en la huerta y en unas tierras que, en aquellos años, se sembraban de trigo, de «titos» y otra legumbres, y eran un recurso para las ciento quince bocas que había que alimentar.

Entre los trabajadores más destacados y peritos en la materia estaba Virgilio que por ser ya mayor e hijo de labradores, entendía a las mil maravillas las labores del campo: siega, trilla, bielda, meter carros y carros de paja en Casa, ir al monte a buscar leña para el horno de pan, etc. ¡Qué temporada de verano nos pasábamos algunos clérigos con el grupo de aspirantes voluntarios y gozosos de poderlo hacer! ¡Qué felices eran esos buenos aspirantes cuando tenían que madrugar o trasnochar...! No les pesaba ese trabajo de por sí pesado porque lo hacían con amor.

¡Bien curtidos y preparados iban para las faenas que les esperaban en Mohernando, durante el noviciado y los estudios de la Filosofía!

Creo que todos los que recuerdan aquellos tiempos de Astudillo estarán de acuerdo con lo expuesto.

En Astudillo permaneció los cuatro años de aspirantado preparándose para hacer efectiva su vida de entrega total a Dios. Hizo sus votos religiosos al terminar el noviciado en Mohernando (Guadalajara), en agosto de 1941.

Estudió Filosofía dos años más en Mohernando. Fue elegido para comenzar su vida práctica, trabajando con los seminaristas en Astudillo, donde hizo su Trienio, velando por el desarrollo del germen vocacional de los jóvenes seminaristas.

Cuatro años en Carabanchel Alto-Madrid le proporcionan los conocimientos necesarios, teológicos y sacerdotales, que lo habilitan para ser el gran educador de la juventud que sería después durante toda su vida.

Se ordenó de sacerdote en Madrid el 29 de junio de 1950. Y ya con la plenitud de su ser, como religioso y como sacerdote salesiano, comenzaría su vida de sembrador de Evangelio a base de dar, de darse en una entrega total de servicio a todos aquellos que le confió la Providencia, en los lugares siguientes:

Jefe de estudios en Salamanca-San Benito (1950-1951); Administrador en Ourense, y en A Coruña-Calvo Sotelo (1951-1956 y 1956-1958 respectivamente); Director en Tudela Veguín y Avilés, durante doce años (1958-1964 y 1964-1970 respectivamente); -Administrador, de nuevo, en A Coruña-Calvo Sotelo (1970-1972) y Director, otra vez, su última vez, en La Robla (León) 1972-1974).

Tenemos que añadir que su etapa de Administrador en el Colegio Calvo Sotelo fue fecunda en trabajos y entrega al bien de los niños y de la mejora de la Casa. La Excma. Diputación Provincial, en reconocimiento a su entrega, creó una beca de estudios con su nombre, en memoria suya.

En todos los centros docentes dejó un gratísimo recuerdo y una estela de cariño y de admiración en todos por su buen espíritu religioso, por el escrupuloso cumplimiento del deber, por su servicialidad, por su capacidad de trabajo y por su afabilidad, en fin, por su vida toda, coronada de sacrificios en su permanente amor al prójimo. Una vida ejemplar y digna que siempre fue signo real de lo que encarna el ideal religioso: un hombre que, a semejanza de Cristo, no tiene otras miras que hacer el bien a todos.

Quiero reflejar aquí, en breves trazos, la opinión de los Hermanos de la que fue su Comunidad, en la Casa de La Robla.

Como Director, tuvo una gran preocupación por la vida espiritual de los Hermanos. Fue puntual en las prácticas de piedad; escrupuloso en la celebración de la Eucaristía; muy ordenado y previsor en todas las planificaciones de tareas escolares o paraescolares. Las colonias veraniegas las organizaba en todos sus detalles de horarios, actividades, etc. -

Como salesiano fue un gran trabajador, lo mismo se lo veía en los jardines cavando, plantando o injertando árboles, que en el huerto o en el cultivo de los rosales (las flores eran su delicia), o pintando los campos de deportes o arreglando los tabiques en un nuevo estilo. Todos admiraron su trabajo en el nuevo taller de «construcciones metálicas», obra y diseño totalmente suyo, siendo felicitado por los propios ingenieros de la Empresa Hullera Vasco-Leonesa. Con los alumnos de la Escuela se desvivía por hacerles entender las lecciones y en las «buenas noches» lo escuchaban con gran satisfacción. Nunca dejó de salir a los patios para convivir con los alumnos en los recreos y charlar con ellos de sus cosas. Siempre les repetía que quería verlos alegres y agradecidos.

También los salesianos escuchaban con fruición en el comedor las anécdotas de sus tiempos de seminaristas, de la guerra, de sus trabajos como labrador en los veranos de Astudillo, etc.

La gente lo estimaba por su sencillez; hablaba con todos: personal, padres de alumnos, a los que animaba ante algunas malas notas de sus hijos, con la esperanza del cambio; con las autoridades y los lugareños.

Fue muy humano: le gustaba salir al campo acompañado de Salesianos y era admirable oírles hablar de las plantas, de los pájaros, de los acontecimientos de la vida...

Todavía joven, cincuenta y tres años, ilusionado por sus ya próximas «Bodas de Plata sacerdotales», el buen Dios lo encontró maduro para el cielo. Y, callada, inesperada y casi repentinamente se nos fue, en pocas horas, al ser esa la voluntad del Padre y, por ello, lo mejor para él.

El 20 de diciembre (1974), había ido a Lugo para unirse a los demás Hermanos y realizar el Capítulo Inspectorial. Todo transcurrió para él sin novedad hasta la comida del día 22, que realizó precisamente con un humor admirable, según testimonio de sus compañeros de mesa. Repentinamente, al salir del comedor, tuvieron que cogerlo los que lo acompañaban para que no cayera al suelo, sin conocimiento ya.

Trasladado en una ambulancia de la Cruz Roja a la Residencia de la Seguridad Social, nada se pudo hacer por salvarle la vida, a pesar de todos los medios y el interés puesto en ello. Todo fue inútil porque nuestro don Virgilio dejaba esta vida, a las 7,30 de la mañana del día 23 de diciembre, por causa de un derrame cerebral.

Estupor y consternación fueron los sentimientos de todos los Capitulares al conocer la inesperada noticia. Inmediatamente se celebró un solemne funeral concelebrado por todos los sacerdotes asistentes al Capítulo, pidiendo al Señor para el finado recompensa y paz.

Por deseo de sus familiares, se hicieron las gestiones necesarias para su traslado a Palencia; en presencia de sus familiares y amigos y de innumerables salesianos de toda la Inspectoría e incluso de algunos compañeros de curso venido de Madrid, se le dio cristiana sepultura y se ofició un funeral el mismo día 24, como último homenaje que clausuró estos tristes acontecimientos.

El día 27, se le dedicó también un emotivo funeral en La Robla, reuniéndose en la concelebración el Párroco, varios sacerdotes de la zona, el Inspector, Salesianos de León y todos los

de la Comunidad, con la iglesia rebosante de público entré familiares, personas del pueblo, alumnos y padres (que llegaron en sendos autocares costeados por ellos, desde Sabero, Santa Lucía, etc.) y personal directivo de la Empresa Hullera Vasco-Leonesa, patrocinadora del Centro. No podemos silenciar los sentimientos de estos directivos de la citada Empresa que, no sólo quisieron estar presentes en Palencia y en La Robla, sino que han querido correr con todos los gastos del traslado del cadáver desde Lugo a Palencia, los del entierro, coronas de flores, esquelas mortuorias en los periódicos (encargados por ellos mismos), etc., lo que indica el aprecio en que era tenido don Virgilio.

El Sr. Inspector decía en una semblanza sobre don Virgilio que «las flores eran su delicia». Yo creo, como dice un escritor, que no podía dejar de ser bueno, porque amaba las flores, y que si contemplar una flor es bonito, mucho más hermoso es cuidar de ella. Todo esto se cumplió en nuestro querido Hermano Virgilio.

## 42. DANIEL BARRIENTOS AGUADO

Coadjutor.

Nacimiento, en Cerecinos (Zamora), 31-5-1926.

Profesión religiosa, en Astudillo (Palencia), 16-8-1964.

Defunción, en Astudillo, 27-10-1975.

El buen amigo Daniel, como se verá a través de esta semblanza, estaba muy hermanado con la «enfermedad». Lo declaró él mismo en la ficha de cualificación que rellenó, siendo ya salesiano: «careciendo de toda clase de estudios, no me creo competente para ninguna clase de especialización, a no ser Enfermero, que es mi cargo». Y Dios dispuso que lo fuera de una manera carismática y ejemplarísima.

Conocí y traté con Daniel en profundidad en el Estudiantado Filosófico de Medina del Campo, donde hizo parte de su Aspirantado, y, después, con más intimidad espiritual, si cabe, en el Noviciado de Astudillo, durante tres años en que compartimos grandes responsabilidades. Pertenece él también al Consejo de la Casa: Noviciado y Aspirantado de Primero de Latinidad. Aquí desarrolló una labor importantísima en todos los aspectos: fue el, verdadero clásico «factotum» de la Casa Salesiana. Lo mismo estaba en la huerta que en la granja, que en el monte, en la despensa, vigilando y orientando la cocina, en la siembra y en la cosecha, en la enfermería, en el patio con los niños, etc., etc. Todo sazonado con un sólido espíritu de fe y una sentida y verdadera piedad salesiana. Nunca daré las suficientes gracias a Dios por los dos Hermanos coadjutores que me tocaron, durante los años que estuve en Astudillo.

Traía, cuando ingresó en la Congregación, a sus treinta y ocho años, una formación cristiana, católica y humana muy sólida, con sus ritmos de oración y de apostolado, que adquirió durante el tiempo que perteneció a la Acción Católica, en la rama de la «H.O.A.C.» y no le costó adaptarse a la praxis salesiana. Así lo ratificamos los Consejeros del Estudiantado Filosófico de Medina en el informe que dimos de él para su ingreso en el Noviciado: «Piadoso, responsable, trabajador, de muy buen carácter... ¡magnífico!». En el mismo sentido se manifestaron los Superiores del Noviciado, para la admisión a la primera profesión religiosa: «Bien dispuesto al trabajo espiritual y material; piadoso y delicado de conciencia, responsable...».

Era querido y apreciado de todos por su bondad, sencillez, espíritu de personas que pudieran necesitar de él, de sus servicios. Bien supo entender y Comunidad de Astudillo, donde permaneció hasta que el Señor lo llamó al premio eterno, doce años después.

Con frase bíblica, se puede afirmar que Daniel fue «varón de dolores», como él mismo dejó escrito en su diario íntimo. Fue un dolor el suyo llevado con un talante espiritual y humano tal que no mermó-nunca su entera dedicación al trabajo, que era su pasión. Fue un salesiano coadjutor que con sus «pasos andariegos» se fatigaba sí, y más de lo que la prudencia humana y los consejos de los Superiores le aconsejaban, pero él quería llegar al cielo por ese camino. En el fuego se prueba el aroma del incienso, y en las tribulaciones, la constancia del hombre esforzado y animoso. Daniel fue como un hombre, como dice P. Claudel, que ve encendiendo con su cirio las velas de toda una procesión.

En su vida mostró siempre un temple extraordinario en las pruebas y ante el dolor físico. Soportó con entereza las diversas intervenciones quirúrgicas. Escribió él mismo:

«En las noches de dolor, entabló coloquios con Jesucristo Nuestro Señor. Habló con él, en el silencio y en las oscuridades de mi cuarto. Una vez me atreví a escribirle estos versos:

¡Señor!, ¿qué quieres hacer de mí— con este oprimente dolor?  
¿Quieres que sea licor — para poder embriagar

a las almas que sin Ti—viven lejos de tu amor?».

Meses antes de su muerte, consignaba en su diario:

«Tú conoces, Señor, todos los dolores de estos años: las piernas rotas, los brazos rotos, la muerte de mi querida madre, los dolores físicos y morales. Tú sabes que te lo ofrezco todo por el bien de las almas y el triunfo del Reino... Acepta, Señor, mi enfermedad como holocausto para que los sacerdotes sean mejores»...

Y, como obras son amores, en la Carta mortuoria que escribió el Director de Astudillo, a su muerte, nos decía que don Daniel, aunque no tuviera otro mérito que el de haber asistido a don Valentín Grasso, santo confesor de la Casa de Astudillo, durante varios años y muerto cinco años antes que él, durante su larga y penosa enfermedad, con una solicitud constante, con un amor-cariño y entrega rayanos en lo heroico, sería esto más que suficiente para merecer la mayor recompensa de Dios y un profundo agradecimiento por parte de la Comunidad del Colegio.

Dios le premió todo ese afán de servicio generoso, alegre, sacrificado y constante con la muerte de los justos. Una muerte esperada valientemente, día tras día, con la sonrisa en los labios y hasta con el mismo espíritu de humor que lo caracterizaba, virtud propia de las almas nobles y generosas.

El Sr. Inspector, en el Boletín Informativo de la Inspectoría del mes de noviembre de 1975, escribía esta frase lapidaria: «Don Daniel ha tenido una muerte digna de él». Frase que sintetiza la preciosa ejecutoria de toda su vida salesiana al servicio de los Hermanos, Novicios y Aspirantes y de toda clase de practicar que sólo una vida vivida para los demás merece ser vivida, que la vida se la dio Dios y la mereció, dándola. ¡Cuántos cheques a su cuenta, a su favor, encontraría en el cielo el fiel y solícito administrador Daniel!

Tuvo «la muerte digna de él». La que merecía, porque durante su última enfermedad no le faltó ningún cuidado tanto espiritual como material. En la Clínica de la Cruz Roja de Palencia estuvo solícitamente atendido por los Hermanos Salesianos, de manera especial por el Sr. Director, por sus hermanos de sangre, Misioneras del Sagrado Corazón, que no lo dejaron un momento solo.

Al darse cuenta de su gravedad, él mismo pidió los últimos Sacramentos, que recibió con serena y edificante tranquilidad.

Cuando los astudillanos se enteraron de su fallecimiento, quedaron consternados y muchos de ellos desfilaron ante sus restos mortales para testimoniar el afecto y amor que le profesaban. El funeral y el acompañamiento masivo de todo el pueblo, porque todos lo consideraban como algo suyo, fue una clara demostración de ello.

Sus restos mortales descansan en el panteón que el Ayuntamiento y pueblo de Astudillo ofrendaron al hijo adoptivo don Valentín Grasso, y donde tantas veces había ido Daniel a desgranar sus plegarias por su gran amigo, quien, como fundadamente esperamos, le habrá salido a recibir a su llegada al Paraíso Salesiano.

Una vida y una muerte así nos interpela a todos los Hijos de don Bosco y nos fuerza a la imitación.

### 43. OLEGARIO SALAN FERNÁNDEZ

Sacerdote

Nacimiento, en Ventosa de Río Pisuerga (Palencia), 2-2-1918.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 4-10-1940.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel Alto (Madrid), 21-12-1947.

Defunción, en Zamora, 10-1-1976.

Acabo de tropezar con un libro, que hace tiempo leí, titulado «Locos a lo divino», del sacerdote periodista Antonio Aradillas, editado el año 1975, y me ha sugerido aplicar este título a mi buen y gran amigo, paisano, compañero por un curso en el Aspirantado de Misiones de Astudillo (1930-1931), y muy querido. Después de leer esta semblanza, seguramente coincidireis conmigo en ello, de llamar a don Olegario Salán: «loco a lo divino».

Un «curriculum vitae» interesantísimo, apasionante, el de este «loco a lo divino», desde el momento en que ingresó en el Seminario de Misiones de Astudillo el año 1930. Había nacido en un pueblecito, a cinco kilómetros de Herrera de Pisuerga, en la carretera Madrid-Santander, Ventosa de Río Pisuerga, el día 2 de febrero de 1918. Cuando fue a Astudillo, ya estaba la familia en Osorno, a pocos kilómetros de Ventosa, en la carretera Santander-Madrid, donde su padre desempeñaba el oficio de cartero del pueblo.

Al año de estar en el Colegio, sucedió el gravísimo accidente que casi le costó la existencia y que condicionó el resto de su vida de una manera determinante. El hecho sucedió de la siguiente manera:

El día 25 de agosto de 1931, entre los actos de despedida que se celebraron en honor de los que marchábamos a Italia, cuarta expedición, uno fue un sonoro repique de campanas. Subieron a la torre unos cuantos, entre ellos Olegario y comenzaron a voltear las campanas. Se hacía golpeando con el pie la copa, desde un armazón de madera, que parecía que de un momento a otro se iba a desarticular. No se sabe lo que pasó, lo cierto es que tenía las señales de un buen golpe en la cabeza y estaba tendido en tierra, sin sentido. La inconsciencia le duró media semana; todos dieron gracias a Dios de que no le hubiera costado la vida. Se recuperó pero le quedó la secuela para toda su vida. Y de ahí arrancó lo que bien pudiéramos llamar una vida de «aventuras y desventuras».

A los tres años del accidente, fue a Italia a hacer el Noviciado, pues cada año iba una promoción, y, con gran sentimiento suyo y de todos los que lo conocíamos, tuvo que abandonar, porque la cabeza no le permitía seguir allí, y volvió a España.

Después de un tiempo bastante largo de recuperación, fue con el mismo deseo al Noviciado de Mohernando (Guadalajara), en el verano de 1936. Allí le esperaba la mayor «desventura», humanamente hablando, cuando, al estallar la guerra civil del 1936, es apresado y llevado con los Superiores, estudiantes de Filosofía, novicios y otros sacerdotes y coadjutores que hacían allí los Ejercicios Espirituales, a los calabozos de la Dirección de Seguridad de Madrid, y de allí, en atención a ser joven, el asilo que le prestó la embajada de Rumania, en el «Hogar Rumano», que dependía de ella. Una heroica y penosísima odisea.

Llegada la Paz, puede reemprender y terminar felizmente el Noviciado Y hacer la profesión religiosa, el día 4 de octubre del año 1940, en Mohernando (Guadalajara), donde lo había tenido que interrumpir, al comenzar la guerra civil del 36.

Después de terminar sus estudios de Filosofía, en la Casa de Gerona, comienza en Trienio práctico, del 1941 al 1944, en el Colegio del Alto de Santander. Estudia en Carabanchel Alto-Madrid, recibiendo el Sacramento del Orden sacerdotal, el día 21 de junio de 1947.

A partir de esta fecha, comienza una vida enteramente consagrada, sin reservas, al apostolado pastoral salesiano entre los niños y jóvenes por toda la amplia geografía de la Inspectoría Céltica, primero, y, después, en la de Santiago el Mayor. Comienza en el Colegio de Ourense, de Consejero

y Catequista (años 1947-50). En el Colegio de San Fernando de la Diputación de Madrid (1950-1953), como Catequista y Confesor; de Director en Cambados del 1953 al 1957 y allí mismo como Director y Confesor del 1957 al 1961. En Ourense, como Confesor (1967-1970). Su última obediencia es para el Colegio «Rey Fernando» de la Universidad Laboral de Zamora, como Confesor.

En los Colegios de San Fernando y del Naranco, difícilísimos, por la clase de niños que acogían, dio cuanto un apóstol entregado y celoso puede dar. Pero la obediencia le tenía reservada otra misión de más alcance y más difícil, una misión de abnegación y sacrificio para los que había ya templado sus armas en los anteriores Colegios: la dirección del Seminario de Cambados, en la que verdaderamente fue «loco a lo divino», cómo lo demostraron los hechos.

Los que convivieron con él en aquellos años de los comienzos del Seminario de Cambados saben de sus fatigas, apuros, aprietos de toda especie, en aquel Pazo, lleno hasta los topes de aspirantes, sin más despena que la de la Providencia, que, por cierto, nunca les faltó.

Él practicaba una pobreza franciscana, una austeridad rayana en atentado constante contra su salud, en la comida, en la bebida, en el descanso (no usaba su habitación para descansar, en ella dormía algún niño o algún forastero); a él le bastaba para descansar la dura tierra o una silla.

Las estrecheces y penuria en que vivían le forzaban a pedir ayuda para sus niños. Y, poco a poco, siempre sacaba algo de las buenas gentes de Vigo. Hubo quien le pagaba el pan de varios meses, otro, los suministros de ultramarinos. Estos nos dijo confidencialmente a los dos Directores de entonces de Vigo, dándonos inclusive, con la mayor reserva, el nombre de las personas bienhechoras. Nosotros lo ayudamos cuanto pudimos: en ropa para los niños, calzado y material de clase, objetos de limpieza, caramelos, etc., por algo éramos amigos de Astudillo.

Hablé antes de su austeridad y se me quedó entre las saltarinas teclas de la máquina, que no probaba el vino ni ningún otro licor, y de carne, muy poquita. En Cambados su bebida preferida era la ruda que bebía sin azúcar... ¡Quién le iba a decir que, al cabo de los años, la enfermedad que lo llevó a la tumba había de ser precisamente una terrible cirrosis!

Tenía un carácter íntegro, resultado de la autosugestión, de la abnegación, del esfuerzo espiritual y ascético sostenido con denuedo y perseverancia durante toda su vida, con una voluntad inflexible y constante.

«Homines sunt voluntates», dice con frase lapidaria y admirable San Agustín: «el hombre es su voluntad». Don Olegario fue un hombre de ideas y de principios, a los que, durante su vida, guardó una fidelidad leal y constante, con una manera de obrar consecuente, con rectitud de conciencia, con bondad de corazón y con un trato exquisito en sus modales con toda clase de personas, en especial con los niños y jóvenes. Con las personas de servicio de los Colegios donde actuó, tenía atenciones y delicadezas tales que delataban su gran corazón.

Tal vez, la característica más marcada en él fue la amistad: lo prueban miles y miles de personas que gozaron de ella. La amistad es la expresión más pura del alma y la más elevada; es darse para que se realice acertadamente en su propia personalidad; es servir al amigo, nunca utilizarlo. Era la amistad que profesaba don Olegario, evangélicamente pura.

Otra característica era la serenidad en todos sus problemas, que denotaba la personalidad bien definida y la confianza que depositaba en los medios humanos y, de manera especial, en los divinos. De ahí que no perdiera el buen humor.

Un antiguo alumno suyo de los ya, lejanos años de Ourense, notario en la provincia de A Coruña, lo recuerda así:

«...Tenía una personalidad muy acusada; en él se daban, en alto grado, las principales virtudes que he apreciado en los salesianos durante los siete años que estuve en el Colegio: sencillo, cordialidad, una profunda religiosidad —mis compañeros y yo lo velamos casi como un místico— y sentido del deber y la disciplina, que empezaba por exigirse así mismo».

Su actuación en el Colegio de la Diputación Provincial de Madrid, San Fernando, es juzgada por su Director de entonces, don Alejandro Vicente, en los siguientes términos:

«...Desarrolló entre los jóvenes y niños una labor extraordinaria, de tal modo que, al cabo de algunos meses el Colegio se había transformado en el aspecto espiritual. Su alegría, su sencillez y entrega incansable lograron esta transformación».

Estas palabras no adquieren su auténtico valor si no las juzgamos en su verdadero contexto: las difíciles circunstancias de toda índole por que atravesaba aquel Centro en los años a que nos referimos.

Don Olegario ocupó cargos de responsabilidad por amor a la Congregación, por respeto a los Superiores y por obediencia. Pero practicó, no una obediencia sin discusión, sino una adhesión razonada. Así lo demuestran estas palabras de don Modesto Bellido:

«En los años difíciles de la reconstrucción de la Inspectoría me vi obligado, en varias ocasiones, a pedirle graves sacrificios. Se trataba de obediencias costosas. El exponía con sencillez sus dificultades y, después, añadía: «de todos modos, si le parece que el nuevo cargo ha de redundar en bien de la Inspectoría, me tiene pronto». Después, se entregaba a la nueva ocupación con toda generosidad y espíritu de sacrificio».

El celo sacerdotal era otra característica que sobresalía sobre todas las demás, siempre se sintió y actuó como sacerdote. En su trato con los alumnos buscaba la manera de llevar a sus almas la idea constructiva, el pensamiento de Dios. Era muy apreciado como confesor, por su bondad y sus acertados consejos; consumió muchas horas de su vida en el confesonario, ocupación a la que siempre estaba dispuesto, sacrificando cualquier otra actividad o distracción. Hombre de gran piedad, vivió con sencilla profundidad la presencia de Dios. Rezaba y decía la Misa con un recogimiento y unción conmovedores.

Dice su Carta mortuoria:

«Fue edificante su pobreza, su desprendimiento. Siempre vistió de sotana aprovechando las que desechaban los demás. Sus efectos personales eran insignificantes. La pobreza era en él indicio de una profunda realidad: el celo, el amor a Cristo pobre, el amor a los pobres eran tan fuertes en él que lo llevaban a rechazar todo lo superfluo y aun lo necesario. Fue pobre para ser libre. Don Olegario era la antítesis del Salesiano aburguesado. Sabía armonizar pobreza personal y necesidad ajena; con los demás fue siempre generoso y desinteresado».

Y don Emilio Corrales, que fue por muchos años su Inspector, dice de él:

«... Salesiano de buen cuño ha logrado reunir en su vida, como educador y apóstol, las cualidades sobresalientes de un buen hijo de don Bosco. Siempre en medio de los jóvenes, sembrando alegría, afecto, confianza, defendiendo la gracia de Dios en las almas; gran director de conciencias, con una capacidad de sacrificio sin límites; una austeridad sorprendente... Ha sido para las Casas un verdadero regalo de la Providencia...».

Después de una vida tan llena y fecunda, Dios lo probó con una enfermedad que lo tuvo postrado en cama durante un año. Ante la gravedad irreversible del caso clínico —cirrosis— y para complacerlo en su deseo de volver a la Casa de Zamora, donde quería morir, aquí se le traslada el día 24 de diciembre. Pasa las Navidades contento por estar entre los Hermanos en estas fiestas de familia. Pero en pocos días, experimenta un deterioro general y rápido del metabolismo por la insuficiencia hepática que le ocasiona la muerte. Dos días antes, adivinando que su vida se extinguía, pidió el Óleo de los enfermos, que recibió con entereza y fervor; el día antes de su muerte, oyó la Santa Misa y comulgó, con pleno conocimiento. Plácidamente lúcido y aceptando los designios de Dios, entregó su espíritu al Padre, el día 10 de enero de 1976, a los cincuenta y ocho años de edad, treinta y seis de profesión religiosa y veintiocho de sacerdocio.

El solemne funeral, presidido por el Sr. Inspector, fue concelebrado por unos sesenta

sacerdotes llegados de los Colegios de distintas Inspectorías. La monumental y amplia iglesia de la Universidad Laboral rebosaba de público, en su mayoría de alumnos que en aquella circunstancia manifestaron el profundo afecto que sentían hacia don Olegario. Desde el momento en que falleció hasta el entierro no lo abandonaron ni un solo instante; organizaron turnos de vela para acompañarlo día y noche, en recogida oración. Por la capilla ardiente pasó todo el personal de la Universidad y muchos amigos de don Olegario y de los Salesianos.

En su muerte se puso de manifiesto la general simpatía de que gozaba, el gran afecto que le tenían todos los que lo habían tratado. Y es que don Olegario amó a las personas con profundo calor humano, con delicadeza sobrenatural y con una entrega total, viviendo para los demás con absoluto olvido de sí mismo. Hizo de su vida un acto de amor por la felicidad de los demás. Y ese amor fue echando profundas raíces que nunca dejarán de crecer; por eso el recuerdo de don Olegario será perenne para quienes lo conocimos.

#### 44. LUIS PAZO COVELO

Sacerdote.

Nacimiento, en Vigo, 18-10-1898.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 25-7-1916.

Ordenación sacerdotal, en Orihuela (Alicante), 13-7-1925.

Defunción, en Santiago de Compostela (A Coruña), 26-8-1976.

Don Luis nació en el barrio marinero del Arenal de Vigo, cuatro años después de haber llegado los Salesianos a aquel barrio; muy cerca de la Obra Salesiana estaba la casa de sus padres.

Su padre era armador y patrón de pesca y tenía una posición social bastante desahogada. Era una familia cristianísima de cuyo seno nacieron, nada menos, que siete vocaciones religiosas. Luis fue el séptimo de diez hermanos y profesó en la Congregación Salesiana; Asunción, Josefa y María, en el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora; otra hija en la Congregación de la Sagrada Familia y la última, en las Clarisas.

La Crónica del Colegio del Arenal habla de un séptimo candidato a salesiano, llamado Jesús. Fue mandado como aspirante a la Casa de Villaverde de Pontones (Santander) y murió allí, el año 1905, víctima de unas fiebres tifoideas.

Este ramillete de vocaciones fue el premio que Dios dio a aquel matrimonio excelente y ejemplar, José y Silvana. Esta fue llamada el «ángel de los pobres» de la Parroquia. Pertenecía a la Junta de Damas Cooperadoras. Todo esto viene a corroborar la fama que gozaba esta mujer piadosa y apostólica, con «alma sacerdotal», que supo transmitir a sus hijos la voluntad de entregarse a Dios en la vida religiosa y sacerdotal. ¡Cuánta hermosura de alma no tenía doña Silvana Covelo para lograr troquelar las almas de sus hijos en la fe, en la piedad y en la generosidad de la entrega a Dios! Siete vocaciones como siete estrellas brillantes que serán la aureola gloriosa de que estará coronada en el cielo.

A ese cielo donde llegaría don Luis, a su muerte, acaecida en el Hospital Provincial de Santiago de Compostela, después de un rápido proceso de la enfermedad, que rindió en pocos días su resistencia física y su robusta humanidad.

Desde hacía años sufría un proceso progresivo de arteriosclerosis con accesos de hipertensión. Últimamente derivó todo ese proceso en demencia senil más o menos manifiesta. Estuvo en estado de coma casi durante un mes. Después de su fallecimiento, se le trasladó al Colegio, donde se instaló la capilla ardiente, por la que desfilaron gentes de toda clase, siendo velados sus restos mortales por los Hermanos Salesianos, alumnos, AA. AA., familiares y amigos.

Las honras fúnebres fueron presididas por el Sr. Inspector, con el que concelebraron muchos sacerdotes llegados de todas las Casas de Galicia. Presidían también su hermana Teresa y sobrinos, y el Sr. Presidente de la Diputación con toda la Corporación.

Luis, es de suponer, frecuentaría la Parroquia, el Oratorio Festivo, Catequesis. El año 1905, a los siete años, está matriculado en el Colegio de San Matías para la Primera elemental. Continúa allí hasta los doce años, en que lo mandan a Carabanchel Alto (Madrid), centro vocacional en aquellos años de la Inspectoría Céltica, donde estudia el primer curso de latinidad. Los años 19113 y 1914 los pasa en el Colegio de Campello, en el que termina los estudios previos al noviciado.

El santo salesiano don León Cartosio, formador de tantísimas promociones de Salesianos de toda España, dice de don Luis, refiriéndose a los años que pasó en Campello, que cuando llegó a la edad de quince años, era sencillo, candoroso, siempre sonriente, pulcro y ordenado en todo; atento, diligente y respetuoso en las clases. Se distinguía, sobre todo, por su pulcritud y el aseo en todas sus cosas, la perenne sonrisa y la gratitud y respeto a sus Superiores.

No era de extrañar que estuviera dotado de tales prendas, tan bien arropado, por el ambiente familiar y por el clima de piedad y de alegría del Colegio de San Matías, y, sobre todo, por el

ejemplo de sus hermanos que lo precedieron en la vocación salesiana. Esta distinción y señorío, la pulcritud y demás dotes, a las que alude don León Cartosio, las conservé de por vida.

Siguiendo su «curriculum», volvió a Carabanchel, para hacer el noviciado y los estudios de Filosofía, en los años 1915-1918. El trienio práctico lo realizó en Santander; los estudios de Teología los comenzó en Salamanca y los terminó en Campello con la ordenación sacerdotal, que le confirió el Obispo de Orihuela (Alicante), el 13 de julio del año 1925.

Desarrolló su trabajo apostólico pastoral en los Colegios de Santander, Salamanca, A Coruña, Baracaldo, donde, después de haber desempeñado el cargo de Catequista, fue nombrado Director, años 1940-1945.

Terminada su misión en Baracaldo, es destinado a Vigo, al Colegio de San Matías, donde pasa diecisiete años; los tres primeros como Director y los restantes catorce como encargado de la iglesia de María Auxiliadora. El resto, hasta el fin de sus días, permaneció en el Colegio-Hogar «Calvo Sotelo» de A Coruña.

En los años pasados como Director del Colegio de San Matías, en Vigo, tuvo que sufrir bastante. No sé si porque le tocó bregar con un equipo comunitario un tanto conflictivo, o por un grupo de «mediocres» de la Asociación de Antiguos Alumnos, o por su temperamento fuerte, un tanto seco e inflexible para el orden, la disciplina y la observancia, o, finalmente, por eso de que «en su patria nadie es profeta».

Es cierto que tenía un temperamento muy sostenido y actitudes, a veces, hieráticas. Tal vez fuera esa actitud la causa de que muchas personas se vieran un tanto retraídos ante él.

Como encargado de la iglesia, no se le podía pedir más. Renové y puso en marcha la Archicofradía de María Auxiliadora, contribuyó con todo su fervor y entusiasmo a terminar las obras, a ornamentar la iglesia y a tenerla siempre limpia y acogedora, siendo, en otro orden de cosas, un salesiano ejemplar en todo y un auxiliar valiosísimo del Director; lo digo por mis seis años que lo fui de la Casa de San Matías.

Los rasgos más notables de su personalidad fueron los siguientes:

—Un rasgo humano que se debe destacar en su figura es la delicadeza de trato, de finura, de estar siempre atento a detalles que hacen felices a las personas, desde la felicitación en los onomásticos hasta el recuerdo afectuoso de familiares de Hermanos, una vez conocidos. Aprecié mucho a los chicos con quienes estaba y hablaba en los recreos, interesándose por sus notas, sus pueblos, sus familiares, etc. Se interesaba por los AA. AA. y sus colocaciones y trabajos. Estos, cuando llegaban al Colegio, tras pasar unas temporadas fuera, no dejaban de saludarlo. El los recibía con su gran sonrisa y celebraba con satisfacción sus referencias, peripecias y aventuras. Muchos secretos se ha llevado a la tumba, nacidos de la confianza que inspiraba su persona.

—Su espíritu salesiano y religioso aparecía en las manifestaciones de su vida. Supo pedir perdón, cuando se daba cuenta de que sus ímpetus de carácter fuerte molestaban a los demás.

—Fue alegre y optimista, conversador, capaz de seguir las bromas y aceptarlas, en momentos de expansión de los Hermanos Salesianos.

—Agradecía todos los favores que se le hacían y lo manifestaba casi con extrañeza, considerándolos como excesivos.

—Quiso estar siempre al día en todos los campos, para ser útil a los demás y hacer sus conversaciones instructivas y provechosas. Aceptó cambio y reformas, y, con su corazón de padre, supo comprender y aceptar, intentando también amoldarse a las circunstancias y los tiempos.

—Todos cuantos vivimos con él fuimos testigos de su exacta observancia de las Reglas. Para con los Superiores fue sumiso y cariñoso, prudente y delicado; su obediencia reflejaba las palabras de la Regla salesiana: «prontitud, alegría de corazón y humildad, llevado de la persuasión de que, en la cosa mandada, se manifiesta la voluntad misma de Dios».

—Amaba a la Congregación en la que sirvió a Dios con todas sus virtudes y todos sus defectos. Se extrañaba de ciertas actitudes en la vida de los hermanos y se lamentaba, pensando que pudiera venir a menos el espíritu de don Bosco.

—Con tales virtudes, la figura sacerdotal de don Luis cobra dimensiones colosales: hombre de Dios, en el altar, en el confesonario, en el rezo del Oficio Divino. Oraba mucho: se lo veía en la

Capilla en horas en las que los demás estaban en sus clases y tareas. Este hábito de oración lo llevó a orar aun en su inconsciencia. El Padrenuestro y la jaculatoria «María auxilium christianorum» eran sus oraciones preferidas.

—Pasaba largas horas en el confesonario. En cualquier momento en que se lo llamara, estaba a disposición de todos, pequeños y mayores, de casa o de fuera. En sus consejos en el confesonario, era optimista, daba siempre ánimos, consciente de que el pobre corazón humano es de barro quebradizo y necesita, por lo tanto, de mucha comprensión. Quiso celebrar la Misa y predicar hasta el fin: escribía y corregía meticulosamente sus sermones y hasta los ensayaba.

—Y, abundando en lo que dije anteriormente, tengo que añadir que, si algo me llamó poderosamente la atención, fue precisamente este espíritu comunitario fraternal y el esmero por velar constantemente por la convivencia, el esparcimiento en el comedor y recreos, con su participación activa en charlas, juegos, bromas, chistes, etc., creando un clima de buen humor, de distensión, que tanto ayuda a fomentar las buenas relaciones y confianza entre los Hermanos.

Esta es, a grandes rasgos, la semblanza del buen don Luis Pazo, que será una de las estrellas como dije al principio, de la corona fúlgida de su santa madre en el cielo.

#### 45. FILADELFO ARCE DIEZ

Sacerdote.

Nacimiento, en San Martín de Ubierna (Burgos), 24-5-1910.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 16-8-1929.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 3-6-1939.

Defunción, en Vigo, 23-11-1976.

El día 23 de noviembre de 1976, moría inesperadamente nuestro querido y respetable don Fila, Aquejado de dolorosa enfermedad, desde el mes de julio, tras meticulosos y exhaustivos análisis y cuidados intensivos, hubo que trasladarlo urgentemente a la Residencia Provincial «Francisco Franco» de Madrid, y allí a los pocos días, fue intervenido quirúrgicamente, en el mes de septiembre, de un cáncer ya muy avanzado en el estómago. Al sentirse un tanto aliviado, le permitieron los doctores dejar la Residencia. A los pocos días, los familiares en cuya casa estaba, tuvieron que ingresarlo rápidamente a causa de unas hemorragias incontenibles. A los pocos días de esto, entregaba su alma a Dios. Trasladamos sus despojos a Vigo, a la Comunidad del Colegio María Auxiliadora, residencia a la que pertenecía y en la que desempeñaba el cargo de Párroco de nuestro Templo.

La noticia de su muerte causó en la ciudad un enorme impacto, en todos los ambientes y esferas de la misma y de los otros lugares donde desarrolló su apostolado salesiano y sacerdotal. Cooperadores, Antiguos Alumnos, Archicofrades de María Auxiliadora, Voluntarias de don Bosco, Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, jóvenes del Centro Juvenil, Catequistas y niños de la catequesis y numerosísimos feligreses y amigos se dieron cita en los solemnes funerales y triunfal traslado de sus restos al cementerio. No faltaron representaciones del clero regular y secular, de religiosas y religiosos de la ciudad y de otros lugares.

La Hoja del lunes, por pluma de don Gonzalo Rey Alar, Cooperador y Antiguo Alumno insigne, nos impresionó con estas vivas imágenes de sus honras fúnebres:

«Con su gran alforja emocionante de obra bien, hecha de amor hacia los demás, don Fila cumplió su camino el pasado 23 para abrir una vía de dolor conmovido para los hombres de Vigo y para los corazones. Pocas veces tan gran dolor ha sabido expresarse más vivo y tierno, más ennoblecido de lágrimas y de compañías, más rico de oraciones. El Templo de María Auxiliadora, cada una de sus naves, estallaban de emoción y de cariño en sus funerales. Millares de vigueses hicieron cola en su capilla ardiente durante un largo martes, en que el Vigo salesiano formó la guardia ante su cadáver...» (29-XI-1976).

Don Fila es otra figura de singular relieve del policromado Retablo Salesiano la Inspectoría de Santiago el Mayor, a la que prestó sus mejores servicios.

Don Fila fue un hombre excepcional, de una bonhomía campechana extraordinaria, con un don de gentes que cautivaba, maestro consumado en el arte escénico y coreográfico, de una simpatía hechizadora con los niños, con los jóvenes y con toda clase de personas, porque a nadie excluía de su amistad sincera y abierta.

Tenía un rosario de vivencias salesianas, de recursos de toda clase en su labor pastoral-catequética, muy difíciles de igualar.

Y no es que no tuviera sus fallos, sus carencias, como todo ser humano, y su carácter enérgico y sus nervios a flor de piel. Aguantaba mucho, pero, cuando su paciencia llegaba al colmo, blandía la tizona a ejemplo de su ilustre paisano el Cid Campeador y con unos mandobles certeros debelaba a sus oponentes.

Pero sí le tocó a él en suerte ser muy, en grado superlativo, diplomático, debido a las

circunstancias especialísimas que le depararon las misiones difíciles y delicadas que la obediencia le deparé, sobre todo, en la puesta en marcha y regiduría de la Universidad Laboral de Zamora y, después, de la Fundación Masaveu de Oviedo.

Era un humorista de marca; a las tres virtudes teologales añadía la cuarta: el humor, el buen humor, el sentido del humor.

Nació en San Martín de Ubierna, pintoresco pueblo de la provincia de Burgos, a diecisiete kilómetros de la capital, el día 24 de mayo de 1910.

La posición del pueblo es pintoresco y ofrece al espíritu del que lo visita el regalo de una serena quietud. Lo sé por propia experiencia, cuando en mis campañas vocacionales iba allí, en busca de aspirantes para las Casas de formación. Hay varios buenos salesianos de aquellos tiempos. Pero basta un nombre: Don Enrique Saiz, salesiano ejemplar que encabeza la lista de los mártires de la Cruzada, de la Inspectoría Céltica, para proclamar muy alto que fue uno de los pueblos que dio a la Congregación un número muy elevado de sacerdotes y coadjutores, algunos también mártires, entre ellos, Emilio Arce, coadjutor, hermano de don Fila.

La hermana María que lo asistió en su enfermedad en la Residencia y lo tuvo unos días, antes de su muerte, en casa, dice de él:

«Fue el noveno de los trece que fuimos. Criados todos al lado de nuestros padres; educados en la fe cristiana, pues fueron nuestros padres profundamente católicos, y todos seguimos sus enseñanzas.

Mi hermano Fila era muy nervioso, inquieto, juguetón; no se estaba quieto ni para comer; siempre era el primero en alborotar. Muy peleón, siempre llegaba a casa derrotado, pero nunca se quejaba. A la madre la quería mucho y, cuando lo reprendía, le daba un beso. Cuando tenía algo que dar o repartir, nos lo daba con generosidad, hasta quedarse él sin nada».

Tiene un «curriculum» de latinidad bastante movido: ingresa como aspirante en Baracaldo-Bilbao, año 1924, a los catorce años, y allí hace sólo un curso. Pasa a Béjar (Salamanca) para hacer el segundo, 1925-1926; el siguiente año, 1926-1927, lo pasa en Astudillo, y el último, el cuarto curso, en el Colegio de San Miguel del Paseo de Extremadura, en Madrid.

El curso 1928-1929, hizo el Noviciado en Carabanchel Alto (Madrid), profesando el día 16 de agosto.

De ahí va a Mohemando (Guadalajara) a cursar la Filosofía, al trasladarse el noviciado de Carabanchel a esta Casa. Terminados los estudios de Filosofía, el curso 1930-1931, fue destinado para el Trienio práctico a Béjar (Salamanca), curso 1931-1932. El curso 1934-1935 comenzó la Teología en Carabanchel. Al estallar la guerra civil terminaba el segundo curso también en Carabanchel. El tercero lo hace en Salamanca, lo mismo el cuarto; 1937-1938, 1938-1939, respectivamente; recibiendo la ordenación sacerdotal el día 3 de junio de 1939, en Salamanca.

Pasa el curso 1939-40 estrenando su sacerdocio en el mismo Colegio de María Auxiliadora de Salamanca. De allí pasa al Noviciado de Mohernando (Guadalajara), durante un curso, como consejero de novicios y estudiantes de Filosofía. Del año 1941 al 1953, lo tenemos en el Colegio de la Ronda de Atocha, como consejero, primero, y, después, como catequista. La Providencia disponía que fuera a ocupar el sitio que dejara vacío su hermano de sangre Emilio, que cayó víctima de su fe en la guerra civil.

La historia del gran Colegio de Atocha, durante los doce años de estancia de don Fila, tuvo en él el protagonista, el gran animador, organizador y conductor de las masas de alumnos, de circulistas de Domingo Savio, de Antiguos Alumnos, de oratorianos. Fue el hombre providencial que se necesitaba, en aquellos primeros y difíciles años de la posguerra, en que había que recuperar la imagen y el ritmo salesiano y apostólico colapsado durante la contienda civil. Poseía en alto grado la virtud de entusiasmar y conquistaba por el brío de ese entusiasmo, no arredrándose ante las múltiples dificultades que entonces había, ni por sacrificio alguno. Tenía, además, un talento especial que arrastraba a cuantos se cruzaban con él en su camino. Como ya dije anteriormente, era ,diplomático nato, siempre supo tratar a la gente, a toda clase de gente y tenía como lema: «darse,

dar las cosas que a él le regaló Dios, a los demás». Pero no todo lo dio: el entusiasmo, el valor, el optimismo, el sacrificio... quedaron con él».

Don Fila y Atocha, Atocha y don Fila, leyenda alrededor de aquel «corazón oratoriano» de leyenda. El mueve al estudio, a la piedad eucarística y mañana, al deporte, a las grandes representaciones teatrales, de zarzuelas, dignas de la mismísima Zarzuela. Y aún le queda tiempo y energías para la confesión y dirección espiritual, que serán uno de sus «hobby» de su vida salesiana, sacerdotall y apostólica.

A todo ello alude don Modesto Bellido, Inspector entonces de la Célitica:

«Me viene a la memoria un dato muy significativo por lo desacostumbrado: en sus tiempos de Atocha, don Fila era Consejero y daba sus clases a los alumnos de los últimos cursos. Pues bien, la mayoría de ellos se confesaban con él y lo hacían con toda espontaneidad y naturalidad. Aquellos mismos muchachos, al colocarse más tarde y venir la casi totalidad al Círculo Domingo Savio, seguían confesándose regularmente con don Fila. Fue ésta, entre otras varias, la impresión que me dejó de aquellos años don Fila».

Del año 1953 al 1960, pondrá en marcha, como Rector, la Universidad Laboral de Zamora. Se repiten aquí las mismas características de antaño: emprendedor, optimista, jovial, comunicativo, abierto, a todos... y, sobre todo, diplomático como los diplomáticos con los que tenía que tratar los más delicados asuntos; me refiero a los hombres fuertes del Régimen y del Gobierno, responsables directos de las Universidades y otros Departamentos oficiales.

De 1960 a 1967, se le confió la puesta en marcha y la dirección de la Fundación Masaveu de Oviedo. En esta encomienda también necesitó de mucho acto, prudencia, paciencia y valentía moral y espiritual.

En 1967, fue destinado a la salesiana ciudad de Vigo como Rector de la Iglesia de María Auxiliadora, que se convierte en Parroquia, en 1970, con don Fila como primer Párroco. Los meses de, su enfermedad y su muerte pusieron bien de manifiesto hasta qué punto don Fila había ganado los corazones de los vigueses. Los que estuvimos en los momentos de su enfermedad y muerte a su lado, aún no podemos salir de nuestro asombro. ¡Mucho debió querer don Fila para que tanto se le quisiera! Su corazón y sus brazos siempre abiertos; la palabra cálida que envolvía en aquella su perenne alegría e increíble optimismo; consolador incansable, que levantaba el ánimo del más abatido; oportuno y animoso junto al lecho de los ancianos, enfermos y moribundos. ¡Cuántas almas aprenderían, al oír de sus labios, que en su boca revestían especiales resonancias, el amor a María Auxiliadora y a don Bosco!

Un dato que me parece definitorio de su labor apostólica y de su carácter de acogida y entrega, es la labor de captación de vocaciones. De Atocha vinieron a la Universidad Laboral de Zamora más de una docena de «circulistas» que querían estar con don Fila, es decir, que querían ser salesianos.

No he visto nunca mejor repetida la actitud de muchos de los primeros salesianos del Oratorio: Cagliero, Buzzetti..., y otros que querían estar con Don Bosco «prete o non prete».

En Zamora llegó a, organizar un curso de latinidad con los chicos de las Elementales. No menos de cuarenta posibles aspirantes se apuntaron al curso. Muchos de ellos llegaron a profesar.

No he conocido a nadie con más tirón que don Fila en este aspecto.

Después de todo esto, no cabe más que terminar este perfil como terminaba la Carta mortuoria: «En don Fila hemos perdido un gran salesiano, pero hemos ganado un ejemplo vivo que imitar».

#### 46. ARTURO GONZÁLEZ CONDE

Sacerdote.

Nacimiento, en Allariz (Ourense), 7-1-1906.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 16-8-1922.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel Alto (Madrid), 30-5-1931.

Defunción, en Ourense, 13-4-1977.

Don Arturo González fue otro grande de la Inspectoría Céltica, y, posteriormente, de la de Santiago el Mayor.

Nació en la salesiana villa de Allariz, cuna de numerosísimas vocaciones salesianas, desparramadas por toda la geografía española. Fue el día 7 de enero de 1906, en el seno de una numerosa y cristiana familia, siendo el menor de 15 hermanos. Esa era la razón de que su hermana, ya octogenaria, llamara «Arturito» a su hermano ya sacerdote y con bastantes años.

A los once años, arrastrado por el ejemplo de otros paisanos ya salesianos, decide ir él también al Seminario de Carabanchel (Madrid) y, desde allí, al de Campello (Alicante) donde termina el estudio de latinidad. Vuelve a Carabanchel para hacer el noviciado, que termina con la profesión, el día 16 de agosto de 1922. A continuación, en la misma Casa, hace los cursos de Filosofía, que termina en Santander, donde hace también el Trienio práctico, 1924-1927.

Vuelve a Carabanchel a estudiar la Teología, en los cursos 1927-1931. Estrena su sacerdocio en la misma Casa de Carabanchel, desempeñando el cargo de Catequista; de 1933 a 1934, en Paseo de Extremadura (Madrid), Colegio de San Miguel, con los bachilleres, de Catequista; con el mismo cargo al Colegio de Ronda de Atocha (Madrid), 1934-1936; lo sorprende la guerra civil, del 1936 al 1939, en el Colegio de Baracaldo; terminada la guerra, es destinado como Catequista al Colegio de Deusto (Bilbao), 1939-1940; de 1940 a 1943, vuelve a Baracaldo, como encargado de los AA. AA.; en 1949 lo encontramos en el Colegio-Hogar de San Roque de Vigo, como Consejero; de 1952 a 1961 está en Zamora, de Confesor; del 1961 al 1967, en A Coruña-Colegio, como Confesor, y su última obediencia es para la Casa de Ourense, de 1967 a 1977, en que sigue su ruta al cielo.

Después de haber estado en su ministerio sacerdotal de confesar a los alumnos, durante una Eucaristía, y de haber acudido a casa de unos familiares, para acompañarlos en la comida, Dios lo llamó a Sí. Una llamada telefónica de sus familiares al Colegio, comunicando la triste noticia de su repentino fallecimiento, por un fallo del corazón, sembró el asombro y la consternación entre los salesianos y alumnos, que lo habían visto pocas horas antes, en plena facultad de trabajo y simpatía.

Venía padeciendo del corazón desde hacía años ya; pero él nunca le dio mayor importancia. Un esfuerzo superior al normal, subiendo las escaleras del domicilio de sus familiares, fue suficiente para que dejara de latir ese corazón ya cansado.

Es muy difícil, en el estrecho marco de una semblanza, resumir todas las facetas de una vida tan movida, emprendedora e itinerante, como fue la de este buen don Arturo.

Con la siguiente sinopsis voy a intentar dar, siquiera unos trazos de su simpática figura y de su buen hacer.

Apostolado de la Pluma.— Durante su estancia en Zamora, escribía asiduamente en la prensa local una sección fija en la que exponía su espíritu sensible al arte, a la cultura y a los valores trascendentales.

Apostolado de la Palabra.— Predicador incansable, hizo del ministerio de la Palabra un medio de acercamiento de las almas a Dios. Tenía verdadera obsesión por la gracia y por ganar las almas a Cristo, sobre todo, las de los alejados. Y eran los temas que con verdadera insistencia tocaba en todas sus pláticas y homilías. Durante varios años venía predicando la Novena de Mañana Auxiliadora, por nuestro Colegio de Vigo. Siempre que hubiera que hablar de la Santísima Virgen se prestaba a hacerlo pronta y generosamente. No digamos de los Ejercicios Espirituales, predicados

a mayores y a los alumnos de nuestros Colegios.

Apostolado de la Confesión.— Aun cuando durante toda su vida ejerció el ministerio de la reconciliación y penitencia, fue a partir del año 1952, cuando tuvo este específico encargo por disposición de los Superiores. Y fue muy solícito y estimado confesor de los alumnos de la Universidad Laboral de Zamora, durante nueve años, y en otras muchas Casas. En Ourense, su confesonario estuvo siempre asediado por toda clase de personas, en la Iglesia-Parroquia de María Auxiliadora. Muchos religiosos y religiosas de la ciudad lo tenían como director espiritual; era también confesor de los Seminarios de la Diócesis y de varias Comunidades religiosas. Puntual siempre en su confesonario y solícito a cualquier requerimiento, en este sentido. Era para él la cátedra más importante de evangelización.

Interés y preocupación por los demás.— Durante el tiempo que permaneció en Ourense, paseaba frecuentemente por las calles de la ciudad y siempre dirigía el saludo y la palabra a cuantos se cruzaban con él, sobre todo, a los ancianos y niños, de modo que la figura de don Arturo llegó a ser tan popular que no podía pasar desapercibido. Se interesaba por los problemas de sus interlocutores. Las visitas a los enfermos, en sus respectivas casas y en las clínicas próximas al Colegio, y al Hospital, llevando a los enfermos la comunión, constituía una de sus preocupaciones diarias.

Gratitud a sus educadores y superiores.— Con frecuencia hablaba de ellos con verdadero cariño y respeto. Recordaba, de modo especial, a don Alejandro Battaini al que, según decía, debía mucho de su formación, en tiempo de su estancia en el Colegio de Campello.

Trabajó, luchó y buscó medios para erigir, en Carabanchel Alto y en Campello el busto de don Alejandro. A ello contribuyeron los AA. AA. de Carabanchel y de Paseo de Extremadura a quienes se lo propuso en la sobremesa de una fiesta de AA. AA. en Carabanchel.

Espíritu de piedad y devoción mariana.— Francamente, muy sinceros y profundos. En sus paseos por la ciudad, siempre llevaba en sus manos el Santo Rosario, desgranando sus cuentas, y lo mismo hacía durante el día en el Colegio. Era un verdadero apóstol de esta devoción. Había recibido, en los días que precedieron a su muerte, una remesa de mil rosarios, que él se encargaba de distribuir entre las personas piadosas, que se comprometieran a rezarlo diariamente.

Pero donde demostraba su entusiasmo y amor por la Virgen era en, la tradicional Novena popular, de gran arraigo en Ourense, de la Virgen de los Remedios en su ermita próxima al Colegio, que suele abrirse al público únicamente los primeros días de septiembre.

Culto a las tradiciones salesianas.— Su preocupación constante por nuestras tradicionales y el sentido y piadoso culto que les rendía será para cuantos lo conocimos un ejemplo a imitar.

Yo señalaría, además, unas características muy destacadas y sobresalientes: su gran corazón y su don de gentes, rasgos que se traslucían constantemente en el sentido del humor, tan acusado en él.

He aquí el autorretrato que paladinamente nos ofrece, en el Opúsculo «Don Alejandro Battaini, salesiano ejemplar», que escribió en homenaje y memoria de su gran amigo y formador:

«Nunca fui de los predilectos (de Don Alejandro). Al contrario. No tenía yo cualidades para serlo; pero me parece que él, que era listo, supo encontrar en mí alguna chispita de mi «humorismo» celta, y —a cuenta del ridículo que encierra la vida en todas partes (¡también en los conventos!)— nos reíamos más de una vez cuando se lo presentaba deshuesado y limpio o le mostraba el rastro para que él, con su talento itálico, levantara la pieza y redondease el chiste más agradable entonces por parecer cosa suya. Lo cierto es que, a ratos, me detestaba, pero guardó siempre de mí un grato recuerdo, ya fuera como bufón ya como pequeño «clown» o payaso que, a veces, estorba, pero que otras, se hace imprescindible en la vida.

Yo —consciente de mi deber y por amor a aquel hombre bueno— hacía con gusto aquellos «papeles», creyendo cumplir una obligación y haciéndolo reír, como el payaso del cuento, aun teniendo el alma dolorida. Que yo también tengo mi miajita de corazón, que para algo soy de Galicia, aunque ello más de una haya sido mi perdición».

¡Qué razón tenía don Marcelino Olaechea, Inspector de la Celta, en los tiempos mozos de

don Arturo, por los primeros años de la década de los treinta, cuando, ante los defectos y debilidades humanas de algún Hermano, exclamaba, echándole el manto de la caridad y de comprensión bondadosa... ¡pero tiene un corazón de oro, un gran corazón!

El buen humor dimana precisamente del corazón y es una cualidad a la que no se le suele dar el culto que se le debiera.

Un humanismo optimista, con un estilo de vida sencillo en la mirada y en el trato, como nos recordaba el CGE. N° 102, es donde veo retratado de cuerpo entero a don Arturo, a aquel don Arturo de la sonrisa a flor de labios y a flor de vida, de chistes graciosos, a veces, chispeantes, de las bromas hilarantes, sobre todo con los niños y jóvenes alumnos y con los «flautillas», como solía llamar a los jóvenes salesianos de la Casa, el del amor franciscano a los animalitos, etc. Con todo esto creaba un clima de alegría, de optimismo, de confianza y aspecto «festivo», que contribuía poderosamente a la vida en familia y amistad.

Don Arturo, el del perrito que, antes de que lo educara, le manchaba la sotana cuando levantaba la patita; el de los canarios; el de los Ejercicios Espirituales; el del silencio personal, que lo mismo duraba un par de días que una semana o más, y eso, que era un gran conservador, un charlatán de marca y no sé cuántas cosas más de las que él mismo nos ha dado un bosquejo, pero que en lo más mínimo ensombrecían su excelente figura humana, salesiana y religioso-sacerdotal. ¡Descanse en paz!

#### **47. CIRILO SAGASTIAGOITIA IZA**

Sacerdote.

Nacimiento, en Baracaldo, (Vizcaya), 9-7-1885.

Profesión religiosa, en Sarriá (Barcelona), 13-3-1903.

Ordenación sacerdotal, en Vitoria, 6-6-1914.

Defunción, en León, 10-8-1978.

Con caracteres de oro hay que escribir el nombre de don Cirilo en el catálogo de los ilustres varones salesianos, que componen el precioso retablo de la Congregación Salesiana en España, los verdaderos forjadores de la Historia Salesiana en España, porque la historia de cada uno de los pioneros es un capítulo de la Congregación y son su mayor gloria y blasón.

Una vida de casi un siglo, casi el siglo de nuestra Congregación en España, da mucho de sí, y más, sise ha entregado sin reservas al apostolado, con «corazón oratoriano», como lo hizo don Cirilo.

Nació don Cirilo en, la populosa, industrial y muy salesiana ciudad de Baracaldo (Vizcaya), el 9 de julio de 1885, doce años antes de que llegaran los Salesianos a abrir el Colegio (1897).

A sus catorce años ingresó como aspirante en el Colegio Salesiano de la calle Viñas de Santander, y allí permaneció los cursos de 1899 a 1901; de 1901 a 1902 lo pasa en Villaverde de Pontones.

El 19 de octubre le impuso la sotana don Rúa. Su primera profesión religiosa la hizo en la Casa de Sarriá-Barcelona, el 13 de marzo de 1903. La Filosofía la cursa (1.0) en Gerona y los otros dos cursos en el Colegio de la Ronda de Madrid. El Trienio práctico lo hace, dos años en Madrid, y uno en Santander (1908-1910).

En el Colegio de la calle Viñas de Santander, está encargado del «Batallón de Exploradores». Cuando tiene que abandonar Santander, para seguir sus estudios de Teología, los miembros de dicho Batallón «Auxilium» le hacen, en la estación santanderina, una despedida muy cariñosa y llena de color: «al que nunca se borrará de nuestra memoria y que para nosotros fue siempre nuestro más querido y amado Capitán Honorario»; y termina así la Crónica de la Casa: «A don Cirilo Sagastiagoitia se lo llama «el salesiano que tantas simpatías despertó en los soldaditos del «Auxilium».

En verano de 1912. hace Ejercicios Espirituales en Carabanchel Alto y, posteriormente, queda en esta Casa hasta terminar los estudios de Teología, el año siguiente.

Regresa a Santander en espera de su ordenación sacerdotal, que recibe en Vitoria, el día 6 de junio de 1914. El 14 del mismo mes canta su Primera Misa en el pueblo.

Comienza su apostolado sacerdotal en el Colegio de San Benito de Salamanca, en el curso 1914-1915.

Su siguiente destino es el Colegio de San Matías de Vigo, en el que está hasta el año 1924, desempeñando los cargos de maestro, Catequista y Prefecto.

El año 1924 vuelve a Santander, al Colegio de María Auxiliadora, y desempeña allí el cargo de maestro y Prefecto hasta el año 1931.

Vuelve también a Vigo-San Matías y está de maestro y Catequista hasta el año 1945. Aquí, en Vigo, se hizo querer por todos los AA. AA. y por mucha gente de la ciudad, siendo una especie de «hombre de leyenda» para todos ellos.

Con frecuencia se lo invitaba a las Fiestas de la Unión, a las que acudía con verdadera ilusión, para estar unos ratos, como él decía, con tan buenos Antiguos Alumnos.

Del año 1945 al 1950, está en el Colegio de Estrecho de Madrid, de administrador. Vuelve a Galicia, esta vez al, Colegio «Don Bosco» de A Coruña.

El año 1953, es destinado a la Universidad Laboral de Zamora, como confesor, permaneciendo

en ella hasta el 1958. Este mismo año, vuelve de nuevo a A Coruña, esta vez, al Colegio-Hogar «Calvo Sotelo».

El año 1962, recibe el último destino aquí en la tierra prestar sus inestimables servicios en el Colegio de Huérfanos de Ferrocarriles de León, sobre todo como confesor. Y de aquí, con su equipaje de merecimientos, al Cielo.

De su perfil humano y religioso podemos decir, con don José Luis Bastarrica, que don Cirilo era ancho y fuerte como las rosas de su tierra vizcaína; sincero y franco como las limpias aguas que bajan de las montañas, era un símbolo: el de la Tradición salesiana.

Tenían unos sentimientos y una sensibilidad que lo hacían ser profundamente humano. Hombre totalmente al servicio de los demás. Delicado en las múltiples atenciones que gozaba de prestar a los salesianos y a los jóvenes. La gratitud ante cualquier deferencia que se pudiera tener con él, brotaba espontáneamente de su boca. Por donde pasó don Cirilo, dejó honda huella en las almas de sus alumnos y de las gentes que se acercaron a él, sobre todo, por razón de su ministerio.

Su fuerte temperamento, «las ciriladas», como lo llamaba él, contrastaba con su delicadeza y ternura, que ponía el contrapunto a sus profundas cualidades humanas.

Ejemplar austeridad que lo llevó a vivir totalmente desprendido de cualquier apetencia material. Nunca le oírnos, dice el Director de la Comunidad de León, quejarse del frío ni del calor. Metódico en las comidas. Poco podía estar apegado a esta tierra quien nunca se vio rodeado de las comodidades que hoy se aceptan como normales en la vida religiosa.

Su castidad la supo entender según los criterios evangélicos. Todo para todos, amor indiviso por las almas en su trabajo y dedicación sin reservas. Amar a todos sin apegarse a ninguno.

Su obediencia era todo sumisión y respeto a quien representaba en cada Comunidad a don Rosco. Nunca una palabra de crítica o de menos aprecio por el Superior. Demostró un amor filial a don Bosco ya la Congregación. Si en ciertas circunstancias afloró en él un atisbo de rebeldía, no fue por independencia ni mucho menos subversión, sino por la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Lamentaba profundamente las deserciones de los últimos años y trataba, con su palabra y su ejemplo, de llevar al ánimo de los salesianos con los que convivía, las puras esencias de la salesianidad, en una fidelidad casi escrupulosa a las «sanas tradiciones».

Encargado durante varios años de la Archicofradía de Maña Auxiliadora, se esforzó por inculcar esa devoción mariana, con el más ardiente celo y espíritu.

Hasta hacía poco más de cinco años se lo veía siempre el primero en la capilla, en las madrugadas extremadamente fijas de esta región leonesa, recibiendo en el contacto con el Señor la fuerza y vigor de espíritu que lo mantuvo fiel hasta el final de sus días.

Todo esto que precede queda avalado por numerosos testimonios de los que lo conocieron. Entresacamos algunos:

«¡Qué raíces más profundas tenía de vida cristiana, religiosa, salesiana y apostólica (presencia entré los muchachos)! Todo ello empapado de oración» (D. Santiago Ibáñez).

«...Desde que entré en el Colegio, fue la persona que con más afecto, comprensión y ternura me trató. Don Cirilo ahora se ha marchado, pero conmigo quedan... los seis años de recuerdos que la convivencia con él me han dado» (Antiguo alumno del Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León).

«Lo queríamos con locura por su enorme humanidad; detrás de la cáscara amarga de su mal genio guardaba una ternura de corazón exquisito. Enormemente piadoso y sacrificado» (Antiguo alumno de Estrecho - Madrid).

Volviendo a su «curriculum vitae», recogemos la noticia de sus Bodas de Diamante del Boletín Salesiano, nº 5, mes de mayo de 1974:

«...Don Cirilo anda por la cuarta juventud salesiana. En este mes de julio va a entrar en los

noventa años. Sí, señores, nació en 1885. Y en este Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León ha festejado con solemnidad sus Bodas de Diamante sacerdotales. No es poco sesenta años de sacerdocio. Sesenta años haciendo que los hombres suban a Dios y que Dios baje, se acerque a los hombres. Toda una vida dedicada a los demás». Y que aún seguirá dando el testimonio del verdadero apóstol.

Don Cirilo se fue preparando para el cielo durante la trombosis cerebral que le dejó paralizada parte de su cuerpo, el 20 de marzo del año 1978. Desde esa fecha poco a poco fue perdiendo energías de naturaleza pero ganando las de gracia. En el lecho del dolor, tenía frecuentes visitas de los Salesianos de la Comunidad, de las Hijas de María Auxiliadora que colaboraban con los Salesianos en el Colegio, y de tantas personas amigas de don Cirilo que querían con su presencia agradecerle tanto bien como de él recibieron. Y éstas se colmarían en la Eucaristía y funeral con que quisieron honrarlo todas esas personas y otras muchas.

Dice la Carta mortuoria que aunque la fecha en que se produjo el fallecimiento no era la más adecuada para la asistencia al funeral, la iglesia del Colegio se vio nutrida de amigos de don Cirilo y de la Familia Salesiana. Presidió la Eucaristía el Sr. Inspector, acompañado en la concelebración del Vicario General de la Diócesis, que vino en representación del Sr. Obispo, del Párroco y sacerdotes de la ciudad, así como de muchos sacerdotes salesianos que se desplazaron de las diversas Casas de la Inspectoría.

Estaban presentes por parte de su familia varios de sus sobrinos. Uno de ellos, el Hermano Norberto Sagastiagoitia, del Instituto de la Salle, agradeció al Sr. Inspector, a los pocos días del funeral el gesto fraternal y valiente de la Comunidad, al negarse a consentir que su tío fuese a ninguna otra Casa y guardarlo con ellos, en el Colegio, como su mayor tesoro.

Como final de esta semblanza transcribimos las palabras que los Hermanos de la Comunidad nos han ofrecido en su nombre:

«Salesiano sacerdote de los tiempos cercanos a don Bosco, nos ofrece el testimonio ejemplar de su setenta y cuatro años de vida salesiana y de sus sesenta y cuatro de auténtica vida sacerdotal.

Hemos sido testigos de su vida de:

Fidelidad a Dios y a la Iglesia.

Amor filial a don Bosco ya la Congregación.

Devoción a María Auxiliadora.

Espíritu de oración.

Entrega y dedicación plena al apostolado entre la juventud.

Profundos y delicados sentimientos humanos.

En una expresión, síntesis de toda su vida, «HECHO TODO PARA TODOS»

#### **48. LEON CARTOSIO BIANCHI**

Sacerdote

Nacimiento, en Cassinelle (Piamonte-Italia), 23-9-1888.

Profesión religiosa, en Foglizzo (Italia), 29-10-1904.

Ordenación sacerdotal, en Campello (Alicante), 23-5-1913.

Defunción, en Vigo (Pontevedra), 22-9-1978.

El día 22 de septiembre de 1978 nos dejó nuestro entrañable e insigne Hermano don León Cartosio Bianchi. Entregó su alma a Dios un hombre que había hecho de su vida un holocausto de donación y entrega plena en el altar del trabajo y de la oración por la salvación de las almas.

La ejecutoria de la vida de don León, a mi entender, está contenida en estas dos coordenadas «trabajo y servicio de Dios», y bien podría estar firmado y rubricado por él.

En una entrevista con un periodista del diario coruñés, El Ideal Gallego, a la instancia que le hiciera, con ocasión de los festejos de las Bodas de Diamante celebradas en Vigo, el año 1973, sobre su «curriculum vitae», contestó así don León:

«Sesenta años de vida religiosa me han permitido dar a mi vida un sentido de Dios en la educación de la juventud y perseverar en este servicio, siguiendo el lema de San Juan Bosco: «Trabajo y oración». A este sentido de la vida positiva, creo poder afirmar que corresponde un saldo también positivo de mis ochenta y cinco años actuales...».

El historial de la vida de don León da comienzo, un 23 de septiembre del año 1888, en Cassinelle, pueblecito verde y rocoso del Piamonte, en el seno de una familia de recia y profunda vida cristiana, que daría a la Iglesia y a la Patria hijos de temple heroico.

Desde su infancia, don León destaca por una privilegiada capacidad mental, que se pone de manifiesto con el rendimiento teórico y práctico nada comunes.

Ingresa en la Congregación Salesiana con la profesión religiosa, en Foglizzo, día 29 de octubre de 1904, para recoger en caliente el testamento espiritual de don Bosco y traerlo traducido en vida al Colegio de SarriáBarcelona, como asistente y profesor de novicios y estudiantes de Filosofía, después de estudiar a su vez la Filosofía en la Casa de Valsalice. Era el año 1907. Estuvo allí hasta el año 1909, en cuyo verano sufrió la Semana Trágica de Barcelona y se vio al borde de la muerte, quedando a raíz de aquellos sucesos, traumatizado para toda su vida.

De 1909 a 1913 estudió en Campello la Teología y, al mismo tiempo, fue profesor de aspirantes (seminaristas pequeños) y estudiantes de Filosofía.

En mayo de 1913, recibió la ordenación sacerdotal y cantó su Primera Misa el día siguiente, 24 de mayo. Inmediatamente don Alejandro Battaini, director entonces del Colegio, lo hizo Consejero. Lo conocía; había pasado cuatro años a su lado y estaba hecho como pocos a la medida de sus planes formativos. Destacaba por su enorme capacidad mental y rendimiento. Con sus cualidades de atleta y gran rapidez, era el gran animador de los recreos. Permaneció en el cargo hasta 1916, año en que los estudiantes de Filosofía fueron trasladados a Carabanchel Alto (Madrid), siguiendo don León a sus alumnos. Permaneció en Carabanchel hasta el año 1931, como profesor de los estudiantes de Filosofía y bachillerato, simultaneando estas ocupaciones con los estudios en la Universidad de Madrid, donde se licenció en Ciencias Naturales y Exactas. Es de justicia dejar constancia aquí del aprecio y admiración que le profesaban los Profesores y compañeros de la Facultad.

Pasa a Mohernando (Guadalajara), al noviciado, con el cargo de profesor y jefe de estudios de los estudiantes de Filosofía. Es aquí donde lo sorprende la Guerra Civil de 1936. El 31 de julio es llevado al paredón, pero consigue salvar la vida de forma inesperada, y se ve obligado a ir a Italia.

En el año 1939, de nuevo en España, es destinado a la Casa-Noviciado de San José del Valle (Cádiz), en calidad de Jefe de estudios del Estudiantado Filosófico (1939-1941). Retorna a Carabanchel (1941-1944), luego pasa a Santander (1943), Salamanca (1946-1947), A Coruña (1948-1952).

Sin pensar en la jubilación y siempre en la brecha, sufriendo los quebrantos de su salud dañada por los malos tratos de que fue objeto en la Semana Trágica y Guerra Civil del 36, después de parar en la finca de Lóngora una temporada (1952-1956), en plan de descanso, y más tarde, en el Sanatorio de San Juan de Dios, en Palencia (1956-1960), donde ocupa parte del tiempo impartiendo clases a los mismos Hermanos de dicho Sanatorio, el curso 1960-1961, va al Colegio de Herrera de Pisuerga (Palencia) y da clase a los aspirantes coadjutores. De allí pasa a la Universidad Laboral de Zamora (1961-1963); más tarde, al Seminario de Cambados (Pontevedra) el curso 1963-1964, y de nuevo a Zamora, del año 1964 al 1966; y, por último, en el año 1967, a la Casa de Vigo, en calidad de profesor y confesor en la iglesia de María Auxiliadora, donde su labor asidua era muy apreciada por mucha gente que lo tenía por su santo confesor.

En todas partes deslumbraba por su trabajo agotador y especializado en todos los campos del saber. Era profesor de las clases magistrales, por su claridad de ideas y por la forma de exponerlas, asequible a todos.

Su vida es una página que hay que añadir a la de tantos otros salesianos que testimoniaron con su vida y su cultura una dedicación plena y heroica a la juventud. Sabía trabajar y enseñar sin descanso. Hombre delicadísimo y respetuoso con los alumnos y con toda suerte de personas. De tal capacidad de trabajo

que daba muestras sorprendentes de estar al día en el progreso de la ciencia educativa, científica, literaria y de doctrina religiosa. Para muchos, la vida docente de don León se ha convertido en un auténtico mito, merced a su personalidad forjada en la misma cuna de los pioneros excepcionales de la Congregación. Hace honor a esa tierra del Piamonte, que dio a la Iglesia una larga serie de hombres santos como lo fueron don Bosco, don Rúa, Cafasso, Cottolengo, Murialdo, Orione, etc.

Un hombre de esta talla no podía pasar mucho tiempo en la penumbra. Su sencillez, su talento, su piedad y su humildad irradiaban efluvios de grandeza de alma excepcional y de sabiduría.

Hemos elogiado a don León en lo que aparece en la superficie, pero lo fundamental, lo que constituye el núcleo de su fe sacerdotal y salesiana no aparece con tanta claridad porque lo guardaba en el fondo de su corazón, como tesoro escondido. No terminaríamos nunca si quisiéramos desentrañar la profundidad de su vida espiritual, su pobreza franciscana, su amor a don Bosco, su filial y confiada devoción a María Auxiliadora, su inquebrantable adhesión a la Iglesia y al Papa, su solicitud misionera, su ejemplarísima presencia entre los niños en los recreos, a sus casi noventa años, y no digamos de su celo pastoral con las almas en el confesonario, en el que diariamente pasaba muchas horas derramado perdón y consuelo.

Pese a su larga y penosa enfermedad, llevada con ejemplar resignación, asistía y cumplía con toda escrupulosidad los deberes religiosos y comunitarios. La muerte le sobrevino cuando más entregado estaba a lo que un salesiano llamaría «empresa santa», la traducción de las Memorias Biográficas al español.

Huelga decir las solemnes honras fúnebres que se le rindieron en el Templo de María Auxiliadora.

Una vida de tal magnitud y talante salesianos bien merece nos alarguemos un tanto y reseñemos, para enseñanza y edificación-imitación, algunas de tantas y tan interesantes cosas que la prensa publicó con motivo de sus Bodas de Diamante sacerdotales y de la solemne imposición de la Encomienda de Alfonso X el Sabio, y, sobre todo, porque es historia salesiana de España.

Con ocasión de la celebración del 75 aniversario del Colegio de San Matías, hoy María Auxiliadora, se publicó una revista en la que se hizo esta referencia de la Fiesta que se le dedicó en sus Bodas de Diamante, el año 1973.

«Aún está en la mente de todos el magno homenaje que le fue rendido a nuestro don León, venciendo su acusada humildad. La Misa reunió en torno al Altar a treinta sacerdotes, en emocionante celebración. Se había dado cita en nuestra iglesia de María Auxiliadora lo más

selecto de la Familia Salesiana nacional, en su doble vertiente, sacerdotal y seglar. El P. Provincial de León acudió con todo su Consejo en pleno; todos los Directores de las Casas Salesianas de Galicia; algunos de los ex-directores del Colegio; Antiguos Alumnos, Padres de alumnos. Y quisieron sumarse al acto las autoridades provinciales y locales, representadas en el Excmo. Sr. Gobernador Civil, el Sr. Alcalde de la ciudad y el Delegado Provincial del Ministerio de Educación y Ciencia. Como representante del Sr. Embajador de Italia, acudió el Vicecónsul de dicho país en Vigo. También, en su doble vertiente civil y salesiana, el Secretario General del Ministerio de Obras Públicas, don José Luis Meilán. No faltaron las representaciones eclesíásticas y religiosas de la ciudad.

Al terminar la función religiosa, se celebró en el salón de actos del Colegio, la solemne imposición de la Encomienda de Alfonso X el Sabio, que don José Luis Meilán, antiguo alumno del P. León, en el Colegio de A Coruña, desplazado expresamente desde Madrid para tal acto, le impuso con cariño y emoción contendida, pronunciando, acto seguido, un discurso-panegírico, en el que resaltó los méritos y condiciones excepcionales del homenajeado. Don León, que se fundió en un abrazo emocionado con él, le contestó con su habitual sencillez.

Después nos reunimos en un almuerzo de confraternidad, durante el cual le leyeron los telegramas de adhesión de numerosas personalidades, entre ellas el Rector Mayor, don Luis Ricceri».

El diario de Vigo «Pueblo Gallego», en su número día 21 de noviembre de 1973, publicaba un artículo sobre la figura de don León: en síntesis apretada, exponía y desarrollaba estos titulares: «Profesor — Confesor — Sacerdote ejemplar — Una vida de amor al prójimo — Testimonio de un Maestro».

Un periodista termina su entrevista con el P. León con esta invitación:

«—El domingo ha sido su día, don León; finalice diciéndonos algo, lo que a usted se le ocurra...

—El tiempo corre veloz y la Historia con él, a la par. Van madurando dos grandes hechos, uno civil y el otro eclesíástico: la unidad política de Europa y la unión de todos los cristianos: católicos, cismáticos, heterodoxos, protestantes... Sigo con afán la evolución de estos dos futuros acontecimientos, junto con un tercero: la conversión de los judíos y de los mahometanos. Es mi sueño dorado asistir a la concreta realización de estos acontecimientos. Se han dado y se siguen dando pasos positivos. No espero verlos culminados en mi vida mortal, pero es mi ardiente deseo que los veáis los que sois más jóvenes que yo».

No quedo satisfecho de esta mi pretensión de presentar esta semblanza de don León, figura de relieve excepcional en el ámbito salesiano español, en todas las dimensiones de nuestra vida religiosa, sacerdotal, pedagógica, cultural, etc. Se merece mucho más.

Pero deseo que este bosquejo sea como una voz más de las que han clamado ya en pro de una biografía completa y mejor documentada, que los testimonios sueltos en varias publicaciones...

Son todavía varios los salesianos que se formaron con él en la virtud y en el saber. A ellos brindamos esta idea y llamamiento ilusionado.

#### **49. HORTENSIO MONJE LOPEZ**

Sacerdote

Nacimiento, en Velilla de Valderaduey (León), 9-3-1920.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1941.

Ordenación sacerdotal, en Madrid, 29-6-1950.

Defunción, en León, 8-12-1979.

El día 8 de diciembre, en medio de la alegría y regocijo de la festividad de la Inmaculada, Patrona del Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León, el ángel del Señor se llevó a la Casa del Padre, de forma inesperada y repentina, a nuestro inolvidable Hermano don Hortensio.

Solía decir, bromeando, don Hortensio a sus muchachos: «Yo he de morir en día 24, en día de la Virgen». Tal era su amor entrañable a María Auxiliadora y su confianza en Ella. ¿Presentimiento? Lo cierto es que se cumplió su predicción y la Virgen se lo llevó en su día.

Nació don Hortensio el 9 de marzo de 1920, en un pueblecito de la provincia de León, Velilla de Valderaduey, de donde habían salido excelentes vocaciones religiosas. Sus padres, con su ejemplo de bondad, trabajo y vida cristiana, supieron crear un clima propicio para que el Señor suscitara una vocación a la vida religiosa y sacerdotal. Su anciano padre, hombre curtido en el sufrimiento y en los trabajos del campo, nos describía con emoción contenida las virtudes de bondad y generosidad de su esposa y madre de don Hortensio. Bondad que su hijo supo asimilar y poseer como una de las características más peculiares de su vida.

Comenzó sus estudios en el Seminario Misionero de Astudillo (Palencia), en el año 1934. Terminados los estudios de esta primera etapa, el año 1938, no puede continuar su «curriculum» de formación salesiana por causa de la Guerra Civil, y este mismo año es llamado a filas, como otros muchos compañeros de curso, y se integra en las fuerzas nacionales. Formaba parte de la prestigiosa y flamante Banda de música del Colegio y, por su buena preparación musical, fue destinado a la Banda «Freccie Nere» de una Compañía de guerra italiana, que participaba en la guerra. Esto le valió el no tener que ir, como tuvieron que hacerlo algunos de sus compañeros, al frente de batalla, en el que cayeron varios de ellos.

Terminada la contienda, es premiado con una gira por Italia, acompañando a la citada Banda.

La Guerra Civil le hizo vivir y experimentar en su carne los odios y rencores entre los hombres. Penalidades y privaciones de estos dolorosos acontecimientos que le fueron madurando para una vida de renuncia y entrega que caracterizaría y condicionaría su posterior vida religiosa y sacerdotal.

Y con la paz, vuelve a reanudar su vida de formación salesiana interrumpida, y el año 1940 ingresa en la Casa de Mohernando (Guadalajara), para hacer el noviciado, que culminó con la consagración religiosa el día 16 de agosto de 1941. En esa misma Casa finaliza los estudios de Filosofía el año 1943.

Su primera obediencia religiosa se la dan los Superiores para la Casa de Béjar (Salamanca), donde, bajo la dirección del benemérito salesiano don Buenaventura Roca, desarrolló su apostolado y misión salesianos, preparándose concienzudamente en las prácticas pedagógicas que le harían, posteriormente, ser tan querido y apreciado de sus alumnos, en todos los Colegios en los que le cupieron responsabilidades muy importantes.

En el año 1946, lo encontramos en Carabanchel Alto (Madrid), dando comienzo a los estudios de Teología. Durante esos cuatro años fue modelando su corazón según el Corazón de Cristo Sacerdote. Fue recibiendo las diversas Ordenes Menores y Mayores, culminando con la Ordenación sacerdotal, el 29 de junio de 1950, de manos del entonces Obispo de Madrid-Alcalá, gran admirador de don Bosco y amigo de los salesianos, Mons. Eijo y Garay.

Este mismo año, fue destinado como Ecónomo al Colegio «San Fernando» de la Diputación de

Madrid, cargo y responsabilidades nada fáciles en aquellos años de escasez y de racionamiento. Para dar de comer a aquella verdadera «ciudad de los muchachos», tenía que hacer muchos cálculos y buscar, donde fuera, los alimentos.

Recuerdo que en una ocasión, estando yo en el Colegio del Paseo de Extremadura, se presentó muy preocupado porque los carabineros les iban pisando los talones a dos camiones del Colegio de San Fernando que portaban víveres, de estraperlo, claro, porque no había otro medio de hacerse con ellos, y me pidió le permitiera meter dichos camiones en el Colegio y despistar así a sus perseguidores. Allí estuvieron dos días, al cabo de los cuales, fraccionando la carga, se la llevaron en furgonetas a su destino. Era valiente y arriesgaba lo que fuera preciso para que, lo que era necesario y obligado, no dejara de hacerse.

Ya anteriormente, durante las vacaciones de los cursos de Teología, con gran sacrificio y no menos generosidad, había ayudado a poner en marcha aquella presencia salesiana en aquel Centro tan difícil, complicado y problemático de más de mil bocas que alimentar.

Él, con otros compañeros presididos por el primer Director, don Alejandro Vicente, fueron los pioneros en este Colegio que hizo tantísimo bien a muchos miles de jovencitos, con la presencia y el sistema de amor de don Bosco.

De estos primeros años de la fundación conservaba, como uno de los mejores recuerdos, unas memorias mecanografiadas, que gustaba leer a sus alumnos de otros Colegios como testimonio de la pedagogía salesiana con los difícilísimos, pobres y abandonados niños y jóvenes de San Fernando.

Así se fue preparando para las delicadas obediencias que recibió en años siguientes, en Vigo y en Oviedo. Arrestos, imaginación y dedicación plena en su cargo de Director en los Centros citados no le faltaron.

Del año 1954 al 1960 fue Director del Colegio-Hogar «San Roque» de la Caja Municipal de Ahorros de Vigo. Labor y misión típicamente populares y cuyos destinatarios, en aquellos primeros tiempos de la fundación, eran verdaderamente necesitados.

Al cumplir los seis años de dirección en Vigo, fue enviado a regir otro Centro de parecidas características, en la capital del Principado, Colegio de Niños del Naranco de la Diputación de Oviedo. Le tocó inaugurar y poner en marcha esa Obra y sembrar en el corazón de aquellos niños y jóvenes la ilusión y la esperanza de un futuro. Provenían los alumnos del antiguo Hospicio de Oviedo y llegaban a su nueva morada ansiosos de amor, de cariño, de formación y de la alegría del vivir. En este Colegio estuvo tres años, desde 1960 a 1963.

Cumplida esta misión durante tres años, es destinado al Colegio de Bachillerato de'A Coruña, como profesor y encargado de los Antiguos Alumnos (1963-1968).

Y termina su misión en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios, primero como confesor, después como Ecónomo, y, finalmente, hasta su muerte, como confesor y responsable de los apostolados de Adultos (once años, 1968-1979).

Su último Director, entre otras cualidades, destaca éstas: su sencillez, su gran bondad y cordialidad para con todos, que hacía de su persona un hombre que inspiraba confianza.

Era un verdadero constructor de paz. Tal vez, en las conversaciones se le podía contradecir en apreciaciones y juicios de valor. El nunca perdía la calma y procuraba que nunca por su culpa alguien pudiera sentirse herido. Era connatural a su persona el interesarse por todos, cuando alguien se cruzaba en su camino, por la calle, fuera niño o mayor. Siempre se le veía con la sonrisa en los labios. Recuerdo que de niño ya era así: siempre alegre, comunicativo, buen amigo de sus compañeros y demás seminaristas y de los Superiores, dispuesto a cualquier servicio que se le pidiera. Y, como su alma estaba siempre dominada por la bondad y la alegría, era connatural en él la sonrisa mediante la cual transmitía el mensaje que anidaba en su alma de bondad y alegría. La sonrisa le servía para suavizar la vida de los que lo rodeaban, niños o mayores, para irradiar alegría, sembrar optimismo y contribuir a la paz de las almas.

Como buen hijo de don Bosco y fiel a las genuinas y permanentes tradiciones salesianas, sabía inculcar el amor a Cristo y la devoción a María Auxiliadora. ¡Con qué entusiasmo celebraba los 24 de cada mes! Con verdadera ilusión preparaba la Novena y Fiesta de María Auxiliadora con casi un

año de antelación.

Último signo de esta devoción a la Santísima Virgen fue que, seguramente, su último trabajo y su última preocupación de la vida estaría consignado en el borrador de una Circular que dirigía a los Archicofrades de María Auxiliadora. Toda ella estaba impregnada de amor a la Virgen, cual correspondía a un corazón profundamente mariano. Sería su despedida definitiva de la Santísima Virgen, porque... tenía que morir en su día, como así fue.

De los múltiples elogios que oíamos de boca de quienes lo conocieron, escogemos, como síntesis y como testimonio de excepción, el que don Emilio Corrales, que fue Inspector durante los últimos años del finado, hace de él:

«Don Hortensio es uno de los que tengo que poner en primerísima línea en esta colaboración y corresponsabilidad que siempre me prestó, en los numerosos trabajos que debimos compartir en nuestras queridas Inspectorías. Era un gran salesiano, un gran Hermano. Un hombre piadoso, sencillo, hacendoso, servicial, atento y de excelente trato social. Virtudes todas que le granjearon muchas y buenas amistades, por doquier».

A darle el último adiós, en el funeral y en el entierro, acudieron multitud de amigos y conocidos que lo estimaban y querían testimoniar su agradecimiento al buen salesiano. La misa exequial, presidida por el Sr. Inspector, fue concelebrada por más de veinte sacerdotes salesianos y algún diocesano. Fue un sentido homenaje de amor a aquel que dejaba un reguero de bondades y de simpatías.

La ejecutoría de este buen hijo de don Bosco, en síntesis, nos la ofrecieron en la estampa-recordatorio:

«Salesiano sacerdote que, a sus cincuenta y nueve años de vida, supo dejarnos una huella de simpatía y bondad. Hombre sincero y sencillamente bueno.

Nos dejó ejemplo de:

- Una vida consagrada a Dios con fidelidad.
- Un ministerio sacerdotal vivido con celo por las almas.
- Un ferviente devoto y entusiasta propagador del amor a María Auxiliadora.
- Un auténtico hijo de don Bosco».

Como colofón, nunca mejor empleada esta palabra, a esta semblanza, hay que poner de manifiesto el gran cariño que sintió por las vocaciones salesianas y la ayuda generosísima que dispuso durante sus seis años de estancia en Vigo al Seminario de Cambados y, el curso 1955-56, a los aspirantes a salesianos que estuvieron en la Casa de San Matías. ¡Dios se lo habrá recompensado con creces!

## 50. ANTONIO CAMPS MARTI

Coadjutor.

Nacimiento, en Ferrerías, (Menorca), 8-12-1916.

Profesión religiosa, en Gerona, 16-8-1941.

Defunción, en León, 3 1-10-1983.

El año 1935 llegaban al Seminario de Misiones de Astudillo (Palencia) dos jóvenes de diecinueve años: Antonio Camps y Francisco Febrer, procedentes de un pueblecito de Menorca (Baleares).

Surge espontánea la pregunta: ¿Qué persona los orientaría hacia la vocación misionera y los encaminaría al Seminario de Misiones de Astudillo? Yo me inclino a creer que sería algún salesiano del Colegio de Ciudadela, pequeña ciudad de la isla y cercana a Ferrerías, pueblo de los muchachos.

Comenzaron a estudiar los cursos de Latín y Humanidades, sin complejo de ninguna clase por tener que alternar con compañeros a los que llevaban muchos años. Eran ejemplares en todo. Estuvieron en el Colegio hasta que fueron llamados afilas, en la Guerra Civil de 1936, en la que participaron hasta el final.

Terminada ésta, volvieron de nuevo a Astudillo a continuar sus estudios, y al cabo de poco tiempo, en la distribución de aspirantes, entre las Inspectorías Céltica y Tarraconense, a ellos dos les tocó en suerte ir a la Inspectoría Tarraconense.

Después de pasar un año en el Seminario de San Vicente del Horts (Barcelona), fueron a la Casa de Gerona a hacer el noviciado, que terminaron con la profesión religiosa, el día 16 de agosto de 1941.

A partir de esta fecha, se separan los dos amigos menorquines: Febrer sigue los estudios sacerdotales, y, después de una vida santa en el apostolado sacerdotal, muere, el año 1971, en Barcelona. Don Antonio Opta por servir a don Bosco como coadjutor.

Durante sus largos años de vida salesiana, pasó sucesivamente por Casas de las Inspectorías de Barcelona, Valencia, Sevilla y León.

Recibió la primera obediencia para la Casa de Huesca-San Bernardo, 1941-1942. El curso siguiente, 1942-1943, lo pasa en Valencia-Colegio de la calle Sagunto, de maestro de escuela. (Es de suponer que los cursos 1943-45, en que no se publica el Elenco de los Salesianos, por causa de la Guerra Mundial, los pase también allí, porque en el 1945-1946, lo encontramos en la misma Casa de Valencia, dando clases). Los cursos 1946-1948, está haciendo de hortelano en el Colegio de Campello.

En el Colegio de Villena (Alicante) trabaja en la carpintería, el curso 1948-1949. El 1949-1950 lo pasa en el Colegio de San Bernardo de Huesca, esta vez, de carpintero. Después de pasar dos cursos en el Colegio de Sarriá, 1950-1952, vuelve de nuevo a Huesca, esta vez, a la Residencia, donde permanece hasta el 1956.

El curso 1956-1957 prueba las brisas marinas en el Colegio-Hogar «Calvo Sotelo» de A Coruña. Los cursos 1957-1959 lo llaman a la Universidad Laboral de Sevilla. De allí va a León, al Colegio de Huérfanos de Ferroviarios, donde trabaja hasta el año 1962. Los cursos 1963-1967 es enviado con los niños de Auxilio Social al Monasterio de Celanova (Ourense). Vuelve al Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León, y allí permanece hasta el curso 1974, en que es destinado al Centro «Don Bosco» de la Armunia y en el que está hasta su muerte, el 31 de octubre del año 1983, prestando su colaboración en el taller de carpintería.

El taller de carpintería fue su verdadero campo de trabajo, la cátedra y púlpito desde donde impartió su enseñanza y ejerció su apostolado. Era verdaderamente detallista, paciente, constante, creativo y entregado.

Como confirmación de esta cualidad de tesón y constancia, puedo aducir, entre otros, el

siguiente hecho: en Astudillo, el curso 1935-1936, le daba clase de latín y el pobre sudaba lo suyo para entender lo de la traducción y versión. Al alistarse en el ejército, me pidió le dejara llevar la gramática latina y el libro de Cornelio Nepote. Mientras no fue al frente; infaliblemente, todas las semanas, me enviaba los trabajos de versión, para que se los corrigiera.

En don Antonio, dice su último Director, el hombre y el religioso marchaban a la par. Era religiosamente humano y humanamente religioso. Los que lo conocieron de cerca, en los distintos períodos de su vida salesiana, nos ofrecen testimonios sobre su humildad, piedad, trabajo incansable. Es posible que no le faltara algún «lunar», como nos sucede a todos los humanos; pero eso, en el fondo de su gran piedad y fuerte salesianidad, quedaba esfumado.

Qué cierto es que muchas veces, con elementos humanos pobrísimos: poca salud, nervios deshechos, poco talento, pocas habilidades humanas, etc., la gracia hace maravillas, hace santos en sí espléndidos y eficacísimos en el obrar; esto con relación a lo del «lunar», que realmente tenía don Antonio.

Tenía pasión por el trabajo e ilusión por enseñar a sus alumnos las habilidades que poseía en el arte de la madera.

Con frecuencia se lo sorprendía en la capilla pasando largos ratos ante el Sagrario.

Su devoción a la Virgen se materializaba en su prestación generosa todos los años para adornar la carroza para la procesión.

Todos los testimonios coinciden en lo esencial: que era un hombre de Dios y un buen Salesiano. Recordaba con toda sencillez el consejo que le diera un Sr. Inspector: «Antonio, mientras seas piadoso, conservarás la vocación». Y estaba persuadido de ello.

Y, como si hubiera sido escuchada y atendida por Dios su petición, la víspera de la Fiesta de Todos los Santos, este peregrino de posada en posada, llegó a la última posada, a la que tanto ansiaba llegar, según me comunicaba en la última carta, recibida tres o cuatro días antes de su muerte, pidiéndome rezara a Dios para que se acordara de él y lo librara de todos los sufrimientos que padecía.

La cosa sucedió así: al terminar la comida, algunos Hermanos, medio de broma, medio en sedo, con ánimo de que se distrajera, le sugirieron llevar flores a los difuntos salesianos. Con aire jovial acepta el reto. Toma su bicicleta (a pesar de su edad, le gustaba hacer ejercicio frecuentemente en ella) y con las flores frescas, recién cortadas en los jardines del Colegio, se trasladó al cementerio. Todo transcurría con normalidad. Fue al regreso, entre dos luces, cuando se produjo el fatal accidente, al intentar cruzar la carretera de Madrid, a la altura del puesto de Cruz Roja. Fue un antiguo alumno suyo del Centro «Don Bosco» de la Armunia el que, aun yendo despacio, lo atropelló y lo dejó mortalmente herido. Ninguno de los que, en aquellos momentos, formaban la caravana podía explicarse cómo pudiera ser atropellado.

Fue trasladado con toda urgencia a la Residencia Sanitaria, allí permaneció durante unas horas inconsciente, en la UVI, sin poder superar el traumatismo sufrido, y se presentaba a Dios ese mismo día, 31 de octubre.

Dios Nuestro Señor dispuso que aquellas flores que, con sentimientos fraternales llevara al panteón salesiano, sirvieran también para él.

Se fue a gozar del descanso tan ansiado y merecido, acompañado de las Oraciones y sufragios que se celebraron por el eterno descanso de su alma, en los funerales en los que participaron numerosos Hermanos de la Inspectoría, otros miembros de la Familia Salesiana, religiosos y clero de la ciudad, y los alumnos del Colegio «Don Bosco».

## 51. JULIÁN AMOR MARTÍNEZ

Coadjutor.

Nacimiento, en San Cebrián de Campos (Palencia), 12-2-1931.

Profesión religiosa, en Astudillo (Palencia), 16-8-1959.

Defunción, en Cambados-Castrolo (Pontevedra), 3-10-1984.

Nuestro buen Hermano coadjutor Julián Amor fue llamado por Dios para el gozo de su Señor el día 31 de octubre, en los comienzos del nuevo curso escolar 1984-1985, a los 53 años de edad y veinticinco de profesión religiosa.

Un paro cardíaco, según certificó él médico de cabecera, fue el causante del fallecimiento. Dos años antes, los médicos habían descubierto su dolencia cardíaca. En aquel entonces, se le prestaron las primeras atenciones en un sanatorio de Pontevedra y, luego, en el Hospital Provincial de Madrid, donde los doctores certificaron lo mismo. Aunque estaba sometido a un rígido control y tratamiento consiguiente y exonerado de responsabilidades mayores y aun siendo su temperamento más bien pacífico y sereno, su corazón se rindió a la llamada de Dios.

Julián había nacido el 12 de febrero de 1931, en San Cebrián de Campos (Palencia), tierra de pan llevar, si rica en pan, más rica aún en fe y religiosidad. No es de extrañar que en un ambiente así, cargado de espiritualidad, surgieran promociones de extraordinarias vocaciones sacerdotales y religiosas, varias de las cuales salesianas.

Miembro de una familia de recia raigambre cristiana a la que Dios bendijo con siete hijos, de los cuales nuestro Julián y su hermano Emilio, fueron llamados a la Congregación Salesiana.

Tenía Julián veinticinco años cuando el Señor de la mies lo sacó de entre los ondulantes trigales de doradas espigas, y le ordenó seguirlo. En la Universidad Laboral de Zamora, donde ingresó para hacer el Aspirantado, contemplaría más de una vez el precioso y evocador cuadro vocacional de Jesús entre las mieses, y se vería en el grupo de los seguidores del Maestro, como «operario de la mies».

Llegó a Astudillo para dar su respuesta definitiva al Maestro, con la consagración religiosa, en la Congregación Salesiana, el día 16 de agosto de 1959.

Su primer campo de misión fue la Finca de «Las Salinas» de Medina del Campo. Allí comenzó a trabajar con un grupito de aspirantes seminaristas, entregando de lleno, con otros Hermanos, en preparar la finca y los edificios que en ella había para dar cobijo a los estudiantes de Filosofía de la nueva Inspectoría de «Santiago el Mayor».

Después de cumplir esa misión con generosidad y entusiasmo, emprendió el viaje, por el «Camino de Santiago», y llegó al Monasterio de San Rosendo de Celanova, a veintiséis kilómetros de la capital (Ourense), a compartir pan y trabajo de los Salesianos, encargados de los niños más pobres, los acogidos a la Institución «Auxilio Social» ¿le la Sección Femenina de Falange Española y de las JONS.

Después de siete años de penalidades y generosidades, continuó la «Ruta Jacobea» y llegó a otro Colegio de parecidas características, el Colegio-Hogar «San Roque» de la Caja Municipal de Vigo, en el que durante tres años se prodigó también con aquellos niños pobres y necesitados de todo, especialmente de cariño y comprensión.

Y continuó su peregrinaje por tierras de la Inspectoría, a otra Institución de niños acogidos a la caridad, y en el año 1970, se integró en la Comunidad del Colegio de niños del Naranco de la ciudad de Oviedo. Allí también derrochó amor y comprensión, y conservaba gratos recuerdos y profundas experiencias y vivencias por eso de que donde se trabaja con entusiasmo y entrega siempre queda algo de uno mismo, de su corazón, como le pasó a él.

En el 1973, vuelve a Galicia y se incardina en la Comunidad del Colegio de Ferroviarios de Bamio-Villagarcía de Arosa. De allí, a los dos años, pasó al Seminario-Aspirantado de Cambados-Castrolo, su último y definitivo destino en la tierra. Porque el último viaje lo realizaría a la Casa del

Padre, el 3 de octubre de 1984.

En el Seminario de Cambados desempeñó los cargos y responsabilidades que le confiaron los Superiores, con solicitud, esmero y sencillez. Los Salesianos que durante estos años convivieron con él, compartiendo trabajo y fraternidad, nos ofrecieron, en la estampa-recordatorio de su muerte, este testimonio de sus virtudes:

Un hombre sencillo, trabajador y servicial con todos.

Un religioso fiel a sus compromisos y amante de don Bosco.

Un sincero devoto de María Auxiliadora, a la que pedía salud suficiente para poder continuar haciendo el bien.

No quiero terminar esta semblanza sin reflejar en ella mis impresiones sobre este buen Hermano, al que poco traté, pero sí lo suficiente como para descubrir en él algunas otras cualidades.

Como buen castellano, era austero, sufrido, sencillo, pacífico por naturaleza; se transparentaba su paz en el semblante siempre sonriente y apacible. Sabía sonreír y su risa era beatífica, como signó de agradecimiento a cualquier atención o deferencia que se tuviera con él.

Tuvo este buen Hermano honras fúnebres que los Salesianos y niños del Colegio le tributaron con todo el cariño, al que se hizo acreedor por su entrega constante y solícita por hacerlos felices.

Celebró los actos litúrgicos el Sr. Inspector, acompañado en la Eucaristía por numerosos Salesianos sacerdotes de la Casa y de los Colegios de Galicia, y la mayoría de los Sres. Párrocos del Arciprestazgo, quienes, por realizar en el Colegio sus retiros mensuales, conocían mucho a don Julián.

Estuvieron presentes cinco hermanos, de los que cuatro están casados y fueron acompañados por sus respectivas esposas e hijas, y el salesiano Emilio. No faltaron a esta cita de condolencia varios Antiguos Alumnos del Colegio y la casi totalidad de los vecinos y amigos del pueblo y sus alrededores, que también quisieron patentizar el amor y agradecimiento que le profesaban, dándole el último adiós.

## 52. JESÚS BÁRCENA GIL

Coadjutor.

Nacimiento, en Baracaldo (Vizcaya), 15-10-1903.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto-Madrid, 25-7-1921.

Defunción, en A Coruña, 26-7-1986.

Los Hermanos de la Comunidad del Colegio «Don Bosco» de A Coruña, donde nuestro Hermano Jesús Bárcena cumplió su misión salesiana con piadosa fidelidad durante casi medio siglo, cuarenta y tres años exactamente, nos han ofrecido, en la estampa-recordatorio de su muerte una semblanza de salesiano coadjutor:

«Hombre de oración, trabajador incansable, de corazón sencillo, con dotes para el canto y el decir fácil y desenfadado, supo sembrar su alrededor de alegría, de paz y de servicio.

Pendiente de todos los detalles, siempre con la oportuna solución para los pequeños y grandes problemas del Colegio.

Su espíritu de trabajo, de iniciativa y de servicio son un ejemplo para nosotros».

Jesús Bárcena nació en Baracaldo (Vizcaya), el 15 de octubre de 1903, en el seno de una familia verdaderamente cristiana y en un ambiente ya salesiano.

Ingresó en el Colegio Salesiano, a los diez años (1913). A los dos años de frecuentar las clases, sintió la llamada de Dios y, con las alforjas llenas de ilusiones, se fue al Colegio de Campello (Alicante), a los doce años, para hacerse salesiano. Allí estuvo tres cursos; luego los Superiores lo enviaron a Salamanca, a terminar, como coadjutor, su aspirantado.

El curso 1920-1921, lo encontramos en Carabanchel Alto (Madrid), realizando el noviciado, bajo la dirección del P. Antonio Castilla, verdadero hombre de Dios y formador de muchas promociones de salesianos.

El primer destino, como salesiano, es la misma Casa de Carabanchel, después de haber hecho la profesión religiosa, consagrado por Dios, en la Congregación Salesiana, el día 25 de julio de 1921.

Allí queda convertido en un brazo de mar: es ropero, dispensero, recadero, hortelano, encargado también de la granja, con total dedicación al canto y al teatro.

Muchas, variadas, complejas y, a veces, incompatibles eran sus ocupaciones. Esto motivó que se presentase un día al Director, don Enrique Sáiz (1928-1931), y le expusiera la dificultad que tenía de atender cumplidamente a todas sus obligaciones. El mismo nos lo cuenta: «En una de mis cuentas de conciencia

le dije al Director que tenía bastante trabajo, siendo así que otros estaban bastante más desocupados que yo. El me respondió:

«—Tienes salud y eres ágil.

—No tengo recreos ni puedo llegar con puntualidad a las prácticas de piedad.

—Queriendo, todo lo puedes hacer. Y, si no te sientes con ánimo, pide la dispensa de los votos.

—No se trata de pedir dispensa. Lo que se debe hacer es verlo y comprenderlo todo.

—Tú piénsalo bien».

A los pocos días, me llamó:

—«Tienes razón, me dijo. A veces uno no llega a ver las cosas en detalle, sino demasiado superficialmente...

Y me descargó de algunas ocupaciones.

A mí me extrañó esta actitud tan severa de don Enrique. ¿Quiso con ella castigar mi mal genio o, tal vez, inculcarme la necesidad del trabajo? Me inclino a esto último».

Uno de los salesianos que más simpatías despertó entre los estudiantes de bachillerato de Carabanchel fue precisamente el Sr. Bárcena. Era, según algunos de los Antiguos Alumnos de dicho Colegio, en la década de los años veinte, el «hombre-balón», el que más nos hizo reír en teatros, en sobremesas, en recreos, en paseos, en todo y siempre...

Un testimonio fehaciente y lleno de afecto hacia él es el que da el antiguo alumno don Javier Pérez Fontán:

«Al Sr. Bárcena, como nosotros lo llamábamos, lo recuerdan con especial afecto todos los colegiales carabancheleros de aquellos años veinte, bajo la dirección de los Directores don Alejandra Battaini y don Enrique Sáiz, los dos de tan grata memoria.

Era el factótum en todos los trabajos «de escaleras abajo»: despensero, recadero, servidor de comedores, siempre bien humorado y alegre, aunque, alguna vez, tuviera que poner cara «feroce» de circunstancias. Buen jugador de pelota, excepcional cantor y magnífico actor teatral. En aquellos años en que no había cine, sus apariciones en escena en las grandes fiestas colegiales, eran esperadas con expectación, y lo mismo sus papeles de gracioso que de «malo» le dieron gran aureola en el ambiente colegial y una simpática popularidad...

Para mí fue la exacta figura del coadjutor salesiano que soñó don Bosco. Con él gozará en el Cielo ya de su bien merecido descanso».

El mismo Sr. Bárcena nos habla de alguna otra incumbencia más. Era el «mulero» mayor y casi todos los días iba con su mula y carro a la Plaza de la Cebada, situada en uno de los barrios más castizos del Madrid antiguo, distante de Carabanchel una hora bien pasada, a buscar provisiones.

Un día, alguien, al verlo al pescante con «empaque mayestático» y muy posesionado de su oficio de cochero, con muy buen humor madrileño, le midió de pies a cabeza y le dijo: «¡Adiós, Felipe II!».

El año 1933 los alumnos bachilleres tuvieron que trasladarse de Carabanchel al Colegio de San Miguel Arcángel del Paseo de Extremadura, en plena República. También el bueno del Sr. Bárcena fue destinado con su fogoso Director, don Alejandro Battaini, a este Colegio; pero ya no como «mulero». Continuó con las mismas encomiendas y servicios caseros, pero en lugar del carro con la mula, se encontró con un ‘flamante coche y se convirtió en chofer del Colegio. Todos los días tenía que trasladarse a la Corte a buscar a los profesores externos del Colegio. La segunda sorpresa profesional fue la de ser encargado del cine, lo que lo convirtió en operador. Era la primera vez que se encontraba delante de un tal artilugio. Solía decir con mucha gracia que muchas de las cosas que tuvo que hacer en su vida, las aprendió «por apuntes» y... todo.

Allí estuvo hasta el año 1935, en que los Superiores lo destinaron al Colegio de María Auxiliadora del Altar de Santander.

Tuve ocasión de convivir con él durante medio mes y pude constatar que realmente era un hombre polifacético, activo, emprendedor, servicial, muy alegre y muy buen religioso.

Al estallar la guerra ‘civil en Santander, los salesianos tuvieron que abandonar el Colegio y buscar alojamiento en diversas partes de la ciudad; a él le tocó quedarse como responsable del mismo, con el sacerdote don Pedro Rodríguez y el coadjutor Agustín Septién. Pero pronto tuvieron que buscar asilo, como los demás salesianos.

Estuvo sometido a «registros». Una vez lo detuvieron unos milicianos; él, inspirado por Dios, se identificó como un estudiante de Madrid, natural de Baracaldo, que estaba haciendo un curso de verano en La Magdalena. Uno de la patrulla, sin saber por qué, lo avaló diciendo que realmente era así, porque él lo había visto con otros estudiantes mientras se hallaba de servicio, y, ante esto lo dejaron libre, no sin indicarle que lo mejor que podía hacer era marcharse con los suyos a Baracaldo. Por confesión propia, se sabe que sufrió prisión y que estuvo condenado a trabajos forzados de fortificación y de trincheras, y que María Auxiliadora lo salvó de verdaderos peligros y

situaciones muy apuradas y delicadas. Se supone que estas cosas le pasaron estando ya con los suyos, en Baracaldo.

Tras la conquista de Bilbao y de Santander por las Fuerzas nacionales, apareció en Santander y terminó su largo período de «exclaustración», que para él fue muy triste y doloroso:

Llegada la paz, y tras pasar algún tiempo en Santander, es destinado a la Casa de Mohernando (Guadalajara), años 1940-1943. En ese tiempo, comenzó la actividad en esa Casa con los novicios y los estudiantes de Filosofía de la Inspectoría Céltica. Fue el brazo derecho del Administrador y una providencia para la Casa. Tiene que hacer de panadero, despensero, carretero, recadero, granjero. Sólo los que pasaron aquellos años de la posguerra, años de escasez y de penuria, saben que los trabajos y sacrificios que tuvo, que sobrellevar, sobre todo el pescante de la tartana o del carro con que tenía que ir frecuentemente a la capital y pueblos de la provincia por provisiones que, a veces, no encontraba. En la capital ya se lo conocía por «el hombre de la tartana y su mula», siendo bautizado (nunca dijo él el significado) con el apodo de la «tartana del tío Chirri». Casos y anécdotas de este tiempo superarían con mucho a las anteriores de Madrid.

Lo cierto es que tantos trabajos y penalidades y sufrimientos: fríos, calores, inclemencias, unidos a los ya padecidos durante la guerra civil, fueron minando poco a poco su fuerte naturaleza, su fortaleza física, y aquel «chicarrón vasco» iba ya sintiendo en su organismo las molestias y los graves síntomas de, lo que llegaría a ser su verdadera cruz, la terrible arteriosclerosis y artritis no menos aguda y dolorosa que, en los últimos años de su existencia dejarían su cuerpo anclado en la habitación, a merced de los buenos «cirineos» que no lo dejaron solo ni un momento hasta el fin de su vida, al volante de su nuevo coche de ruedas.

El año 1943, el entonces Inspector de la Céltica, don Modesto Bellido, ante el , deterioro de su salud, le buscó un clima más benigno y una Casa más acomodada y tranquila: el Colegio «Don Bosco» de A Coruña.

Aquí ya no le tocaron de nuevo ni carros, ni mulos, ni coches, ni granja, ni huerta. Otros fueron sus trabajos y preocupaciones, con las fatigas correspondientes: una máquina de cine, un teatro, una despensa, una ropería, unos cien alumnos internos y medio centenar de mediopensionistas para quienes tenía que buscar los alimentos en aquellos difícilísimos años de la posguerra, con cartillas de racionamiento, con estraperlos, negociando con maña, regateando por comercios, visitando proveedores, yendo y viniendo por ferias, no obstante las molestias de la cojera. Y, después del tráfigo y trajín para buscar el pan nuestro de cada día, le esperaba el teatro con sus ensayos, el estudio de los papeles, la preparación del decorado y tramoya, su «censura» de películas, en las que se le colaban gazapos que arreglaba durante la proyección, bajando la trampilla, con el consiguiente jolgorio de los chicos. Con esa su sacrificada dedicación en el arte dramático, con sus sonoros cantos, sus chispeantes sobremesas, sus subidas de tono cuando se enfadaba, y su gran humor constante alcanzó gran ascendiente aquí también entre los alumnos y los AA. AA.

Un brazo de mar, un colosal «factótum», nunca mejor aplicada esta palabra a un trabajador que en todo momento hizo honor a su condición ‘de buen salesiano coadjutor.

El día 7 de julio de 1986, pasó su última prueba. Una hemiplejía le paralizó medio cuerpo. Tras unos días de intensos cuidados médicos en un sanatorio regresó de nuevo a la Comunidad, donde estuvo fraternal y perfectamente atendido. Ya no recuperó el conocimiento. Por cuatro días estuvo sumergido en profundo letargo y, el día 26 del mismo mes, a las 8,15 de la tarde, se durmió definitivamente en el Señor.

Aunque ya quedan apuntadas algunas cualidades, pueden decirse de él las siguientes características: era una persona de gran vitalidad y entusiasmo, que la enfermedad fue mermando paulatinamente. Mientras pudo, siempre estuvo en activo, siempre solícito a remediar cualquier necesidad, «llavero intendente general de la Casa», siempre en continuo ir y venir de acá para allá, sin instalarse nunca, siempre adelante, con su rítmico cojear, como su paisano san Ignacio de Loyola, con su sonrisa a flor de labios, un tanto pícara. De corazón sencillo, supo sembrar su alrededor de paz, de alegría, de servicio.

Le gustaba decir que una de sus alegrías y satisfacciones más grandes había sido la de haber hecho reír mucho con sus narraciones, con sus papeles de teatro, incluso, haciendo el diablo, con

toda gama de recursos artísticos, muchos de ellos de su inventiva y patente.

Los Antiguos Alumnos pensaban que tenían con él una deuda de gratitud y solicitaron del Ministerio de Trabajo la Medalla del Trabajo, que le fue concedida, el 22 de abril de 1972, en su categoría de Plata (B.O.E. 25 de mayo de 1972).

En el homenaje que recibió con este motivo, se lo vio llorar y con voz trémula por la emoción, agradeció el homenaje, tributándose a don Bosco, en cuanto tenía de honor y mérito.

Su vida no fue fácil. Consciente de su impetuosidad, se esforzó por controlarla y ponerla cada vez más al servicio de la Comunidad. Confesaba que su carácter lo llevaba, a veces, a dar verdaderas «espantás», no reparando en nada ni en nadie y su vozarrón salía del pentagrama, ocasionando una auténtica tempestad. Pero pronto le venía la calma y acudía a pedir perdón, a quien quiera que fuera.

El Sr. Bárcena fue un buen salesiano. Ya desde el período de su formación se distinguió por su sencillez, por su piedad y su espíritu de trabajo. Profesó gran cariño a don Bosco y a todo lo salesiano, esforzándose por ser siempre fiel. Tuvo gran aprecio por los resortes salesianos del teatro, de las veladas y sobremesas, etc. María Auxiliadora, a la que aprendió a amar ya desde niño en su pueblo, era su Madre, a la que invocaba y confiaba constantemente su vocación, como ya dije al tratar de su «exclaustración» y de las demás dificultades de todo género que experimentó durante la guerra civil. Decía que nunca había dejado de rezar el Rosario entero, los quince misterios, cada día, siendo sus intenciones: la Iglesia, la Congregación, los alumnos, las almas del Purgatorio, etc. Le gustaba repetir que en su vida de salesiano había hecho de todo y todo ello con un fin específico: hacerse digno de la promesa de San Juan Bosco a Sus Salesianos: Pan, Trabajo y Paraíso.

Ante una figura así, no cabe más que pedir que nuestro Santo Padre don Bosco interceda ante María Auxiliadora para que siga enviando a nuestra Congregación buenas y santas vocaciones de salesianos coadjutores del temple y talla del buen Jesús Bárcena Gil.

### **53. AMADOR POZO GONZÁLEZ**

Sacerdote.

Nacimiento, en Gozón de Ucieza (Palencia), 31-1-1929.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1948.

Ordenación sacerdotal, Carabanchel Alto (Madrid), 23-6-1957.

Defunción, en Ourense, 27-7-1987.

No le aquejaba dolencia alguna que pudiera presagiar tan repentino desenlace. La jornada había transcurrido con total normalidad. Después de cenar, lo bonancible del ambiente invitaba a pasear por los patios y jardines del Colegio. Al retirarse los Hermanos a descansar, es encontrado desvanecido en el suelo. Resultan infructuosos los esfuerzos por reanimarlo. El médico que acude a la llamada de los Salesianos no puede hacer otra cosa que certificar su defunción por paro cardíaco. La realidad se imponía a la incredulidad de los presentes.

Hacía tres días que había regresado de realizar una corta visita a su familia, después de haber terminado los ejercicios espirituales en Valladolid. Por este motivo también a sus familiares les resultaba increíble la noticia de su fallecimiento y los dejaba consternados.

Amador había nacido en Gozón de Ucieza (Palencia) el día 31 de enero de 1929, en el seno de una familia profundamente cristiana, siendo el menor de seis hermanos. La llamada a la vida religiosa no era una novedad en su familia, ya que una hermana suya había profesado en las Dominicas Francesas.

A los catorce años inicia su camino hacia la vida salesiana, en Astudillo. En Mohernando, concluido el noviciado, hace su primera profesión en 1948. La profesión perpetua la hizo en Carabanchel, el 25 de julio de 1954. Los estudios de Filosofía los realiza en el Colegio de San Fernando de Madrid.

Su primera experiencia de vida práctica tiene lugar en Salamanca, donde permanece dos años. El tercero lo pasa en el Colegio San Juan Bosco de A Coruña.

Inicia los estudios de Teología en el año 1953 y se ordena de sacerdote el día 23 de junio de 1957.

Con alegría recibe la invitación para realizar estudios de Pedagogía en nuestro Ateneo Pontificio de Roma durante los años 1957-59.

Vuelto a España, su primer destino es Celanova (Ourense). En el grandioso monasterio de San Rosendo de esta villa, los Salesianos atendían a un numeroso grupo de niños necesitados, encomendados al antiguo organismo de «Auxilio Social». Amador recordaba con especial cariño su convivencia con estos niños.

Los cursos de 1961 a 1964 los pasa en A Coruña. En 1964 va destinado por primera vez a la Casa de Ourense, en la que permanecerá hasta 1970 desempeñando el cargo de «Consejero». De 1970 a 1975 realiza su labor educativa en el Colegio de María Auxiliadora de Vigo. El curso 1975-76 constituye un breve paréntesis: se traslada a Salamanca para convalidar oficialmente los estudios de Pedagogía realizados en Italia. Presenta como trabajo: «Estudio Teórico-Empírico del Carácter».

Terminada su estancia en Salamanca, reemprende su labor educativa en el Colegio «Rey Fernando», de la Universidad Laboral de Zamora. En 1980 vuelve por segunda vez al Colegio de Ourense, donde el Señor lo llamó a su encuentro.

Estos concisos datos biográficos, cortos en el tiempo, fijan los límites externos de una vida sencilla transcurrida en el cumplimiento del deber y entregada a la formación de sus alumnos, de acuerdo con la tradición y el estilo salesiano.

Amador era un hombre vitalista, amante de la práctica del deporte, que lo acercaba a los

alumnos. Estaba dispuesto para acompañar a los equipos del Colegio en sus frecuentes desplazamientos. Caminar fue un ejercicio y una afición que cultivó hasta el último día de su existencia.

Amaba profundamente a España y era un estudioso de su historia reciente. En sus lecturas buscaba las claves interpretativas de la actual realidad socio-política.

Los que lo han conocido y tratado lo recuerdan como el salesiano entregado con ilusión a su trabajo de educador. Para muchos constituyó el prototipo del clásico «Consejero». Sin embargo, bajo la capa de exigencia externa, latía un corazón cercano, una persona tratable y optimista. Se alegraba del éxito de sus alumnos y animaba siempre al esfuerzo y a proponerse metas más altas a los que consideraba con capacidad para ello.

Su apretada jornada docente se completaba con la asistencia al comedor de los alumnos y la responsabilidad de la biblioteca, que atendía con esmero. Desde hacía tiempo, traducía del italiano documentos y literatura del Instituto de las Voluntarias de Don Bosco.

Como Salesiano, era ávido lector de nuestra literatura y de todo lo referente a la Congregación. Sus críticas y observaciones buscaban una mayor fidelidad y compromiso. Por ello ‘rechazaba, a veces de forma ostensible, las manifestaciones teóricas y prácticas que pudieran menoscabar las riquezas del carisma salesiano. Cabe destacar también su presencia constante y puntual en las prácticas de piedad comunitarias.

Don Amador amaba la escuela. Amaba a sus alumnos. Sin el amor falla la educación y disminuye ‘la instrucción. No es posible enseñar sin amar, teóricamente hablando, y hay que vivir consagrado a los alumnos. Por eso, nuestro Hermano era exigente. Lograba más por lo que era y por lo que hacía, que por lo que decía y enseñaba. Esta fue la línea de su testimonio pedagógico.

A pesar de la ausencia de muchos conocidos, en fechas de veraneo y descanso, la capilla ardiente fue visitada de forma ininterrumpida. No faltaron escenas de profunda emoción y sentimiento. Numerosas coronas y ramos de flores de grupos de la Familia Salesiana, profesores y personal seglar y familias amigas eran expresión de afecto y admiración.

Acudieron de inmediato dos de sus hermanas. La mayor no pudo desplazarse por encontrarse muy delicada de salud. Estuvieron también presentes un cuñado y varios sobrinos venidos de Madrid, con alguno de los cuales Amador se sentía especialmente identificado.

El Sr. Obispo, D. José Diéguez Reboredo, quiso unirse al dolor de la Comunidad y al de la familia, haciendo una breve oración ante los restos mortales de don Amador, que ahora descansan en el panteón salesiano de la ciudad de las Burgas.

El funeral constituyó una prueba más de aprecio y cariño. La amplia Iglesia del Colegio estaba completamente llena de fieles: amigos y miembros de las diversas ramas de la Familia Salesiana. Presidió la Eucaristía el Inspector, don Alfonso Milán, quien pronunció unas emotivas palabras resaltando en la figura de Amador su amor al trabajo y ‘entrega a los jóvenes y su gran corazón escondido, a veces, tras las apariencias de una exigencia seria. Concelebraron con él el Vicario General, en representación del Sr. Obispo, el arcipreste y varios sacerdotes diocesanos, así como don Aureliano Laguna, Inspector de Madrid y más de setenta sacerdotes salesianos.

Esta breve semblanza nos dará una idea de la figura de salesiano y de educador que encarnó nuestro buen Don Amador, fiel discípulo de don Bosco.

#### **54. FELIX BARTOLOMÉ ARRANZ**

Coadjutor.

Nacimiento, en Olivares del Duero (Valladolid), 16-2-1904.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 16-7-1926.

Defunción, en León, 16-12-1987.

Nuestro buen Hermano se fue apagando lentamente en el umbral de los ochenta y cuatro años, rodeado del afecto de la Comunidad de la Casa Inspectorial.

La fe no elimina el dolor, da horizonte al triste y trágico hecho de la muerte. Mientras lo lloramos, nos dice que el Sr. Félix (así lo llamábamos familiarmente) ya es feliz porque ha muerto en el Señor.

Es ejemplar y consolador comprobar, recorriendo su vida, cómo el Sr. Félix aparece él mismo, hecho de una sola pieza, inalterable. Muestra una personalidad compleja y a la vez lineal por lo coherente. En este sentido, al iniciar el noviciado, escribió en su libreta:

«Se trata de una grande obra el año de noviciado, que es un verdadero paraíso haciéndolo bien. Pero para hacer este edificio, que va a ser para toda la vida, es preciso hacer los cimientos muy profundos».

El Sr. Félix, en efecto, puso cimientos muy profundos en el noviciado al edificio de su vida salesiana para que aguantara toda la vida sin tambalearse y fuera sólido.

Su vida podría resumirse, en apretada síntesis, así: nace en Olivares del Duero (Valladolid) el 16 de febrero de 1904; sus padres se llamaban Dámaso y Benita. Hace el aspirantado en Ourense en 1924-25. Este año ingresa en el noviciado de Carabanchel, siendo Maestro de novicios el P. Castilla. Profesa a los veintidós años. Es destinado a Ourense; solamente está un año. En 1927 es destinado al Brasil en donde permanecerá catorce años: en Bahía, (1927-31) y en Recife (1931-41). Vuelve a España en 1941, trabajando en estas Casas: Carabanchel (1941-43), Astudillo (1943-44), Santander (1944-48), Arévalo (1948-51), Astudillo (1951-52), A Coruña-Pazo de Lóngora (1952-58), Ourense (1958-59), Medina del Campo (1959-71), León-Centro D. Bosco (1971-75), León-Casa Inspectorial (1975-87).

Hay una manera más profunda y auténtica de resumir la vida del Sr. Félix: siempre y en todo lugar fue un ejemplar salesiano coadjutor.

Su existencia fue modesta; alternaba los cargos de hortelano, dispensero y sacristán, predominando sobre todo el primero; sin embargo, su vida brillaba, no pasaba desapercibida, y ejercía atracción por esa trayectoria inalterable de fidelidad al sí definitivo que pronunció al profesar en el lejano 16 de agosto de 1926.

El Sr. Félix no era un hombre de componendas, de querer servir a dos señores, de retirar con la izquierda lo que ofrecía con la mano derecha. Se entregó a Dios de corazón, y, sostenido por la gracia, cumplió este compromiso durante sesenta y un años. Era castellano viejo, en el que su palabra es Ley. El 31 de mayo de 1926 escribía al director del noviciado, don Alejandro Battaini, en la carta de petición de votos: «... Conozco las obligaciones que con ello me impongo, y espero poder cumplirlas con exactitud... » Y así fue.

El ser persona de una pieza, en el rasgo predominante de su carácter, que da nacimiento a otros aspectos humanos y religiosos. Los que lo conocieron, lo recordamos con admiración. El Sr. Félix era así:

Apasionado. Vibrante ante los acontecimientos, tajante en los principios y valores; sus variadas experiencias, en cuanto a formas de vida y esta civilización complaciente, no le habían privado de la claridad y la radicalidad. La vida la vivía con pasión y entrega. Ejemplo de esto es su estancia en Brasil que pasó a ser carne de su carne; lo recordaba y lo amaba; el sobrenombre de «brasileiro» no le era exterior porque la experiencia brasileña la había asumido vitalmente.

Leal. A pesar de alguna aparente rudeza, atesoraba un espíritu muy sensible; agradecía el menor favor, al que correspondía con afecto y delicados detalles. Leal en los compromisos y en la amistad. Odiaba la mentira y amaba la verdad con ardor, y en sus comportamientos resplandecía una nobleza rústica encantadora. Para los que lo trataron, pasará al recuerdo como el hombre del «caramba», por la costumbre que tenía de ‘soltar con mucha frecuencia tal interjección. El «caramba» del Sr. Félix, además de admiración y sorpresa, significaba «palabra dada», «promesa firme»... «rúbrica», en fin, del hombre que no se vuelve atrás, seguro de sí y de lo que mantiene, en el que se puede confiar.

Trabajador. Lo era de toda la jornada; diligente desde el alba, incansable en todo el día; responsable, encomienda que tomaba sobre sus hombros llegaba a buen puerto; recio y sufrido aún en los momentos de dolorosa enfermedad. A la pregunta por su salud, la respuesta era siempre la misma: «Estoy bien; no necesito nada. Muchas gracias».

Alegre y sagaz. Con frecuencia lo oímos cantar en los trabajos de la huerta; era ameno conversador: de palabra fácil, ocurrente y aguda. Sus contestaciones o sentencias eran muchas veces antológicas, impregnadas de sagacidad, de oportunidad y de picardía; el gracejo popular lo había bebido en la sabiduría del refranero; manejaba los refranes con gran destreza.

No le faltaba a tan rica humanidad la hondura religiosa. Superaba la exactitud en la observancia de las prácticas religiosas, vivía la fe.

Fervoroso, con una piedad sencilla, popular, hondamente sentida. Apuntamos algunos detalles. Aún en las épocas de mucho trabajo pasaba todos los días algún rato ante el sagrario; muy de mañana, antes que nadie, bajaba a la capilla y se colocaba junto a la imagen de María Auxiliadora, a la que miraba embelesado; cantaba briosamente en las celebraciones litúrgicas, poniendo alma y corazón; se le veía a diario rezar el rosario. El Sr. Inspector escribe: «fue un hombre de oración, y le gustaba hacerla en comunidad. En este último tiempo, se le había aconsejado levantarse tarde, y un sacerdote celebraba para él la Eucaristía al final de la mañana. Frecuentemente rompía la norma. Ante mi insistencia solía decirme: «Es que me gusta estar con la Comunidad» (Don Alfonso Milán).

Apasionado por lo salesiano. Tenía un sentido muy arraigado de pertenencia. Amaba a D. Bosco hasta conmoverse. Amaba a la Congregación y por ella trabajó; la amó en la comunidad en que estaba y se desvivía por ella. La Congregación era su casa, su familia: lo suyo. Sufría visiblemente cuando no apreciaba este sentido en otros Hermanos; se sentía feliz y compensado cuando con su trabajo aportaba algo a su mantenimiento y cuidado. Todo lo que llevara nombre de salesiano le interesaba, y se alegraba con los éxitos y sufría con los contratiempos. Este amor a todo lo salesiano lo ponía también de manifiesto en la gran veneración que siempre profesó a los Superiores. No aceptaba que se pusieran en duda sus palabras. Últimamente, cuando alguno bromeando lo provocaba para que pusiera en entredicho alguna orden o disposición, pícaramente buscaba una respuesta acorde con su actitud reverencial.

El Sr. Félix gozó del cariño de toda la Comunidad Inspectorial, como se puso de manifiesto en la celebración de las Bodas de Diamante de su profesión religiosa en 1986. Toda la Inspectoría se hizo presente para rendirle un sentido homenaje de admiración y de afecto.

La misma Comunidad Inspectorial lloró su pérdida y conserva vivo su recuerdo (Const. 58), alcanzando su resonancia más viva en la Casa Inspectorial que lo cuidó con mimo en su enfermedad, que lo asistió con esmero espiritualmente, que lo acompañé al ir a la casa del Padre, cuyo signo visible fue la unción de los enfermos, administrada por el Sr. Inspector, estando congregados todos los Hermanos. Al terminar la santa unción, se entonó el «es María Auxiliadora», que el Sr. Félix cantó con voz potente. Fue un momento de intensa emoción.

Como afirma el artículo 94 de las Constituciones Salesianas, «el recuerdo del Sr. Félix nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión». El haber vivido con Hermanos de tanta calidad espiritual nos anima a corresponder a Dios con radicalidad gozosa.

## **55. EULOGIO PRIETO JUSTEL**

Coadjutor.

Nacimiento, en Castrocontrigo (León), 18-9-1904.

Profesión religiosa, en Morón (Argentina), 3 1-1-1943.

Defunción, en A Coruña, 19-7-1988.

En plena diáspora del verano, cuando parte de la comunidad se hallaba dispersa en tareas pastorales, colonias, campamentos, etc., con la sencillez y premura de quien no quiere molestar, partió hacia la casa del Padre para «participar plenamente de la Pascua de Cristo» (Const. 54), el 19 de julio de 1988, Don Eulogio Prieto Justel, después de cuarenta y cinco años de profesión religiosa.

Vio Don Eulogio la luz primera en Castrocontrigo (León), el día 18 de septiembre de 1904, en el seno de una familia cristiana.

Guardó grato recuerdo de su integración en la vida de su Parroquia nativa, gustando de recitar oraciones y viacrucis versificados que había aprendido y declamado en su adolescencia.

En 1927 llegó a la Argentina con algunos parientes radicándose en la localidad de Mercedes y dedicándose a las labores del campo.

En 1938 frecuenta el Colegio Salesiano del Sagrado Corazón de La Plata, solicitando ingresar en la Congregación como Coadjutor.

Hace el aspirantado en Bernal y el Noviciado en Morón, emitiendo la Profesión de los Votos el 31 de enero de 1943.

Su actividad salesiana se desarrolla en las casas de formación de Bernal (1950-1953) y de Morón (1954-1959). Después permanecerá de 1960 a 1977 en la casa de León XIII. En todas ellas fue un verdadero «factotum», a la vez que desempeñaba de modo especial los cargos de sacristán, portero, ropero y ayudante del administrador. En medio de estas actividades, encontraba tiempo para dar catequesis en la preparación a la Primera Comuni3n de los más pequeños.

Permanece en Argentina hasta 1977, en que ‘regresa a España, integrándose en la comunidad de Don Bosco de A Coruña. Tiene la satisfacci3n de ver y acompa3nar a su hermana aquejada de una enfermedad irreversible y residente en esa ciudad, a quien no veía desde su ida a Argentina.

Tanta y tan pluriforme actividad, cargado de sacrificio oculto, de generosidad permanente, sólo podía tener su origen en un coraz3n de gran piedad.

Poseía una personalidad definida. Defendía con valor la verdad y el bien, que amaba más que su propia vida, en discusiones a veces vehementes. Sin embargo, no conservaba rencor a sus opositores: «En medio de mis contrariedades, afirmaba, siento gran paz interior y afecto hacia todos en el Señor». Este dominio de sí era efecto de su habitual uni3n con Dios.

No fue Don Eulogio un hombre hecho para la comodidad y el egoísmo. Su espíritu de sacrificio y de servicio lo manifestó con toda evidencia, cuidando con atenci3n y esmero a Don Jesús Bárcena,

durante la larga enfermedad que le impidió prácticamente todo movimiento.

Muchas personas que se unieron a los Salesianos en el dolor por su pérdida coincidían en señalar como rasgo característico su piedad salesiana.

La Santa Misa y Jesús Sacramentado orientaban su vida. Participaba en cuantas misas podía. Dedicaba largas horas a rezar ante el sagrario y a los pies de María Auxiliadora. Hacía diariamente el Via Crucis.

Tenía conciencia de hacer fecundos estos últimos años en que declinó su actividad laboral, por medio de su oración frecuente y la oblación al Señor de sus sufrimientos y achaques provenientes de sus limitaciones fisiológicas, por el Papa, la Iglesia, los Superiores y los Hermanos de la comunidad.

Pero los años no pasan en balde. Su resistencia fue mermando y su situación se agravó en el mes de junio. Se le internó en una clínica adecuada para asegurar su atención médica. Allí permaneció casi un mes, hasta que se incorporó a la comunidad, donde permaneció en su habitación perfectamente atendido por el cuidado de los Hermanos.

Posiblemente, al final, captó de su cruz tan sólo el peso. Pero el significado y su aceptación la había, sin duda, captado y asumido cuando en su vida fue sencillo, sacrificado y generoso.

Había recibido los auxilios espirituales. Estaba maduro para el Cielo y el 19 de julio, dejó plácidamente de vivir entre nosotros.

Sus restos mortales descansan en el Panteón Salesiano del cementerio de A Coruña junto con los de otros tantos Hermanos beneméritos que trabajaron con el tesón y acierto, con la alegría y el entusiasmo de los que se sienten bien entre los jóvenes y felices entre los hijos de Don Bosco.

## **56. PEDRO RODRÍGUEZ CORRAL**

Sacerdote.

Nacimiento, en Reocín de los Molinos (Santander), 18-11-1901.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 25-7-1921.

Ordenación sacerdotal, en Madrid, 29-6-1930.

Defunción, en Vigo (Pontevedra), 21-1-1989.

Leemos en el Boletín Informativo Inspectorial de enero de 1989, número 16 (142): «Nunca estuvo en el candelero, pero siempre fue una vela encendida que iluminó a muchos hasta que mansamente se apagó».

Tal vez no exista expresión más significativa que ésta para explicar lo que fue la vida de don Pedro y el recuerdo que su figura despierta entre los que lo conocimos. Tal vez no podamos contar grandes hechos históricos, pero los pequeños detalles de la vida cotidiana fueron tales que calaron muy dentro de los hermanos: «Don Pedrito que tan bien supo ganarse el afecto de todos con su saber estar, como el mayor de todos, sin molestar, discretamente, dándonos su sabiduría, poco a poco, todos los días».

Volvemos a copiar del Boletín Informativo: «Hombre entero y de buena fibra, como buen montañés; agudo y de fino humor, después de treinta y un años en su Galicia adoptiva; fiel hijo de don Bosco; servidor incansable y leal de la Congregación; apóstol de María Auxiliadora a quien dejó en cada lugar como el mejor recuerdo de su paso por donde trabajó; padre bueno en el confesonario y clarividente director de almas. Esto fue lo que hizo en su larga vida, de ochenta y siete años...».

Ese fino humor que se le reconoce lo mantuvo hasta, prácticamente, los últimos momentos de su vida juntamente con un fino sentido crítico que le hacía darse cuenta de la situación de los hermanos o de la comunidad y que expresaba con frases cortas pero certeras.

Su andadura por los campos de la Congregación es larga y variada como corresponde a quien hizo de su vida un homenaje a la obediencia y a la donación de sí.

El aspirantado se lo repartieron entre Madrid-Carabanchel, un año, y los tres de Campello (1916-17; 1917-1920), para continuar en Madrid-Carabanchel en el año de Noviciado así como los tres años de estudios filosóficos y el trienio práctico que realizó entre Madrid-Atocha (1923-1924) y Madrid-Carabanchel (1924-1926).

No cabe duda que en estos años fue Carabanchel quien acaparó los acontecimientos más relevantes de la vida de don Pedro ya que en esta Casa lo volvemos a ver en la segunda Profesión (25 de julio de 1924) y la Profesión perpetua (16 de julio de 1925).

Entre los años 1926-1928, nos volvemos a encontrar a don Pedro en Campello, donde, ya haciendo sus estudios de Teología, recibe la Tonsura (junio de 1927) y el Ostiariado (junio 1928) de manos de don Francisco Iratorza, Obispo de Orihuela. Las órdenes de Exorcista y Acólito las recibiría en noviembre de 1928 de manos de don Pedro Vera, Obispo de Puebla (México).

De nuevo en Madrid; aquí don Eijo Garay, Obispo de Madrid, lo ordenará de subdiácono (marzo de 1930) y de Diácono (mayo de 1930), para culminar toda esta andadura con la Ordenación Sacerdotal, a cargo de don Ramón Pérez, Obispo de León, el día 29 de junio de 1930. Por estas

fechas, don Pedro tenía ya hechos el bachillerato y el Magisterio.

Tras su paso como Maestro-Asistente por Carabanchel (1930-1931) y Consejero Escolástico en A Coruña (1931-1934) y Santander (1934-1936), nos encontramos a don Pedro en esta última ciudad ganándose la vida, durante la guerra civil, impartiendo clases particulares.

El 1939-40 se beneficia de su trabajo y de su entrega la Casa de Deusto-Bilbao donde ejerce de Maestro y Asistente, y de 1940 al 1943 se halla en Mohernando (Guadalajara) como administrador, haciendo lo que se podía por sacar adelante a chicos y a salesianos, en un período especialmente difícil de escasez y de hambre. Mal se debía pasar entonces, cuando había que ahorrar hasta en un sobre de carta. De don Pedro se cuenta la anécdota-historia de que habiéndole pedido dos sobres, preguntó a quien lo solicitaba: «¿Para qué quieres dos, es que vas a meter uno dentro del otro?». En las letrillas que le dedicaron el día de sus Bodas de Oro, leemos esta anécdota expresada de este modo:

«Después pasó a Mohernando  
de prefecto —gran portento—  
porque nunca daba nada,  
mas los dejaba contentos.  
Si le pedían dos sobres,  
decía —no era tacaño—  
«pero, ¿pa qué queréis dos  
si son del mismo tamaño?».

Con no menores dificultades lo encontramos como director y párroco en Vigo-Arenal, de 1943 a 1947. Tomamos del Correo de Zamora (27 de junio de 1980), hablando de este destino: «Sus Superiores, reconociendo en él sus dotes de gobierno y de apostolado, lo nombran director y párroco de las escuelas populares de la Parroquia del Sagrado Corazón en Vigo. Allí puso de manifiesto su celo sacerdotal en una populosa barriada, sobre todo, en medio de los niños».

De Vigo es destinado a Cambados, como director del Aspirantado. Fueron seis años-seis, como se expresa en el argot taurino, recordados por quienes, hoy sacerdotes o coadjutores maduros, fueron sus formandos, con cariño y con no menos cariño los recordaba don Pedro cuando volvía de visita a esta entrañable Casa. Los que lo acompañamos en la última visita que hizo (septiembre de 1988) no pudimos por menos de admirar la emoción que lo embargaba y cómo, habiendo perdido la memoria para las cosas más inmediatas, recordaba, sin embargo, lo que supuso este período de su vida.

Béjar (1953-1954) de confesor; Lóngora (1954-1958) de director de esta Casa-granja; León-Colegio de Huérfanos de Ferroviarios (1958-1959) de confesor; León-Fontana (1959-1960) como encargado de la finca; Medina del Campo (1960-1961) de confesor; Cambados (1961-1965) como confesor; Vigo (1965-1967) de confesor, son otras tantas etapas de una vida de trabajo, de ilusión y de buen hacer sacerdotal que culminan con el período de 1967-1981 donde como Rector de la Iglesia de María Auxiliadora en la Universidad Laboral (hasta 1980) y confesor, deja tras de sí uno de los recuerdos más inolvidables de dedicación constante y desinteresada en favor de quienes, como destinatarios de su misión o como hermanos de comunidad, compartieron su vida y su ejemplo. Propagó la devoción a María Auxiliadora de manera constante y eficaz por medio del calendario de María Auxiliadora que hacía llegar a muchas familias y por otros medios. Llevaba dirección espiritual a través del sacramento de la confesión y su labor sacerdotal era apreciada por clero y fieles. Muestra o prueba de su buen hacer fue el acontecimiento de sus Bodas de Oro Sacerdotales que celebra en Zamora el 29 de junio de 1980, a las que asisten tantas personas y de las que se hace

eco la prensa local resaltándolas como un acontecimiento singularmente solemne.

Reocín de los Molinos no iba a ir a la zaga en honrar a un hijo del pueblo que celebra un acontecimiento tan singular y es por ello que el 6 de julio de 1980 se celebran también allí las Bodas de Oro de don Pedro, ilustre hijo del lugar.

Las coplas que, en este día, componen para don Pedro comienzan así:

«Voy a contarles a ustedes  
relatos, grandes historias:  
cuanto vi y oí en el día,  
cuanto tengo en la memoria;  
porque hoy es fiesta grande  
y nos ha unido el destino  
en torno al más alto prócer  
de Reocín de los Molinos».

Esta vida va llenándose de muchas cosas y, entre ellas, la fatiga de unos años que no pasan en balde y el reconocimiento humilde de este paso del tiempo. Escribe en estas fechas (8 de junio de 1981) don Pedro:

«... No me considero insustituible en nada. Ni pienso sustituir a nadie en donde vaya. No hay que hacerse ilusiones a mi edad. Haré lo que mis fuerzas me permitan. Me encuentro cansado física y moralmente, en el sentido de que me falta la ilusión y energía moral de los jóvenes. La experiencia de los años no es todo».

Con este mismo sentido escribe al P. Inspector el 19 de septiembre de 1983, cuando lo exime de desplazarse de Vigo a Santiago semanalmente, como confesor de los estudiantes de Teología; después de dar las gracias, dice: «Reconozco que los límites de la Providencia se van haciendo cada vez más manifiestos. Sea lo que Dios quiere y cuando quiera».

Y ahora sí, ahora sí que nos encontramos en la última etapa de una vida que, aunque cansada, resplandece por lo que tiene de regalo, de don, de gratuidad, de entrega en favor de los demás. 1981-1989 son los años finales de don Pedro y es Vigo quien los usufructúa, al principio con una actividad todavía considerable por su parte atendiendo como confesor en la iglesia de María Auxiliadora y también a la comunidad salesiana de Santiago, todas las semanas, y en los últimos años con una actividad más reducida por la torpeza propia de los años en lo físico, pero con la aportación de una «sabiduría» fina y certera que se expresaba en frases cortas e ingeniosas.

Entre las frases célebres de don Pedro, cabe distinguir la que repetía con insistencia los últimos años de su vida: «agradecer es merecer», y cabe distinguirla porque su vida se puede resumir en esa expresión constante de agradecimiento; agradecimiento a todos los acontecimientos de su vida y a todas las personas con las que convivió, pero agradecimiento siempre a Dios por todos los dones recibidos, dones entre los que se contaba, en primerísimo lugar, su madre de la que siempre hablaba con un gran cariño y cuyo recuerdo le hacía asomar las lágrimas a los ojos, y dones eran para él, en estos últimos años, todos los detalles que se entrecruzaban en su vivir cotidiano dentro de la comunidad donde serenamente transcurría su vida.

Se nos fue sin molestar, en un viernes se puso mal y en un viernes, el siguiente, nos dijo adiós, como para no entorpecer nada de lo que supone el trabajo de un colegio. Él, que se gloriaba de que

nunca había estado enfermo, mantuvo esta «pequeña vanagloria» hasta el final y preguntaba, en el hospital que por qué estaba allí si no estaba enfermo, él quería volver a casa donde todo le era más familiar.

El día 22 fue enterrado a las cuatro de la tarde. A las cinco y media, el Sr. Inspector presidía, en el Santuario de María Auxiliadora de Vigo, los solemnes funerales en sufragio de su alma. Lo acompañaban unos cincuenta sacerdotes, además de numerosos salesianos venidos de toda la Inspectoría, y de alumnos del colegio y otros fieles que llenaron el amplio templo.

Sabemos que todo acontecimiento en nuestra vida es gracia y don y más debemos considerar como tal la relación y la presencia de hermanos nuestros junto a nosotros. Si esto es verdad para todos, creo que podemos entender como muy laudatoria para un hermano, que otro reconozca ante los demás como «gracia especial de Dios» para él. Tal sería el caso de don Pedro, reconocido así por alguien que mantuvo con él una relación muy cercana en la última etapa de su vida.

## 57. FRANCISCO CARRASCO MORENO

Coadjutor.

Nacimiento, en Chinchón (Madrid) el 10 de octubre de 1933.

Profesión religiosa, en Astudillo (Palencia), 25-7-1958.

Defunción, en Burgos, 7-3-1990.

Paco había nacido el 10 de octubre de 1933 en Chinchón (Madrid), en el hogar profundamente cristiano formado por Andrés y Dionisia, a quienes el Señor bendijo con la alegría de cinco hijos, el menor de los cuales era precisamente Paco.

En plena guerra civil, la familia se trasladó a vivir a Madrid, muy cerca del colegio salesiano de Atocha. Terminada la contienda, Paco es admitido en este centro, que renacía con nuevo vigor e ilusión después del gran deterioro sufrido durante la ocupación del periodo bélico; aquí realiza sus estudios elementales. A la temprana edad de 14 años comienza a trabajar porque el tiempo de posguerra resulta hartamente difícil. Continúa, sin embargo, íntimamente vinculado a las actividades de tiempo libre del Centro como miembro activo del «Círculo Domingo Savio», que dirigía don Higinio Arce. Le atraía de manera especial la participación en el grupo de teatro que entretenía y alegraba con sus representaciones a los niños y jóvenes de distintas instituciones de la capital.

Con la madurez de sus 21 años se une al grupo de jóvenes que acompaña al recordado don Filadelfo Arce (don «Fila») a la nueva fundación de Zamora, la Universidad Laboral. Desde 1954 a 1957 realiza el aspirantado, a la vez que aprende el oficio de sastre. Decidido a hacerse salesiano, inicia el noviciado en Astudillo en 1957 y hace su primera profesión en 1958. Recién profesó, regresa a Zamora para realizar el período de perfeccionamiento hasta 1961, año en el que da un sí definitivo al Señor.

En Zamora permanece hasta 1967 como maestro sastre. El nuevo curso lo inicia en Villagarcía de Arosa, donde los salesianos habían aceptado la dirección de un internado de RENFE, como administrador. En 1968 es destinado al Centro Don Bosco de León, con la misma responsabilidad. La obra se hallaba todavía en construcción y no comenzaría su actividad hasta el curso siguiente, 1969-70, con internado para aspirantes coadjutores y bachilleres de los últimos cursos, además de externado para estudiantes de Formación Profesional.

Después de tres años, en 1971, es destinado al Hogar San Roque de Vigo como responsable de la vida de residencia. Regresa nuevamente a León (1973-1977), pero en esta ocasión al Colegio de Huérfanos de Ferroviarios (CHF), encargado de la residencia. Aquí se muestra como educador maduro: se interesa por los problemas de los jóvenes residentes que proceden de muy diversas regiones y que llevan clavada en su intimidad la herida de una temprana orfandad. Paco anima, estimula, exige, orienta.

Durante su estancia en León, se traslada a Madrid por un período de cuatro meses. En la capital la Inspectoría de León transforma un ruinoso chalet para poder acoger en casa propia a los hermanos que acudían a ampliar o finalizar estudios universitarios. Las obras estaban paradas por orden del Ayuntamiento que, más que permitir la remodelación, buscaba el deterioro total para lograr la demolición de toda la manzana. Para salir de aquel auténtico atolladero se pensó en que Paco era la persona adecuada. Y lo fue, en efecto. La casa de la “Pagoda” supuso para Paco muchos quebraderos de cabeza, muchas visitas a despachos oficiales y no poca audacia.

Otra nueva construcción le esperaba en Valladolid. En el barrio de Los Pajarillos se había iniciado lo que más tarde sería un gran complejo en favor de los vecinos de esta zona: iglesia parroquial, locales para actividades de tiempo libre, residencia para jóvenes salesianos estudiantes de filosofía y para muchachos que acuden a la ciudad a realizar sus estudios. Paco desplegó su actividad e imaginación y dejó en la obra un toque de su fina sensibilidad.

En 1979, la obediencia lo encamina a Santiago. La Inspectoría acababa de adquirir un “pazo” de rancio abolengo en el barrio de Belvís. Se colmaba así la vieja aspiración de contar con una presencia en la ciudad del Apóstol, con el objetivo de crear un centro para actividades de tiempo libre, a la vez que, en edificio contiguo, se preparaba una residencia para los estudiantes de Teología. Paco va a Santiago con el encargo de dirigir las obras de transformación del edificio existente y de atender, al mismo tiempo, a los numerosos antiguos alumnos que estudian en la ciudad. La obra le exigió gran esfuerzo y dedicación, pero los responsables, ante los que fue denunciada la obra como ilegal, terminaron ofreciéndole vigas y tejas de antiguos edificios derribados para que la obra encajase adecuadamente en el entorno. Como escudo protector esgrimía Paco un sencillo y convincente argumento: «es para bien de los niños y jóvenes del barrio».

En 1983 deja Santiago. De Santiago a la Central Catequística de Madrid, como ayudante de la librería y administrador de la comunidad. Nuevamente se verá inmerso en las obras de reforma de los espacios dedicados a la comunidad y de una distribución más funcional de los locales de trabajo. Desde la calle de Alcalá orienta acertadamente las reformas que se realizaban en la Procura de misiones.

En el verano de 1989 la obediencia le indica un nuevo escenario para el despliegue de su actividad, Burgos. El deseo de crear un centro propio de estudios para el período del posnoviciado, con la intención de afiliarlo a la Universidad Pontificia de Salamanca, movió a las Inspectorías de Bilbao, León y Madrid a aunar esfuerzos y a fijar como sede de dicho centro la ciudad burgalesa. Se imponía la búsqueda de una residencia para León-Madrid de cara al nuevo curso —tras haber residido durante un año en unos locales del Seminario diocesano—. Como el nuevo curso apremiaba, se encontró una solución provisional con el alquiler de unos pisos, todavía en fase de construcción.

Desde el primer momento Paco actúa con su ímpetu emprendedor. Resta poco tiempo. La obra está atrasada porque en los planes de la constructora no se entregarían las viviendas antes de la Navidad. El 15 de septiembre llegan los hermanos jóvenes y, pocos días después, se normaliza nuestra vida. Poco a poco, sin descuidar la búsqueda de los ansiados terrenos, se preocupa en hacer acogedora nuestra vivienda, a pesar de las estrecheces y carencia de espacio. En estos menesteres se afanaba, cuando inesperadamente el Padre lo llamó a su casa.

La tarde del 7 de marzo de 1990, había salido a realizar unas gestiones, acompañado de uno de los jóvenes hermanos, estudiante de Filosofía. Al regreso, en un tramo de la carretera, sin aparente peligrosidad, chocaron frontalmente contra un turismo que circulaba en sentido contrario. Los obreros de una subestación de Iberduero, testigos del hecho, llamaron al instante a una ambulancia; aunque ésta acudió con presteza, nada se pudo hacer y falleció mientras era conducido al hospital. Los médicos diagnosticaron traumatismo múltiple.

Paco era todo corazón y se volcaba hacia las personas que trataba. En los pocos meses de estancia en Burgos era estimado y querido por muchas personas, por su capacidad de relación y afecto. En la escasa correspondencia conservada resalta el agradecimiento que le manifiestan por favores, atenciones y delicadezas recibidas de su parte. Su afecto le llevaba a ser detallista.

La entrega callada y generosa, la actividad desbordante, era fruto de una piedad sencilla y profunda. Era fiel a la oración comunitaria, con momentos de oración personal en el silencio de la capilla. Su amor a María Auxiliadora —arraigado desde su primer contacto con los salesianos—, se hacía tangible en la preparación de sus fiestas, en el adorno de sus altares e imágenes, en el reparto de sus calendarios. Prueba de ello ha sido su empeño para que una imagen de María Auxiliadora presidiera nuestra vivienda.

La piedad auténtica engendra celo por las almas y dispone para misiones arriesgadas. Paco se ofreció para el proyecto África. Llegó a recibir el crucifijo de misionero de manos del Rector Mayor, en la basílica de María Auxiliadora de Turín. Disposiciones de última hora lo encaminaron hacia otras actividades e impidieron su marcha al Senegal, pero continuó viviendo con intensidad la entrega y el espíritu misionero.

Como alguien comentaba en una carta de condolencia, Paco queda para cuantos le conocieron como «testimonio de trabajo, de alegría y de oración».

## **58. ANTONIO MARTÍN GÓMEZ**

Sacerdote.

Nacimiento, en Pampliega (Burgos) el 28 de enero de 1912.

Profesión religiosa, en Madrid, 15-4-1928.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 23-12-1939.

Defunción, en A Coruña, 4-2-1990.

Don Antonio Martín, nace el 28 de enero de 1912 en Pampliega, pueblecillo en declive hacia el río Arlanzón que baña su ribera, en las parameras pardas de la provincia de Burgos. Cuando apenas tenía 5 años, en tan sólo una semana, perdía a sus padres Florentino e Isabel, quedando cuatro hermanos huérfanos, de los que el más pequeño, Julio, llegaría a ser misionero salesiano en la India.

En esta triste situación, un tío suyo carpintero quiso hacer de él un artesano de la madera. Sin embargo, Dios tenía ya sus planes para don Antonio. Fue a Burgos donde, por casualidad, conoció a un santo sacerdote, don Valentín Palencia, asesinado en el año 36 en Santander, cuando atendía a niños y jóvenes en una excursión. Este buen sacerdote, a los 10 años, lo llevó a Baracaldo (Bilbao), presentándolo a don Pedro Olivazzo, director del Colegio Salesiano.

Continúa sus estudios en el colegio de Béjar y Astudillo. Hace el noviciado y la filosofía en Madrid. Tras hacer el trienio en Astudillo, entre 1929 y 1932, completa su formación en Italia hasta 1935, cuando se ve obligado a retornar a Carabanchel, a causa de su delicada salud, para finalizar el último año de Teología.

Fue este año de 1936, estando en Madrid, uno de los más relevantes de su vida. Lo sorprende la Guerra Civil siendo detenido el 14 de septiembre e interrogado en Comisaría de Leganitos. Se ve obligado a ingresar en la cárcel Modelo, donde se encuentra con otros salesianos. Hacia el

6 de noviembre, en medio de un gran bombardeo, es trasladado con sus compañeros a la cárcel de las Ventas, aún sin estrenar. En alguna ocasión le hemos oído decir: “Los que hemos tenido la suerte de rodar por las cárceles de la guerra, como San Pablo por las romanas, por el nombre de Cristo, o la desgracia de caer en las garras de milicianos que se autollamaban los “sin Dios”, sin más amparo y auxilio que la Providencia de Dios... mientras unos morían por Cristo, otros no merecimos esa dicha, porque los planes de Dios eran distintos. Mi ilusión en aquellos momentos trágicos era llegar a cantar misa y ofrecer mi primer sacrificio en “acción de gracias” por todos los que me ayudaron... y por aquellos a quienes se les puede aplicar aquellas palabras del Señor: “Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen”.

Terminada la guerra en España, el 26 de noviembre se ordena de diácono y el 23 de diciembre de 1939, en Salamanca, recibía la ordenación sacerdotal. A lo largo de su vida recordará cómo, el 24 del mismo mes, entonó en su primera misa el “Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres”.

A partir de este año de 1939 comienza una larga trayectoria apostólica, durante la cual ha destacado por su ejemplaridad sacerdotal, y la regularidad en los cargos y trabajos que desempeñó. Tras su paso por Salamanca como profesor y ayudante de Administración (1939-1943), la obediencia lo destina a Astudillo de administrador (1943-1947), a continuación va a Ourense, también como administrador (1947-1950), catequista en Vigo “San Matías (1950-

1953). A Coruña, de nuevo a Ourense, Vigo y, por último, en el año 76 es destinado a esta Casa de “Calvo Sotelo” en calidad de confesor, actividad apostólica que desempeñó hasta el mismo día de su muerte.

Quienes han convivido con don Antonio en los últimos años de su vida, han sido testigos de su ejemplaridad sacerdotal y religiosa, pese a las dolencias que arrastraba y los sobresaltos cardiovasculares que poco a poco iban minando su salud.

Con mejor o peor salud se entregó con generosidad a la labor apostólica de la confesión. Son muchos los que se beneficiaron del sacramento de la reconciliación. Hombre profundamente humano siempre ha estado pronto y dispuesto a perdonar.

Un rasgo fundamental de su vida ha sido la fidelidad al rezo del Breviario y la celebración diaria de la Santa Misa. En más de una ocasión manifiesta no haber dejado nunca, que él recuerde, estos dos compromisos de su vida sacerdotal. Fue un ferviente devoto de María Auxiliadora. Hombre coherente con sus ideas, vivió pobre y murió pobremente. Su comida, su vestido, su habitación, etc., eran testimonio fehaciente de su espíritu de pobreza. El dinero que llegaba a sus manos era para las misiones.

Es notable su espíritu de pertenencia a todo lo salesiano, consciente de ello, pocos días antes de su muerte, decía en la homilía de la Fiesta de D. Bosco, que celebró para los alumnos: “Me siento satisfecho de los 68 años de vida con los salesianos en los que no me faltó el pan, mucho trabajo y, espero ansioso, el paraíso”.

Aferrado a su fe, testimoniada en momentos de persecución religiosa sin pedir al Señor que le salvara la vida, sufrió con cierto dolor las tensiones del posconcilio y la ventolera de los extremismos, mientras se iba abriendo a los cambios y novedades de los tiempos de hoy.

Se podía definir a don Antonio como hombre bueno, sencillo, siempre dispuesto a perdonar, afectuoso y sensible, cariñoso, amable y agradecido. Su fino sentido del humor al igual que sus expresiones atinadas con frases cortas, acompañadas de un gesto típico y exclusivo, eran recibidas como sentencias cargadas de sabiduría. Hasta en los momentos más penosos de su ya quebrantada salud, se esforzaba en ser fiel en sus relaciones con personas y amistades que lo apreciaban.

La vida está llena de claroscuros, de contrastes que la complementan. Don Antonio, en su caminar por la vida, vio su camino sembrado de luces y sombras. No podemos olvidar aquel día en que le comunicamos la muerte de su hermano menor, el Padre Julio, sacerdote salesiano en la India, donde después de 40 años de trabajo incansable fue víctima de un accidente de moto. Don Antonio recibe este triste suceso con dolor, por no poder acompañarlo en los últimos instantes de su vida; pero también con ejemplar serenidad por la esperanza firme en la palabra de D. Bosco referida a los salesianos muertos en acto de servicio.

En la Misa de la fiesta de D. Bosco, presidida por don Antonio a la que hemos aludido, en la que los alumnos y personal le rendían su homenaje con motivo de las Bodas de Oro Sacerdotales, dice emocionado expresiones que son como presentimientos de su cercano encuentro con Dios y D. Bosco. Termina su homilía con estas palabras: “Estoy esperando la tercera cosa que D. Bosco prometía a sus salesianos, descansaremos en el cielo. ¡Ánimo y a alcanzar la victoria!”

La última etapa de su vida se fue llenando de pequeñas y grandes deficiencias cardíacas y riego sanguíneo que lo obligaron a hacer continuas revisiones médicas. Se sobreponía cuanto podía al cansancio y la fatiga, hasta que la muerte lo sorprendió en apacible sueño. El día 4 de febrero, domingo, tras buscarlo por la casa sin encontrarlo, nos fue invadiendo el presentimiento del desenlace fatal. Efectivamente, hacia el medio día, lo encontramos con los ojos dulcemente cerrados, como si de un sueño se tratase, gozando ya de la paz de los santos en los brazos de Dios.

Al entierro y funeral asistieron varios de los salesianos de las distintas casas, familiares y amigos, unidos en oración, pidiendo a Dios haga realidad el último eslabón de la trilogía salesiana, el paraíso.

## 59. JUSTINIANO SEPTIÉN GARCÍA

Sacerdote.

Nacimiento, en Santo Domingo de Silos (Burgos) el 5 de septiembre de 1925.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1943.

Ordenación sacerdotal, en Madrid, 29-6-1953.

Defunción, en Lugo, 28-3-1990.

El día 26 de Marzo, lunes, era un día normal de clase. Justi había comenzado su clase de Lenguaje a 7º de EGB a las cinco de la tarde. Un cuarto de hora después un fortísimo dolor de cabeza le hizo tambalearse, tuvo que abandonar la clase y ser trasladado rápidamente a la Residencia de la Seguridad Social de Lugo. Diagnóstico: “Derrame Cerebral”. Pronóstico: “Muy grave. Horas de vida”. Dos días después, entre el dolor y la consternación de la Comunidad Educativa, Justi dejaba este mundo y entraba definitivamente en los brazos del Padre.

Justiniano Septián García, había nacido el 5 de septiembre de 1925, en Santo Domingo de Silos (Burgos), justo al lado del monasterio benedictino. Comienza su aspirantado en el año 1939. Hizo su noviciado en Mohernando, donde profesó el 16 de agosto de 1943. Tras hacer la Filosofía es destinado a la casa de Deusto, en Bilbao, donde realiza el Trienio. De estas etapas formativas un compañero dice: “Desde los primeros años de Aspirantado fue una persona muy responsable, en quien los superiores depositaban su confianza. Como compañero, era de un trato muy agradable y contaba con la amistad de todos. Siempre estaba dispuesto a echar una mano en cualquier necesidad, fuera en trabajos manuales, fuera en ayuda en los deberes escolares o en repaso de lecciones. Su vida de piedad era muy sentida. Para cada fiesta de importancia y para cada acontecimiento colegial, invitaba a los compañeros a hacer “Visitas” en particular o en grupo. Tenía un carácter alegre, jocosos —a veces, un poco irónico— y un espíritu siempre en alto, que animaba a cualquiera, quitando importancia a las dificultades que alguno pudiera encontrar”.

De 1949 a 1953, hace sus estudios de Teología en Carabanchel Alto —Madrid—. En el primer año de Teología muere su madre, Ignacia García, a los 60 años y de la misma enfermedad que Justi. Es ordenado sacerdote por el Obispo Auxiliar de Madrid, el 29 de junio de 1953. Un día antes terminaba sus Ejercicios Espirituales y entre sus propósitos destacaba los siguientes:

- \* “Vital importancia a la Eucaristía: preparación, celebración y acción de gracias”.
- \* “Total disponibilidad para la predicación y para cualquier tipo de ministerio”.
- \* “Como educador: asistencia, celo sacerdotal, paciencia, prudencia, buenos modales, pero mucha constancia”.

Su primer destino como sacerdote es la Universidad Laboral de Zamora, en la que permanece cuatro años, como Consejero Profesional de la Sección de Internos, y —posteriormente— Administrador.

En septiembre de 1957, la obediencia lo destina a la Casa Seminario de Cambados. “La responsabilidad era muy grande: un Seminario en obras, con más de 350 aspirantes y el primer 5º Curso para ir al Noviciado”. De esta época conservamos algunas reflexiones tuyas sobre la vocación salesiana sacerdotal: “Verdaderamente que si no estamos contentos en nuestro estado salesiano sacerdotal es porque lo vivimos a medias... Salesiano Sacerdote, entrégate de lleno a tu misión y veras como te entusiasmas con tu vocación, cómo volverá a brillar la luz de tu alma, la sonrisa de tus labios y la satisfacción y el consuelo en tu corazón”. Los que hemos sido aspirantes con él, recordamos el trípode sobre el que —una y otra vez— nos repetía que debíamos asentar la vocación: “piedad (sacramental y mariana), cumplimiento del deber (estudio) y alegría”.

A partir de esta etapa, va alternando los cargos de Director y Administrador: 1963-1969, Director en el Colegio Hogar de Vigo; 1969-1972, Administrador del Centro de Huérfanos de Ferroviarios de León. En 1972, se le encomienda la Dirección del Colegio Hogar del Naranco, dependiente de la Diputación Provincial de Oviedo. A él le tocó la difícil y delicada tarea de cerrar este Centro en 1987, que le trajo muchos quebraderos de cabeza.

A lo largo de estos años hay un hilo conductor en sus propuestas personales de vida religiosa:

- \* Vida de piedad como alimento vital de su vida religiosa y sacerdotal.
- \* En el desempeño de sus cargos de Director y Administrador: caridad, paciencia y prudencia.

De 1987 al 89, lo encontramos de Vicario y Administrador en Valladolid. Es una casa compleja, en la que su preocupación por la formación de los Postnovicios se alterna con la atención como Administrador a los jóvenes de la Residencia.

Dio siempre buen ejemplo, en el trabajo constante y en las prácticas de piedad bien hechas. Más de una vez me dijo que le hubiera gustado atender más tiempo y con más dedicación a lo que es más propio del sacerdote, el apostolado en la Parroquia... Daba clases de Religión a los chicos de 6º de EGB de un Colegio Público. Los chicos lo apreciaban y lo visitaban, a él le gustaba charlar con ellos cuando venían a su despacho o lo saludaban por la calle”.

No se quejaba y procuraba disimular los días o momentos de fuertes molestias: tenía piedras en el riñón, la tensión alta, el estómago delicado... Solía comer poco y dedicaba poco tiempo a estar sentado en las comidas, levantándose continuamente para atender las necesidades de los hermanos en el comedor, preocupándose también por el personal de servicio, siendo muy delicado en el trato con estas personas.

El curso 1989-1990, último de su vida, fue destinado como administrador en esta casa de Lugo. El Inspector dijo en una carta a la Inspectoría: “Con respeto le propuse el cambio a Lugo. Su respuesta fue sencilla y generosa: ‘Me encuentro bien en Valladolid, pero si crees que mi presencia es necesaria en otro sitio, actúa con libertad y haz lo que consideres mejor para la Inspectoría’. Y sabemos el cariño que puso desde el primer momento en su nueva misión. Para mí fue la mejor lección del verano”.

Podemos apuntar los rasgos más sobresalientes de su personalidad, a partir del testimonio de las personas que con él convivieron, sobre todo de los miembros de la Comunidad de Lugo, en los siguientes puntos:

1. Gran espíritu de piedad, centrado en sus tres grandes amores: Jesús Eucarístico, María Auxiliadora y Don Bosco.
2. Espíritu de alegría y optimismo.
3. Atención y delicadeza en su trato.
4. Equilibrio, serenidad y humildad.
5. Gran capacidad para adaptarse a la nueva situación que suponía la Obra de Lugo.

Don Justi no llevaba ni un año en Lugo. Su presencia en esa Comunidad significó serenidad y optimismo. Su marcha deja un gran vacío y supone una gran prueba para esta Inspectoría que constata su pobreza e impotencia y que se arroja en los brazos de la Providencia.

## 60. JOAQUÍN SANTÁS PAREDES

Sacerdote.

Nacimiento, en Taboadela (Ourense) el 13 de abril de 1927.

Profesión religiosa, en Madrid, 16-8-1947.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 24-6-1956.

Defunción, en A Coruña, 13-4-1991.

Joaquín nació en el pueblo orensano de Taboadela el 13 de abril de 1927. Fueron sus padres, Orentino y Ermitas. Ocupaba el cuarto lugar de cinco hermanos. Ingresó en el Aspirantado en Santander (1942-43); y pasó luego a Astudillo, (Palencia, 1943-46). El Noviciado lo hizo en Mohernando (Guadalajara), coronándolo con la Profesión, el 16 de agosto de 1947. El primer año de estudios de Filosofía lo realizó en el mismo Mohernando, y el segundo, en San Fernando (Madrid, 1948-49).

Repartió los años del Trienio entre Cambados (1949-50) y Vigo-María Auxiliadora (1950-52). Cursó los estudios de Teología en Carabanchel (Madrid). Y es ordenado sacerdote el 24 de junio de 1956. Ordenado sacerdote, es destinado como Consejero al Colegio de Vigo-María Auxiliadora (1956-58).

Durante nueve años (1958-67) trabaja en la Granja Escuela de Bastiagueiro (A Coruña) de la Diputación Provincial. Primero como asistente, y luego, como Encargado. Nuestra misión en ella fue la atención educativa y pastoral de un grupo de aprendices agrícolas. Esta presencia se cerró en 1967. No es aventurado pensar que de aquí nacieron sus aficiones rurales.

Pasa luego al Colegio Calvo Sotelo de A Coruña (1967-74), como profesor y Delegado local de Cooperadores Salesianos. Reside en nuestra Casa de Madrid, “la Pagoda”, dos años (1974-76), mientras cursa los estudios de Teología Pastoral, que culmina con la Licenciatura.

Desde entonces hasta su muerte, 15 años, trabaja en esta casa de Ourense; primero como Coordinador de pastoral en E. G. B. y profesor; y luego, sólo como profesor, en razón de una mayor disponibilidad para atender a sus padres.

Desde hacía tiempo, largo tiempo, Joaquín no tenía buena salud. Abundantes medicinas, régimen alimentario especial, y frecuentes visitas a los médicos fueron su inseparable compañía. Sin embargo la delicada salud no fue obstáculo para no sólo su espíritu de trabajo, sino su realidad de trabajador. Durante casi todo el tiempo de estancia en esta casa atendió al doble frente de las necesidades de la casa familiar, personas y hacienda; y al de su tarea en el colegio, que no descuidó.

En alguna ocasión habló de su cansancio y debilitamiento general, sobre todo cuando la atención a sus familiares enfermos convertía su jornada en un ir y venir del colegio a casa y de casa al colegio.

En uno de los párrafos de la carta de despedida a la comunidad comenta algunos aspectos sobre este particular: “En la Congregación he sido feliz. Mis mayores disgustos los causaron las partidas de los hermanos. Comprendo que sus razones tendrán, y las admito; pero no puedo evitar mi dolor. No me muero por exceso de trabajo; quiero que quede esto bien claro. Yo llevo desde el año 1954 con la misma dolencia a cuestas. Unas veces la vencí, y esta vez me venció. No culpo, ni quiero que culpen a nadie.”

A primeros de abril de 1990 el doctor que lo viene tratando dictamina la necesidad de que sea operado. En conversación particular nos avisa de la importancia del mal y de la dificultad de la operación. Ingresa en el Hospital el día 16 de abril y es operado el día 30. El diagnóstico del equipo de cirujanos que lo operó coincide con el pronóstico del especialista. Nos dan pocas esperanzas de curación. Al contrario, nos previenen de la posibilidad de un proceso rápido y presumiblemente doloroso.

Regresa a casa el 21 de mayo. Al día siguiente preside la Eucaristía. La introduce emocionado con palabras de agradecimiento a Dios, y a cuantos lo habían atendido y rezado por él. Durante algún tiempo hace vida normal; incluso atiende a las evaluaciones finales de sus alumnos, espoleado por su interés hacia ellos.

El mal no se detiene. Él lo percibe y sugiere su deseo de ir a la Clínica de la Universidad de Pamplona. El 12 de julio sale para Pamplona, donde es atendido por especialistas afamados. Sin embargo las esperanzas no corren parejas con los deseos. Joaquín toma clara conciencia del proceso irreversible de la enfermedad. Asume el hecho con admirable entereza de ánimo. Sólo pide a Dios que el sufrimiento no sea largo. Sin embargo su actitud filial era otra. En el llavero que usaba, había grabado esta leyenda: “Amar es hacer un pacto con el dolor”.

Al regreso de Pamplona, se traslada a A Coruña para recibir tratamiento oncológico. Reside en casa de sus hermanos Antonio y Jesusa. Nuevamente en el mes de enero vuelve a Pamplona. Los médicos poco pueden hacer; solamente aliviar, en parte, las molestias.

A partir de agosto de 1990, Joaquín reside en A Coruña, en casa de sus hermanos. A diario acude al Colegio para celebrar la Eucaristía. La razón de esta ida y estancia en A Coruña fue la necesidad del tratamiento de su enfermedad, que no era posible en esta ciudad de Ourense.

Durante su estancia y proceso final de su enfermedad es cuidado con todo cariño y esmero por sus familiares. Es frecuentemente visitado por los hermanos de las dos comunidades coruñesas, y atendido en cuanto hizo falta. Los hermanos de esta comunidad, aprovechando fines de semana acuden a su lado.

La intención de Joaquín, manifestada en repetidas ocasiones, fue siempre volver a la comunidad de Ourense para acabar aquí sus días y ser enterrado en nuestro Panteón. Cuando ya la enfermedad tenía ganada la batalla, en conversación con el Inspector acordaron que siguiera en A Coruña hasta el final. La Capilla ardiente se instalaría en el Colegio, y sería enterrado en el Panteón Salesiano de dicha ciudad.

Entre los rasgos que nos pueden ayudar a trazar su perfil humano y religioso destacaría los siguientes: hombre bueno y sencillo. Ambas virtudes más que ser objeto de definición los percibimos; y nos sentimos cómodos cuando nos acercamos a un hombre rico en estos dones.

Joaquín fue accesible a todos, siempre dispuesto a escuchar y a hacer favores, sobre todo a los más necesitados. Acogía siempre con corazón grande, nos decía una persona amiga.

En los centros hospitalarios de Ourense y Pamplona dejó una estela de bondad y cercanía admirables. Asistí a la despedida que dedicó al personal que lo atendió en Ourense. Todos hablaban elogiosamente de su bondad de corazón.

Fue un gran trabajador. Armonizó durante varios años, con gran sacrificio, las tareas del Colegio

con la atención a sus padres.

Hay que señalar aquí también su preocupación por mejorar su preparación docente y pastoral. De ello son muestras su Licenciatura en Teología, bien entrado en años; y los cursos realizados, que lo habilitaron para la docencia de la “lingua galega”.

De vivencia espiritual profunda. La palabra “piadoso” se repite una y otra vez en las hojas de escrutinios. Un hermano de esta comunidad me daba su impresión al respecto: “todas las noches después de cenar pasaba sus ratos de sagrario, durante un cierto tiempo. Cuando yo iba a rezar las Completas y encendía la luz, allí lo encontraba. Me parecía que estropeaba su oración; pero al mismo tiempo me valía de ejemplo para no dejar yo aquella costumbre”.

Confiaba en la oración. Antes de su entrada en el hospital escribió a las Comunidades contemplativas, encomendándose a sus oraciones. De varios de los conventos recibimos llamadas telefónicas interesándose por la marcha de su enfermedad.

Y no sólo rezaba. Enseñaba a rezar, animando talleres de oración, formados por personas sencillas, preocupadas por este tema.

Amor y entrega a los jóvenes. Desempeñó sacerdotalmente su tarea docente y su labor tutorial. Entre sus apuntes había notas y observaciones sobre cada muchacho, que revelaban su interés personalizado, su interés por cada uno.

Por otra parte, encontró también dos caminos para ejercer explícitamente el ministerio sacerdotal: a través de su dedicación al ministerio de la Reconciliación pasando largos ratos en el confesionario; y atendiendo pastoralmente a sus paisanos los domingos y fiestas y en los tiempos fuertes de la liturgia.

Las numerosas visitas que recibió durante su estancia en el hospital y la presencia importante de paisanos en los funerales, dejaban entrever su cariño y agradecimiento a quien se había hecho por ellos “todo para todos”.

## **61. GREGORIO ARANDA CRESPO**

Sacerdote.

Nacimiento, en Villafranca de los Caballeros (Toledo) el 10 de octubre de 1933.

Profesión religiosa, en Madrid, 16-8-1950.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 24-6-1956.

Defunción, en Madrid, 26-2-1992.

Su aspirantado lo realiza en Carabanchel, Astudillo y dos años en Arévalo —todo ello debido al contacto con el párroco de Villafranca de los Caballeros que lo recomienda—. Ante la entrada en el Noviciado esta comunidad emite su primer juicio: “bueno, inteligente, piadoso”. Y éstas son las escuetas palabras que se repiten en las pocas observaciones que se hacen en los informes a lo largo del proceso formativo de Gregorio: “cumplidor, piadoso, hábil para muchas cosas, buen temperamento, espíritu óptimo” No falta tampoco cierta observación muy común entre aquellos que tienen un gran corazón: “Le cuesta un poco la disciplina”.

El Noviciado lo realiza en Mohernando y lo culmina con su primera profesión. Era el 16 de agosto de 1950. La profesión perpetua la hace en Ourense el mismo 16 de agosto cinco años más tarde. Ese mismo año comienza la teología en Madrid. El 24 de junio de 1959 es ordenado sacerdote.

Su trabajo salesiano gira en torno a las casas de formación. Hace su trienio en Arévalo y Astudillo. Estrena sacerdocio en Medina del Campo. En Herrera de Pisuerga, Cambados y Astudillo lo vemos como Director; en Logroño como Padre Maestro. Se había preparado para este menester estudiando un año de espiritualidad en Madrid. Con serenidad imperturbable Gregorio aguantó y superó las enormes dificultades por las que pasaban estas casas de formación durante aquellos años de carestía. Su trabajo, aún material —lo arreglaba todo—, su sencillez, su servicialidad, su amor a la Congregación, a Don Bosco... eran proverbiales.

Desde 1972 hasta 1990 estuvo destinado en la casa Generalicia de Roma: la atención a la biblioteca, al archivo, el ser vicario durante muchos años, fueron algunos de los cometidos de Gregorio. En 1990 es nombrado Director de nuestra casa de Madrid. A pesar de su enfermedad acepta el cargo con la misma sencillez y generosidad de siempre.

En el verano de 1984 se le declaró la enfermedad, una linfocitosis crónica, de la que ya no se recuperaría nunca. Pertenecía entonces a la comunidad de la Casa Generalicia. Estaba de vacaciones en Madrid, cuando la enfermedad estuvo a punto de terminar con él; la situación fue muy grave hasta que la identificaron. A partir de entonces fue controlando la enfermedad que avanzaba lentamente, aunque desde fuera no se notara demasiado. Todos los días, por ejemplo, se ponía una media. Lo hacía él sólo, con paciencia y constancia. Se levantaba temprano para estar a punto en la oración comunitaria. El tipo de medicamentos que tomaba le hacía pasar por etapas sucesivas de euforia y decaimiento; en todo tiempo, sin embargo, mantenía el mismo ánimo y humor y prestaba las mismas atenciones. Consciente de su enfermedad, luchaba contra ella aceptando a la vez la realidad. El 19 de noviembre de 1989 había apuntado en su agenda una breve frase: “No se puede pactar con las dificultades; o las vencemos o nos vencen”. A Gregorio no le vencieron hasta el último momento.

En 1990, regresó a la inspección de origen y se quedó en la casa de Madrid, precisamente para poder controlar mejor la enfermedad con el equipo de médicos que lo había atendido. Pero se quedó como director y administrador. Una carga —sobre todo la de administrador— demasiado pesada para él, dadas sus circunstancias, como reconocía al final. Es más: la ausencia de la cocinera oficial durante casi nueve meses, lo llevó a atender solícito a todo: llevar la ropa a la lavandería, preparar ciertas comidas... Servicial, como siempre, desempeñaba su labor con toda clase de atenciones y detalles.

En el verano del 91 se acentuó el malestar. “No tengo ganas de pasar las cuentas” recordaba que se decía a sí mismo y dejaba sin anotar los pocos datos de la comunidad de Madrid. Durante el mes de agosto quedó en la comunidad, aunque estaba él solo, atendiendo a la casa y a la capellanía de las hermanas salesianas. “Desde que vino Gregorio no hemos tenido ningún problema. Siempre estaba dispuesto para atendernos”, recordaba la directora.

Probablemente algún alimento en mal estado hizo que todos los hermanos cayeran enfermos el 16 de octubre a causa de una grave intoxicación. Gregorio, dada la insuficiencia de sus defensas, fue el primero en notar los síntomas. Se sintió enseguida indisputado y ya no se recuperaría más. Para poder ser atendido mejor, acudió dos días más tarde a casa de su hermana. Allí permanecerá hasta el final. Gregorio se muestra con ánimo y está esperanzado, pero reconoce su impotencia y cansancio progresivos. De hecho el empeoramiento fue acentuándose lentamente. Una vez al mes lo ingresan en la clínica Rúber para observarlo y realizar una transfusión de sangre de varios litros. Las transfusiones tienen reacciones diversas cada vez... Él lo lleva todo con paciencia.

Permaneció diez días en el hospital. Al principio se le notaba todavía con esperanza y siempre con buen ánimo y humor. Tenía muchas molestias, aunque no dolores y era consciente de que se acercaba el final. A pesar de eso lo seguía llevando todo con ánimo y buen humor. “Esto hay que pasarlo” decía. Y también: “Aquí estoy haciendo de tripas corazón”. Aludía a su vientre hinchado por la enfermedad.

En la clínica lo atendió en todo momento su hermana María Luisa, hija de María Auxiliadora. El día 20 celebramos la unción de los enfermos. Los hermanos de Madrid lo acompañaron con frecuentes visitas, pero él mismo les decía que prefería estar solo: de nuevo su delicadeza le llevaba a sufrir sin hacer sufrir.

El 26 de febrero fallecía a las 12,30 de la madrugada. Dadas las condiciones reducidas de la casa de Madrid, las hermanas salesianas de la Dehesa de la Villa nos prestaron su casa y nos dieron todas las facilidades. Por allí pasaron muchos hermanos de la Inspectoría de Madrid y sus familiares. Allí fue el funeral, un día más tarde, presidido por el Inspector de León. Le acompañaba también el de Madrid y cincuenta sacerdotes más, muchos de ellos de la Inspectoría de Madrid. Muchísimas fueron las Hijas de María Auxiliadora que acudieron a dar el último adiós a Gregorio y a acompañar a su hermana María Luisa. No faltó tampoco el representante de la casa Generalicia: el Padre Bruno Bertolazi, su Director, que con su representación portaba un mensaje del Rector Mayor.

Los comentarios unánimes sobre la virtud de Gregorio y su última capacidad de convocatoria hablan de lo mucho que hizo Gregorio calladamente, en silencio.

El padre Bruno trajo un mensaje manuscrito del Rector Mayor que el Inspector leyó en la homilía. Habla del “inolvidable P. Gregorio Aranda” y dice: “Nos ha ayudado aquí en la Casa Generalicia por largos años de trabajo, de testimonio, de bondad, de disponibilidad, de alegre fraternidad; un verdadero ejemplo de amor a la Congregación y de fidelidad a Don Bosco. Fue esmerado en todo y servicial; equilibrado y consciente; todos lo querían; sus buenas noches eran originales, incisivas y comentadas. Hemos sentido mucho su enfermedad y nos duele profundamente su muerte, pero agradecemos por él al Señor... Me uno a vosotros en los sufragios y en la petición de vocaciones tan calificadas”.

## 62. EMILIO CORRALES GARRIDO

Sacerdote.

Nacimiento, en Talavera de la Reina (Toledo) el 28 de noviembre de 1901.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 25-7-1920.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 24-2-1929.

Defunción, en Cambados (Pontevedra), 12-12-1992.

Nace D. Emilio el 28 de noviembre de 1901 en Talavera de la Reina (Toledo), en el seno de una familia humilde. Isidoro, su padre, tiene como ocupación específica “encargado del campanario de la Iglesia Colegiata”. Por ello, la familia Corrales-Garrido vivirá durante un tiempo en las dependencias de la misma colegiata. Su madre, Flora, atiende las labores de la casa. Era el cuarto de los nueve hermanos que llegaron a vivir simultáneamente. Al ir al noviciado había muerto ya su hermana Josefa.

En Talavera, entre 1915 y 1918 inicia su aspirantado. Se trataba de un grupito de estudiantes de latín, internos, hasta con patio independiente de los externos y con dos salesianos encargados de todo el trabajo académico y pedagógico. El curso 1918-1919 lo vemos en Campello. Es algo mayor que sus compañeros y comienza a destacar por inteligencia, seriedad, responsabilidad y por sus cualidades artísticas.

El noviciado lo hace en Carabanchel con el P. Castilla como Maestro. Allí lo vemos también como estudiante de filosofía, tirocinante y estudiante de teología, disciplina que completará en Turín y Salamanca, donde es ordenado sacerdote el 24 de febrero de 1929. Aquí mismo y mientras ejerce funciones de Consejero, completa su formación licenciándose en Filosofía y Letras en la universidad civil.

En su cuarto curso de teología, seguramente por fallecimiento del predecesor, es nombrado Consejero. Aún no era sacerdote, pero hizo muy bien el de consejero serio y con autoridad. Lo hizo a su manera. Él, físicamente era poca cosa por aquel entonces, pero tenía carácter y todo funcionaba a las mil maravillas.

Después de seis años de Jefe de estudios, Consejero por aquel entonces, encargado del orden y de la disciplina, responsable y garante de los buenos resultados académicos de los alumnos y del prestigio externo del colegio en la ciudad, D. Emilio es nombrado Director del Colegio de María Auxiliadora de Salamanca. Era el año 1934. Permanecerá en el cargo con sucesivas reelecciones, hasta 1946.

Comenzaban ya los tiempos de feroz anticlericalismo y apareció el D. Emilio de paisano, con bastón y sombrero y hasta con bigote durante algún verano. Estando en Talavera cae en poder de los republicanos y D. Emilio es encarcelado por su condición de sacerdote. Con otros compañeros de prisión va a ser fusilado. Comienzan los asesinatos. Cuando le llega su turno, el verdugo se niega a disparar contra un paisano y pide que no lo obliguen a ello. Mientras se busca al sustituto, suenan los clarines de los nacionales que entran en Talavera. Los republicanos necesitan su tiempo para escapar. D. Emilio queda libre.

En el verano de 1946 a D. Emilio lo destinaron a Paseo de Extremadura, también como Director. Se hizo más cercano, más sonriente, más cariñoso, más asequible; en una palabra, el cambio de casa le ayudó a descubrir lo que era, dejando un poco la fachada que el directorado de Salamanca le había

impuesto. Quienes convivieron con él en esta etapa recuerdan su piedad en la celebración eucarística y ceremonias litúrgicas, la pronunciación de sus latines; su gran entusiasmo en impulsar la devoción a María Auxiliadora; la competencia y profesionalidad en sus clases de latín, de filosofía, de religión; las Buenas Noches de cada día, las pláticas de catecismo de cada domingo, su cuidado y preocupación por las vocaciones...

En la primavera de 1948 asistió como Delegado de la Inspectoría Céltica al XVI Capítulo General. Unos meses después de finalizado el Capítulo, Don Modesto Bellido, el Inspector, es elegido directamente por D. Ricaldone como Consejero General para las Misiones. Don Emilio Corrales es elegido Inspector.

En sus seis primeros años de inspector se abrieron siete casas: San Fernando, Santo Domingo Savio, Ferroviarios de Madrid, Puertollano, Guadalajara, San Roque en Vigo, La Universidad Laboral de Zamora.

Había terminado una guerra, se pasaba necesidad en España, las familias eran numerosas, había un cierto proteccionismo y defensa mutua entre la Iglesia y el Estado y... había muchas vocaciones a las que había que dar trabajo abriendo campos de misión. Tampoco había mucho dinero, más bien los recursos eran escasos. Don Emilio encontró una solución, un camino, aceptando casas, colegios de entidades públicas o empresas privadas que eran maravillosas plataformas para desarrollar la misión salesiana, sobre todo por el tipo de destinatarios con los que nos ponía en contacto. Se multiplicaron los convenios con Diputaciones, Auxilio Social, Mutualidades Laborales, con empresas paraestatales, Patronatos, Cajas de Ahorros, con empresas privadas...

En 1954 se constituye la Inspectoría de Santiago el Mayor con sede en Zamora. Se segrega de la, hasta este momento inspectoría Céltica, el Noroeste de España. Y D. Emilio es nombrado Inspector. Su experiencia de seis años lo avala como emprendedor. Realmente asumió la Inspectoría de Santiago el Mayor en precarias condiciones de obras y de personas y trabajó denodadamente por su desarrollo, que fue espectacular. Inició las obras de Asturias (cuatro casas). Concertó con organismos gubernamentales e instituciones sociales las numerosas obras de colaboración (pasaron de 2 a 12). En sus doce años de inspector la Inspectoría pasó de 9 casas a 19 y de 124 hermanos a 397 y además, aquel año, en el noviciado se preparaban 65 novicios. Fue una etapa realmente fecunda.

Mención especial requiere el esfuerzo realizado por D. Emilio y colaboradores para dotar a la incipiente Inspectoría de Zamora de estructuras de formación. La abundancia de vocaciones urgía la desmasificación y la separación. Astudillo y Allariz, acogían los primeros cursos de aspirantado. Se prepara Cambados para los últimos años de latín. En el empeño se invierten los pocos recursos existentes, pero se derrocha ilusión, cariño, fe. De modo provisional se prepara Astudillo para noviciado. Y como tal comienza a funcionar en 1957 con 76 novicios. Para la filosofía se cuenta ya con los terrenos de Armunia, pero no hay dinero para construir los edificios. Aparece el Balneario de las Salinas (Medina del Campo), fácilmente convertible en estudiantado filosófico. Y se sacrifica lo que hay: la finca de la Fontana. Se busca también un aspirantado para coadjutores. La nueva casa de Herrera de Pisuerga, puede prestar este servicio. Para la teología, la necesidad de personal cualificado aconsejan la colaboración en estructuras interinspectoriales. Y las Inspectorías de Madrid, Bilbao y Zamora van juntas a Salamanca.

Terminados sus 18 años de Inspector, vuelve de nuevo, como Director, a su Colegio de Paseo de Extremadura y como la vez anterior, no termina su trienio. Es reclamado desde la Inspectoría de Santiago el Mayor. Y allí se va como Director del Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León.

Todavía permanecen en los cargos de Dirección del Consejo de Administración, varios de los que firmaron los convenios de apertura del colegio. Así se renuevan e intensifican antiguas amistades.

Por último pasa a ser Director de la residencia que ésta Inspectoría tiene en Madrid para sus estudiantes. Allí ejerce su papel de formador, animador, moderador de cuantos van a terminar su licencia en alguna de las disciplinas eclesíásticas. Su serenidad, su sentido optimista de la vida, su saber decir y hacer, su exquisita acogida, marcan un estilo en la primera época de esta casa.

Pero los años pasan para todos y a sus 75 D. Emilio deja definitivamente su ministerio de gobierno y es destinado a Villagarcía de Arosa como profesor y confesor. La bondad del clima, la presencia de hermanas salesianas en la cocina, siempre delicadas en el servicio y la serenidad de la ría, así lo aconsejaron. Y allí lo vemos como profesor de religión y rodeado de aquellos mozalbetes que lo quieren y gustan de escucharlo. Y entre ellos sigue ejerciendo, con auténtico celo sacerdotal, su misión de confesor que anima, estimula, ilusiona, pues hasta los últimos días conservó el optimismo de la vida y cierto talante abierto y simpatía hacia todo lo juvenil.

Se distinguió como hombre de gobierno, de doctrina y como buen predicador. Sus alocuciones en público eran magistrales; sus sermones preparados con primor.

Hablando de D. Emilio en 1972, D. Luis Ricceri, entonces Rector Mayor de la Congregación Salesiana, señalaba en él tres características: “Un gran constructor”, no de cemento o edificaciones, sino sobre todo de almas, de salesianos, de corazones a lo D. Bosco; “Don Emilio fue un trabajador incansable”, sus casi 50 años en importantísimos cargos de gobierno lo confirman; “D. Emilio posee también la paternidad salesiana”. Amable y siempre sereno, tiene esa amplia comprensión que sólo otorga la experiencia de una dilatada autoridad y el profundo conocimiento que dan los años de las personas y de las cosas.

D. Emilio en 1948 era nombrado Consejero Nacional de Educación. El 21 de mayo de 1972 recibía la Encomienda civil de Alfonso X el Sabio, por sus servicios a la educación.

Esta es la despedida que, como inspector, dirigía a los hermanos en su última circular en el año 1966: “Comprenderéis mis buenos hermanos, que nunca podré olvidaros. Me despido cariñosamente de todos, uno a uno, los que constituimos la gran familia de la Inspectoría, en sus diversos sectores. Me voy tranquilo, porque siempre y en todo busqué vuestro bien general y particular. Dios es testigo de ello. Os pido benevolencia y perdón de cualquier cosa, con la que involuntariamente os haya podido molestar. Os abrazo a todos en el corazón de D. Bosco, pidiéndole que desde el cielo nos envíe su bendición y su sonrisa y la de nuestra Madre Auxiliadora. Sólo a Dios nuestro Señor el honor y la gloria”.

### 63. HERMINIO ALONSO CAYUELA

Coadjutor.

Nacimiento, en Arenillas (Soria) el 4 de octubre de 1935.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-11-1952.

Defunción, en Madrid, 8-9-1993.

Herminio había nacido el 4 de octubre de 1935 en el seno de una familia humilde y religiosa, ocupada en la labranza, la ganadería, como la mayor parte de las familias de Arenillas (Soria). Era el décimo entre doce hermanos. A los 6 años muere su madre y seis meses más tarde su hermana pequeña. El padre y la hermana mayor se encargarán de que los demás, sobre todo los pequeños, no noten mucho la pérdida de la madre.

Fue un niño alegre y juguetón como todos. Frecuentó la escuela hasta los 12 años y con sus numerosos primos jugaba en los columpios, con los cartones o a las canicas. Siempre fue cariñoso, especialmente con Teresita, la más pequeña, quien recuerda ratos de risa y felicidad incluso durante la tan aparentemente ingrata tarea de encalcar y subir la paja.

A los 12 años se encuentra con un salesiano; en este caso es D. Emilio Alonso, que buscando vocaciones es acogido en Berlanga de Duero por los abuelos de Herminio durante el tiempo que dedica a entrevistar a chavales y familiares. Los abuelos entienden que hay que encontrar una solución para Herminio y le hablan de él. Él y su padre son entrevistados. Lo cierto es que con otros dos chavales de Berlanga, Herminio se va a Astudillo, donde permanecerá desde 1947 a 1949. Desde allí partirá hacia Arévalo; y el 8 de agosto de 1951 comenzará su noviciado en Mohernando.

El juicio emitido por quienes debían conceder su acceso al noviciado se formulaba de esta manera: “Bueno, trabajador, sencillo, piadoso, inteligente, discreto. Panadero y despensero”. Muchos de estos adjetivos los veremos constantemente repetidos en los juicios emitidos ante su petición para las sucesivas y progresivas profesiones religiosas. En estas cartas siempre manifestará ilusión vocacional y gratitud a quienes lo acompañan y ayudan en su camino religioso y salesiano.

El 16 de noviembre de 1952 hace su primera profesión. Contrasta con sus ansias interiores la imagen externa que posiblemente diera en su año de noviciado, como poco activo y voluntarioso. Quizá esa fuera la causa de su retraso en la profesión al mes de noviembre.

Es destinado a Ourense donde realiza las tareas que se le encargan; hace de *factotum* durante diez años. Allí se le concede acceder a la profesión perpetua, que realiza en Astudillo el 16 de agosto de 1958. El tipo de trabajo y el concepto exigente que tiene del deber y quizá su misma timidez ponen de manifiesto ciertas dificultades en sus relaciones con empleados y personal de servicio. Su temperamento sereno está educado, sin embargo, en una gran exigencia. Él es consciente de todo esto y lucha por suavizar ciertas formas.

En 1963 lo vemos ya en Llaranes (Avilés), como educador y realizando funciones de maestro. En 1968 va a Vigo como encargado de deportes y actividades extraescolares. Durante todos estos años es feliz entre los niños y adolescentes. Con ellos pasaba muy a gusto su tiempo. El curso 1974-1975 lo pasa en la Procura de Misiones y del 1975-1977 trabaja con los aspirantes de Cambados. En todos estos sitios sembró el ideal misionero entre los niños. Muchos de ellos seguirían en comunicación con él durante varios años. Por fin aquel ideal de su primera profesión se vería cumplido y en carta del 4 de julio de 1977, D. Bernardo Tohill, le indicaría la Inspección del Paraguay como su nuevo campo de trabajo.

Y así marchó a Paraguay, con los indios “moros” ayoreos. Allí estuvo hasta 1986. “En una de sus cartas cuenta su estancia en Asunción y sus planes de volver unos días a la Misión antes de partir a un nuevo destino, la escuela que para los hijos de los hacheros había fundado Mons. Obelar en el interior del Chaco. Estas eran sus palabras: Mañana salgo para la Misión a ver y despedir a mis hermanos indígenas y a recoger mis cosas (claro, que no sé qué cosas)”. “La última temporada en Paraguay la pasó con el P. Martín, en Asunción, trabajando con los chicos de la calle hasta noviembre de 1990”.

En la casa inspectorial hay un buen número de cartas de esta “su época misionera”. Todas ellas rebosan: satisfacción, alegría misionera y salesiana, desbordante gratitud por la vocación recibida, por la que quiere felicitar a todos los hermanos que la comparten; gratitud a los superiores, la mitad de sus cartas son de acción de gracias, por el Boletín Informativo, por las noticias, por las limosnas, por el cariño; enorme cariño por aquella pobre gente, indígenas o hacheros, siempre habla bien de ellos, de su solidaridad y generosidad, de su ejemplar sencillez religiosa, de su vida sacrificada y pobre, de su paciencia ante tanta inundación y desgracia; desbordante confianza en la Providencia de Dios y gran devoción a María Auxiliadora, la tiene en sus labios, en su corazón, le reza el rosario, la invoca, le encomienda sus problemas, que de modo misterioso Ella resuelve...

En noviembre de 1990 vuelve a España. Su salud se resentía, pero no estaba muy decidida su incorporación a España. Permanece en la Procura de Misiones. Allí se le puede atender y además gran parte de sus hermanos están ahora en Madrid. Se opera de hernia de hiato. Su recuperación es lenta y dolorosa. En el curso 1991-1992 es destinado a Astudillo. Junto a su bondad, su gran piedad y el cariño de los niños del Centro, él manifestará la dificultad de acomodarse a una sociedad tan materialista, secular y satisfecha de cosas. Su sentido de Dios providente y cercano, no encajaba con la sociedad de consumo, cerrada en sí misma, quizá vacía, pero sin hambre de trascendencia.

Su celo misionero lo llevó a mantener entre los muchachos diversas actividades encaminadas a conocer y ayudar a las misiones: grupo misionero, rifas de objetos, sellos, revista Juventud Misionera, oración por misiones y misioneros. Con el grupo misioneros quiso fotografiarse cuando aquí estuvo la Exposición Misionera. Él mismo la explicaba con entusiasmo.

En mayo de 1992 sufrió un golpe en la cabeza; tuvo algún mareo y le sobrevino un fuerte dolor. Pensábamos que la causa fuera el golpe. Tras idas y venidas al hospital y después de varios análisis se diagnosticó la presencia de un tumor cerebral. En ese momento comenzó el verdadero calvario para Herminio.

Se lo traslada a Madrid en agosto de 1992 y es operado por primera vez en la Clínica de San Camilo, tras haberle diagnosticado un glioblastoma multiforme en el lóbulo occipital izquierdo. Se creía en su recuperación. Por ello se lo destinó a la Casa Inspectorial como asistente de los prenovicios. Fue una obediencia que no pudo cumplir, salvo en su corazón, pues la aceptó, con cariño, como todo.

En el mes de diciembre se le practica una segunda operación. La finalidad era calmar en lo posible sus agudos dolores. Tras largos meses de sufrimiento por su parte, y de delicados desvelos y atenciones constantes por parte de sus hermanos y de los salesianos de la Procura de las Misiones, muere el 9 de septiembre de 1993.

Herminio aceptaba el sufrimiento de su enfermedad por ser lo que Dios le pedía en ese momento concreto de su vida. Pero lo mismo que había luchado contra el sufrimiento de los indígenas,

intentaba ahora que los demás no sufrieran por él; por ello repetía: “No os preocupéis; estamos en las manos de Dios”.

Con la profesión religiosa había hecho total donación de su vida al Señor; su ida a misiones fue un momento de satisfacción. Desde la postración y enfermedad hacía las últimas entregas.

## 64. ALFONSO MILÁN GÓMEZ

Sacerdote.

Nacimiento, en Valoria del Alcor (Palencia) el 2 de agosto de 1927.

Profesión religiosa, en Carabanchel Alto (Madrid), 16-8-1943.

Ordenación sacerdotal, en Barcelona, 32-5-1952.

Defunción, en Ourense, 16-5-1994.

En el pueblo castellano de Valoria del Alcor nacía Alfonso el 2 de agosto de 1927. Hay en la cuna de Don Alfonso enorme cantidad de elementos reveladores, sin duda, de la profunda sensibilidad y de los más ricos sentimientos de un corazón: el de Rosa, su madre. Alfonso perdió a su padre a la edad de 6 años. Después de Alfonso nació Jesús. Al morir su padre había muerto ya una hermana. Rosa, con 42 años y viuda, se hacía cargo de siete hijos. Alfonso ocupaba el sexto lugar.

A los once años recién cumplidos salía para Astudillo. En 1942 entra en el noviciado en Carabanchel, tenía quince años recién cumplidos. El 1 de noviembre del 42, Don Modesto Bellido, Inspector, le imponía la sotana y el 16 de agosto de 1943, el mismo Inspector, recibía su primera profesión religiosa.

En Mohernando lo vemos durante los cursos 1943-1945 como estudiante de filosofía. El trienio lo pasó en A Coruña como maestro y asistente. En 1948 vuelve a Carabanchel para iniciar sus estudios de Teología y su preparación al sacerdocio. El 23 de junio de 1951 hace su profesión perpetua. Finalmente el día 31 de mayo de 1952, en el marco del Congreso Eucarístico de Barcelona, fue ordenado sacerdote.

Alfonso siempre tuvo ansias de saber, y de saber científicamente. Por ello, no es de extrañar que durante los cursos siguientes lo encontremos en Salamanca, compartiendo docencia y asistencia a los jóvenes, con su función de estudiante de Química en la Universidad. Por aquellas épocas se consideraba como privilegio el estudiar en la Universidad. Alfonso se vio obligado a renunciar a él cuando otras obligaciones de trabajo lo requerían. La salida inesperada de un competente profesor de ciencias, urgió una sustitución adecuada. Y así vemos a Alfonso durante el trienio del 1955 a 1958, en Santander como consejero.

Y en este juego de alternancias entre estudio y ministerio, del 1958 a 1960 le vemos en Valencia de nuevo como estudiante. Serán dos años que él dedica, en exclusiva, a su formación científica. El curso 1960-1961 lo pasará en Ourense, de nuevo como consejero. El verano del 61 es destinado a Zamora como Jefe de Estudios. La Fundación San José, estudiantes y artesanos, pasa a ser, ese año, Universidad Laboral. Necesita por ello hombres de ciencia y de prestigio. Y aparece el hombre de gobierno, de la organización. Con el hombre de orden aparece el profesor metódico, concienzudo, claro, enormemente claro, preocupado por hacer entender la asignatura, tratando de facilitar la tarea al alumno y por ello, incansable en la búsqueda de imágenes, símbolos, modelos y representaciones, que hicieran inteligible lo que no pasaba de ser un fenómeno microscópico, infinitesimal o una simple abstracción intelectual. Aparece también el orador. La maravillosa iglesia de la Laboral es un marco incomparable y las homilías, escritas, bien preparadas, con buena voz.

En el año 1968 es nombrado Director de la casa de León-Armunia, que se abre como casa de formación para aspirantes, tanto para clérigos, como para coadjutores. Al mismo tiempo, se pretende prestar un servicio al barrio. Terminado el trienio, pasa a la casa Inspectorial como Vicario

y Secretario Inspectorial, donde trata de sistematizar toda la información referida a los salesianos, datos familiares, aptencias de formación, estudios...

En 1973 vuelve a Zamora, ahora como Rector y Director de la Comunidad Don Bosco. Son años interesantes para la Universidad Laboral y para la Congregación Salesiana. Etapa que comienza con el inmediato posconcilio y termina con el posfranquismo y la democracia en España. Hay bastantes cambios en la organización, tanto de las comunidades salesianas (ahora hay dos: Don Bosco y Rey Fernando); como en el interior de los planes de estudios del mismo centro. Es la época de la eficacia, de las relaciones, pero también la de la purificación de la personalidad, del crecimiento, de la atención personalizada al joven y al hermano salesiano, de la amistad con el colaborador y de la atención al subordinado.

Sin embargo, el final de los setenta no son buenos tiempos para colaboraciones entre el Estado y las Instituciones Religiosas. La Congregación Salesiana, después de tantos años de buena gestión y envidiables resultados, no puede permitirse una salida forzosa. Con la elegancia de quien sabe que ha realizado ya su trabajo, dio el primer paso para denunciar el convenio. El 15 de Septiembre de 1980 los salesianos dejarían Zamora. En todo esto, Don Alfonso tuvo un papel importantísimo. Su prudencia y delicadeza fueron providenciales.

De nuevo vuelve a Ourense, ahora como vicario de la comunidad, encargado de cooperadores y de la atención a la Iglesia con culto público, por aquel entonces. Al año siguiente será nombrado Director y al mismo tiempo Consejero Inspectorial. Al finalizar el sexenio de Don Aureliano Laguna, Don Alfonso es nombrado Inspector. La Inspectoría está organizada y las obras, aparentemente, concluidas. Por eso sus años fueron, sobre todo, de consolidación de una obra emprendida, de sistematización, de doctrina.

El nuevo Avilés y Villamuniel comenzaban su andadura. En 1985, después de mil avatares, vio la luz la obra de Thiés (Senegal), largamente soñada. Como obra de colaboración, entre las tres Inspectorías, aparece el Centro de Estudios de Burgos, y quedan firmadas las escrituras de compraventa de la casa-colegio de Lugo. En su período se rescinden los convenios de colaboración con las entidades titulares de los colegios de Villagarcía de Arosa, Colegio de Huérfanos de Ferroviarios de León y Colegio de Niños del Naranco de Oviedo.

Se inició la labor de formación con el profesorado y con las Asociaciones de Padres. Su preocupación por la enseñanza y educación, lo llevó a implicarse concienzudamente en el estudio de la LODE y sus oportunidades pedagógicas, en el ideario de nuestros centros, en la lucha por la libertad de enseñanza.

Tras su sexenio de Inspector lo vemos de nuevo en el Centro Don Bosco como profesor. Confesaría que los alumnos de Formación Profesional casi acaban con su vocación de docente, y tuvo que volver a dejar salir al Milán del orden y de la disciplina, tras tantos intentos por dominar su carácter para que apareciera el padre, que siempre fue. Un año de paréntesis y sin responsabilidades de gobierno fue suficiente descanso; de nuevo vemos a Don Alfonso en Ourense como Director. Comenzaba el curso 1989-1990.

Ourense es una obra compleja y con muchas posibilidades. Una parroquia con vitalidad, un colegio grande con toda la problemática que supone poner en marcha la reforma, un centro juvenil con sus altibajos y un mundo de actividades y relaciones dentro de la acción de la Familia Salesiana en sus 75 años de existencia. Y Don Alfonso vuelve a su mundo de colegio. Él es enseñante por antonomasia. Le gusta dar clase y darla a COU. Y prepara el contenido y el método; hace

resúmenes una y otra vez para los alumnos. Don Alfonso prepara los proyectos curriculares y da charlas sobre la propuesta educativa en los centros escolares, y escribe, día a día, las “*Buenas Tardes*” que da a los alumnos, y es presidente de Educación y Gestión en Ourense, y debe garantizar la aceptación del carácter propio de las escuelas salesianas por los padres, y la identificación del profesorado con el proyecto y método educativo de Don Bosco, y... duerme poco. Y comienza a decir a los más íntimos que se cansa mucho.

Eran las seis de la tarde del 16 de mayo, el primer día de la Novena de M<sup>a</sup> Auxiliadora y puente académico previo a la festividad de las letras gallegas. No había, por tanto, chicos en el colegio: algunos adolescentes y niños, como siempre, jugando en el patio. Don Alfonso, precisamente, comentaba con otros salesianos algunos incidentes de los chicos. De repente, como asaltado de un fuerte dolor, dobló su cabeza y cayó en los brazos de su amigo y compañero Gregorio Crespo. Él mismo y su vicario, Eleuterio Lobato, le dieron la absolución y los auxilios espirituales, mientras otros trataban de reanimar su corazón. Un médico presente en el patio lo atendió. Todo inútil: Don Alfonso había fallecido.

La muerte de Don Alfonso conmocionó a todos, no sólo en ámbitos salesianos, sino que tuvo amplia repercusión en ambientes eclesiásticos, académicos y civiles de la sociedad de Ourense.

Como hombre, Don Alfonso fue honrado, persona responsable y trabajadora, como tal, exigente consigo mismo y con los demás. Como religioso, Don Alfonso era de una piedad sencilla y casi infantil, su fe tendía más a la práctica que a las grandes concepciones teológicas, amó a la Congregación y a la Inspectoría. Como profesor, le gustaba enseñar y enseñaba bien, ha sido maestro por su entrega en cuerpo y alma a los alumnos. Como hombre de gobierno, su carácter pudo dar en algunos prevenciones o miedos, pero al terminar su sexenio creo que se valoró adecuadamente su servicio ya que logró dulcificar su manera de ser y ofrecer en las visitas inspectoriales una visión positiva de la realidad animando a los hermanos.

Las preocupaciones fundamentales de Don Alfonso sacadas de sus cartas son: las vocaciones, el proyecto educativo, la comunidad como núcleo animador, la asimilación de las Constituciones renovadas, la vivencia del Centenario de la Muerte de Don Bosco, la Familia Salesiana, el proceso de creciente identificación vocacional, la calidad y autenticidad de la formación, la capacidad de animación de los Directores, la consolidación y ampliación de nuestras presencias en África., las posibilidades de la escuela tras la reforma de las enseñanzas...

Murió en pleno acto educador, en el patio: la cátedra por excelencia para todo salesiano. Entregó su vida en el trabajo, por ello, siguiendo el más genuino pensamiento de Don Bosco, diremos “que su muerte representa un día de gloria para la Congregación”.

## **65. VICTORINO VILA RODICIO**

Sacerdote.

Nacimiento, en Valverde (Ourense) el 28 de agosto de 1936.

Profesión religiosa, en Mohernando (Madrid), 16-8-1954.

Ordenación sacerdotal, en Salamanca, 1-3-1964.

Defunción, en Tambacounda (Senegal), 14-11-1994.

El día 14 de Noviembre de 1994, a caballo entre Tambacounda y Thiés, moría este salesiano misionero de la Inspectoría de León, en Senegal. ¿Primer fruto o primera semilla? Ambos términos son válidos pues es el fruto de años de maduración personal hasta llegar a esta ofrenda suprema y es la semilla trasplantada que florecerá en el corazón de quienes recibieron su fuerza.

Vitorino nació en Valverde, un pueblecito de Ourense, posiblemente bajo cierta influencia de Allariz de donde llegaban, entre otros, aromas de la presencia salesiana en la villa. Nació el 28 de agosto de 1936, y le pusieron el nombre de su padre; su madre se llamaba Carmen.

El 7 de octubre de 1946 recibía la Confirmación, como consta en el Registro parroquial de Santa María de Requejo. Su Bautismo había tenido lugar el día siguiente de su nacimiento: el 29 de agosto de 1936 en esta misma parroquia.

El 22 de Septiembre de 1949 entra en el Seminario Salesiano de Cambados (Pontevedra) precedido o a la par con el testimonio que ofrece de él el párroco de Santa María de Requejo: “su índole, talento y moralidad: excelentes; inclinaciones: excelentes; fama entre los demás: magnífica”

Hizo cuatro años de “aspirantado”, entre Cambados y Arévalo, según la costumbre de la época, y el 23 de Julio de 1953, escribía a su director: “...conociendo que la voluntad de Dios es que siga por el camino empezado, deseo ser admitido en el Santo Noviciado de Mohernando como novicio clérigo”.

Hoy diríamos que era la carta de un niño que hablaba también de la pena que le producía que tantos hombres vivieran en el error y las tinieblas y que quería “hacerles comprender la existencia de Dios y del alma”: por esto y por otras razones pedía ir al Noviciado y ser salesiano.

Y aquí lo encontramos, en Mohernando. También lo acompañaba el parecer de sus educadores: “buen comportamiento, buen carácter”: Al finalizar el año de Noviciado vuelve a escribir, esta vez a su Padre Maestro: “le ruego me permita emitir los votos temporales”: Es así como, el 16 de agosto de 1954, Vitorino, entra a formar parte de la Congregación Salesiana.

Han pasado tres años y nos encontramos en Guadalajara. Vitorino escribe una vez más a su director: “deseando permanecer siempre en la Congregación para mi bien espiritual y bien de otras almas, es mi intención renovar los votos”: Corría el año 1957.

Tres años más y Zamora acoge la profesión perpetua de Vitorino, el 7 de Agosto de 1960, tras su estancia en los colegios de Santander y Vigo-Hogar, donde habían transcurrido los años de su trienio práctico impartiendo clases.

Un nuevo período de estudios se abre para él en Carabanchel (Madrid) y, al año siguiente, en Salamanca, se trata de los cursos 1960-1961 al 1963-1964, y de los estudios de Teología para acceder al sacerdocio: “el día tan largamente soñado y esperado”: que expresa en su carta de petición. Este día será para él el 1 de marzo de 1964.

Recordando su primera Misa en el pueblo, pasados los años —el 24 de septiembre de 1994— escribe: “Me imagino estar dialogando con todos y me parece escuchar vuestras voces (se refiere a sus hermanos). Esto me ayuda a recordar el padrenuestro, avemaría y *gloria patri* que prometí rezar todos los días por la paz y concordia en la familia y en el mundo. Esto prometí al acabar la Misa en S. Ramón aquel 4 de septiembre y pedía a todos los asistentes que lo hiciesen en sus casas”.

Las casas de Zamora (1964-65) y Oviedo-Masaveu (1965-67) son las primeras que pueden beneficiarse de su recién estrenado sacerdocio y que, en los años siguientes (1967-69), tendrá que ejercitar con los soldados, en Madrid y Melilla, como capellán militar.

La casa de La Robla se beneficia de su labor de 1969 al 1973 y, al curso siguiente, es Oviedo-Naranco quien lo recibe como ecónomo, para pasar después a Avilés, donde le encontramos como Director en los años 1974-1977.

Otras casas contaron con su contribución en espacios cortos de tiempo como Villagarcía (1970-80), A Coruña-Calvo Sotelo (1980-81), Oviedo-Naranco (1982-83), A Coruña-Calvo Sotelo (1983-85), Villamuriel (1985-86), pero ya en el 1981 se había iniciado el camino de su destino, que sería el último, cuando pasó un curso en París, para perfeccionar el francés —el interés por las lenguas también formó parte de sus inquietudes— y poder ir al Senegal.

Corría el año 1986 cuando Vitorino inicia “una nueva aventura” y que, para él, será definitiva: Senegal.

Durante 6 años trabaja en Thiés y de él dice quien fue su director en este tiempo: “Vitorino era un hombre de Dios. Un religioso y un sacerdote de cuerpo entero. Profundamente humano, hasta la ternura, y dotado de un sentido de Dios y de lo sobrenatural, que se transparentaba en su vida.

Tenía un carácter bondadoso y conciliador, que ponía al servicio de los hermanos de la Comunidad. Mantenía siempre el equilibrio emocional y la calma; creo que nunca le oí una palabra mal sonante o una subida de tono. Sólo se impacientaba un poco ante la mentira, la ambigüedad o la falta de honradez, viniera de quien viniera...

Su opción misionera... “la hizo con un hondo sentido sobrenatural: quería salir de la rutina, a veces forzada, a que nos somete la sociedad occidental”.

Se le veía feliz en medio de sus gentes humildes, en medio de esos niños que salían, numerosos como las arenas del mar, al encuentro del coche...”.

Varias facetas más resalta quien compartió en la comunidad su vida de los últimos seis años: “como educador fue siempre ejemplar”; “deportista atlético y bien dotado; “sobre todo destacaba, y nos llamaba la atención, su fuerza atlética, su gran participación en los juegos de los recreos y las competiciones deportivas”; “la música fue otra de las facetas que supo explotar y poner al servicio de la pastoral con los jóvenes”, “hombre austero y sencillo”; y, entre tantas facetas, una que todos los que lo conocían le atribuyen: su capacidad de relación con los demás que le hacía tener innumerables amigos y que le permitía entablar una relación cordial y como sin esfuerzo con cualquiera que se encontrara con él.

Siempre, de los que se van, nos quedan los mejores recuerdos. Descanse en paz este hermano que, también tuvo sus limitaciones, ¿cómo no?, pero en quien podemos también afirmar que se han cumplido las palabras de D. Bosco, hablando a los primeros misioneros: Cuando suceda que un salesiano sucumba y deje de vivir trabajando por las almas, entonces diréis que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo”.

A los que lo conocísteis y a los que, de algún modo, lo hacéis por estas letras os pedimos una oración ante el Señor no sólo por él sino también por esta comunidad que siente como nadie su pérdida pero que vive en la esperanza prometida a la fe que profesamos.

## 66. MATÍAS ANTOLÍN GUIJAS

Coadjutor.

Nacimiento, en Hornillos de Cerrato (Palencia) el 24 de febrero de 1937.

Profesión religiosa, en Astudillo (Madrid), 16-8-1958.

Defunción, en León, 15-11-1995.

Matías nació en Hornillos de Cerrato (Palencia), el 24 de febrero de 1937, recibió su nombre del santo del día. Sus padres fueron Severina y José, matrimonio modesto y trabajador, que vivía del jornal que ganaba el cabeza de familia. Nacieron de él nueve hijos, entre los que Matías era el más pequeño. No fueron fáciles ni alegres aquellos años para la familia Antolín-Guijas, pues el Padre murió en los tristes días de la guerra civil, el 14 de octubre de 1936. En estas circunstancias, fue la madre quien se tuvo que hacer cargo de llevar adelante una familia tan numerosa y de tan corta edad.

Hizo la Primera comunión a los siete años, y debió ser, más o menos, por esa misma edad cuando tuvo por primera vez noticia de Don Bosco y de los Salesianos, mediante un salesiano argentino que pasó por el pueblo un domingo.

Llevaba dos años trabajando, cuando, un domingo de la primavera de 1953, los chicos de la fábrica debían jugar un partido de fútbol en el colegio salesiano de Astudillo (Palencia). Antes del partido oyeron todos misa en la iglesia del colegio. En ella Matías reconoció las imágenes de María Auxiliadora y de Don Bosco por las estampas que años atrás le diera aquel salesiano de Argentina. Parece que los mozos de Hornillos perdieron el partido, pero Matías ganó su vocación. Habló con el director del colegio, D. Rosendo González, que se puso al habla a su vez con el párroco y con su madre. En Septiembre, a sus 16 años, volvía a Astudillo para empezar su aspirantado, que terminaría en Arévalo (Avila).

En 1957, nuestra inspectoría estrenaba su propio noviciado en Astudillo. Matías perteneció a esa primera hornada de novicios de la inspectoría de Santiago el Mayor y fue uno de los primeros profesos en ella. Las cosas fueron deprisa para Matías. Aquel mismo día, durante la sobremesa de la fiesta de las Profesiones, recibió del Sr. Inspector su primera obediencia que lo enviaba a la casa de Ourense “como maestro y asistente” y el día 18 del mismo mes de agosto estaba dando clases “a los suspensos de Ingreso”.

Nueve años permaneció en el colegio de Ourense encargado de las Elementales y dando clases a los niños de ingreso. Años importantes para su vida salesiana, años en que su vocación fue consolidándose. Fue haciendo “por libre” la carrera de Magisterio, sin que esto le distrajera de su trabajo en el colegio. En Septiembre de 1967, lo encontramos en la Universidad Laboral de Zamora, en la Comunidad del “Rey Fernando”, como “asistente y educador”.

El Concilio Vaticano II, recién terminado, iba produciendo cambios. Nuevas formas de apostolado se iban abriendo paso en la Iglesia. También en los modestos ambientes de nuestros colegios se experimentaban nuevos caminos. Las “Compañías” fueron sustituidas por grupos de catequesis o de acción apostólica menos numerosa y más personalizada. Matías participó en estos movimientos.

Sólo dos años estuvo en Zamora. La obediencia le exigió un nuevo traslado, esta vez a Avilés-Llaranes, donde permaneció ocho años. En este colegio llevó a cabo una gran actividad, no sólo

escolar, como maestro, sino metido de lleno en labores formativas de diverso tipo, entre ellas las deportivas, de las que era un gran entusiasta.

Una vez más, el Inspector pensó para él un nuevo destino. En septiembre de 1978, llegó a León, al “Centro Don Bosco”. Han sido 17 años de actividad escolar y apostólica. Matías siempre dio la impresión de encontrarse a gusto entre los hermanos de la Comunidad y con el trabajo que realizaba. Preparaba minuciosamente las materias que impartía; se hizo cargo de la Sala de Juegos; ayudaba en la labor de asistencia al Coordinador de la residencia de internos; estaba siempre pronto para echar una mano al Encargado de Deportes.

Conservamos algunos de sus “Buenos Días”, los que daba por turno a todos los alumnos del colegio. Se ve en ellos, además de una meticulosa preparación, una intención docente y apostólica explícita. Consideraba este corto acto como un importante medio para llegar al corazón y al alma de nuestros muchachos, tentados por tantas invitaciones contrarias a lo que debe ser su formación humana y cristiana.

Cuando en el curso 1990-1991 tomó a su cargo la Asociación de los AA. AA. lo hizo con generosidad, no reparando en la escasa respuesta que, a veces, obtenía. Fueron cinco años llenos de iniciativas para hacer una asociación viva. Para ellos ideó y creó la revista trimestral “Don Bosco en León”. Con ella procuraba mantener a los AA. AA. en contacto con el colegio, cuidando especialmente el editorial, a través del cual les enviaba un claro mensaje cristiano.

El 20 de enero de 1986, es internado en la Clínica San Francisco, debido a un fuerte infarto. Volvió a la comunidad el 8 de febrero. Fue como un primer aviso serio, del que se repuso y pudo volver a sus ocupaciones. Pero, apenas dos años después, el 9 de mayo de 1988, ingresa de nuevo en la Clínica para ser intervenido quirúrgicamente. Tiene en un intestino un pequeño estrangulamiento. Parecía que se reponía satisfactoriamente. De hecho, iba a ser dado de alta, pero al toser, se le descosió toda la herida y tuvo que permanecer en la clínica.

Los nuevos análisis le detectaron un cáncer de colon. Para Matías empezó una nueva vida de cuidados y de lucha contra la enfermedad, frente a la que nunca se rindió. Yo creo que incluso pensó en algún momento que la había vencido, porque también esta vez se sobrepuso y volvió a ser el Matías de siempre. Volvió a sus clases, al internado...

Tenía periódicamente controles médicos, pero venía siempre optimista de ellos comunicando a la comunidad lo que los médicos le habían dicho. La vida había tomado para Matías el ritmo de siempre. Su pasada enfermedad empezaba a ser sólo un recuerdo.

Pero al principio del curso 1994-1995 empezó de nuevo a sentir molestias y las consultas médicas se hicieron continuas. Hubo que liberarlo de las clases. Fue intervenido el 23 de febrero, pero, en realidad no hubo tal operación. No se pudo hacer nada. Empezaba una lucha entre su enfermedad y sus deseos de vivir. Todavía tuvo ánimo y fuerzas para organizar una peregrinación a Fátima con los AA. AA. Se obstinó en ir. Tal vez, esperaba allí el milagro de su curación. Lo cierto es que pasó el resto del curso y todo el verano sin apenas dolencias, con una alegría que hacía muchos meses que no experimentaba. Hasta se decidió, en agosto, a ir a Hornillos, su pueblo.

Cuando volvió a la comunidad venía con un entusiasmo renovado, dispuesto a retomar las ocupaciones que por la operación de febrero y su convalecencia se había visto en la necesidad de interrumpir. Fueron los últimos momentos que pudo estar en contacto con sus alumnos, pues, casi inmediatamente después, se reanudaron las molestias.

El 7 de este mismo mes de septiembre, hubo que internarlo para hacerle un lavado de estómago. Fue un duro golpe para Matías que se creía en vías de la recuperación definitiva. Aun así, el día 14 estaba de nuevo en comunidad. Eran días de reuniones para la programación del curso 1995-1996. A todas asistió, haciendo a veces grandes esfuerzos. Notaba que le iban poco a poco faltando las fuerzas.

El 5 de octubre, día no lectivo en León por ser San Froilán, patrono de la ciudad, se sintió repentinamente mal. Un sudor frío que le hacía temblar lo obligó a recogerse en el lecho. No quiso ser internado. Quería estar con nosotros, con los hermanos de comunidad. Desde ese día ya no pudo hacer vida comunitaria. Pasó algunos días tranquilos, sin apenas dolores, en los que se levantaba hasta la mesa o pasaba largos ratos mirando por la ventana. En esos momentos lo veíamos rezar, escribir o simplemente contemplar con una sonrisa triste el movimiento de los chicos en el recreo.

El día 20 recibió el sacramento de la Unción de los enfermos. Era viernes y no teníamos clase más que por la mañana. Al terminar éstas, se reunieron en la capilla de la comunidad los salesianos y salesianas de las comunidades de León y varios profesores del colegio. El solo hecho de ver de nuevo a Matías en su lugar acostumbrado llenó de emoción a quienes allí estaban.

Pasó todavía algunos días tranquilos, pero debilitándose un poco más cada día. El 13 de noviembre se quejó de muy fuertes dolores en la pierna derecha y poco más tarde dijo que no veía. Entendíamos que esto último era por su extrema debilidad. En la Clínica el médico que lo atendió en el primer momento dijo que aunque no era inminente, el proceso era ya irreversible.

Recitaba jaculatorias y decía frases que no siempre entendíamos, salvo que pronunciaba constantemente la palabra *Dios*. Por la noche, todos los hermanos de la comunidad fueron pasando por su habitación. Esa noche, lo mismo que todo el día siguiente, la pasó con fuertes dolores, sintiéndose mal en cualquier postura. De vez en cuando, se le oía invocar a María Auxiliadora. Por la tarde del día 14, a eso de las 16.30 h., el director le dio de nuevo la Unción de los Enfermos. Estaba consciente y seguía con los ojos el desarrollo del rito. Poco después entró en coma. Algunos alumnos y profesores fueron pasando por su habitación. Era ya entonces su respiración lenta y fatigosa. Con la convicción de que sería su último adiós, los hermanos de la comunidad pasaron de nuevo por la clínica, pero Matías ya no se dio cuenta. Se quedaron para acompañarlo por la noche en su habitación el administrador y, como siempre, su hermana Rosi. De madrugada, eran poco más de las 5.00 h., llamó el administrador a la comunidad, su noticia era: “Matías ha muerto”.

## **67. VICENTE LINARES SANZ**

Sacerdote.

Nacimiento, en Torre de Peñafiel (Valladolid) el 22 de enero de 1904.

Profesión religiosa, en Carabanchel (Madrid), 23-8-1925.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel, 15-6-1935.

Defunción, en León, 24-11-1995.

D. Vicente Linares nace en Torre de Peñafiel (Valladolid) el 22 de Enero de 1904. Contaba él que, en el pueblo, había tres familias que lo tenían todo y el resto de las familias vivía a jornal. Sus padres se llamaban Rufino y Jesusa.

Entre los 7 y los 9 años, según cuenta él, sintió por primera vez la vocación religiosa. En este nacimiento vocacional tienen buena parte el párroco de su pueblo, D. Feliciano Valle, amigo personal de D. Marcelino Olaechea, y la maestra Dña. Feliciano que se preocupaba mucho por él y que, en su momento de muerte, nos cuenta D. Vicente, “clavó en mí los ojos”, hecho que lo impresionó considerablemente. No sabemos si también Domingo Savio, de quien había una estatua en la iglesia del pueblo, tendría algo que ver con su vocación. Su devoción a este santo salesiano fue manifiesta a lo largo de su vida.

De pequeño, D. Vicente, era aficionado al tema religioso: además de monaguillo, que le llevaba a la participación diaria en la Eucaristía, le gustaba hacer altares y procesiones en su casa. Era también un gran amante del estudio, para lo que no siempre tenía tranquilidad en casa, lo que le obligaba a encerrarse en su cuarto para que no le molestase su hermana. En septiembre de 1918 muere su padre a causa de la gripe dejando seis hijos huérfanos, el mayor de los cuales era Vicente. Al día siguiente del padre, muere la abuela.

A los 14 años, por lo tanto, Vicente tiene que encargarse de la labranza, con la oposición del padrino y otros familiares a que fuera al aspirantado por razones fácilmente comprensibles para la familia. Pero un día, estando segando con su madre y finalizando ya el tiempo de la siega, tira la hoz y decide ir al aspirantado. Los preparativos se realizan entre el 15 de agosto y el 29 de septiembre.

El día 29 de septiembre de 1920 se dirigía, en tren, a Madrid para iniciar el aspirantado. Era la primera vez que veía el tren. Sus primeros pasos en ambiente salesiano los da en Carabanchel donde, además de prepararse en los estudios, ayuda a los coadjutores. Su primer profesor de latín fue D. León Cartosio.

En esta época conoce a D. Binelli, a la sazón Inspector, quien lo trató con especial afecto. Recordando este primer encuentro en la portería del colegio y tras recibir la bendición de María Auxiliadora de manos de D. Binelli, dirá más tarde: “Yo sentí algo especial en mí y una alegría especial”. En su vida siempre estará presente este hecho que le hará sentir un especial afecto por María Auxiliadora así como por la influencia de D. Binelli a la que atribuirá, más tarde, el haber superado dificultades que, en su momento, le parecían importantes.

La vida de familia en el colegio, las fiestas, los teatros, fueron calando en D. Vicente hasta hacerle tomar definitivamente, en Ejercicios Espirituales, la decisión de ser salesiano.

El 1921 lo encontramos en Campello haciendo primero de latín que, al parecer, no le es nada fácil, al inicio, pero se va recuperando. En 1922 se dividen las Inspectorías de Barcelona y Madrid, lo que perjudica no poco a los aspirantes que pierden la continuidad de los estudios. En efecto, tercer curso de latín, lo hace, en parte, durante el verano, en Carabanchel, a la vez que ayuda transportando ladrillos para la construcción del pabellón del Sagrado Corazón. En septiembre debe marchar a Béjar, para continuar los estudios del aspirantado. Sin finalizar cuarto de latín, lo encontramos de nuevo en Carabanchel pero esta vez para hacer el Noviciado; era el primer Noviciado de la Inspectoría Céltica. D. Marcelino Olaechea era el Director, el Padre Maestro era D. Antonio Castilla y el Catequista, D. Antonio Martín, “*todo corazón*”, según D. Vicente. El 23 de agosto de 1925 hacía su primera profesión religiosa.

Director del Filosofado, también en Carabanchel, era D. Bataini, cuando D. Vicente, finalizado el Noviciado empieza esta etapa de su vida. Todo se estudiaba en latín, pero eran las matemáticas y la geometría las que traían a los estudiantes a mal traer; no es de extrañar, pues, el aplauso que dieron a D. Bataini cuando decidió suprimir estas asignaturas.

Santander, durante un verano, y Atocha son las primeras casas que van a recibir al joven salesiano que finaliza sus estudios de Filosofía pero que es un novato en las clases, la disciplina y otras artes que, como profesor, deberá ir desarrollando en adelante. Los dos años de Atocha se prolongan dos años más en Estrecho (no había entonces mucho personal), así entra en contacto con salesianos como D. Agustín Benito, D. César Azpeleta, D. Eduardo Gancedo... a quienes cita con admiración en sus recuerdos.

El 6 de Enero de 1931 hacía D. Vicente su profesión perpetua en Mohernando (Guadalajara). Finalizado su trienio, o mejor, su cuatrienio, comienza el estudio de la Teología en Carabanchel, donde recibirá el Ministerio Sacerdotal el 15 de junio de 1935.

Distintas casas han sido testigos del modo de ser y de trabajar de D. Vicente. San Benito (Salamanca) donde da clases y desempeña el cargo de catequista y consejero. Recuerda, de este tiempo, la vitalidad de los Círculos de Domingo Savio, verdaderos semilleros de AA. Alumnos así como las actividades organizadas para los chicos todos los domingos: cine o teatro, a perra gorda, al que acudían tantos chicos de Salamanca.

Baracaldo lo ve como catequista; también aquí resalta el amor de los AA. Alumnos por María Auxiliadora y la preocupación vocacional de los Círculos de Domingo Savio. Astudillo lo recibe como director, animado por D. Modesto Bellido para desempeñar este cargo; también debe hacer de catequista y consejero. Tres años después de llegar D. Vicente como director, los aspirantes de Astudillo pasan a Arévalo quedando en Astudillo solamente el primer curso.

Arévalo lo tiene como confesor y profesor durante un año. A instancias de D. Modesto Bellido, acepta desempeñar el cargo de Encargado del Pazo de Lóngora (3 años). Cambados, será, con todo, la gran referencia de su vida. Veintidós años trabajó en esta casa, desempeñando su labor callada y eficiente como confesor de la comunidad y de los jóvenes aspirantes y ayudando con generosidad a los párrocos de los pueblos de alrededor. Estando en esta casa, el 15 de Junio de 1960, celebra D. Vicente sus Bodas de Plata sacerdotales.

En 1977 es destinado a Valladolid como confesor y aquí permanecerá hasta 1994. Si algo hay que resaltar de su estancia en Valladolid es la sencillez de la vida ordinaria, cuajada, por otra parte, de

anécdotas simpáticas que manifiestan una perdonable picardía.

Apoteósica debió de ser la fiesta que le hicieron con motivo de sus Bodas de Oro sacerdotales pues, dicen las crónicas, que duraron tres días: partido (pasado por agua) en su honor el viernes, fiesta comunitaria el sábado y fiesta parroquial el domingo.

El 1994 pasa, a petición propia, a la Casa Inspectorial que lo recibe con los brazos abiertos pero de la que apenas puede gozar un tiempo porque empieza pronto a perder el sentido del lugar y de las cosas hasta quedar postrado en cama definitivamente varios meses antes de su fallecimiento.

Si algo parece haber caracterizado a D. Vicente, para la mayoría de los salesianos actuales, ha sido la bondad de carácter y la sencillez, no exenta de una especial sabiduría, si podemos llamarla así, que le llevaba a decir lo justo para responder a una interpelación cualquiera dejando una puerta a la reflexión posterior o al interrogante de qué habría querido decir. Tal vez se trate de un saber que no se le admitiría al joven pero que no sólo se acepta sino que manifiesta la experiencia vital del anciano.

También para la mayoría de los salesianos actuales, D. Vicente, ha sido el “salesiano jardinero”, permítasenos la expresión; pero, como él mismo recordaba a los chicos que lo homenajeban con motivo de sus Bodas de Oro, celebradas también en Cambados,: “es cierto que el amor a la naturaleza ha hecho de mí un eterno jardinero. Pero prefiero el título de ‘jardinero de la vida y jardinero del Señor’”.

El día 24 de Noviembre, cuando los salesianos estábamos conmovidos por la muerte, pocas horas antes, de Francisco López, salesiano coadjutor, D. Vicente “pretendió” marcharse, aprovechando el momento, sin que nadie nos diéramos cuenta. Llevaba diez meses imposibilitado en la cama, transparentaba, también este día, una gran serenidad, había desayunado con normalidad pero cuando Fernando Nieto, que lo atendió asiduamente durante este tiempo, pasó a hacerle una última visita mañanera antes de ir a un cursillo, un infarto estaba apagando la vida de D. Vicente. Acompañado por la comunidad y el médico al que se había avisado, nos decía adiós, sin palabras, en menos de una hora desde que empezó a sentirse mal. Eran las 10.35 h. del 24 de noviembre de 1995.

## 68. FRANCISCO LÓPEZ LÓPEZ

Coadjutor.

Nacimiento, en Castrillo de la Valduerna (León) el 1 de junio de 1933.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1954.

Defunción, en Oviedo, 24-11-1995.

Francisco López había nacido en Castrillo de la Valduerna, pueblo situado en la provincia de León, el día 1 de Junio de 1933, del matrimonio formado por Enrique y María, siendo el menor de cuatro hermanos. A los diez días recibió las aguas del sacramento del Bautismo de manos de D. José de Paz Cavero, que entonces regía la parroquia del pueblo, perteneciente a la diócesis de Astorga.

La niñez y parte de la juventud de Paco discurre en tierra leonesa. A los 18 años, con motivo de unas “misiones populares”, descubrió con más claridad la llamada del Señor a la vida religiosa. El contacto con algunos salesianos de la zona durante el verano de 1952 le decidió a experimentar la vida de los Hijos de D. Bosco. El 1 de Septiembre de ese mismo año, ingresa como aspirante en la casa de Mohernando (Guadalajara). Hace el noviciado, allí mismo, durante el curso 53-54, siendo padre maestro D. José Arce, y emite la primera profesión religiosa el 16 de Agosto de 1954. La profesión perpetua la hará al finalizar los ejercicios espirituales en Santander, el 16 de Julio de 1959, ante D. Emilio Corrales, entonces Inspector.

Su actividad salesiana la fue desarrollando en variadas ocupaciones: responsable de despensa y de cocina, asistente, auxiliar de administración, administrador., en diversas casas de la Inspectoría: Cambados (1954-1956), A Coruña-Calvo Sotelo (1956-1962), Allariz (1962-1966), Vigo-San Roque (1966-1972), Zamora (1972-1973), Oviedo-Naranco (1973-1982), Santiago de Compostela (1982-1983), A Coruña-Calvo Sotelo (1983-1990), León-Centro D. Bosco (1990-1993), Vigo-San Roque (1993-1994), León-Casa Inspectorial (1994-1995). Había llegado a la casa de la Fundación Masaveu de Oviedo en los primeros días de Septiembre de 1995.

En el Boletín Inspectorial, José M. Hernández resume con precisas y afectuosas pinceladas la estancia de Paco entre nosotros: “Sus hechos grandes o pequeños no cumple que los alabe, pues todos saben cuáles fueron. Aquí apenas tuvo ocasión de ejercitar sus habilidades y de aleccionarnos con sus virtudes por la brevedad de su permanencia, por el tiempo empleado en visitas médicas, en análisis clínicos e internamientos hospitalarios. Pero su breve estancia entre nosotros nos permitió apreciar el deseo entusiasta de cumplir bien su cometido, de sorprendernos con alguna exquisitez culinaria o repostería cuyas fórmulas sólo él conocía y se reservaba, de edificarnos con su presencia prolongada y recogida en la capilla al declinar la jornada, de alegrar nuestras sobremesas con historietas chispeantes, con chistes antiguos, remozados con su gracioso ingenio. Nos dejó unos canarios, cuyo alegre alboroto nos recuerda, a cada instante, a su asiduo cuidador, el buen Paco, que se nos fue inesperadamente, sin causar molestias, en silencio. Estrenó en esta comunidad un modo ejemplar de cruzar la puerta para encontrar lo que siempre esperó”.

Uno de los salesianos que más convivió con Paco fue D. Emilio Cabanelas, como compañero de noviciado y como director en A Coruña. Escribe en la revista del Colegio Calvo Sotelo: “Desde que conocí a Paco, el año 1953, en Mohernando, hasta que lo vi y saludé por última vez, pocos días antes de su fallecimiento, he tenido la impresión de encontrar en él una persona tan cercana que bien se le podía considerar como hecho a la medida de todos. Las dotes que más he apreciado en él han sido el sentido del humor y hacer reír con sus ocurrencias o chistes. Esta habilidad suya, en momentos y de forma espontánea, lo han hecho tan cercano y popular que hacía de él un amigo, recordado y querido por muchos. Junto con el chiste ocurrente había que añadir sus cualidades para el arte teatral. En la mente de los que lo conocen se entremezclan su afición por las representaciones escénicas, como plataforma de sano esparcimiento y eficaz recurso educativo”.

“En su faceta humana y salesiana, continúa D. Emilio, destacaría su actitud de servicio. Lo mismo se le veía metido en actividades de cocina, despensa, bar colegial y sala de juegos, como presidiendo una reunión de jóvenes o antiguos alumnos. Se le sorprendía dando de comer cariñosamente a los pájaros, como cuidando con esmero las plantas y las flores”.

“Si desentrañáramos su condición de religioso salesiano, quedaríamos sorprendidos por su genuina identificación con los polos que más definen a un hijo de D. Bosco: Paco, desde siempre, ha sido un enamorado de María Auxiliadora y de D. Bosco. Devoción filial que exteriorizaba en sus vivencias personales, en sus fiestas y en la difusión de sus imágenes y calendarios”.

Y otro salesiano que convivió también con Paco, D. Emilio Mata, añade sobre su devoción mariana: “El rosario era como una herramienta en sus manos en las horas libres de la tarde. Se le veía, ya paseando, ya recogido en la capilla, con la corona entre los dedos, desgranando avemarías. Uno de los buenos recuerdos que guardaba el personal de cocina y servicios del Colegio del Naranco, era que Paco muchos días, al caer de la tarde, cuando ya la cena estaba preparada, rezaba con ellos el Santo Rosario, y todos los 24 de mes los invitaba a participar con la Familia Salesiana en la conmemoración de María Auxiliadora”.

Otra de las facetas que se destacan en Paco fue su preocupación por los Antiguos Alumnos. Las Asociaciones de Oviedo-Naranco y de A Coruña-Calvo Sotelo apreciaron su creatividad y su tesón en los años que desempeñó el cargo de Consiliario. E. Cabanelas dice en su escrito: “Mantener relaciones con muchos antiguos alumnos de forma estable, pese a la distancia y el tiempo, constituía para él una obligación y una ocasión de oro para la añoranza y, sobre todo, para recuperar vivencias humanas y cristianas, quizá algo olvidadas”.

En el funeral y en el entierro fue notoria la presencia de numerosos antiguos alumnos llegados, incluso, desde otras provincias.

Al terminar este sencillo recuerdo de nuestro hermano, tenemos presentes aquellas palabras de nuestras Constituciones: “Cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo”.

El recuerdo y el testimonio de nuestros hermanos nos deben ayudar a vivir la fidelidad de nuestra vocación cristiana y salesiana.

## 69. AGUSTÍN BENITO PÉREZ

Sacerdote.

Nacimiento, en Forfoleda (Salamanca) el 3 de julio de 1906.

Profesión religiosa, en Carabanchel (Madrid), 25-7-1925.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel, 17-6-1934.

Defunción, en León, 6-3-1996.

En el año 1906, 3 de Julio, nacía D. Agustín Benito Pérez, en Forfoleda (Salamanca), segundo de seis hermanos, hijo de Juan José y Gertrudis. No sabemos si la infancia de Agustín estuvo marcada por la presencia en la familia de otros sacerdotes o religiosos, sí sabemos que la familia de Don Agustín contaba con dos miembros sacerdotes y tres en casas de formación o seminarios cuando él respondía a la ficha personal que hacían los salesianos con motivo del Capítulo General Especial de 1971.

En el año 1920 ingresa en el colegio de Campello, para iniciar el aspirantado a la vida salesiana y en el 1923 sigue esta misma etapa de su formación en Béjar.

El Noviciado lo hace en Carabanchel (Madrid), el curso 1924-25, donde hace su primera profesión religiosa el día 25 de julio de 1925, continuando posteriormente con los estudios de Filosofía, en el mismo sitio, desde 1925 al 1927.

De 1927 a 1930 lo pasa en Salamanca haciendo de maestro y asistente que era el cargo con que se mandaba entonces a los “clérigos” a las casas antes de iniciar el estudio de la Teología.

El curso 1930-31 lo encontramos de nuevo, según consta en su ficha, en Campello, pero esta vez iniciando el estudio de la Teología. De aquí pasará el curso siguiente a Carabanchel para seguir los estudios de Teología hasta el sacerdocio.

No nos constan las fechas exactas de algunos de sus hitos de vida religiosa o de su proceso al sacerdocio: el 14 de Septiembre de 1930 hace su profesión perpetua en Carabanchel, en 1931 recibe las órdenes menores del Ostiariado y Lectorado, en 1932 las de Exorcistado y Acolitado, en 1933 el Subdiaconado y, en el mismo año, la del Diaconado, y el 17 de junio de 1934 es ordenado Sacerdote. Todos estos acontecimientos tuvieron lugar en Carabanchel donde estaba ubicado el estudiantado teológico salesiano.

Como para tantos salesianos de entonces, la guerra civil española marca un paréntesis del que, de muchos, apenas contamos con noticias. D. Agustín parece que pasó parte, por lo menos, de este período en Salamanca; así lo atestigua alguno de sus alumnos. El 1939 nos encontramos a D. Agustín en Madrid (Estrecho), como estudiante universitario para sacar la licenciatura en Letras, título que le expiden el 2 de Diciembre de 1944. Contaba ya por entonces con el título de Maestro expedido el 23 de Julio de 1935, en plena República, y por tanto con el encabezamiento de quien lo expedía que era el Presidente de la República. Llama la atención que dicho título se expide desde la Normal de Zamora, donde los salesianos entonces no tenían ninguna obra. ¿Se examinó D. Agustín allí residiendo en Salamanca?

En el curso 1944-45 se encuentra D. Agustín en Santander, con el cargo de “catequista”, como entonces se denominaba a los coordinadores de la pastoral colegial. Por supuesto que el otro trabajo fundamental que ocuparía su tiempo sería el de profesor.

Del año 1945 al 1953 es A Coruña, la ciudad que va a beneficiarse del trabajo de este salesiano activo constantemente hasta por constitución. Su primera etapa en A Coruña la pasa como “consejero” o encargado de disciplina y estudios (1945-47) y la segunda como Director del colegio

(1947-53).

De A Coruña pasa a Santander, también como Director y en este cargo estará durante seis años para volver de nuevo a A Coruña, un año más de Director, antes de ser elegido Inspector para la Inspectoría de Córdoba.

En el libro “La Familia Salesiana en Córdoba” se describe así su llegada a esta Inspectoría: “El 17 de Septiembre de 1960 tomaba posesión de su cargo el nuevo Inspector-Provincial de la Inspectoría de Sto. Domingo Savio, Don Agustín Benito. Procedía de A Coruña donde ejercía cargo de Director. Unos días antes había llegado a Andalucía y para ambientarse, paró en Úbeda donde se entrevistó con Don José M<sup>a</sup> Doblado (anterior Inspector); siguió después a Sevilla, y acompañado por Don José Ruiz Olmo, llegó a Córdoba. Aquí lo esperaban todos los Directores de los colegios, con excepción de Canarias por la distancia. También estaban presentes algunos miembros de la Junta de Antiguos Alumnos, regional y local, presididos por el Presidente Regional Don Antonio García de la Cruz.”

Más adelante, tras presentar una breve síntesis de la trayectoria salesiana de D. Agustín, sigue D. José Díaz Cotán, autor del libro: “El cambio era evidentemente un poco brusco. Él no había estado antes nunca en Andalucía. Lógico que ciertos tópicos y algún que otro prejuicio de “Despeñaperros para arriba; anidaran momentáneamente en su cabeza. Pero supo inmediatamente liberarse de este lastre inútil y cuando llegó a conocer más profundamente el carácter andaluz, se le abría literalmente la boca, escuchando embelesado, en momentos de asueto, las ocurrencias de los que lograron intimar algo con él”.

La labor de Don Agustín en la Inspectoría de Córdoba fue intensa y fructífera resaltando sobre todo por las fundaciones de las casas de Pedro Abad, Palma del Río y el Seminario Filosófico de Priego que era “su sueño dorado”. Pero, aparte de las fundaciones, resaltan los que jalonan esta etapa de su vida el florecimiento vocacional que entonces se llevó a cabo en la Inspectoría y el entusiasmo del nuevo Inspector por favorecer la cualificación del personal salesiano que se esmeraba en la obtención de títulos eclesiásticos y civiles.

De Inspector de Córdoba, vuelve, como Director, a A Coruña, para pasar, en esta ciudad, tres años más, dando lo mejor de sí y de su entusiasmo salesiano.

1969-72, Zamora. Funcionaban entonces en Zamora dos comunidades distintas aunque la obra era común por cuanto se trataba de la Universidad Laboral. Una comunidad atendía a la primitiva Universidad, llamada en este momento por salesianos y alumnos “La Juana” y la otra comunidad atendía al “Rey Fernando”, también llamado “La Grillera”, posiblemente por el tiempo en que estuvo construido solamente el armazón y semejar una jaula para grillos, y donde se cursaban estudios de Bachillerato a la sazón. Como Director de esta última comunidad estuvo D. Agustín Benito el 1969.

A Coruña, y parece ya casi una fijación, es de nuevo escenario y testigo de la actividad de D. Agustín, sin el cargo y la carga de Director que había llevado en esta ciudad durante diez años, pero sí como profesor durante dos años más, hasta el 1974.

A partir de este momento los años y los lugares parece que pasan con más rapidez y así lo encontramos en Medina del Campo (1974), León-CHF (1975), Salamanca- Teologado (1976), Zamora-Rey Fernando (1977-80), León-CHF (1980-84), Ourense (1984), Villamuriel (1985), León-D. Bosco (1986- 91), León-Casa Inspectorial (1991-96). En todas estas casas, excluida la última etapa de la Inspectoría en que no podía ejercerlo, D. Agustín desarrolló fundamentalmente un trabajo de confesor de los chicos y de sus hermanos salesianos.

El día 6 de Marzo de 1996, tras un período corto de estancia en cama, entregaba D. Agustín Benito

su vida al Señor y con ella toda una actividad fecunda, fruto de su fidelidad vocacional.

D. Agustín Benito ha sido conocido, entre los salesianos de esta Inspectoría y de la Inspectoría de Córdoba, por los rasgos de un profundo sentido del trabajo, de fidelidad a las Constituciones profesadas, de capacidad de reflexión sobre sus propios actos sin rehuir el reconocimiento humilde de sus errores, de preocupación por el descubrimiento y el cuidado de las vocaciones a la vida religiosa, unido a los rasgos temperamentales que hacían de él una persona activa y enérgica hasta el punto de costarle aceptar su propia limitación física o de facultades, debida a la edad, en los últimos años de su vida.

Los cargos que desempeñó en la Congregación, como Director en A Coruña, Santander, Zamora; como Animador de secciones inspectoriales en esta Inspectoría de Santiago el Mayor; como Inspector en la Inspectoría de Córdoba; como participante en Capítulos Generales de la Congregación, etc., hablan, por sí mismos, de la valía y eficiencia de este salesiano que, a sus 89 años, se extrañaba de no poder recordar las oraciones que tantas veces había rezado y expresaba su rebeldía por esta y otras limitaciones con la expresión fuerte y sonora, mientras paseaba, de “¡No puedo!”.

## 70. JOSÉ MIGUEL RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

Sacerdote.

Nacimiento, en San Miguel de Dueñas (León) el 6 de marzo de 1921.

Profesión religiosa, en Mohernando (Guadalajara), 16-8-1942.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel, 24-6-1951.

Defunción, en Ourense, 28-9-1996

A muy pocos kilómetros de Ponferrada, hacia el Oriente, está situado el pueblo de San Miguel de las Dueñas. Allí nació Don José Miguel, siendo el menor de dos hermanos, el día 6 de Marzo de 1921. Miguel y Aurora, fueron sus padres; como todas las familias, cultivaban trigo, patatas, alubias, garbanzos, muelas o pedruelos y variedades de frutas. El padre de Don José Miguel consiguió empleo en el ferrocarril, ello le dio una gran capacidad de movilidad y tal vez cierto distintivo, puesto que dicen de él que tenía una planta estupenda.

Es claro que la cuna de Don José Miguel fue un clima muy propicio, un “humus” especial para su sensibilidad espiritual y estética. De hecho, llegó a ser un orante devoto y sensible que contaba con un alma poética y artística, cargada de emotividad.

Miguel, como empleado del ferrocarril, se trasladó a vivir a A Coruña, llevando con él a su familia. En los años 1932-1934, Don José Miguel inicia sus primeros contactos con los Salesianos como alumno externo en el Colegio Salesiano. En 1934 comienza su aspirantado en Carabanchel, que hace con normalidad, hasta la Guerra Civil de 1936.

Como tantos otros, padeció la inseguridad de la guerra del lado que no era el suyo. La historia le fue azarosa en los años de más vigor de su vida. Son de imaginar los sobresaltos. Asaltado el colegio de los Salesianos de Carabanchel Alto por los republicanos, los alumnos menores de edad quedaron bajo la tutela de la Junta de Protección de Menores en Madrid. Los movieron por centros muy diversos.

Pronto, el 5 de Diciembre de 1936, los distribuyeron hacia diferentes destinos y situaciones. Don José Miguel deja en sus escasos apuntes consignado el nombre de San Juan de Alicante como su destino.

Terminada la guerra se reincorpora a Carabanchel para proseguir el aspirantado, lo que indica que en la dificultad y los avatares no sólo no perdió su idea de llegar a ser sacerdote, sino que mantuvo la vocación, apoyado en la oración, en la confianza en Dios, y la devoción a la Virgen.

Llega Don José Miguel al noviciado bien maduro de edad y de experiencia... Lo hizo en Mohernando durante el curso 1941-1942, teniendo por maestro a Don José Arce, que lo fue tantos años más en Mohernando, en Chile después y en la Inspectoría de Bilbao finalmente; en este año cargó pilas de espiritualidad, se llenó de salesianidad y dio pruebas de fidelidad, profundidad y constancia; llegó y asimiló mucha literatura salesiana. Culminó el noviciado haciendo la Primera Profesión como salesiano el día 16 de agosto de 1942.

En Mohernando siguió la formación religiosa y realizando los estudios de filosofía que se complementaban con Humanidades. En Madrid-Atocha cumplió el período de Trienio ejercitándose como docente en las disciplinas a que tenía mayor afición. En este mismo período cumplió, sin salir de Atocha, el servicio militar, exento de cuartel, en el regimiento de artillería de Getafe.

En Octubre de 1947 comienza en Carabanchel Alto los estudios de Teología que lo preparan para el anhelado sacerdocio. Durante los cuatro años que dura esta etapa, además de prepararse teológicamente, fue dando progresivamente los siguientes pasos de la Profesión Perpetua, las órdenes menores y la consagración presbiteral, el 4 de junio de 1951.

El día 25 de junio celebró la misa rezada en honor del Sagrado Corazón: “Estuve sereno hasta el memento de difuntos, en que no pude contener las lágrimas”; “Señor, acepta mi primer sacrificio como prenda de salvación para mí y todos los míos y de consagración a tu servicio; como acción de gracias a Ti, Dios Mío, y a María Auxiliadora; y por los bienhechores de todo orden”.

Una vez ordenado sacerdote, comenzó a hacer verdad la obediencia ofrecida en su Profesión Religiosa y en su Ordenación Sacerdotal. Ejerció su sacerdocio en colegios de ambiente popular, de marginación y de pobreza. Manejó los números, experto en ellos al decir de los compañeros, como “provisor”. Se implicó en la Pastoral y en la ordenada educación. Enseñó lenguas clásicas como brillante latinista. No lució todas sus capacidades... y terminó sus días como filósofo de la esperanza, contemplativo en escasa acción. Estos fueron sus destinos sucesivamente: Deusto, como catequista y profesor (1951-1952); Atocha como consejero y profesor (1952-1954); Ourense, como profesor (1954-1955); Allariz como confesor, prefecto y profesor (1955-1958); Vigo San Roque, como prefecto y profesor (1958-1964); Oviedo Naranco, como prefecto y profesor (1964-1966); Ourense, como confesor y profesor (1966-1978); Oviedo Naranco como confesor y profesor (1978-1987); Ourense, como confesor (1987-1996).

Mirados así los 45 años de vida sacerdotal parecen años de profesionalidad administrativa y económica, poco amasados de espiritualidad y consagración. Pensar así sería insultar a los Salesianos que han hecho del Sistema Preventivo la escuela de espiritualidad de Don Bosco, quien se definió “párroco de los jóvenes”. Véase la carga espiritual de Don José Miguel en estos años de su experiencia sacerdotal: Cada vez que hace Ejercicios Espirituales, y lo consiguió todos los años, renueva sus instancias de aceptación gozosa y con espíritu de fe de la obediencia, la tolerancia y la paciencia con los muchachos; de humildad y sacrificio... “Mi vida es vida de cruz” recoge como pensamiento de su director espiritual; “El sacerdocio no como meta, sino paso y compromiso hacia la santidad”, recogió de otro director. “Servicio a los demás, muerte a sí mismo”.

Ciertamente Don José Miguel ha aportado mucho y bueno en las comunidades en las que ha vivido aún en los últimos años:

Poseía una vasta cultura histórica y científica además, de ser versado en lenguas clásicas. Estos temas fueron siempre de gran ilustración y atención en los momentos de distensión y convivencia. En este campo sus intervenciones eran verdadero regalo gracioso y humorístico que favoreció muchísimo el gusto de convivir y la felicidad de estar juntos: esta caridad se hizo flor y fruto en la gratitud.

Aunque no por edad, encarnaba en cierto modo la figura del “abuelo” mayor en la comunidad encajando con humor las bromas y las “metidas”. En esto fue elegante, pues sabía lo que hacía. Resplandecen su tolerancia y su optimismo por encima de posibles mortificaciones. Más aún, él contaba cosas, él mismo las aplaudía y él mismo las reía. Supo sublimar sus carencias de salud despegándose de su carne para vivir la esperanza.

Cierto, como afirman testigos, fue prudente y sumamente comprensivo. No sólo no decía más o menos, sino que disculpaba siempre, perdonaba siempre y animaba siempre: fue un gran animador.

Tanto el director como los hermanos han encontrado en él a ese hombre bueno en el que confiar los momentos de tensión y debilidad.

Sus vivencias sacerdotales, religiosas y espirituales fueron un testimonio ejemplar y constructivo: fiel, cumplidor y fervoroso, demostró claramente su devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a María Auxiliadora (puede quedar su imagen con el rosario en la mano casi habitualmente), a San José y a San Juan Bosco. De Don Bosco hablaba con frecuencia, sobre todo a los muchachos de confesión.

En la parroquia de María Auxiliadora era muy querido por su bondad, por su palabra de ánimo, su imperturbabilidad; su constante presencia, accesible a todos, infundía confianza y paz. Su buen humor y su acogida fueron buena carta de presentación para la parroquia. Y su espiritualidad un don y un camino hacia Dios y la Virgen Auxiliadora.

El historial médico es claramente amenazador para la salud de Don José Miguel. El día 9 de Mayo de 1983 había sido operado de próstata en el Hospital General de Oviedo. Como secuela le quedó la incontinencia controlada a base de medicamentos. Además, el corazón no responde y, como se indicó, ésta fue la causa de su rápido fallecimiento. De su propio escrito: “Ourense, Agosto de 1996. Este año no salí de Ourense en todo el verano, ni siquiera para E.E. (Ejercicios Espirituales). A finales de Mayo tuve un ataque de hipertensión-corazón-nerviosismo-sudoración... que me llevaron a las cuatro y minutos de la madrugada del 27-V-96 a urgencias, a la UCI del Sanatorio Santa Teresa, cerquita del colegio. Estuve nueve días en observación y tratamiento. El 3-VI-96 me llevaron al sanatorio modelo de A Coruña y me hicieron un cateterismo y un ecocardiograma para observar mi corazón; el día cinco me dieron de alta y volví al colegio”.

De este golpe quedó muy marcado. Ya él se refería a su cuerpo llamándolo “este cacharro en cualquier momento me deja”. Él tenía claro que estaba viviendo “de regalo”, como le repetía con frecuencia su cardiólogo desde hacía años, y en la madrugada del día 28 de Septiembre, víspera de su onomástico, entregó su alma al Señor.

Apenas se conoció la noticia de su muerte, fueron muchas las personas que se desplazaron hasta el colegio para darle el último adiós y rezar por su eterno descanso. Después de cada Eucaristía dominical el Aula Magna del colegio se quedaba pequeña para acoger a los numerosos fieles que, impresionados por la noticia, acudían a despedirlo.

Fueron muy solemnes los funerales. La Iglesia de María Auxiliadora, templo parroquial, se quedó pequeña. Allí estaban su cuñada y sus sobrinos, había salesianos de todas las comunidades de la Inspectoría; miembros de la Familia Salesiana, especialmente de Ourense, religiosos y sacerdotes de la diócesis, los fieles de la parroquia, personas agradecidas, acudieron a rezar y testimoniar el sentimiento. Y los niños que lo lloran: aquellos niños que cada día lo envolvían y lo transformaban en uno de ellos; eran su delicia. Como un niño duerme en el regazo de su madre, así Don José Miguel descansó en el regazo de Dios.

Sus restos descansan en el Cementerio de San Francisco. Hasta allí se desplazaron muchos amigos para darle el último adiós.

## 71. JUSTO JOSÉ DELGADO TORRE

Sacerdote.

Nacimiento, en Bustio (Asturias) el 6 de agosto de 1904.

Profesión religiosa, en Argentina, 29-1-1929.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel, 29-11-1936.

Defunción, en Oviedo, 12-10-1997

Don Justo murió el día del Pilar, 12 de octubre de 1997, a las 16,30 horas. Tenía noventa y tres años y dos meses. A Don Justo las limitaciones de edad y de salud no le impidieron amar la vida, vivirla. Ciego durante sus últimos años, mantenía una memoria que nos dejaba asombrados. Sin una pierna, recluido en un sillón, su imaginación y su recuerdo recorrían todos los lugares, y se relacionaba con todas las personas que habían pasado por su vida.

El declive de la salud de Don Justo empezó, no obstante, cuando hubo que amputarle una pierna. El día 6 de septiembre de 1994 lo operaron. Se recuperó pronto; andaba sobre un apoyo metálico; la silla de ruedas no le gustaba mucho. Un glaucoma en los ojos, lo dejó sin visión. Su vida entonces se redujo físicamente a la habitación de la que salía muy poco.

Don Justo inicia sus memorias escritas a máquina y fechadas el 11 de febrero de 1985... “Nací en el pueblo de Bustio (Rivadedeva), el 6 de agosto de 1904, según consta en el libro de Bautismos de la Parroquia de Colombres y en las anotaciones hechas por mi padre. En el Registro Civil figuró como nacido el 29 del mismo mes... Hice los estudios básicos en la Escuela del pueblo y en la de Colombres”. Federico Delgado González, natural y vecino de Berlanga de Duero, pueblo entre El Burgo de Osma y Almazán (Soria) e Indalecia de la Torre Pérez, natural de Bustio (Rivadedeva) fueron sus padres.

Al matrimonio de Federico e Indalecia le fueron llegando los hijos, hasta llegar a doce, siendo el octavo Don José. No hace falta ser un lince para apreciar que el oficio de cochero era mal pagado, muchas horas de trabajo, de noche, de día, por caminos malos, y para sacar adelante a tantos hijos, ya que su esposa Indalecia lo ayudaba cosiendo prendas interiores para una tienda y, además, ayudaba a la dueña a venderlas. Aparte tenían algún ganado, e Indalecia, mujer valiente, hacendosa y muy religiosa, aportaba al hogar cuanto dinero podía por cualquier medio honesto. Con tanta boca que llenar de comida, el matrimonio fue pensando en abrir caminos para América.

Justo José partiría para México el 20 de Octubre de 1919; tenía 15 años. Allí José trabajó en una cantina propiedad de unos españoles cercanos a Bustio y Unquera. José siempre se destacó, desde niño, por su docilidad, su servicialidad y su religiosidad. José estuvo en Méjico pocos años. No le gustaban las cantinas, los borrachos y el ambiente propio de estos establecimientos”. “Al llegar a los años de la «mili», decidió venirse a España, y en Santander cumplió como «soldado de cuota». Tras la mili, su hermano mayor, Fernando, lo llama a Buenos Aires y él emprende un nuevo viaje.

De siempre se había sentido atraído por gente de la iglesia. “Luego de tres meses, aconsejado por los sacerdotes de la Basílica de San Pedro y Santa Cecilia y aceptado por el Rvdo. P. Serié, Inspector de Buenos Aires, ingresé en la Congregación Salesiana”. La que su hermano Fernando le armó fue mayúscula: estuvo enfadado con él por espacio de varios años. Es el año 1936, el 29 de noviembre. Allá en Buenos Aires, un joven sacerdote cantaba su primera misa, en la misma capital de Buenos Aires.

“Estudié la Filosofía y Pedagogía en Bernal. Hice el trienio en el Colegio Pío IX de Buenos Aires, en la sección de artesanos. Cuatro años de Teología en el Instituto Don Bosco de Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires. Ordenado sacerdote, la obediencia me destinó al mismo colegio del trienio. Luego pasé cuatro años en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, como profesor, asistente y muchas actividades propias de la vida salesiana. La obediencia me destinó a La Pampa, al pueblo de Victoria de La Pampa Oeste; como Consejero y Director del Oratorio, tuve oportunidad de misionar, etc. El Señor Inspector me pidió si quería ir a la Patagonia. Era otra Inspectoría y se necesitaba uno para suplir a otro salesiano que tenía una misión en Buenos Aires. Fui como Consejero. Era el Colegio de Alejandro Stefalli, antiguo General Roza. En este colegio desarrolló amplia actividad el Cardenal Cagliero, Mons. Costamagna y otros muchos heroicos misioneros salesianos. En la capilla de este colegio se casó el caudillo de los indios, Namuncurá. Todo saturado de recuerdos salesianos. Pude actuar en muchos pueblos de esta zona del «Alto Valle».

Después de un año, volví a Buenos Aires como Catequista del Colegio León XIII. Este colegio era un complejo de actividades amplísimas. Industriales, artesanos, elementales, iglesia pública, hoy Parroquia-Oratorio, etc. En esta casa tuve oportunidad, junto con los demás hermanos salesianos, de ejercer tantas actividades que sería muy prolijo enumerarlas. Estando en este Colegio León XIII de Buenos Aires, y con el consentimiento del Sr. Inspector, Don José Reinen, hice un viaje a España. Fui a Italia y pasé por Francia. Al volver quedé como Catequista de industriales y elementales, junto con otras innumerables actividades”.

“Luego de 14 años... y por alguna incompreensión al ser cambiado de casa sin yo saberlo (ya lo sabían todos), decidí volver a España. El Sr. Inspector Don Emilio Hernando me concedió el permiso. Hice el viaje en 1968, y ya en España, pedí al Rector Mayor, don Luis Ricceri, el permiso para quedarme. No hubo dificultades y desde entonces estoy en esta casa de la Fundación Masaveu, donde me toleran y aguantan maravillosamente con caridad de Hermanos”.

Guiado por su madre en su niñez y juventud, asistía a los actos religiosos que entonces, eran para muchos «diversiones del cristiano». Su madre Indalecia reunía a sus hijos en el hogar para rezar el Rosario, y llamaba al orden a quien no llegaba a tiempo, al estilo de tantos hogares de entonces. A los 25 años de su primera misa, dice: “Resalta por encima de todo, tu bondad infinita. Con ella podré seguir cumpliendo la misión sacerdotal de ofrecer, bautizar, predicar, presidir, bendecir...” No pudiendo ya celebrar misa, su espiritualidad se nutrió básicamente de las dos columnas del sueño de Don Bosco: la Eucaristía y la Virgen. Su breviario de cada día era el Rosario en sus quince misterios. Agarrado a un crucifijo bendecido por el Papa, pasaba las cuentas del anillo-rosario. Cada misterio tenía una intención; por los Hermanos, por los Superiores, por las vocaciones...

Una de las funciones que desarrolló en Masaveu fue la atención a la ADMA local. Dejó escrita una pequeña crónica sobre la devoción a María Auxiliadora en Oviedo (Asturias) que data de noviembre de 1983. En ella señala que el 16 de mayo de 1963 reciben la cinta azul-celeste con la medalla, treinta y seis señores. En el trabajo aludido, tiene tres hojas con sendas estampas de la Virgen y su comentario. La primera es de Nuestra Señora de Covadonga, “que vive en el corazón de los asturianos ya desde los tiempos de la Reconquista”. En segundo lugar pone la Santísima Virgen del Carmen, “que es muy venerada en el extremo oriente asturiano. Después viene María Auxiliadora de los Cristianos con la estampa de la imagen venerada en Masaveu, “con elegancia y sencillez de cielo, ahí caben...; al contemplarla con fe se eleva el alma a Dios que quiso regalarnos lo mejor que tiene, después de darnos a su Hijo como Redentor de todos los hombres”.

Una de las actividades del Padre Justo en Masaveu, fue la de bibliotecario. Sentado a la máquina, sacaba fichas, apuntes...; y atendía a los alumnos que le solicitaban libros «con gran amabilidad y

paciencia». Los juegos de magia los ha hecho en todas partes: en el autobús, en el tren, en bares; pero en especial entre los niños y jóvenes... Aprendió a hacerlos cuando vio a un compañero suyo salesiano argentino tragar fuego... siendo su ayudante en el escenario.

Que el ejemplo de su vida estimule la nuestra y suscite vocaciones sacerdotales y misioneras como la suya.

## 72. CIPRIANO SAN MILLÁN GÓMEZ

Sacerdote.

Nacimiento, en Prádanos de Ojeda (Palencia) el 7 de septiembre de 1914.

Profesión religiosa, en Villa Moglia, 8-9-1932.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel, 30-5-1942.

Defunción, en Vigo, 20-8-1997

Don Cipriano había nacido el 7 de septiembre de 1914 en Prádanos de Ojeda, al norte de Palencia. Sus padres Francisco y Justa crearon un hogar cristiano, en un ambiente de familiaridad y cariño donde creció vigorosa la personalidad de Don Cipriano. Después de cursar los estudios primarios en la escuela de su pueblo natal, ingresó en el aspirantado de Astudillo en el mes de Septiembre de 1927.

Pronto conoce a los salesianos. Don Pedro Olivazzo y Luis Scennik, con su propaganda misionera, recorren las comarcas de Palencia. Se entusiasma con ellos y pide ser admitido en el Seminario de Astudillo. Astudillo, que ha sido sementera y cultivo de muchas y buenas vocaciones, también lo fue para él durante 4 años de aspirantado. Por entonces se llamaba Seminario de Misiones y de él salió un importante número de Salesianos.

Desde allí partió para Italia, donde en el curso 1931-1932 comienza su noviciado, en el pueblo Villa Moglia. Para dar comienzo a este año formativo que le abriría las puertas de la Congregación fue admitido por Don Pedro Olivazzo, director de Astudillo y uno de los salesianos que había conocido a Don Bosco. El 7 de septiembre de 1931 los acogía con gran cordialidad el Maestro de Novicios, Don Annibale Bartoluzzi. El día 25 de octubre el Beato Felipe Rinaldi le imponía la sotana clerical. La profesión religiosa la emitió ante Don Pedro Ricaldone el día 8 de Septiembre de 1932, a los 18 años.

Estudia la Filosofía en Foglizzo en los años 1932-1934. Inicia en la casa de Astudillo el Trienio práctico (1934-36). El curso 1936-1937 la obediencia lo destina a Deusto y Azcoitia. Vuelve a Astudillo donde inicia los estudios de Teología en 1938-1939. Los completa en Carabanchel (Madrid). Sus compañeros de estudios lo recuerdan como un clérigo responsable, dinámico y emprendedor; como salesiano dispuesto a todo con tal de atraer a los jóvenes hacia Cristo. A él entregará su vida y sus energías con la profesión perpetua que tuvo lugar en Carabanchel el 23 de septiembre de 1939. El día 30 de mayo de 1942 es ordenado sacerdote. Cantó su primera misa solemne en el Colegio de Astudillo el 7 de junio de 1942.

Su ministerio sacerdotal y educativo lo ejerció en las Casas de Astudillo (Palencia) y Salamanca. Durante 24 años fue Superior y Director en estas Comunidades Educativas: Santo Ángel (Madrid): 1948-1954; San Matías (Vigo): 1954-1960 y 1969-1972; Estudiantado Filosófico de Medina del Campo (Valladolid): 1960-1966; Director y Maestro de Novicios (Astudillo): 1966-1969. Además en 1972-1975 ejerció el cargo de Delegado Inspectorial para la Familia Salesiana.

Los sitios por donde pasó Don Cipriano y los cargos que ejerció fueron dejando impronta en su personalidad. Fue un gran salesiano y amante de todo lo salesiano. Todos los cargos los tomó en serio y los ejerció a conciencia, pero el de Maestro de Novicios y Director del Estudiantado Filosófico le supuso un verdadero desafío espiritual. Le afectaban todas las variaciones de sus filósofos. Los seguía con afán más que paternal. Cada desviación o dimisión le suponían un trauma. Sufrió mucho las defecciones de sus hermanos.

Comienza su apostolado sacerdotal en el Colegio de María Auxiliadora como profesor y catequista. Estos años, recuerdan los antiguos alumnos, fueron espléndidos tanto por sus resultados académicos en los estudios como por la vida de alegría y espíritu de familia, que trascendió a un consolador

germen de vocaciones eclesiásticas. A Don Cipriano se le valoraba como competente y estimado profesor de Latín, dinámico consiliario de las compañías que cultivó con predilección, y adornado de grandes dotes pastorales en la dirección espiritual con la juventud. Alentó y cultivó las Compañías y la Acción Católica interna que funcionaba en el Colegio. Encargado de la Archicofradía de María Auxiliadora, se esforzó por inculcar la devoción mariana con gran celo y espíritu salesiano.

Los superiores le piden que asuma la dirección de la casa del Paseo de Extremadura. Sus temores pronto se disipan. La comprensión, el apoyo, la alegría y entrega generosa dejaron un grato recuerdo de su vida salesiana en la capital de España. No se olvidaba de este Colegio y lo visitaba con verdadero afecto porque había dejado en él simpatías y buen hacer.

Al dividirse la Inspectoría Céltica, Don Cipriano quedó en la nueva Inspectoría de “Santiago el Mayor” con sede en Zamora. Director del Colegio San Matías se entregó como siempre dando todo lo que tenía dentro, dedicándose a todos, derrochando simpatía, competencia y entusiasmo, y todo «para salvar almas». Bajo su directorado se colocó y se bendijo el monumental retablo de María Auxiliadora, el 13 de mayo de 1957.

Al concluir la última obediencia de Delegado Inspectorial para la Familia Salesiana (1972-1975), permaneció siempre en la ciudad ofreciendo sus dotes inestimables de profesor y educador y su rica experiencia espiritual como confesor. Durante 34 años trabajó en nuestra ciudad de manera encomiable.

Don Cipriano fue el primer Director de Medina; durante su sexenio (1960-1966) se escribieron páginas hermosas de la historia de nuestra Inspectoría. En los años 1960-1966 él supo proteger y mimar a aquellos aprendices de salesianos que eran cerca de 80 estudiantes de Filosofía. Enamorado de la Congregación, nos ayudaba a dar rumbo a nuestra existencia, a no vivir en una eterna encrucijada, invitaba al grupo y a cada uno a abrir el corazón al mundo de lo bello, a enfrentar la vida con firmeza, a vivir en armonía con todos. A los salesianos que estaban prestando un servicio mayor y de más amplia responsabilidad los llamaba “nuestros amadísimos superiores”; y los amaba y nos los hacía amar.

En abril de 1967 asiste en Casalette (Italia) al cursillo de Orientación Conciliar organizado para los Padres Maestros de Europa y Oriente Medio. La apertura conciliar debió pasar ineludiblemente por un período de asimilación y adaptación a las nuevas orientaciones del Concilio Vaticano II.

Las personas de la villa de Astudillo lo recuerdan como una persona bondadosa y sencilla. Buscó el contacto, y la relación positiva y de colaboración con las autoridades. Dotado de una atrayente personalidad y de una simpatía natural, lejos de toda afectación, su presencia invitaba a la relación cordial. El sentimiento de afinidad y simpatía que se creó en los miembros de la Familia salesiana, quedó muy patente en la visita realizada al pueblo con ocasión de preparar el libro de la historia salesiana de Astudillo. Es recordado como una de esas personas que dejan huella de luz y alegría en los corazones de quienes han compartido trabajo, afecto y preocupación espiritual.

Don Cipriano era un hombre afable y bondadoso, trabajador e inteligente, de fácil conversación, de fina humanidad y sensibilidad hacia los pequeños y sencillos; era muy responsable y, como tal, exigente consigo mismo y con los demás. Las cualidades humanas de que estaba dotado, el éxito de su trabajo como educador y hombre de gobierno hicieron de él una de las figuras puntales de la Inspectoría en los primeros años de su andadura.

Durante los años de formación fue modelo de aplicación y de piedad y, sobre todo, de un conjunto de virtudes humanas que le hacían merecer el aprecio y la estimación de sus compañeros.

En el campo salesiano, en el trabajo pastoral como maestro y asistente, como director y responsable de formación, fue modelo de observancia religiosa, de laboriosidad, de celo apostólico en la

formación espiritual de sus alumnos y hermanos. No es de extrañar que dotado de tan buenas cualidades espirituales y humanas fuera destinado ya desde clérigo a las casas de formación.

Su gran amor a la Congregación y su interés por todo lo que encerraba el espíritu salesiano era manifiesto. Esto lo llevaba a escribir y retener la vida de la Congregación. Fruto de esta actitud fueron sus numerosas publicaciones, algunas sencillas y otras más complejas. Los escritos de Don Cipriano son expresión de su amor a la Congregación, a la que se entregó en 1932. A su amor, ha unido su paciencia y tesón por hacer acopio de datos sobre las personas y obras que configuran la realidad histórica de la Inspectoría. Para confirmarlo, ahí están entre otras “La Asociación de Cooperadores Salesianos” (1972), “Astudillo” (1981), “La Devoción a María Auxiliadora en Vigo” (1984), “Semblanzas” (1988) y “La historia de los 100 años de Don Bosco en Vigo” (1995).

### 73. CLAUDIO CONTRERAS QUIRÓS

Sacerdote.

Nacimiento, en Redondela (Pontevedra) el 24 de marzo de 1920.

Profesión religiosa, en Vigo, septiembre de 1992.

Ordenación sacerdotal, en Vigo, 25-6-1950.

Defunción, en Vigo, 4-6-1998.

“Anhelante, te llamé en la noche...” escribía Claudio Contreras Quirós allá por el año 1947. Y en la noche del 3 al 4 de Junio de 1998 el Señor escuchó su llamada con la última ofrenda que hizo de sí mismo al Padre en el día de la celebración litúrgica de la fiesta de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

Su director nos cuenta cómo, a las 7.30 h. del día 4 de Junio, Don Claudio se encontraba en la sala de televisión sentado en una butaca y con la cabeza inclinada hacia el pecho. Con la voz entrecortada se lo comunicó al resto de la Comunidad y a su sobrino Rodrigo Contreras, médico, que inmediatamente se presentó e hizo él mismo el parte de defunción. Su débil corazón dejó de funcionar como un reloj a quien le faltan las pilas. Como diría su sobrino nada más llegar y ver su semblante plácido, sin una mueca de dolor, ni un gesto, “mi tío no se ha enterado de que se ha muerto”; daba la impresión de que estaba dormido.

El funeral fue presidido por Mons. José Cerviño Cerviño, obispo emérito de la diócesis y concelebrada por el Sr. Inspector, José Antonio San Martín, muchísimos salesianos y sacerdotes diocesanos, religiosas y fieles que llenaron totalmente la parroquia-santuario de María Auxiliadora para darle el adiós.

Nació en Redondela (Pontevedra) el 24 de Marzo de 1920. De los 11 hermanos que tuvo, 6 de ellos murieron en edad temprana. Él ocupó el puesto de los del medio.

Desde muy pequeño “ya era muy travieso, inquieto; se las inventaba muy bien. Aprendió a leer a los 4 ó 5 años. Cuando su padre —que era abogado y poseía una buena biblioteca— lo castigaba, decía que no le importaba con tal que lo dejara ir a su biblioteca para leer”. “Tenía una afición especial a la lectura. Muchas veces entraba en el despacho de su padre y se escondía debajo de la mesa; allí pasaba horas y horas leyendo. La afición mayor de su vida era leer, y como prueba, ahí está su gran biblioteca”.

A la edad de 16 años escribe en su Diario sobre El Libro: “Puede no tener amigos un hombre, pero si es aficionado a leer siempre tendrá un amigo y consejero en el libro. Ahora bien; se ha dicho que el mejor amigo es un libro, y este punto es equivocado. Lo mismo que hay hombres buenos que son amigos excelentes y hombres malos cuyo ejemplo es pernicioso, así existen libros buenos y malos... Dime lo que lees y te diré lo que serás. Y en efecto, lo mismo que San Ignacio de Loyola se convirtió leyendo vidas de santos, ¿cuántos ejemplos no habrá de lo contrario?... Es necesario escoger con gran cuidado las lecturas y sobre todo las de los niños, que por ser almas sin formar se plasmarán según el molde que le den...”

Hizo su bachillerato en Vigo, si bien los fines de semana iba a Redondela junto a sus padres. Que le gustaba leer y escribir, lo prueba la anterior reflexión, e igualmente versificar.

Acabado el bachillerato se va a Santiago de Compostela a estudiar Derecho. Al final de la carrera, en cuarto curso, decide entrar en el Seminario. “Dejé pendiente una asignatura de Derecho porque no quería que una vez ordenado sacerdote me dejaran en una oficina”.

Su vocación sacerdotal venía fraguándose poco a poco “integrándose primeramente en el apostolado seglar dentro de la Acción Católica... Eran tiempos difíciles en los que fue necesario confesar abiertamente la fe y sufrir la intolerancia de quienes se oponían a nuestras creencias... En plena guerra civil -y desde su condición de alférez provisional- ayudó a muchos jóvenes a mantenerse fieles a las normas del Evangelio. Y más tarde, abandonando los caminos de una carrera militar que le ofrecía un porvenir humanamente halagüeño, optó por el Sacerdocio, como un servicio de mayor entrega a Dios y a los hermanos” (Homilía de Mons. José Cerviño).

Para las largas horas de estudio, las clases interminables, los ratos intensos de oración encontraría desahogo en aquellos versos que dejó escritos.

El 25 de Junio de 1950 recibió la Ordenación presbiteral, a los 30 años de edad, de manos del Obispo Fr. José López Ortiz en esta ciudad de Vigo. E inmediatamente fue destinado como Ecónomo a dos pequeñas parroquias, Amoedo y Cepeda, permaneciendo en el medio rural durante 4 años. Fue trasladado como Coadjutor a Lavadores (Vigo), otros 4 años, y más tarde a la Parroquia de Sta. María de Vigo, a la que dedicó 13 años de su ministerio.

La madre de Claudio tenía muchísima ilusión en verlo sacerdote, pero murió repentinamente. El día de su primera misa estaba emocionado, también serio, pero entero y muy feliz. La acción social siempre le preocupó mucho: arreglaba pleitos, solucionaba problemas materiales de familias, ayudaba a los pobres... Algunas veces llegó a decir la misa a los obreros de la fábrica de Álvarez sobre una caja de madera como altar... hasta que luego hicieron la iglesia de Santa Clara de Lavadores. Con la ayuda de jóvenes de la Acción Católica promovió la construcción de viviendas sociales para ayudar a muchas familias pobres que vivían en esa zona. Estaba muy orgulloso de esa primera etapa de sacerdote. Aún hoy día lo recuerdan por todo lo que hizo entre la gente más necesitada de aquellas parroquias rurales.

En Sta. Cristina de Lavadores (1954-1958) hizo una gran labor social con los Traperos de Emaús; a través de la “operación invierno” buscó muchachos —siempre le gustó estar rodeado de jóvenes— que lo ayudaran a construir unas viviendas para gente humilde. Fundó los “Traperos de la ilusión”, con la intención de buscar trapos y otros objetos que lo ayudasen en la financiación de esas obras. Algunas de estas casitas existen hoy día en el Meixueiro. Siempre tuvo una inquietud social muy grande. Para decir la misa de 7 de la mañana tenía que madrugar mucho por la distancia de su casa a la parroquia. Y estando todavía en esta parroquia, fue el primero que comenzó a celebrar la Eucaristía por la tarde en la Colegiata de Sta. María. Venía expresamente desde allí porque creía que era un servicio pastoral que había que ofrecer a la gente; entonces era una novedad.

De estas parroquias rurales o medio rurales pasó a la Colegiata de Sta. María de Vigo, en el centro de la ciudad, donde ejerció su ministerio durante 13 años. Como Coadjutor de la Colegiata se encargó de la Acción Católica Femenina: siempre tuvo grandes inquietudes; dialogaba con ellas, quería que tuvieran más entrega, más vida cristiana, que tomaran decisiones, que se comprometiesen cada vez más. Esto le causaba algunos disgustos porque quizás exigía demasiado, también se exigía mucho así mismo.

Sus sermones eran comentados: predicaba muy bien. A veces era lacerante porque ponía el dedo en la llaga; hablaba con verdad y sinceridad, y la sinceridad a veces molesta, sobre todo a aquellos que

se consideran “perfectos”. Esto le causó algún disgusto como fue suspenderle “a divinis” de predicar. Para él fue muy dolorosa esta decisión aunque lo llevó con cierta elegancia y socarronería. Cuando llegaba el momento de la homilía decía: “Hermanos, ahora correspondería la predicación, pero como no puedo decirles nada porque me lo han prohibido, sigamos. Creo en Dios Padre...”.

El confesonario era uno de los ministerios preferidos: la gente acudía a él porque tenía un don especial de dirección de almas. Su confesonario era el que siempre estaba más lleno de gente. Eran muchas las horas que se pasaba diariamente confesando.

La liturgia también le gustaba mucho. La Eucaristía bien celebrada, participada. Cuando vino el cambio litúrgico trabajó mucho para que la gente fuera protagonista. Se preocupaba de que hubiera nuevos ornamentos, que se responsabilizasen de la limpieza de los mismos...

Después de esta larga etapa en la Colegiata se va a las misiones. Su espíritu sacerdotal lo impulsó —a pesar de sus 50 años— a comprometerse en una tarea más sacrificada y generosa: al lado de los PP. de la Congregación del Espíritu Santo marchó a las Misiones de Angola. No le arredraron ni las estrecheces materiales de alimentación y vivienda, ni las dificultades de evangelización entre gentes que carecían de los medios elementales de educación cultural y profesional. De esta manera vivió él su vocación característica de predicación de la Palabra de Dios, que tanto le había distinguido en su ministerio parroquial. Su salud no le correspondió adecuadamente y al cabo de cinco años retornó a la diócesis.

En septiembre de 1992 dio un paso más en su vida de consagrado. Se decidió a vivir más de cerca el seguimiento de Jesús practicando los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia dentro de una vida comunitaria animada por el carisma Salesiano. Quería vivir el espíritu de San Juan Bosco bajo la protección de María Auxiliadora, a la que profesaba especial devoción.

Lo que en cierto modo podía aparecer como una ruptura con la iglesia diocesana, no fue sino una búsqueda de caminos de mayor santidad, sin dejar de ejercer el ministerio sacerdotal. Dejaba de estar sujeto a la inmediata obediencia al Obispo, pero continuaba ligado a la Pastoral diocesana, dentro del espíritu de una congregación que sabe bien que la vida consagrada, en razón de su comunión con la Iglesia universal, tiene una realización concreta en la Iglesia particular. Un religioso ha de vivir su consagración realizando su tarea pastoral en comunión con la diócesis en la que está situada la Casa religiosa a la que pertenece.

Su año de noviciado lo hizo incardinado en la Comunidad Salesiana Santuario-Parroquia M<sup>a</sup> Auxiliadora. Su maestro de Noviciado fue el P. Ignacio Díez, de la Comunidad Colegio Hogar de Vigo.

Su Profesión perpetua —a la que ya había sido admitido y que él deseaba realizar a comienzos del siguiente curso— tendrá ahora su perfecta realización en el encuentro amoroso con Cristo tras su Pascua. “Las personas que han dedicado su vida a Cristo viven necesariamente con el deseo de encontrarlo para estar finalmente para siempre con Él”, leemos en la exhortación postsinodal “Vita consecrata”. Ese es el fin de la vida consagrada. Y es su consumación. La vida consagrada tiene de suyo esa dimensión escatológica. Para el sacerdote Claudio ya no es un signo de futuro, sino realidad presente el encuentro con Cristo.

## **74. ROSENDO GONZÁLEZ GONZÁLEZ**

Sacerdote.

Nacimiento, en Urdiales del Páramo (León) el 19 de diciembre de 1917.

Profesión religiosa, en Carabanchel, 16-8-1941.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel (Madrid), 29-6-1950.

Defunción, en León, 28-8-1998.

Rosendo nació el 19 de diciembre de 1917, en Urdiales del Páramo (León). Desde joven sintió la llamada de Dios e ingresó al aspirantado, con la esperanza de llegar a ser Hijo de Don Bosco. Sin embargo, en España, durante aquellos años, la convivencia se había hecho muy difícil: reinaba una gran confusión, se distanciaban las clases sociales, crecían las divisiones, se perseguía a la Iglesia. Esta situación, tan compleja como dolorosa, desembocó, en julio de 1936, en la sangrienta guerra civil, que se prolongó hasta 1939. El joven Rosendo González, a sus 19 años, se vio obligado a interrumpir su camino vocacional al ser llamado a filas y enviado a las trincheras de Teruel.

Las dificultades no lo desanimaron. Pasada la guerra reanudó su camino hacia el sacerdocio, y emitió sus primeros votos el 16 de agosto de 1941, a los 24 años. Cuatro años más tarde hacía la profesión perpetua. Terminados los estudios y período de preparación, recibía la Ordenación Sacerdotal el 29 de junio de 1950, en Carabanchel. Tenía 32 años y seis meses. Posteriormente obtuvo el título de perito mercantil.

Su sacerdocio lo compartió entre España y Venezuela. En España, entre 1950 y 1972, ejerció cargos de alta responsabilidad, entre los que sobresalen los de Ecónomo y Vicario Inspectorial. Prestó este servicio a la Congregación con singular competencia, destacando siempre, y por encima de todo, su condición de sacerdote Salesiano que, como San Juan Bosco, no buscaba honores o recompensa humana, sino la mayor gloria de Dios y el bien de la Congregación y de las personas.

Entre las realizaciones de este período hay algunas de las que el P. Rosendo se sentía particularmente complacido, como el aspirantado de Cambados, magnífica obra arquitectónica, y la Casa inspectorial de León, moderna y funcional, en la que, precisamente, pasó los últimos tres meses de su vida y donde entregó su espíritu al Padre.

La pastoral vocacional durante este período constituyó para Don Rosendo una misión muy específica, digna de ser destacada. En efecto, le tocó, como promotor vocacional, de acuerdo con los medios de entonces, llevar a cabo una intensa actividad en la búsqueda, alimentación y sostenimiento de las vocaciones a la vida Salesiana. También, en el campo vocacional, dedicó, sobre todo en Zamora, especiales oraciones a las aspirantes que deseaban ingresar al Instituto de las Voluntarias de Don Bosco, que comenzaba a echar raíces en España.

La presencia de Don Rosendo en Venezuela está toda ella ligada al Templo dedicado a San Juan Bosco en Altamira, en cuya edificación trabajó, con tanto entusiasmo, su hermano el Padre Miguel González. En efecto, en diciembre de 1967, Don Rosendo fue a Venezuela para participar, junto con su hermano, en los diversos actos con motivo de la Inauguración y Consagración del Templo.

Pero será en 1972 cuando irá para quedarse. En efecto, los Superiores de Roma lo enviaron para que acompañara a su hermano el P. Miguel en la tarea concreta que estaba llevando a cabo en Venezuela. Se incorporaría a la Comunidad Salesiana de Altamira y ejercería su labor Salesiana y sacerdotal, sobre todo en el Templo.

En 1986, el P. Rosendo vuelve a España. Sin embargo, cuatro años después, en 1990, regresa a Venezuela, donde permanecerá hasta el 17 de mayo de 1998, cuando, ya gravemente enfermo, es llevado a León (España), con la esperanza de que allí pueda ser atendido en las mejores condiciones. Sin embargo, tres meses después emprende el vuelo hacia la casa del Padre.

El P. Rosendo fue un verdadero caballero, un ser humano comprensivo, una persona que sabía tratar y compartir con todos de forma respetuosa, más allá de sus ideas personales. Así fue siempre el Padre Rosendo. Pequeño en estatura, era un gigante en el espíritu y, sin buscarlo, despertaba admiración y cariño, simpatía y amistad hacia su persona. En realidad era percibido como alguien que estaba cercano y pronto a tender la mano para ayudar. Por lo demás, en su vida personal se distinguió por el orden, la disciplina, el trabajo y una gran austeridad de vida. La enfermedad, que siempre lo persiguió, era la única instancia capaz de romper estos esquemas y normas de conducta. La experiencia de la guerra civil dejó una huella imborrable en el alma del P. Rosendo, pero también le permitió profundizar en el conocimiento del corazón humano, esa misteriosa realidad de las personas que mezcla grandeza y miseria, ideales de servicio y las pasiones más brutales e instintivas.

Como Salesiano —sacerdote, religioso y educador— su figura fue altamente ejemplar. En todo momento y circunstancia, se distinguía en él al fiel seguidor del Señor Jesús y auténtico discípulo de San Juan Bosco. Se le veía animado por la ardiente caridad de San Francisco de Sales, que es como decir de Nuestro Señor Jesucristo. Robustecía el ánimo a través de una oración profunda y confiada y, sobre todo, en la celebración fervorosa de la Santa Misa. La Eucaristía era para él el verdadero centro de su vida.

De esta manera obraba únicamente por convicción, guiado por la mano tierna y maternal de María Auxiliadora. Amaba entrañablemente a la que es Madre de Dios y Madre nuestra y sentía hacia Ella una sólida y filial devoción. Como prueba de ello, todos los días le rezaba el Santo Rosario completo. En horas de la noche, antes de entregarse al sueño reparador, y mientras su estómago lenta y dificultosamente “hacía la digestión” —como él mismo afirmaba—, se le veía pasear largo rato por los corredores, desgranando el rosario entre sus manos. En los últimos años, como una de sus tareas preferenciales, aunque impregnada por la discreción, se había dedicado a promover, entre sus dirigidos espiritualmente, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El servicio de la reconciliación y de la dirección espiritual fue, sin duda, la gran labor, realmente extraordinaria, que llevó a cabo el P. Rosendo, durante los dos periodos que vivió en Venezuela (1982-1986 y 1990-1998), y en la que brilló como estrella singularmente luminosa. Pasaba largas horas en el confesionario, convirtiéndose en verdadero apóstol del amor de Dios Padre y en espejo de su misericordia infinita.

La salud del P. Rosendo, como consecuencia de las calamidades sufridas durante la guerra, quedó resentida para toda su vida, que estuvo marcada por la enfermedad. En efecto, varias veces fue sometido a operaciones diversas. Sobre todo, en los últimos años su cuerpo se presentaba frágil, maltrecho, adolorido. Los médicos que lo trataron, le dedicaron las mejores atenciones y exquisitos cuidados. Pero ellos era poco lo que podían hacer. La naturaleza se iba quebrando y ni siquiera producía el calor que una persona normal necesita para sobrevivir. Aún en el ardiente clima tropical de Caracas, el P. Rosendo se sentía consumir por el frío y debía protegerse con abundante ropa. Finalmente, cuando los tumores le fueron invadiendo diversas partes del cuerpo, los dolores se le acrecentaron. Él, sin embargo, ofrecía todo al Señor con singular espíritu de penitencia, ascesis y purificación.

Los últimos días sólo decía alguna palabra; respondía con sonrisas de encanto, llenas de paz y felicidad plena. Yo veía en ellas su alma angelical. Tenía dolores en el intestino que procurábamos aminorar con medicamentos cada vez más fuertes. El cáncer de pulmón también al final, le dificultaba la respiración en ciertos momentos del día. Por la tarde, en silla de ruedas, salía al jardín... El jueves 27, último día entero de su vida para él, en la tarde salió para un paseíto. Después recibió la Comunión en su cuarto.

Su partida al Paraíso fue sencilla, sin sufrimiento. Se apagó como un pajarito. Con mucha paz y sosiego dijo: «¡Dios mío, Dios mío!» A la 1:25 h. el Señor lo llevó. Era el viernes 28 de agosto, fiesta de San Agustín”.

El funeral de cuerpo presente fue precioso y se llevó a cabo en el salón más amplio de la Casa Inspectorial, el cual resultó pequeño, pues parte de los presentes se quedó afuera, más de doscientas personas. Presidió la Eucaristía Don Filiberto Rodríguez, Miembro del Consejo General, junto al Inspector y muchos otros sacerdotes, parte de ellos vocaciones suyas, entre ellos su sobrino José María.

El 31 de agosto, en el Templo de San Juan Bosco de Altamira, se celebró una Misa de Funeral. A pesar de ser un día laboral; y a pesar de la hora —11.30 h.—, que no era la más cómoda para muchos, el Templo Don Bosco se llenó a rebosar. El Cardenal Rosario Castillo Lara, flanqueado por Mons. Miguel Delgado y por Mons. José A. Divassón, presidió la Concelebración en la que participaron el P. Inspector con los miembros de su Consejo, la Comunidad de Altamira en pleno, y representantes de las Comunidades cercanas de los Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Voluntarias de Don Bosco, Damas Salesianas —que quisieron estar cerca del P. Miguel, su fundador, en esta circunstancia tan dolorosa, por la muerte de su hermano—, amigos de la Familia Salesiana, personas agradecidas y que mantienen vivo el recuerdo del P. Rosendo, participaron con los más vivos sentimientos en la celebración litúrgica.

## 75. SALVADOR PENÍN SEGUÍN

Sacerdote.

Nacimiento, en Sandianes (Ourense) el 15 de marzo de 1924.

Profesión religiosa, en Mohernando, 30-1-1946.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel (Madrid), 27-6-1954.

Defunción, en Vigo, 5-1-1998.

Nació el día 15 de Marzo de 1924 en Sandianes (Ourense) y al día siguiente fue bautizado en la parroquia de San Esteban de Sandianes. Perteneció a una familia muy cristiana, siendo Salvador el mayor de los tres hermanos.

En el año 1937 toda la familia se traslada a la ciudad, a Ourense. “Las enfermedades en los animales que teníamos en casa fueron también como una señal del Señor para que dejáramos la tierra que nos vio nacer. Así es que nos fuimos a la ciudad. Y como nuestros padres querían lo mejor para nosotros eligieron el colegio Luis Ribera, uno de los mejores de entonces”, dice un hermano suyo. Aquí estudió Salvador dos años.

En el año 1939 deja las tierras gallegas para comenzar el aspirantado en Mohernando. En el patio era de los que estaban jugando siempre y era de los que más corría. Para hacer los trabajos ordinarios se le buscaba a él porque era resolutivo.

En sus apuntes personales de la libreta del Noviciado encontramos que lo interrumpe el 4 de Marzo de 1945 para ir a la mili a Zaragoza. Al cabo de mes y medio volverá de nuevo al noviciado. Profesó el 30 de Enero de 1946. El posnoviciado también lo hizo en Mohernando y nos dice en unos apuntes personales que en 1946 inauguró, junto con otros salesianos, el oratorio de Guadalajara al que fue durante nueve meses y medio. Salió de Mohernando el 5 de agosto de 1947. El 27 de agosto del mismo año llega a Baracaldo donde hace el trienio.

En el año 1950, el 10 de Octubre llega a Carabanchel (Madrid) para comenzar la teología. El 27 de Junio de 1954 fue ordenado sacerdote por Mons. Manuel Arbeláez. Y como lema de su ordenación: “Enséñame a hacer tu voluntad”. La primera misa la celebró en San Esteban de Sandianes.

Su ministerio sacerdotal lo ejerció en el Colegio San Matías de Vigo (1954-1956, 1963-1979), en el Hogar San Roque de Vigo (1956-1958), en el Colegio Calvo Sotelo de A Coruña (1958-1963) y en la Parroquia-Santuario M<sup>a</sup> Auxiliadora de Vigo (1978-1998). Fue administrador, durante casi todo su ministerio sacerdotal y lo ejerció con “fidelidad y solicitud”.

Era un hombre físicamente fuerte: él decía que nunca se cansaba. Antes de aparecer su enfermedad de corazón en el 1992, tenía tiempo para dar clase, atender al cine en sus muchísimas actividades, y en el verano y buen tiempo realizar caminatas de más de 20 kilómetros, practicar la pesca submarina, y, por supuesto, zambullirse en un río a pescar... Levantó el colegio, hizo el cine; ésta era su obra más querida: lo organizó, lo potenció y lo conservó. Hacía de todo: repasaba butacas, arreglaba grifos, obras de albañilería, lo que fuera; no recuerdo que mandase nada a un especialista. Tenía las ideas muy claras y una mentalidad tolerante y abierta, pero no se le convencía con ideas sino con la vida.

Era un hombre de un único barro remodelado por las manos del divino alfarero, de una sola pieza... pero con una riqueza impresionante. Hombre optimista por naturaleza, amante feliz de las pequeñas

y cotidianas cosas, hombre de la obra bien hecha por pequeña que fuera, hombre lleno de curiosidad intelectual, hombre tolerante. Creador de cercanías, de simpatías... de gran prudencia, sensatez, grandísimo sentido común, de enorme paciencia, mansedumbre, tesón, constancia y magnanimidad. Tuvo siempre mucho peso entre sus compañeros, entre sus superiores, entre todos cuantos vivían a su lado.

El P. Inspector, José A. San Martín, decía en la homilía, el día del funeral: “Siempre me impresionó su espíritu de trabajo. Era un trabajador nato. Lo mismo daba clase, que arreglaba una avería, o llevaba las cuentas de la administración o echaba una película. Las horas de descanso no existían para él. No era capaz de estar quieto. Siempre estaba haciendo algo; quizás se encuentre aquí una de las causas de su muerte: un trabajo excesivo. A este respecto, las Constituciones en su artículo 54 nos recuerdan que cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo. Fue un hombre cordial y afectuoso. Su timidez natural lo llevaba a aparecer de otra manera. Pero era hombre en el que podías confiar. En alguna situación no fácil charlé con él y encontré cercanía, comprensión y ayuda. Quería a sus amigos aunque a veces las manifestaciones externas parecieran decir lo contrario”.

“Su cine, su tan querido cine, ha sido fuente de alegría y de diversión para muchos niños y niñas. Cuántas horas de dedicación y trabajo para que uno de los pilares del sistema de D. Bosco se hiciera realidad. El cura sacerdote del cine como camino de sano entretenimiento y diversión”.

En él encontramos a un salesiano que hizo de la nada una actividad que pasó de buena a imprescindible, por obra y gracia de D. Salvador, un genuino y auténtico monumento a D. Bosco, Patrono de la cinematografía en la hermosa ciudad de Vigo. Y sigue, en él, el carisma salesiano tomó tal forma de cercanía y sencillez, que armonizado con su profunda fe en Dios y confianza en D. Bosco y M<sup>a</sup> Auxiliadora, bien se le podía denominar carisma del sentido común.

De aquí arranca su capacidad para conciliar lo educativo y recreativo del cine, su actividad preferida, con la alegría y seriedad; los valores humanos y cristianos con los criterios pastorales de hacer honrados ciudadanos y buenos cristianos; la importancia de los medios técnico-audiovisuales y de la imagen con la metodología del sistema salesiano, al servicio de la pastoral con los jóvenes y niños de nuestros ambientes.

“Salvador ha sido un regalo para los salesianos y para sus muchos amigos. Damos gracias a Dios por este don y pedimos al Dios del amor que nos haga vivir la vida desde la clave de Resurrección en la que él vivió”. Concluía el Inspector en la homilía del funeral.

Estamos tristes pero felices y confiados de que tenemos junto al Señor un buen amigo que intercede por nosotros.

## 76. BRONISLAO RAUDUVÉ GRADINSKAITE

Coadjutor.

Nacimiento, en Smeltyne (Birzai-Lituania) el 20 de febrero de 1914.

Profesión religiosa, en Villa Moglia-Chieri (Turín), 5-9-1937.

Defunción, en León, 8-9-1998.

Falleció el 8 de septiembre en León. Nació en Smeltyne (Lituania) el 20 de febrero de 1914. Realizó sus estudios en Turín-Rebaudengo de 1937 a 1941. En este año llegó a Madrid-Atocha, como maestro carpintero. En 1945 es enviado a Deusto-Bilbao. Vuelve a Madrid-San Fernando el curso 1953-1954. En Zamora pasará los once años siguientes dando cauce a su gran creatividad artística. En 1965 llega a León donde desarrollará su tarea salesiana en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios y, posteriormente, en el Centro Don Bosco.

Don Bronis, “maestro”, como cariñosamente se le llamaba, fue tallando su vida salesiana a la vez que tallaba la madera en su taller de carpintero, que no abandonó hasta que su salud, deteriorada por un tumor cerebral, se lo impidió, dos meses antes de fallecer.

Salesiano cercano a los niños, jóvenes y mayores. Sencillo, humilde, trabajador... y gran devoto de María Auxiliadora. Nos dejó el día de la fiesta de la Natividad de la Virgen María.

Transcurre su infancia y su juventud —hasta en torno a los 18 años— en un pequeño pueblo, Smeltyne, de la provincia de Birzai (Lituania). Sus padres fueron Tadeo, agricultor, y Águeda, dedicada a las labores de su casa. La familia la completaban tres hermanos y cuatro hermanas...

Animado por sus padres, recaló en un colegio de los Alpes para estudiar italiano y al año siguiente, ingresa en el colegio salesiano de Perosa-Argentina (Italia). De 1933 a 1936, realiza el aspirantado.

El 4 de septiembre de 1936 comienza su año de noviciado en Villa Moglia-Chieri. Realiza, su primera profesión el día 5 de septiembre de 1937 en la casa del noviciado. En la ficha oficial para el archivo inspeccional se reseña el nombre del profeso como Bron. María Rauduvé.

Tras realizar su profesión religiosa, los superiores lo destinan al colegio de Rabaudengo (centro de artes y oficios) de Turín, donde durante un trienio “aprendí el oficio de ebanista y el magisterio”, confesará él mismo.

En Enero de 1941 viajó a Madrid. El estallido de la segunda guerra mundial le impidió regresar a su país. En la capital de España estuvo cinco años de maestro en el Colegio salesiano de Atocha. Asistió, también, a la escuela de Bellas Artes para intentar convalidar su título.

Fue el día 16 de agosto de 1943, en San Vicente dels Horts, donde realiza su Profesión Perpetua, en la entonces Inspectoría Céltica. Y hasta el año 1945, permanecerá en Madrid, hasta que tuvo que coger las maletas de nuevo y trasladarse al colegio salesiano de Deusto.

En Deusto-Bilbao “estuve ocho años como maestro de Taller y adornos. Tenía una terrible afición por las tallas. Aunque antes de ir allí ya practiqué varios años en Sarriá y en Madrid, aprendía escultura y dibujo renacentista”.

En 1953, de nuevo regresó a Madrid al colegio de Artes y Oficios de San Fernando, donde sólo

permanecería un año. En su peregrinar por nuestra patria un nuevo destino lo espera una nueva inspectoría lo acoge, la de Santiago el Mayor. Y desde el año 1945 hasta el 1965, ejercerá su trabajo/magisterio de Ebanista/Carpintería en la Universidad Laboral de Zamora. Allí construyó un paso de Semana Santa, en madera de nogal, que se guarda en el museo de la citada ciudad. Él mismo comentaba muy ufano: “Es una pieza única, primero hice el molde en escayola y en 20 días, con la ayuda de los tallistas, quedó así”, comentaba señalando una lámina del paso, que esperaba volver a ver algún día. Es uno de los trabajos de los que guardaba mayor cariño.

Bronis llegó a León en el año 1965 y siguió ejerciendo su profesión, clases de Ebanistería, en el Colegio de Huérfanos de Ferroviarios.

De él y de estos años, son los testimonios que hacemos constar aquí.

Don Bronis, era un maestro, un artista. Prueba de su talante como salesiano, es su búsqueda de la perfección, la búsqueda de ser un buen instrumento en las manos de Dios. Le gustaba tocar el violín, lograr en su confección, la perfección. Don Bronis es ahora música en las manos amorosas del Padre.

Con su vida, Don Bronis, como buen maestro de carpintería, fue tallando el rostro de Jesús no sólo en la madera, o piedra, sino en la vida con los hermanos, en su relación con los vecinos del barrio, que siempre encontraban en él una mano amiga: “os lo aseguro, cada vez que lo hicisteis con un hermano mío de esos más humildes, lo hicisteis conmigo”.

Recemos por Don Bronis, y al mismo tiempo, considerémoslo un nuevo intercesor, un amigo en el Espíritu, con Cristo y ante el Padre.

## 77. MARIANO VALLE RODRÍGUEZ

Sacerdote.

Nacimiento, en Barzana de Quirós (Asturias) el 4 de mayo de 1904.

Profesión religiosa, en Mohernando, 25-7-1920.

Ordenación sacerdotal, en Segovia, 20-9-1930.

Defunción, en A Coruña, 18-4-1998.

Nació en Barzana de Quirós, no lejos de Pola de Lena (Asturias) el 4 de mayo de 1904. Fue el cuarto de siete hermanos. Su padre era maestro en Beleña (Salamanca), desde donde fue trasladado a Barzana y es allí donde nace D. Mariano, al igual que otros dos hermanos. Beleña, a donde retornarían todos en 1912, será siempre el referente familiar: “un pueblecito, escribiría, que no es bonito, pero es el nuestro; nuestra casa será la casa del jardín”

En 1915 conoce a los salesianos a través de D. José Manfredini que le hace leer unos párrafos para que se los expusiera resumidos; lo hizo tan bien que se lo llevó a Béjar para participar en un certamen catequístico. “En el viaje sólo me importaba el recuerdo de mi madre”. El sentido de identidad con su familia y con su pueblo fue muy fuerte en él, como pudieron atestiguar los que lo trataron durante su larga vida.

El 13 de octubre de 1915 ingresa en el Aspirantado de Talavera de la Reina y lo continúa en Campello en 1918 hasta el año siguiente. Fue aquí donde conoció el mar, algo que le impresionó, al igual que en Santander siendo trienal y en A Coruña ya de sacerdote. El Noviciado lo hizo en Carabanchel (1919-1920) bajo la dirección del D. Antonio Castilla. Hace la primera profesión el 25 de julio de 1920, entregándose definitivamente al señor el 12 de julio de 1928.

Cursa sus estudios de filosofía también en Carabanchel (1920-1922). De aquella época fueron compañeros, entre otros, Amadeo Burdeos, Modesto Bellido, Emilio Corrales, Joaquín González, Francisco de la Hoz, Isidoro Moro, Aniceto Sanz y Mons. José Pintado.

El trienio lo realiza en Salamanca (1922-1924) y Santander (1924-1925) e inicia sus estudios de teología en Campello (1925-1927). Allí, en 1926, conoció a D. Felipe Rinaldi que había sido elegido Rector Mayor en 1922; su recuerdo y las conferencias que le escuchó, especialmente sobre el trabajo, quedaron profundamente grabadas en su corazón. Sus estudios de teología los finaliza en Carabanchel (1927-1929). Finalizados los estudios de teología es destinado a Salamanca (1929-1930) recibiendo en 1930 el Subdiaconado y el Diaconado. Mons. Luciano Platero le confiere, en Segovia, el Orden del Presbiterado el 20 de septiembre de 1930. Los superiores, conociendo sus cualidades intelectuales, lo destinan a Madrid para que curse la carrera de Físicas, residiendo en Carabanchel Alto (1930-1931) y más tarde en el Colegio de Estrecho (1931-1933).

En 1933 interrumpe sus estudios al ser destinado a Salamanca como profesor y posteriormente como Administrador. Era mucho el trabajo y las responsabilidades para simultanear la carrera, que estaba realizando con altas notas según constan en las papeletas, con la docencia, la administración y los problemas derivados de la Guerra Civil; pero no dejó de irse preparando y presentándose a los exámenes al acabar la contienda. Finaliza sus estudios en septiembre de 1948.

Destinado a Salamanca en el curso 1929-1930, allí permaneció hasta 1952, año en que fue trasladado a A Coruña en donde estaría hasta su muerte en 1998. Estos dos largos períodos de su vida transcurridos en sólo dos lugares, le facilitaron un trabajo continuado y metódico como

docente y administrador e hicieron que muchos antiguos alumnos y salesianos lo conocieran y se formaran un juicio ponderado sobre su personalidad, como así se demostró en las numerosas notas enviadas después de su muerte.

Salamanca lo acogió en 1933-1934 como docente, asumiendo en 1934, a sus 29 años, la gestión administrativa y económica del Colegio que adquirió, gracias a él y a otros beneméritos salesianos, gran prestigio educativo y académico. En este tiempo trabajó intensamente, en medio de graves problemas financieros, para dotar al Colegio de una gran iglesia que fue bendecida por Mons. Marcelino Olaechea el 13 de junio de 1945.

Después de casi 20 años en Salamanca, es destinado en 1952 a A Coruña. Fue ésta una etapa de vital importancia en su vida; las responsabilidades, el esfuerzo en su doble tarea docente y administrativa y las dificultades a las que se ha hecho alusión, contribuyeron a dar a D. Mariano una personalidad recia y rica que le ganaría el respeto, el recuerdo agradecido y la admiración de todos.

A Coruña va a ser su segunda patria. Ante la realidad de un Colegio deficiente en instalaciones y medios y con una antigua fábrica de cristales que hacía las veces de iglesia, acomete la ímproba tarea de construir un templo y, con paso seguro y constante, va transformando el vetusto e inadecuado Colegio en otro que sería uno de los más prestigiosos de la ciudad por sus instalaciones y nivel académico.

Al finalizar el curso 1970-1971 es exonerado de la tarea administrativa que acepta como el paso de un día a otro. Habían sido 37 años, entre Salamanca y A Coruña, los entregados a esta importante tarea. Fue al final del curso 1987-1988 cuando el Inspector, D. Alfonso Milán, lo invitó a que, en atención a sus 84 años, se jubilase como docente. Las lágrimas fueron la expresión de lo que le costó esta obediencia porque para él los pupitres, las pizarras, los cuadernos, los laboratorios habían sido el otro altar de su sacerdocio; administrar había sido un servicio; educar enseñando fue una consagración. Por eso le impusieron la Medalla de Galicia, el 25 de julio de 1991.

Durante su estancia en A Coruña celebró sus Bodas de Oro de Profesión religiosa y las de su sacerdocio. Fueron ocasiones en que pudo percibir los frutos de su trabajo y apreciar con sencillez el cariño de los salesianos, antiguos alumnos y amigos de la Familia Salesiana; fueron fechas en que, desvelando su reservado corazón, se le pudieron escuchar pensamientos profundos sobre la vida, el señorío de Dios, el amor a su vocación y sacerdocio y la gratitud que tenía a las personas y a Dios.

El decenio final de su vida discurre de acuerdo con su edad; bien se merecía un descanso. Colabora con la parroquia como confesor, ayuda en lo que se pide, aconseja, conversa, lee hasta que sus ojos se lo permitieron y reza. Su distracción más querida era dar paseos por el Paseo Marítimo junto al Colegio. El 30 de mayo de 1989, recién cumplidos los 85 años, es atropellado por un coche al cruzar el Paseo cuando iba a contemplar el mar que tanto le encantaba. El resultado fue de tres costillas rotas, fractura de clavícula derecha, de tibia y peroné de la pierna izquierda y pérdida de consciencia. Cuidado con cariño por los Hermanos y miembros de la Familia Salesiana, el 24 de junio regresa a la Comunidad y el 31 es liberado de la escayola, iniciando su recuperación que alcanza plenamente a finales de septiembre.

Este accidente hizo aflorar el fondo afectivo y espiritual de D. Mariano y su profunda vida emocional quedando en el olvido sus breves intervenciones y diálogos, su seriedad que imponía un natural respeto no exento de admiración. Todo eso se rompe y aparece su interior, rico y sensible; acepta y corresponde a las manifestaciones de cariño; conversa, dialoga y encandila a quienes lo

visitan. Este incidente nos regaló su belleza interior, su finura literaria, presente en sus cuadernos íntimos y benefició a todos los que lo habían conocido.

Su salud, en la que no habían faltado problemas de tensión, hígado y corazón, fue siempre atendida con su colaboración metódica, propia de su estilo. Esto apenas aparecía al exterior pues él, echando mano de su amplia cultura, se manifestaba siempre conversador con todos los que se le acercaban a visitarlo, para comentar acontecimientos históricos y dar o sugerir su sabia opinión cuando se la pedían; continuaba paseando por los pórticos del Colegio como siempre había hecho, conversando especialmente con los pequeños que eran para él su delicia. Asistía asiduamente a los actos comunitarios pasando largos ratos de oración en la capilla.

Poco a poco su vista se fue apagando no pudiendo gozar del placer de la lectura y viéndose obligado a ser ayudado y acompañado sobre todo cuando las fuerzas fueron flaqueando. Su discreción, norma de toda su vida, le hacía pasar desapercibido sin que por ello, atentos a su situación, dejasen de echarle una mano y acompañarlo cuando lo precisaba, cosa que agradecía con sencillez. Desde muy antiguo había hecho norma de su vida lo que un día había escrito: “No hay necesidad de molestar a nadie con la presencia de quien se dice enfermo. El sufrimiento ayuda a encontrarse a sí mismo. La enfermedad prueba no tan sólo la resistencia física sino más bien el valor del espíritu”.

Debido a sus achaques tuvo que ser internado dos veces; pidió que no se volviese a hacer, no sólo por los dolores que esto le producía sino porque lo consideraba inútil dada la cercanía de la muerte que presentía. El 30 de mayo el Sr. Director, acompañado de toda la Comunidad, le administró la Unción de los Enfermos, animándolo a celebrar los ya próximos 94 años. Lentamente, en silencio, pasito a pasito, se acercó a Dios. Seguro que en aquel momento, el 18 de abril de 1988, a las once de la noche, diría también con el poeta: “Ya estamos solos mi corazón y el mar”. Ciertamente que en la otra orilla lo acogían las bondadosas manos de Dios.

Fue un hombre sereno, prudente, ponderado, de gran rectitud, siempre él mismo, nunca esclavo de sus palabras y dueño de sus silencios, siempre elocuentes. Daba sensación de distancia, de reserva o lejanía, pero eso no era nada más que un reflejo de su discreción que se traducían en detalles frecuentes, de profunda humanidad, lo que demostraba que su seriedad era más bien aparente. Esta actitud infundía respeto, como respetuoso era él con los demás. Quien se acercaba a él percibía un halo de tranquilidad y envidiable equilibrio.

Por otra parte, su trato era afable, exquisito, elegante, digno, lo que infundía confianza. Su conversación, de palabras medidas, era agradable y amena. Era muy raro verlo enfadado o alterado. A pesar de su gran simplicidad expresiva, su exterior era aristocrático, con la elegancia y estilo de gran señor, siempre limpio y educado. Esto no impedía que al afrontar ciertos problemas usara de una sutil ironía, de una fina socarronería envuelta en amabilidad y delicadeza, envuelta en una sonrisa plácida y casi seráfica.

A este trato amable correspondía un fondo de bondad, suavidad y dulzura, de afecto, delicadeza y cordialidad, pronto a servir sin hacerse ver o sentir. Esto lo hacía patente en el trato con los chicos en el patio o paseando y conversando con los niños por el pórtico a paso más bien ligero, teniendo con ellos atenciones, diciéndoles alguna palabra al oído. Era raro oírle una palabra más alta que otra.

Otro rasgo de su personalidad fue su espíritu austero y de pocas costumbres, siempre constante y metódico, lo que le hacía aparecer como un hombre exacto, preciso, ordenado y casi cartesiano.

Esto nos lleva a señalar una de las grandes características de su personalidad; su profesionalidad, contrastada como profesor de física, matemáticas y ciencias, algo que se le quedó grabado a todos sus alumnos. Quiso copiar de Jesús, en su simple expresión, la figura de “maestro”.

## 78. TEODOSIO DE LA FUENTE DE LA FUENTE

Sacerdote.

Nacimiento, en Los Llazos (Palencia) el 26 de marzo de 1915.

Profesión religiosa, en Villa Moglia, 14-9-1933.

Ordenación sacerdotal, en Chile, 28-11-1943.

Defunción, en León, 13-2-1999.

Nació el 26 de marzo de 1915, en el pueblo de La Pernia (Palencia), conocido como Los Llazos. Sus padres fueron Manuel y Gregoria. De ellos dejó escrito D. Teodosio “Dios me concedió unos padres óptimos. Ellos encendieron en mí la llama religiosa y sobre todo misionera. De mi padre heredé el amor al trabajo. No creo haberlo dejado en toda mi vida. Puede ser que alguna vez se me hiciera muy pesado, pero dejarlo, nunca. De mi madre, mujer admirable, dechado de virtudes, aprendí la virtud y los tres amores que nos legó San Juan Bosco: Amor a Jesús Sacramentado, a María Santísima y al Papa. Fuimos nueve hermanos. De todos ellos conservo un cariño profundo. Mi niñez la pasé en el pueblo con trabajos propios de labriegos. Unos días atendía las vacas, otros la cabaña, otros los corderos. Lo hacía con amor porque los demás tenían que trabajar en las tierras y en los prados y yo no los podía ayudar en nada”.

Un día de 1927, mediante un encuentro fortuito con un sacerdote extranjero — D. Pedro Olivazzo — que lo deja entusiasmado, emprende camino hacia Astudillo. “La vocación salesiana creció en mí a través del ejemplo de los superiores de Astudillo. Me atraía mucho la Juventud Misionera. Además, eso de trabajar en medio de los jóvenes, hacerse amigo de ellos, jugar con ellos, me seducía. Y quise probar el mismo plato y beber la misma copa que los superiores. Por eso el mismo año de la muerte de mi madre y mi hermana, partí para Italia a hacerme salesiano”.

Así en agosto de 1932 parte hacia Italia, para hacer el noviciado en Villa Moglia, Turín. El 14 de septiembre de 1933 hizo la primera profesión religiosa en manos de D. Pedro Ricaldone.

Al término del noviciado se repartieron obediencias para diversos campos de apostolado, a él le correspondió el Ecuador, a la misión de los jíbaros. “Mi trabajo como asistente lo realicé en primer lugar en Macas, en la escuela para blancos y jíbaros de la comarca. En segundo lugar, pasé parte de 1939 en Cuenca, en la Escuela Agrícola de Yanucay entre los aspirantes a coadjutores y en tercer lugar, el resto del año 1939, en Guayaquil, en el colegio Cristóbal Colón. De los tres lugares es ciertamente Macas la que ha dejado en mí más profundas raíces. No sólo por la actividad misionera, sino por el contacto con una raza tan vilipendiada hasta el presente, y que sólo los salesianos han sabido rehabilitarla, adaptarla y elevarla a la categoría que se merece”.

“En marzo de 1.940 me dirigí a Chile para la Teología. Nunca hubiera imaginado quedarme en Chile. Y allí permanecí treinta años. Chile me enseñó con su gente encantadora, acogedora y sencilla”. “Mi campo de acción apostólica fue desarrollado principalmente en el centro de la República. Sólo dos años trabajé fuera en Iquique, al Norte. De mi vida sacerdotal puedo afirmar que desempeñé todos los cargos: de asistente a Director, de Prefecto a Catequista, de Consejero a Confesor, de Sacristán a Párroco. Y en todos ellos puse la adecuada dedicación, el entusiasmo juvenil y la prudencia aconsejada por la madurez. No creo haber dejado enemigos, pero sí muchos amigos”.

El largo currículum de obediencias de estos años, tras la Ordenación Sacerdotal, lo transcribimos

del archivo personal: Talca como Consejero y Profesor (1943-1944), donde vuelve como director en 1965-1969), Valdivia como Catequista y Profesor (1944-1945 y vuelve en 1953-1954), Concepción como Consejero y Profesor (1945-1953 y en 1960-1961), en San José de Santiago de Chile como Consejero y Profesor (1954-1960), Iquique, como Prefecto y Profesor (1961-1964), Linares, como Párroco (1964-1965). En España, en el Centro D. Bosco de León: Confesor y Profesor (1969-1974), en Salamanca-Teologado, como Confesor, Delegado de ADMA (1974-1976), en León-La Fontana, como Confesor y Profesor (1976-1979), en La Robla, León, como Profesor, Confesor y Delegado de Cooperadores y ADMA (1979-1998) y en León, Casa Inspectorial (1998-1999).

“He amado al Ecuador y a Chile con verdadera pasión de apóstol. Los amé como he amado a mi patria porque fueron para mí fuentes de ventura, sonrisas de Sagrario, porque me recordaron las devociones de mi madre, pues el Ecuador es el país del Sagrado Corazón y Chile el de María. Iquique, Santiago, Talca, Linares, Concepción y Valdivia supieron de mis triunfos y de mis fracasos, de mis penas y de mis alegrías; pero por encima de todo, de mi entrega total para inyectar en los corazones de los jóvenes, el amor a Jesús, el amor a María y la fidelidad al Papa. D. Bosco ha sido mi guía y protector. María ha sido mi bondadosa Madre, me ha sostenido en las largas jornadas de mi azarosa vida, me ha protegido en mil circunstancias y he sentido su asistencia amorosa en muchos detalles de la vida. A ella le debo, por lo menos en tres ocasiones, la vida”.

“Todo ha cambiado y mi pueblo no podía ser una excepción. Moraban aún en él mis hermanos, y gracias a sus cuidados, a la leche y al jamón, me repuse de mis achaques antes de lo soñado. Sin embargo, no me sentía con ánimos de volver a América y pedí la incardinación en la Inspectoría de León. Expuse el caso y a la vista de mis consideraciones los Superiores Mayores creyeron oportuno que me quedara en España.

En 1979 empieza su estancia en La Robla para residir, en esta villa, sus casi últimos veinte años, en las labores de Profesor de la Escuela Profesional y la animación de la Familia Salesiana de Cooperadores primero y la Delegación de ADMA después.

Ha sido un enfermo superbueno, que no se quejaba de nada, todo le parecía bien. A pesar de sus achaques, él aceptaba la voluntad de Dios y ofrecía su enfermedad por la Iglesia, las vocaciones y la salvación de las almas. Fue misionero hasta el último día de su vida.

Su familia lo quería mucho y se lo demostraron acompañándolo, el día de su funeral y entierro, su hermano y 23 sobrinos y primos. Cuesta mucho perder hermanos de la talla espiritual y humana de D. Teo, sólo la fe y la esperanza, de encontrarnos un día en el cielo, mitiga el dolor de su pérdida”.

Que el ejemplo de su vida estimule la nuestra y suscite vocaciones misioneras como la suya.

## 79. JUAN AMORETTI DOMÍNGUEZ

Sacerdote.

Nacimiento, en Málaga el 5 de septiembre de 1934.

Profesión religiosa, en Mohernando, 14-9-1933.

Ordenación sacerdotal, en Sao Paulo (Brasil), 31-7-1966.

Defunción, en Madrid, 9-9-2000.

Juan nace en Málaga, el día 5 de septiembre de 1934. Es el segundo de cinco hermanos. Su padre, de lejana ascendencia de comerciantes italianos, ocupa un puesto importante en las aduanas de la ciudad de Málaga, creando una familia de situación media-alta. Su madre, de una formación profundamente religiosa, culta y con una gran sensibilidad y finura, da a la familia el tono de delicadeza y de exquisitez.

La guerra civil española de 1936 a 1939, trastocó el bienestar de la familia, al verse el padre privado de su libertad. La prudencia aconseja, al final de la guerra, cambiar de residencia e iniciar una nueva vida en otra ciudad, Madrid, partiendo de cero. No es fácil situarse para un hombre joven, señalado políticamente, por lo que los traslados de vivienda y de oficio son frecuentes, hasta desembocar en un puesto inferior de un Banco, en el que va subiendo por mérito propio y trabajo responsable.

La formación de los hijos constituye una de las preocupaciones principales de los padres. En una gran ciudad la cercanía de la escuela y los medios económicos condicionan la selección del centro de educación. Estas circunstancias hacen que Juan, niño, tenga el primer contacto con “lo salesiano” al ser alumno del Colegio de las Hijas de María Auxiliadora de Villaamil. Los días festivos frecuenta el Oratorio Festivo del colegio de Atocha.

La situación económica de la familia, que se había visto incrementada en dos hermanos más, aconseja que el mayor de los hermanos, Juan, empiece a trabajar cuanto antes, por lo que estudia maestría industrial como fresador, en la Institución Sindical Virgen de la Paloma, en la que los salesianos eran responsables de la formación humana y religiosa.

Dos años en una empresa, completan su formación técnica, que tanto le servirá, posteriormente, como maestro de taller en Zamora y fundador y jefe de taller en Herrera de Pisuegra.

Le cautivó el ambiente del Oratorio: la alegría, la familiaridad, los juegos, la cercanía entre todos. Ambientes como éste han estigmatizado simplemente como “ambiente oratoriano”. Desde este ambiente y vivencia, deja su empleo bien remunerado, vence con “una huelga de hambre” cierta resistencia de parte de su familia, que no lo veía como sacerdote o que a lo más lo prefería como “cura diocesano” y empieza su aspirantado en Zamora.

En España, las Universidades Laborales han constituido uno de los ambientes educativos de formación humana y profesional más importantes de una época en España. La Universidad Laboral de Zamora, confiada a los salesianos, empezó siendo un centro abierto a la ciudad de Zamora, con enseñanzas elementales y profesionales y donde no podía faltar el Oratorio Festivo.

De todo ello se encargó el primer director, D. Filadelfo Arce, procedente de Atocha donde era el alma de un numeroso externado de clases elementales y comerciales y mantenedor de las suntuosas obras de teatro y las teatrales zarzuelas de la Galería Salesiana. A esta comunidad se unieron varios

jóvenes mayores de Atocha como maestros y asistentes. A Juan por su preparación profesional lo responsabilizaron de dar clase en el taller de mecánica.

El año de noviciado lo pasó en Mohernando y los tres cursos de filosofía los hizo en Guadalajara. La joven Inspectoría de León debía de dotarse de Casas de Formación, ya que, menos los aspirantados de Cambados y Astudillo, todas las demás habían quedado en la Inspectoría de Madrid.

La casa de Herrera de Pisuegra (Palencia), de reciente construcción, fue destinada a casa de formación de aspirantes coadjutores. También en este caso, le correspondió formar parte de la primera comunidad, habiendo sido nombrado jefe del taller de mecánica.

Aunque hacía varios años había escrito al Rector Mayor la solicitud para ir a misiones, al terminar su trienio, fue destinado a la Inspectoría de Manaus (Brasil), cursando los cuatro años de teología en Sao Paulo (Brasil), donde se ordenó de sacerdote el 31 de julio de 1966.

Acción apostólica: misionero y animador. Las Misiones tienen un especial atractivo entre los jóvenes. Son, con frecuencia, anzuelos que lanza Dios como gérmenes de vocaciones religiosas. En la Congregación salesiana es uno de los caminos de renovación religiosa. Juan sintió esa llamada desde los primeros años de su formación religiosa.

Su acción misionera tiene dos fases: la acción directa durante su estancia en Brasil y la fase de animación misionera en España.

Ambas etapas comprenden 32 años de su vida sacerdotal, ya que los dos últimos los pasó en esta casa, ya enfermo.

De su vida es la parte más bella y más plena a la que se refería con verdadera fruición. Desde su ordenación sacerdotal fue hombre de confianza de superiores y hermanos. Se le encomiendan rápidamente cargos de responsabilidad. A los tres años de sacerdocio ya era director de la Casa inspectorial y Consejero inspectorial.

Le tiraba fuertemente el contacto con una realidad misionera, por lo que lo encontramos como director de la misión de Río Negro, aunque su acción más directa y más empeñativa fue la formación de catequistas indígenas y la enseñanza en colegios para niños y niñas de aquellos pueblos, en colaboración constante con las Hijas de María Auxiliadora.

Tuvo que interrumpir sus estudios de catequética en nuestra Universidad de Roma, para tomar la dirección de la comunidad de párrocos salesianos en la Prelatura de Porto Velho, donde residían los dos obispos salesianos de la Prelatura.

Como en España, fue también director y formador en un aspirantado de Coadjutores y todavía no restablecido de un cáncer linfático, sometido a quimioterapia, fue director y Padre Maestro durante dos años en el reciente noviciado establecido por la Inspectoría de Manaus.

La Procura de Misiones de Madrid, entre sus áreas de acción, tiene como finalidad la animación misionera en España. Lo sigue haciendo a través de la revista “Juventud Misionera” y las exposiciones misioneras: la permanente situada en la casa y la itinerante, que visita los centros salesianos de las diversas Inspectorías.

En el año 1990 la Procura de Misiones de Madrid lo acogió como una bendición, como parte integrante del equipo de las exposiciones, sobre todo de la renovada exposición itinerante. La peculiar “vuelta a España” que todos los años hacía esa exposición, reflejaría los testimonios más favorables en las más de 40 comunidades de salesianos e Hijas de María Auxiliadora que visitaron.

El Voluntariado “Jóvenes del Tercer Mundo” nació en la Procura en tiempos de Juan y los cursos de preparación de los voluntarios contaron con su experiencia y entusiasmo en sus charlas sobre misiones y teología, así como sus clases de portugués para los voluntarios destinados a Brasil.

También aprovecharon su animación misionera, las Difusoras de Misiones Salesianas, que visitaban las casas de los donantes.

Y cuando ya su corazón dijo que los viajes para la exposición permanente eran mucho para él, intensificó su dedicación a la exposición permanente y al tratamiento de los sellos de correos como ayuda a las misiones.

Sufrimiento y vida interior: En el sufrimiento afloran los valores y las vivencia de cada hombre. Juan sufrió físicamente mucho. Gran trabajador, gran deportista tuvo en su vida dos fases de intenso sufrimiento. Siendo director de la Comunidad de párrocos salesianos en Porto Vehlo, en plena juventud y actividad, se le detectó un cáncer linfático, que la rápida solicitud del Obispo logró tratarlo al enviarlo a uno de los mejores hospitales de Sao Paulo. Allí también sufrió operación quirúrgica de estómago e intestinos que condicionaron los últimos quince años de su vida.

La estancia de seis semanas entre la clínica y el sanatorio han sido un ejemplo de aguante al sufrimiento, calmado con sedantes las últimas semanas. La Unción de Enfermos, que el día 5 de agosto, le administró el Sr. Inspector, en presencia de salesianos, Hijas de María Auxiliadora y familiares fue un momento fuerte de sufrimiento, pero también de entereza siguiendo el rito.

En los momentos más duros y trascendentes es cuando se mide la altura espiritual de un creyente. En esos momentos Juan ha puesto de manifiesto su valía humana y su altura de creyente y salesiano, conservando el humor, salpicado de frases ingeniosas.

La palabra que más le hemos oído es: ¡Gracias!. Gracias por cada detalle, por cada servicio, por las frecuentes visitas, que le agradaban mucho, por las numerosas llamadas telefónicas, que hasta dos días antes de su muerte contestaba él mismo. “Estoy en manos de Dios, cuando el Señor quiera” que repetía con frecuencia, denotaban una aceptación y vivencias profundas, que impactaban fuertemente en los que lo visitaban y eran el tema de las conversaciones en la comunidad.

Murió el día 9 de septiembre a las 10 de la noche. La comunidad de Santa Teresa de las Hijas de María Auxiliadora, prestaron su tanatorio privado, donde reposó el cadáver.

La comunidad del Santísimo Sacramento de las Hijas de María Auxiliada ofrecieron su hermosa y renovada iglesia para el funeral, presidido por el Sr. Inspector D. Ángel Fernández Artime.

La Inspectoría de Madrid acogió, en su panteón de Carabanchel, los restos mortales de Juan, con la presencia de gran número de hermanos de la esta Inspectoría hermana.

## 80. JOSÉ QUINTERO IGLESIAS

Coadjutor.

Nacimiento, en Ourense el 19 de marzo de 1909.

Profesión religiosa, en Carabanchel (Madrid), 12-10-1929.

Defunción, en Lugo, 6-12-2001.

El año centenario de la muerte de Don Bosco, 1988, vio Don José cumplido el gran anhelo de su corazón: una presencia salesiana en Lugo. Él lo describe así: “En 1988, año en el que Don Bosco, en el centenario de su muerte, se apiada de Lugo —mi ciudad muy querida y amada, no obstante sus baches y deterioros... lo mismo que yo—. Única ciudad de la Autonomía gallega que no conocía a los salesianos ni rezaba a María Auxiliadora ni había oído hablar de Don Bosco...”

Había nacido don José en Ourense, el día 19 de marzo del año 1909, hijo de Don Ángel Quintero y Doña Generosa Iglesias. Tras los primeros años de formación religiosa, casi toda su vida salesiana transcurrió en el colegio San Juan Bosco de A Coruña. Tras un paréntesis bienal en Santander, fue destinado a la ciudad herculina, donde permaneció hasta su llegada a la bimilenaria ciudad de Lugo.

A la patria de san Froilán llegó con toda la ilusión de su alma gallega y salesiana para fundar una obra dedicada a la educación de la juventud. Y así fue; tras muchas peripecias, dificultades e incomprensiones —disfrutaba contando los avatares de los previos y los comienzos—, por fin, los salesianos llegaron al colegio “Divina Pastora”, providencialmente la obra llevaba el nombre de aquella que en el Sueño de los nueve años, había indicado a Don Bosco el campo de misión y el modo de llevarla adelante.

Desde que conocí a Don José Quintero —afirma su director—, allá por los años en que hacía el “trienio” en A Coruña, siempre me pareció un hombre inquieto y algo “travieso”, cuando tenía que serlo, eso sí; se presentaba elegante, limpio, impecable y hasta, me parecía a mí, algo presumido en su momento; caballero siempre; religioso convencido; orador elocuente, cuando nos hablaba a los jóvenes salesianos faltos de experiencia docente, por aquel entonces: sus acertadas palabras eran bien recibidas porque su talante era de amistosa complicidad y convencían. Fue un educador competente y cercano, respetuoso y muy preocupado por sus alumnos, que siempre reconocieron en él un gran profesor, abierto y liberal para aquellos tiempos. Propagador celoso e incansable de María Auxiliadora; hijo amante, hasta el final como pude comprobar al ser receptor de sus últimas confidencias en el mes y medio que duró la hospitalización, de la Congregación a la que engrandeció con su vida ejemplar... Con todo eso y la sabiduría que dan los años, aprendió a confiar sólo en el amor y en la misericordia de Dios: Él es el único que salva, el único que resucita... Fue un buen intérprete del espíritu de Don Bosco y amante de su vocación de salesiano laico, coadjutor.

El Sr. Inspector, Don Ángel Fernández Artime, en la homilía de su funeral entre otras preciosas ideas apuntó lo que sigue: «Este es nuestro Don José: muchas voces podrían alzarse para hablar de él, para expresar la acción de gracias al Padre por este hombre a quien puso en el camino de sus vidas. Resalto ese tono de buen humor, de alegría, de optimismo que siempre lo caracterizó, incluso hasta los últimos días en el hospital, previo al desenlace final en la Casa Salesiana. En una despedida de una de sus cartas escribe: “Yo estoy muy bien, mi salud es buena y aunque coxo, manco e sordo, voy tirando. Otros andan peor que yo... y adiós, lea a pouquiños, teña paciencia y reza por este pobriño vello. Yo lo hago siempre por mí y por otros, y perdona las tachaduras y palabras saltadas; mi máquina es tan vieja como yo y está tan desmendrellada como yo y unas veces

da saltos, otras en lugar de una letra pone un acento y siempre mete la pata, digo la tecla, no yo”. Así era Don José

En otra carta de agradecimiento, con motivo del evento de sus bodas de diamante, escribe: “Gracias, muchas gracias por su recuerdo, sus oraciones y fraterna felicitación. Pero creo que no hay para tanto. Se ve que no me conocéis bien. No hay ningún mérito por mi parte. Si he sido fiel durante sesenta años y no ‘tiré la toalla’, creo que no es mérito mío. Como digo a todos, la ‘fidelidad’ no estuvo de mi parte, creo más bien que fueron el Señor, Don Bosco y María Auxiliadora los que me fueron fieles, me auparon siempre y casi casi caminaron durante toda mi vida de salesiano a mi vera, ‘empuxando’, sosteniendo, animando y custodiando toda mi vida. Ciertamente que he recibido muchas, muchísimas gracias, de lo contrario me hubiera quedado en cualquier bache y bien lo saben ellos tres (el Señor, Don Bosco y María Auxiliadora). En mí, pues, no hay mérito, y lo mismo que yo, hubieron hecho y aguantado otros más santos, más humanos, más alegres, más entregados que yo. Lo que pasó es que eran todos unos santiños y Dios se los llevó a su lado sin esperar a unas Bodas de Diamante, que lo merecían más que yo. Yo llegué a cumplir mis sesenta añicos de salesiano y de fidelidad por pura carambola y porque no estoy preparado para emprender el viaje y Dios que es bueno y es Padre, está esperando a que yo vaya haciendo los preparativos para emprender el viaje. Los años han ido pasando. Sesenta de fidelidad y los que anduve ‘a gatas’, más los que pasaron hasta mi primera profesión me han ido empujando hasta los 80 que es una buena meta, con tiempo suficiente para ganarse el cielo, si hubiera sido un buen jornalero, un buen salesiano y un buen profesor. Tuve ocasiones. Toda mi vida fue una ocasión para hacer mucho bien y he tratado de cumplir con mis obligaciones, cosa que otros han hecho mucho mejor, que supieron aprovechar mejor el tiempo y los talentos, de modo que no hay motivo para felicitarme”.

Hasta aquí las propias palabras de Don José... y ya veís, lo dice este salesiano que está en posesión de la Encomienda de Alfonso X el Sabio.

Un antiguo alumno suyo, escribía en un prestigioso diario de A Coruña: “Parecía y era incombustible ... Era una grandísima persona , un profesor extraordinario y, con todos los respetos, un amigo”.

Otro antiguo alumno recuerda: “A Coruña nunca olvidará a Don José. Haciendo una media nada exagerada de mil alumnos por curso y año, Don José Quintero impartió sus conocimientos a más de 53.000 alumnos coruñeses. Todos los que fuimos sus discípulos hemos sentido una doble y mezclada emoción de alegría y tristeza. Alegría porque tenemos la certeza de que un hombre de las virtudes de Don José está con Dios y tristeza, porque le hemos perdido”.

Un estuche de escritorio que conservó hasta el final lleva una dedicatoria que no nos resistimos a consignar por su valor de testimonio, del aprecio y gratitud que sentían por él sus jóvenes antiguos alumnos: “La primera promoción de bachilleres del Colegio Salesiano de A Coruña, con nuestro más sincero agradecimiento, a quien como él supo hacer de padre ejemplar, maestro exigente y leal amigo. A sus valores humanos debemos los más bellos recuerdos de nuestra vida estudiantil. Con nuestro imperecedero afecto. A Coruña, 30 abril 1966. Los Cuarentones”.

Muchísimos otros testimonios podríamos recoger, todos igualmente valiosos y encomiásticos para nuestro hermano, pero rebasarían con creces los límites de una semblanza. El lector colegirá por lo dicho la extraordinaria personalidad de Don José.

Para terminar, recogemos algunas de las confidencias hechas a quien compartió con él bastantes horas de hospital en el último mes y medio de su vida.

Contaba Don José Que Don Santiago Ibáñez, a la sazón Inspector, le decía con frecuencia: “No serás un buen salesiano si no llevas a Lugo a Don Bosco y a María Auxiliadora”. Y Don Aureliano Laguna: “Ahora que estás jubilado, Pepiño, hazme el favor de ver de fundar en Lugo”.

Tuvo oposición y disgustos pero supo sortearlos y ser fiel a este empeño, aliado también con el Sr. Obispo, quien le habló de la generosidad de una dama lucense que ofreció vender cuanto tenía para hacer un gran colegio, y ella fue quien regaló los cuadros y la Virgen de la capilla.

Su amor a María Auxiliadora y a Don Bosco lo impulsaron a enviar al diario “El Progreso”, de Lugo, cartas y escritos sobre la devoción y la obra salesiana.

Una noche, una señora que acompañaba a su esposo enfermo, compañero de habitación de Don José, prendada de las conversaciones que manteníamos los dos, le dijo que rezaba para que se pusiera pronto bueno y le enseñara a leer; y Don José, sin dudarle y con gracejo, le dijo: “¿Sabe usted hablar con Dios?...” y ante la afirmación de ella, prosiguió: “Pues esa es la mejor lectura: hablar con Dios y decirle cosas bonitas”.

Cuando le comenté que los chicos participaban, un año más en el Concurso Literario que lleva su nombre y en un posible homenaje, me advirtió que nunca le gustó la idea y menos ahora en que el demonio podía tentarle de soberbia; que él siempre quiso sólo hacer el bien, sin ruido...

Otros testimonios de conocidos suyos, ya personal no docente, ya profesores... ponen de realce las múltiples cualidades de la figura poliédrica que “el Abuelo” suponía para nuestra obra salesiana. Al igual que de Don Bosco, podemos decir de Don José Quintero que conjugó sus dones de naturaleza y gracia, y aprendió a vivir encarnándose.

Había pedido varias veces la absolución y la tarde de su óbito, reunida la Comunidad alrededor de su lecho y en el momento de darle la bendición de María Auxiliadora, en un leve suspiro de aceptación, se entregó en las manos del Padre.

## 81. GUMERSINDO RODRÍGUEZ GARCÍA

Sacerdote.

Nacimiento, en Parada de Ribeira (Ourense) el 3 de marzo de 1911.

Profesión religiosa, en Mohernando, 15-7-1935.

Defunción, en Vigo, 21-1-2001.

En una ocasión la comunidad de Avilés hizo una excursión hasta los Picos de Europa, en concreto al Mirador de Ordiales. Al llegar a la cumbre nos encontramos con una niebla persistente. Después de tanto esfuerzo no podíamos contemplar el paisaje que desde arriba se divisaba. Pero en un momento, se abrió paso el sol y pudimos disfrutar de un espectáculo maravilloso: un valle precioso. Duró sólo un momento. Después lo cubrió de nuevo toda la niebla. Y uno de los que habíamos ascendido dijo: “Esto es bueno que sea así, para que te queden ganas de volver a subir”.

La vida de D. Gúmer ha sido un regalo, una visión preciosa, para los que hemos tenido la suerte de convivir con él. Ha sido como un fogonazo de luz pura en nuestra vida, que ha durado un instante —90 años—. “Mil años en tu presencia son como un ayer que pasó, como una vela nocturna” (Salmo 89), pero que ha merecido la pena contemplar.

Fue D. Gúmer, en estos años, de cabellos plateados, cargados de experiencias, árbol añoso de copiosos frutos, un hombre sencillo, de vida austera, pero no alejada de los sentimientos, muy capaz para soportar la soledad a la que se ven abocados los ancianos durante el trepidante horario colegial, guardián de la casa, interlocutor complaciente en las fugaces conversaciones de pasillo. Con el espíritu de tenaz superviviente preparaba sus recetas, cultivaba plantas, leía con su lupa para paliar las dificultades de su vista, que últimamente lo asediaban. Era su obsesión valerse por sí mismo, no causar molestias, pasar como de puntillas con la urgencia de quien ya nada desea. Era frecuente encontrarlo, en alguna esquina de la casa, rezando su rosario al atardecer o en la penumbra de la capilla ante el Santísimo.

La comunidad salesiana del Colegio Hogar, que se esforzó por darle motivos de alegría para seguir agarrándose a la vida en su atardecer, que procuró darle aliento y cuidado en sus dolencias, calor de hogar, no se acostumbra fácilmente a su ausencia, y su falta nos interpela en nuestra vocación y nos anima a ser testigos y mensajeros de esperanza.

Don Gúmer había nacido en un pueblo de la provincia de Ourense, Parada de Ribeira, el tres de marzo de 1911, de unos padres, María y Primitivo, sencilla y profundamente cristianos. Fue el cuarto de cinco hijos y el que les sobrevivió a todos. El hermano José, tres años mayor que Don Gúmer, había muerto hacía cuatro meses. Las dos primeras fueron sus hermanas Modesta y Cándida.

Siendo todavía muy niño, pues sólo contaba con once años, murió su padre Primitivo, y su madre debió hacer frente y sacar adelante una familia numerosa con todo el esfuerzo y trabajo que nos imaginamos debió costarle una empresa semejante.

El primer contacto con los salesianos lo tuvo Don Gúmer cuando, a principios de los años treinta, pasó por el pueblo un salesiano andaluz del que sólo conocemos el nombre. Se llamaba Leopoldo. E invitó a su hermano José a marcharse con él. Como era costumbre en aquel tiempo, los salesianos andaluces buscaban los aspirantes en las provincias de Salamanca y Ourense. Ya estas tierras eran fértiles en muchas cosas y también en buenas vocaciones religiosas. En principio José aceptó el marcharse con Leopoldo y la madre le preparó toda la ropa marcada con sus iniciales, como era costumbre hacer entonces. Pero a la hora de marchar, parece ser que a José le entró un poco de

morriña y Don Gúmer se ofreció voluntariamente a irse en lugar de su hermano.

No hubo necesidad de comprar y marcar ropa nueva. La misma que estaba preparada para su hermano es la que él llevó. Y su viaje fue hasta Montilla, al sur de la provincia de Córdoba. Diría él, que fue el viaje más largo de su vida. Y en Montilla permaneció hasta que en 1933 se trasladó al Colegio de A Coruña donde hizo un año de aspirantado, habiendo realizado ya el servicio militar. Desde aquí pasó a Mohernando para hacer el noviciado.

Al concluir el noviciado hizo su primera profesión religiosa el 15 de julio de 1935 y la profesión perpetua el 8 de agosto de 1942.

Su primer destino, al concluir el noviciado, fue el Colegio de San Benito, en Salamanca, ya desaparecido, y donde está ubicada hoy la Universidad Pontificia. Aquí estuvo desde 1936 a 1940.

Durante los años de la Guerra Civil tuvo que alistarse y enrolarse en el frente de la zona nacional del conflicto. De este período y de las penalidades y sufrimientos que le acarreó hablaba, después de setenta años, como si lo estuviera viviendo en la actualidad, con multitud de detalles. La exactitud de acontecimientos y fechas causaba impresión en los que lo escuchábamos, como los cuentos que el abuelo cuenta a sus nietos en las noches de lluvia y sin luz, a la vera de la lumbre.

De 1940 a 1945 fue destinado al Colegio de Formación Profesional de Deusto- Bilbao, como profesor y maestro de mecánica, entre chicos de la barriada donde está el colegio. Estando aquí hizo la profesión perpetua.

Entre los años 1945 y 1948 estuvo en el Colegio de la Paloma de Madrid. Y en los dos años siguientes en el de San Fernando, de la Diputación Provincial de Madrid, que acababa de ser entregado a los salesianos para que se hicieran cargo de los niños huérfanos.

Desde 1950 hasta su muerte, con el paréntesis de cinco años en La Robla, por circunstancias de ajuste de personal, estuvo en el Colegio Hogar de la Caja de Ahorros de Vigo. Llegó cuando apenas llevaba dos años inaugurado. Aquí montó el taller de mecánica, por donde con frecuencia paseaba, recordando anécdotas sobre compra de maquinaria, que era una delicia escuchar.

Durante los últimos años, dejada ya la labor docente, estuvo al frente de la cocina, cuando todavía había más de 300 alumnos internos, a los que atendía con verdadero cariño.

En la homilía de la Eucaristía del funeral, don Ángel Fernández Artime, el Inspector, entre otras, dijo las siguientes palabras: “En un ambiente social —el de nuestras ciudades, nuestras calles, nuestros jóvenes, cada vez más secularizados, donde Dios cada vez dice menos, o para algunos ya no dice nada— la vida y la muerte de Don Gúmer, y nuestra celebración de ahora, es ante todo un testimonio de fe”.

## 82. JESÚS TRABA SEÑARÍS

Sacerdote.

Nacimiento, en Rus (A Coruña) el 22 de diciembre de 1923.

Profesión religiosa, en Mohernando, 16-8-1946.

Ordenación sacerdotal, en , 26-6-1955.

Defunción, en Vigo, 29-8-2001.

Jesús Traba Señarís, Sacerdote Salesiano, fue un gallego identificado con su tierra y delineado como tal en cada lugar que lo acogió. Apasionado, por cuna en las tierras de Rus, comarca de Carballo (A Coruña), y radicalmente asentado en la ciudad de Vigo, fue aquí, como un hijo adoptado, donde anidó su corazón.

Nació el 22 de Diciembre del año 1923 en Alborís-Rus. Es hijo de D. Tomás Traba Martínez y de Dña. Soledad Señarís Pereiro, naturales de Rus y Entrecruces respectivamente.

Ya curtido en tareas de la hacienda familiar y probando realizaciones en estudios, contactó con los Salesianos de A Coruña, quienes lo ganaron para la causa por la afabilidad y el talante familiar de la comunidad. Inició el aspirantado en Astudillo en 1942, cercano ya a sus 19 años, y allí estuvo hasta 1945.

En Mohernando (Guadalajara) hizo el Noviciado con el incombustible Padre Maestro D. José Arce. Culminó el Noviciado con la Profesión Religiosa que hizo el día 16 de agosto de 1946. También en Mohernando realizó los estudios de filosofía. La capacitación adquirida le sirvió más adelante para impartir enseñanza pluridisciplinar, tener sus alardes literarios y ser hábil en el cálculo.

Los años de “trienio práctico” los pasó en Madrid: en el Colegio de Estrecho (1948-1949) y en Atocha (1949-1950). Tenía un lucido especial para él haber sido “ciudadano” de Madrid en esta etapa, más que la siguiente de teología en Carabanchel. Cursó los estudios de teología en Carabanchel Alto desde 1951 a 1955, recibiendo los diversos ministerios oportunamente. Recibió la ordenación sacerdotal el día 26 de junio de 1955.

El primer destino como sacerdote lo situó en Allariz (Ourense), como catequista del grupito de muchachos que iniciaban el aspirantado en aquella casa. Al año siguiente lo tenemos en A Coruña, en el Colegio Calvo Sotelo, también como catequista. Aquello no era fácil, pero lo compensarían las medidas de afecto ofrecidas a aquellos muchachos pobres entre los pobres, carentes de cariño familiar y necesitados de comprensión y de paciencia. Y en 1958 comenzaría en Vigo la larga etapa de su ministerio sacerdotal. Estará en el Colegio San Roque, nuevamente como catequista, hasta 1967, pasando entonces al Colegio San Matías como profesor y tutor hasta que fue nombrado vicario de la Parroquia María Auxiliadora en noviembre de 1970.

En 1979 se formó la comunidad de atención a la Parroquia, pasando Jesús a formar parte de la misma como vicario parroquial. En esta comunidad le llegó la definitiva llamada de Dios.

En su aspecto físico, fue siempre un buen tipo. Recordaba con orgullo sus años jóvenes y sus primeras experiencias pedagógico-pastorales en los Colegios Salesianos más grandes y prestigiosos de Madrid, por el ascendiente con que se presentaba ante los jóvenes y los éxitos cosechados. Cosa parecida narraba de sus períodos estivales de estudiante de teología en que asistía a colonias y campamentos en la sierra madrileña.

Había en su afán un intento continuado de procurar felicidad entorno aportando la casuística del buen humor o el comentario inocuo de las noticias más estimulantes de la prensa que leía por la calle. Era una manera de poder alternar con toda la clase social. Era inteligente y culto. Así se evidenciaba cuando las conversaciones precisaban recursos históricos o geográficos, líneas teológicas y litúrgicas, actualidad cultural, etc. Aunque en la expresión normal era popular y sencillo, no pocas veces sacaba a relucir destellos literarios y contenidos profundos.

Era un sacerdote querido por la feligresía y por multitud de personas de la ciudad a quienes llegó su atención pastoral en alguna forma. Y ello, porque se hacía portador sin límites de la bondad y de la misericordia de Dios. Se sentía sacerdote y estaba siempre dispuesto a ofrecer su ministerio sacerdotal, bien en el propio templo, o bien en otros lugares de culto, en domicilios o en el paseo. Se familiarizó mucho con la expresión “Jesús de Nazaret” para referirse a Cristo, cuya imagen quería ser, no sólo en el altar, sino también en cualquier circunstancia pastoral, especialmente en la animación de grupos. Su palabra tenía autoridad por la unción sacerdotal que veían en él quienes se confiaban a su dirección espiritual y consejo.

Los Sacramentos, especialmente la Eucaristía, son el centro de la vida del cristiano, son “fuente y culmen de la vida cristiana”. Tan convencido era de esto Jesús, que era su ocupación más habitual la administración de Sacramentos, tanto en la forma normal y ordinaria como en la forma extraordinaria y festiva. Fue un especialista de la pastoral sacramental.

Cualquiera podía ver en él su pasión por la Iglesia de María Auxiliadora, su alegría cuando la proclamación del Santuario, su presunción con las populosas procesiones de María Auxiliadora después de las solemnes novenas, su entusiasmo con la iluminación y cualquier mejora de la casa de la Virgen. María Auxiliadora es tan consubstancial a Vigo que también lo era para él. Esta pasión por la Virgen de D. Bosco concentra todos los valores del espíritu salesiano o de la Salesianidad.

Ser salesiano para D. Jesús Traba era, como ser sacerdote, la mayor gracia que Dios le pudo dar, en lo que la Virgen tenía su papel fundamental, como en el caso de D. Bosco. Nada en la vida de Jesús Traba tenía sentido si no era desde su condición de Salesiano: lo Salesiano y los grandes Salesianos, entre los que contaba a los históricos de Vigo, tan devotos de María Auxiliadora, era para él lo más grande del mundo.

Se sentía feliz rodeado de los componentes de grupos apostólicos o de catecumenado de adultos. Se superaba a sí mismo para satisfacer el apetito de formación o de intervención de cada miembro y ponderaba, admirado, encantado y agradecido, la experiencia y sapiencia que pudieran aportar. Supuso una gran riqueza, pues la preparación exigía puesta al día en doctrina de la Iglesia, de Biblia, Teología (Cristología, Mariología, Eclesiología...). En estas reuniones se hacían reflexiones profundas y participaban personas preparadas doctrinalmente y comprometidas apostólicamente. Aparecía un Jesús Traba creador, imaginativo y lleno de ilusión.

Tenía Jesús Traba grandes amigos entre las familias de clase alta, pero se pagaba, y con razón, de las amistades y afectos con los sencillos, los humildes y los pobres. Durante años tuvo el encargo de coordinar Caritas Parroquial. Con un buen equipo de seglares muy sensibilizados, especialmente su presidenta, prestaron atención primaria a un buen grupo de familias, y especialmente de personas mayores, sin recursos ni casa. ni luz o agua etc., abandonadas y solas.

La mayor parte de la vida de Jesús fue placentera, en cuanto a salud se refiere. Pero en los últimos años empezó a percibir los síntomas de precariedad en el funcionamiento del corazón, por lo que se

sometió a algunos chequeos y fue tomando precauciones, aunque no suficientes. Cuando llegó la crisis final, llevaba ya cinco años con implantación de *by-pass* y frecuentes controles y revisiones en la clínica Ruber de Madrid.

Finalmente, la operación fue la única alternativa a una situación límite en que se encontraba: a ella se sometió, poniéndose en manos de Dios y de María Auxiliadora. El 20 de Junio de 2001 recibió en la clínica Fátima de Vigo la visita del Sr. Inspector, D. Ángel Fernández Artime, y éste informó a la Inspectoría sobre la salud de D. Jesús Traba. Durante varios días, las cada vez mayores dificultades para respirar agravaban la situación y los propios médicos esperaban lo peor. Sedado para aliviar el dolor, ya no podrá transmitir mensajes...

Vivió en la tierra con todas las realidades humanas: familia, amistad, sufrimiento, compasión...Se derramó como agua, en atención a todos los que se acercaban a él en busca de consejo, ayuda..., en el confesonario, en sus charlas y homilias, en la visita a los enfermos...Se elevó como el aire, buscando la belleza en la naturaleza, en la vida y, sobre todo, en la belleza que descubría en cada uno como hijo de Dios. Y, por fin, consumió su vida en el fuego de su entrega sacerdotal, haciendo de la eucaristía su vida y su acción de gracias.

### 83. MIGUEL REDONDO DÍEZ

Diácono.

Nacimiento, en Grajalejo de las Matas (León) el 4 de junio de 1970.

Profesión religiosa, en Mohernando, 16-8-1990.

Defunción, en Ourense, 26-4-2002.

Había nacido Miguel en Grajalejo de Las Matas (León) el 4 de julio de 1970 en el seno de una familia hondamente cristiana. Su infancia transcurrió, como la de la mayor parte de nosotros, feliz y dedicada al estudio y a los juegos propios de la infancia.

Tiene el primer contacto con la congregación en el mes de septiembre de 1981, con su ingreso en la casa de orientación vocacional de Astudillo. Hace el aspirantado entre los años 84 y 88 en León-Fontana. El prenoviciado lo hace en el mismo León, pero residiendo en la casa inspectorial. El noviciado lo hace en Mohernando, donde profesa el 16 de agosto de 1990. Continúa su formación humana y religiosa con el postnoviciado en Burgos desde el año 90 al 94. Del año 94 al 97 hace las prácticas del “trienio” en la casa de Astudillo. El año 97 comienza sus estudios de teología y de preparación a la profesión perpetua que hace en Zamora el 3 de mayo de 1998. Con los años de estudio de la teología va madurando en su vida hacia el sacerdocio que se verá culminada con la recepción de los distintos ministerios. El 29 de abril de año 2000 recibe el orden del diaconado. Concluido el curso 2000 es destinado a esta comunidad de Ourense, donde continúa su preparación para el sacerdocio y ejerce las funciones marcadas por la “obediencia” de pastoralista de E. Primaria e Infantil y de colaborador en la animación del Centro Xuvenil.

Su labor en este ámbito fue de plena dedicación. Disfrutaba entregando su vida a hacer felices a los niños de ADS y ANDAINA y a los jóvenes que frecuentaban el Centro Xuvenil. Ellos fueron los más beneficiados de la entrega y generosidad de Miguel. Al mismo tiempo que se dedicaba a los demás se seguía preparando para la ordenación sacerdotal, que veía ya próxima. Pero los designios de Dios hicieron que sus sueños se vieran truncados por una muerte súbita e inesperada.

Son significativas dos anécdotas sucedidas en su infancia (entre otras muchas) y contadas por su hermana. Dicen mucho de la generosidad y de la preocupación por los demás, aún a costa de su propia incomodidad o privación. Las transcribo tal como me las escribieron: “Era muy pequeño, en un día de invierno, y estábamos comiendo cuando llamó a la puerta un pobre para pedir limosna. Salió Miguel a abrir la puerta y después de hablar con él entró de nuevo y les dijo a mis padres que si le dejaban dar su comida al pobre que él se quedaría sin comer”. “En otra ocasión había dormido otro indigente en Grajalejo y Miguel vio que no tenía ni tan siquiera calcetines; le dijo que esperase y fue corriendo a casa por algo de ropa para dársela”. Éstas son dos pequeñas pinceladas que hablan de su grandeza de alma y del espíritu de altruismo y caridad que supo asimilar en el seno de su familia y que mantuvo a lo largo de su vida.

De su estancia en la Fontana como aspirante nos dice uno de sus educadores que le sirvió para afianzarse en su vocación y servir con alegría como bálsamo entre sus compañeros cuando surgen descontentos. Él siempre se sentía alegre y era apreciado por cuantos lo rodeaban, fueran superiores o compañeros.

Uno de los compañeros de los años de formación nos escribe lo siguiente: “De los años de formación que compartí con Miguelín no se me ocurre más que decir que fui yo quien tuvo la suerte de ser su amigo, aunque no era demasiado difícil; creo que somos mucha gente los que podemos

considerarnos amigos suyos”. Ese era Miguel: de trato afable, agudo, ocurrente, dispuesto a escuchar, a aconsejar, animar, con su buen humor, y sacando siempre el sentido simpático de las cosas. ¡Era fácil sentirse a gusto a su lado! De gran espíritu salesiano, fue para mí siempre un ejemplo en su trato con los jóvenes: era ese trato afable y espontáneo y su cercanía que le hacían asequible a ellos.

Conocí a Miguelito cuando él estaba en el Noviciado en Mohernando y yo en el aspirantado de Guadalajara. Desde el primer momento me demostró sus increíbles cualidades para las “relaciones públicas”. Pasábamos juntos casi todo el día y empezamos a labrar una gran amistad.

Miguel ha sido una persona con un gran corazón que ha cautivado a la gente por su sencillez y por su espontaneidad. Amigo de sus amigos, tenía una habilidad especial para caer bien a primera vista. En los Encuentros Inspectoriales en los que muchos pasábamos desapercibidos, los chicos volvían a sus lugares de origen y decían: “He conocido a Miguelito”.

En la Inspectoría de Madrid era el salesiano universal. No había estado en muchos sitios pero lo conocían en todos. Como le decíamos sus amigos, Miguelín era “el perejil de todas las salsas”.

Yo creo que ésta ha sido su mayor cualidad: “Hacerse querer”. En mi familia Miguelito era uno más de la familia. Con mis padres - cuando yo estuve operado del oído, en Burgos - se portó con una delicadeza y cariño que hizo que se convirtiera en uno más de la casa. Mi hermano, mi cuñada, mis tíos,... ¡todos conocían y querían a Miguelín!

Con los chicos era agradable y cercano. No era un programador de muchas actividades y movidas. Lo suyo era estar. Con unos, con otros o con los de más allá.

Dicen que el rumor popular suele ser la base en que se apoya la impresión generalizada que tenemos de las personas y de su actuación; y que en la boca de los niños se halla la verdad. Si esto es así podemos constatar, por las impresiones que han manifestado los animadores, miembros del centro juvenil y niños de las asociaciones ADS y Andaina, que la valía de Miguel era grande: pequeño de estatura, pero con alma entregada a los demás.

“Era sencillo y amigo de todos; amante de Jesús”. Siempre tenía palabras de aliento. A los chicos y chicas les animaba con la frase “eres más sencillo que el mecanismo de un chupete”. “Más que un profesor era un amigo...”. “Era una persona justa, amable y alegre...”. “Su vida era de verdad; y su palabra, la libertad. Tenía un buen corazón”. “Siempre estaba en los lugares donde la gente necesitaba de su ayuda”.

Entre los animadores del centro juvenil, en las reuniones y en el remover papeles es frecuente el comentario de “os acordáis de Miguel cuando...” “Faltas, amigo. Y contigo falta esa sonrisa, esa disposición y amabilidad, esa persona que ayuda...”

Dos aspectos nos destacan estos testimonios citados: cercanía que inspira confianza y talante que refleja en él el don de la oportunidad. Sabía ser niño con los niños, adolescente con los adolescentes, joven con los jóvenes. Era una persona abierta a los demás que siempre sabía dar “la puntilla” en los momentos difíciles y rematar la faena.

Lo mejor de Miguel: la forma de ver la vida en la entrega a los demás y en las ganas de sembrar alegría a su alrededor. Siempre se le veía sonriendo. Ahora, si quiero ver su sonrisa, sólo tengo que mirar al cielo.

Sabía escuchar lo que los demás sentíamos y necesitábamos... Era enteramente generoso y estaba dispuesto a dejarse querer por todos. Su sonrisa era una de las facetas que lo caracterizaba. Nos ha dejado su sencillez y capacidad de servicio; y esa manía de verlo todo más sencillo, más personal... Era el contrapunto de todas las discusiones y agobios.

Dedicado a su trabajo con ilusión, entusiasta con los pequeños y con la gente que conoció en Ourense; alegre y siempre dispuesto a escuchar.

Este era Miguel; y este es el hondo recuerdo que ha dejado entre sus compañeros de trabajo y entre los que se beneficiaron de su doctrina y de su entrega.

Las ilusiones de llegar al sacerdocio se las llevó con él; pero el fruto de su apostolado diaconal y salesiano se quedó entre nosotros.

Pidamos al Señor que nos envíe salesianos entregados a dar su vida por la juventud con alegría y generosidad; salesianos que sean modelo para niños y jóvenes de la entrega generosa y alegre a Dios y a los demás.

## 84. ELOY REY VIDAL

Sacerdote.

Nacimiento, en Maceda (Ourense) el 4 de junio de 1929.

Profesión religiosa, en Mohernando, 16-8-1946.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel, 26-6-1955.

Defunción, en A Coruña, 31-1-2003.

Había nacido el 4 de junio de 1929, en la villa orensana de Maceda, cerca del santuario de Nuestra Señora de los Milagros, zona que ha dado muchos de sus hijos a la vida religiosa y en concreto a la salesiana. En su familia, de profundas raíces cristianas, encontró él desde niño, así como otro de sus hermanos, Manuel, el ambiente propicio para su vocación.

El día 1 de octubre de 1941 llegó al seminario-aspirantado de Astudillo (Palencia) con un grupo de compañeros gallegos que salían por primera vez de su tierra. Su primer encuentro con la realidad salesiana fue con un director como D. Pedro Olivazzo, que había conocido y convivido con D. Bosco; con un D. Valentín Grasso, que moriría en avanzada edad con fama de santidad.... Reinaba en aquellos años gran camaradería, unión con los superiores, piedad a raudales y mucha pobreza. Se pasó excesivo frío, sobre todo los que venían como él de lugares más templados. Se trabajó duro, en los estudios, en el campo y en la reconstrucción y arreglo de la torre, de la iglesia, del colegio. Amor a raudales a D. Bosco y a la Madre Auxiliadora. Fueron cuatro años fundamentales de su vocación salesiana que prepararon el noviciado en Mohernando.

No era Eloy un muchacho que descollara dentro de un curso tan numeroso como aquél; pero sus compañeros no lo recuerdan discutiendo o hablando mal de nadie; era muy piadoso, trabajador, buen camarada; hacía las cosas ordinarias de un modo ejemplar. En los recreos y paseos era alegre y compartía la conversación con todos. Formó parte de la banda de música. Corría mucho y aceptaba bien la fatiga y el calor.

Hay un suceso en la vida de su noviciado que nos puede dar la clave de lo que supuso para él este año tan importante para la vida religiosa. Tuvo el “deseo de martirio” de los devotos de la época; consistía en ir a misiones y dar la vida por Jesús allí. Lo habló mucho con un compañero y después de madurarlos ambos se acercaron juntos al despacho del “padre maestro” para manifestar y pedir su deseo. D. José Arce les habló de la misión de dar todo por los jóvenes en la voluntad de Dios que se iría manifestando a través de la vida según las “obediencias” que habrían de recibir. Ninguno de los dos fue a misiones. Pero sin duda, Eloy recogió el guante que le arrojó el padre maestro aquel día, para vivir su misión salesiana de modo sencillo y ejemplar. Hizo su primera profesión el 16 de agosto de 1946.

Realizó sus estudios filosóficos, del 1946 al 1948, en Mohernando, con profesores muy buenos y exigentes (D. Emilio Hernández, D. Juan Gil...). Se notó en Eloy, si cabe, una dedicación y entrega más esmerada en los estudios. Lo de él recordaba aquello de “gutta lapidem cavat”, la gota de agua termina por horadar la piedra; lo que otros lograban a través de una inteligencia brillante él lo hacía con voluntad y constancia. Además del estudio su otra pasión era el juego y pasear con los superiores oyendo sus enseñanzas y consejos.

Del año 1948 al 1951 realizó su trienio práctico, teniendo como director a D. Esteban Ruiz. Después de pasar unos días por el colegio de San Fernando de Madrid recibió su “obediencia” definitiva para el colegio de la Institución Sindical “Virgen de La Paloma”, en la Dehesa de la Villa. Es la primera vez que conoce el mundo civil de la educación; en su vida salesiana le tocará por

largos años trabajar en estos ambientes. Un salesiano que convivió con él lo recuerda así: “Buen compañero y hermano, piadoso, cumplidor de sus deberes religiosos y educativos entre los muchachos”.

Después de hacer su profesión perpetua como religioso salesiano, el 3 de agosto de 1951, en Deusto, Bilbao, comenzó sus estudios teológicos preparándose así al sacerdocio ministerial. Fueron cuatro años vividos en Carabanchel Alto (Madrid). Manifestó madurez en sus estudios y en su relación con superiores y compañeros. Él hablaba de la influencia positiva que había recibido en estos años del sacerdote D. Luis Chiandotto, modelo para él de vida sacerdotal salesiana; colaboró con D. Luis en sus inquietudes culturales y lo acompañó en el nacimiento de la entonces revista “Técnica de Apostolado”, la hoy ya madura “Misión Joven”. El 26 de junio de 1955 es ordenado sacerdote. Es consciente, que más que el final de una etapa es el principio o continuación de una vida más plena entregada a los jóvenes por el Señor.

Al revisar los destinos que recibió en su vida salesiana por parte de sus superiores, enseguida llama la atención cómo con frecuencia su labor la desarrolló en obras que decimos de colaboración o de titularidad civil. Por ejemplo, los Sindicatos Madrid-La Paloma (1948-1951); Renfe, Colegio de Aprendices de Villagarcía de Arosa (1971-1973); Diputación Provincial, A Coruña-Calvo Sotelo (1973-1979); Colegio Huérfanos de Ferroviarios, León (1982-1984). Y en ellas, a excepción del tirocinio práctico, con el cargo de director; lo que manifiesta la confianza que tenían en él como persona responsable y capaz de relaciones constructivas. Como director de la comunidad y colegio se sentía el D. Bosco que animaba, motivaba, prevenía.

Otra línea de trabajo fue la de ejercer de administrador de diversas obras de la inspección salesiana. Así por ejemplo en Allariz (1963-1966), Astudillo (1968-1969), Valladolid-San Juan-Bosco (1979-1980), León Centro D. Bosco (1985-1989) y Santiago de Compostela (1989-1992). Sus cualidades de persona ordenada, limpia y de trato exquisito fueron bien encauzadas en esta encomienda que lo obligaba a una relación frecuente, a veces exigente, con tantas personas adultas.

La tercera línea de trabajo está relacionada con las casas de formación de nuestra inspección. Su ser consejero y confesor (1966-1968) del aspirantado de Cambados, consejero y prefecto del de Allariz (1957-1966), prefecto (1968-1969) y director (1969-1971) de Astudillo, diversos cargos en el Centro D. Bosco de León (1984-1989) y en la casa de formación de Santiago de Compostela (1989-1997), avalan una vez más la confianza puesta en él para llevar adelante labores delicadas.

Llama la atención el paréntesis en medio de su vida activa de dos años (1980-1982 en Madrid-D. Rúa) pedido por él para estudiar y obtener la licenciatura en catequética. Quiso estar siempre al día en teología y pedagogía. Consideró que ello era importante en un salesiano que se preciara y quisiera hacer un servicio digno a los jóvenes. La Familia Salesiana también tuvo en él un buen delegado en sus diversas ramas.

Eloy fue un niño, un joven, y un hombre de convicciones muy firmes, de una sencillez ejemplar, de un sentido de la amistad fiel y cariñoso; tenaz y animoso trabajador; amante del estudio y de la reflexión. Alegre y risueño pero siempre ponderado y sereno. Limpio, bien presentado, templado en su andar y expresiones y sin dejar la sonrisa cuando se encontraba con alguien o hacía algún comentario.

Era ordenado en su vida, en su persona, en sus cosas, en sus archivos. Aquel orden exterior reflejaba también su orden interior. Destaquemos tres rasgos que adornaron la humanidad de Eloy. En primer lugar, su bondad: Fue una persona profundamente buena e integradora que favorecía con

sus cualidades la fraternidad. La sencillez: humilde y cercano, sabía trabajar en equipo sin imponer sus ideas; su modo de hablar era sencillo y asequible. Su carácter educado: suave en las formas, amable, dispuesto a ayudar, servicial y disponible.

Lógicamente los rasgos anteriores son profundamente humanos, pero en esa humanidad se veía la huella de Dios, la existencia de una fe fuerte y profunda que lo llevaba a ser y actuar de esa manera. En el fondo y en la forma Dios se hacía presente en su bondad, sencillez y educación, porque su espiritualidad sencilla y profunda se encarnaba en estos valores, propios de nuestro espíritu salesiano. Tenía claro que su vida estaba anclada e iluminada por el absoluto, Dios. Y el Dios de Jesús: un Dios que es amor y ternura y que para nosotros los salesianos se expresa en la imagen comprometida de Jesucristo Buen Pastor que nos acompaña fuerte y tiernamente a través de la Eucaristía hecha vida. Manifiesta que le agrada ese tono de austeridad propio de la vida salesiana; y demuestra con su vida que ella no está reñida con la elegancia y el buen gusto.

Celoso y piadoso apóstol; muy estimado como sacerdote. Siempre se presentó como salesiano sacerdote, aún en los momentos más civiles que sus cargos de administrador y director de colegios de obras de colaboración lo obligaban a realizar. La labor del sacerdocio ministerial lo lleva a ser servidor de la comunidad cristiana en la Palabra, en los Sacramentos, en la unidad de la comunión. Aquí también era “un caballero”, sencillo, atento, popular y cercano. Era su modo peculiar de mostrar ese corazón que latía al unísono con el del Buen Pastor, el único sacerdote entre Dios y los hombres.

Eloy había trabajado en la comunidad de Calvo Sotelo de A Coruña, realizando el servicio de director. Volvió en el verano de 2001 tocado ya gravemente por la enfermedad. A pesar de sus 73 años y de la enfermedad, quiso seguir trabajando hasta el final sirviendo a los jóvenes, encargándose de la iglesia pública de este colegio y siendo Delegado de la Asociación de María Auxiliadora. Se nos fue el día 31 de enero, fiesta de Don Bosco y aniversario de su muerte; aproximadamente a la misma hora. María Auxiliadora lo habrá recibido con un abrazo de Madre en el Hogar común del Dios Amor. Lo señalado de la fecha y hora nos recordó a más de uno la frase de D. Bosco “Os espero a todos en el Paraíso”.

## **85. AGUSTÍN RODRÍGUEZ PÉREZ**

Sacerdote.

Nacimiento, en Villares de la Reina (Salamanca) el 27 de agosto de 1933.

Profesión religiosa, en Mohernando, 16-8-1951.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel , 24-6-1960.

Defunción, en Vigo, 14-12-2003.

Agustín nació en el seno de una familia humilde, trabajadora y muy cristiana. Es el segundo de los hijos que tuvieron sus padres Teófilo y Dionisia. En su casa vivió siempre en un ambiente sereno y cordial, impregnado de una profunda vivencia de fe. La conducta de los suyos y las expresiones religiosas, de su madre y de su abuela principalmente, fueron quienes crearon un clima donde eran habituales las referencias a Dios. Todas las mañanas se hacía el ofrecimiento del día al Señor y la jornada estaba salpicada de expresiones de fe.

Creció en un ambiente de laboriosidad y, desde pequeño, tuvo que asumir, junto con su hermano mayor Paco, responsabilidades que hoy consideraríamos impropias de sus años. La vida era muy distinta de la de estos tiempos y el negocio de la panadería que tenían sus padres, donde toda la elaboración del pan se hacía a mano, exigía la colaboración de todos en múltiples detalles que tenían a los niños ocupados durante largos ratos a su salida de la escuela, como antes se decía.

Cuando tenía diez años, sus padres decidieron que lo mejor sería que Agustín acompañara a su hermano Paco y siguiera cursando sus estudios primarios en el colegio salesiano de San Benito de Salamanca. Y ahí tenemos a los dos hermanos recorriendo a pie todos los días, por la mañana y por la tarde, los seis kilómetros que separaban el colegio de la casa familiar. Iban cargados con sus libros y con la comida que su madre les preparaba el día anterior y que luego comerían caliente en casa de unos amigos de la familia. Fueron tres cursos los que Agustín fue alumno de San Benito.

En San Benito tuvo su primer contacto con los salesianos, en el año 1943. El ambiente familiar y el ambiente del colegio fueron los medios de los que Dios se valió para ir haciendo brotar en él la semilla de la vocación salesiana y sacerdotal. No poco influyó en él el ejemplo de su hermano y el deseo de estar con él en el aspirantado en el Colegio Salesiano de Santander en el año 1946.

En Santander y Arévalo hizo su aspirantado. Mohernando lo acogió como novicio en 1950, cursando después sus estudios de Filosofía en el Colegio San Fernando (Madrid), cuando aún estaban unidas las Inspectorías de Madrid, León y Bilbao.

En agosto de 1953 fue destinado al Colegio San Matías de Vigo para hacer su trienio. Fue precisamente en Vigo donde lo sorprendió la división de la inspectoría de Madrid. Desde ese momento toda su vida salesiana se desarrollaría en la Inspectoría de León. Agustín y su hermano coincidieron por última vez, durante dos años, en el Teologado de Carabanchel. Allí se ordenó de sacerdote el 24 de junio de 1960.

Agustín formó parte de la Comunidad Salesiana en los primeros años del Colegio del Naranco (1962-1966). Este centro-internado sustituyó al Hospicio Provincial. Agustín se empleó muy a fondo para cambiar la imagen del nuevo Colegio. Los alumnos se mostraron receptivos y confiados al experimentar el trato cordial y próximo que les dedicaban los salesianos. Agustín desplegó una actividad educativa importante como Jefe de Estudios. Consiguió un ambiente disciplinar bastante sereno, estableció normalidad académica en el desarrollo de las clases y en el funcionamiento de los

talleres, a pesar de la prehistoria educativa bastante deficiente del alumnado y de las dificultades del personal salesiano, escaso y algo sorprendido ante un reto tan especial.

Durante la estancia de Agustín en el Colegio del Naranco trabajó intensamente para responder al reto en que se había implicado la Congregación y sin duda lo logró, a pesar de las muchas dificultades que debió superar. Aceptó sus responsabilidades con seriedad, con alegría y mucho optimismo. Pasada la tormenta, comentaba las situaciones complicadas con humor y las incorporaba a su repertorio de “sucedidos”.

En el verano de 1982 se dejó definitivamente el Colegio de Llaranes, propiedad de la empresa ENSIDESA. La Comunidad de este Centro pasó al Colegio del Santo Ángel, recientemente adquirido por la Inspectoría. Agustín fungió como director para finalizar el sexenio comenzado en Llaranes. Al curso siguiente se hizo cargo de la dirección Salvador Fernández y Agustín continuó como administrador. Finalizado el mandato de Salvador, de nuevo Agustín es nombrado director durante nueve años.

En ambos cargos, administrador y director, desempeñó una labor decisiva en la necesaria renovación de las estructuras edilicias y académicas del Colegio, exigidas por la nueva condición mixta del alumnado, por la implantación de todos los ciclos académicos y por el lógico deterioro de las instalaciones por el uso y transcurrir del tiempo. Con un entusiasmo irrefrenable y con difusos permisos municipales e inspectoriales, Agustín inició obras decisivas para una digna y elemental presentación del edificio, para subvenir a carencias muy sentidas y para lograr el prestigio educativo y académico que el Centro había tenido y del que gozaba la Congregación por la acertada actuación de los Salesianos en el poblado de Llaranes.

La acometida de estas obras tan importantes la asumió Agustín con ánimo emprendedor, con fe en el porvenir del Colegio, con la oposición de ciertos sectores, con escasez o falta de dinero, que según él había que ir a buscarlo a los Bancos; con discrepancias con arquitectos y aparejadores, con trabajo físico personal. Los domingos y días festivos, a primera hora de la mañana, se le veía barrer los patios, pintar las líneas de las canchas, de los aparcamientos, cuidando y regando las plantas, preparando unas artísticas carteleras, pintando paredes y pupitres... En ocasiones algún visitante quedó estupefacto al comprobar que el director por quien preguntaba era precisamente quien tenía ante sí, equipado con la vestimenta de un sencillo y laborioso menestral.

Continuó asistiendo espiritualmente a la Familia Salesiana de Llaranes; le encantaba volver a encontrarse con personas a las que había conocido como padres de los alumnos de aquel Colegio. Siguió organizando la Novena a María Auxiliadora, para la que preparaba unos folletos con contenido mariano muy sencillo y popular; los llamábamos “breves tratados de mariología”. El día final de la Novena organizaba una rifa con abundancia de obsequios religiosos. En alguna ocasión el premio tocaba a determinada persona, no por caprichos del azar, sino por voluntad de Agustín. Fundó la revista colegial Jarca, en la que lucía sus dotes de dibujante, rotulista, cartelista de mucho gusto; con ella pretendía fomentar y encauzar las inquietudes literarias y artísticas del alumnado.

En su actuación como director de este Colegio demostró poseer un carácter emprendedor, enérgico y luchador, que se crecía ante las dificultades, cualidades muy necesarias en aquellos tiempos fundacionales. De carácter fuerte y vivo, sabía sobreponerse a sus momentáneos enfados, más escenificados que reales, y recuperar su talante de persona afectuosa, cercana y familiar.

En 1995, llega como Administrador al Colegio “María Auxiliadora” de Vigo, cargo que desempeñó hasta el año 1999 y pronto hace grandes amigos entre el profesorado, personal, alumnos y padres.

En estos años su espíritu emprendedor lo lleva a buscar un logotipo para el Colegio y a fundar la revista colegial “Xanela”. Estando ya como Director en el Colegio Hogar Caixanova (1999-2002), seguía teniendo visitas de grandes amigos, con los que compartía alguna que otra cena.

En marzo de 2001 visita por primera vez la consulta del Dr. Castro Dono. Desde el verano de 2000 Agustín tenía cierta dificultad en articular ciertas palabras, especialmente las que llevaban la letra “r”, y ahora aparecían también calambres en las piernas. El doctor le da el diagnóstico: Esclerosis Lateral Amiotrófica (ELA) e inicia su tratamiento. Desde el primer momento Agustín conoce el alcance de su enfermedad y el doctor con una sana pedagogía le va adelantando los síntomas que lo acompañarán hasta el final: dificultad para comer, necesidad de ventilación mecánica, pérdida de peso. A pesar del deterioro físico y de ser conocedor de su enfermedad, la asume con una profunda entereza y sigue desarrollando su actividad en la comunidad, fiel a su lema “no esperes a que otro lo haga”.

El curso 2001 –2002 se despide de las aulas como profesor pero sigue llevando a cabo otros trabajos no menos importantes al servicio de los chicos: la revista Ciclos, carteleras, buenos días, venta de láminas, cooperadores, crónica de la casa, cuidado de las plantas...

Poco a poco va experimentando en propia carne los síntomas anunciados por el doctor, sobre todo la dificultad para hablar y para comer al igual que el cansancio físico. El 21 de abril de 2003 es internado en la Clínica Fátima de Vigo para aprender a manejar y a regular una máquina que lo ayude a respirar mejor, está internado hasta el día 25 en que regresa a casa con la máquina. Durante los meses de julio y agosto está en su pueblo, Villares de la Reina, con su hermana. Regresa el día 25 de agosto acompañado por su hermana Luisa, su hermano Paco y Paulino (sobrino). El 27 celebramos su cumpleaños y al día siguiente, San Agustín, sus hermanos regresan a Salamanca y él participa con el resto de la Comunidad en las reuniones de programación en Cambados.

A partir de esta fecha para comunicarse tiene que echar mano de pequeñas notas escritas. Para aliviar ese sufrimiento el Dr. Castro Dono le aconseja realizar una gastrostomía endoscópica percutánea. Para lo cual ingresa el 19 de septiembre en la clínica de Fátima, es operado por la tarde y permanece en observación esa noche en la UCI. El médico de guardia nos dice lo que ya sabíamos: “se trata de una enfermedad mala (ELA) porque uno es plenamente consciente de lo que le está pasando y no se puede hacer nada para evitarlo”.

El sábado 13 de diciembre se despidió con un sencillo gesto de la mano en la sala de estar. Se acostó temprano, quizá porque intuyó que al día siguiente tenía que emprender algo importante: el viaje definitivo a la casa del Padre. Moisés, que lo atendía en las comidas, encontró su cuerpo en el lecho, arropado, con el semblante sereno. Agustín había partido de prisa con las primeras luces del alba.

Su carácter, un tanto serio en los primeros años, se fue abriendo poco a poco y haciéndose cordial, cercano, comunicativo, fácil para generar amistad y confianza entre los que lo rodeaban. Muestra de ello son los numerosos y auténticos amigos que fue dejando por todas partes donde estuvo.

Su muerte ha sido muy sentida y llorada por cuantos lo conocieron. Sólo después de su muerte he llegado a conocer mejor a mi hermano, su fidelidad al compromiso asumido el día de su ordenación sacerdotal y su talla como salesiano y como apóstol.

## 86. FELIPE GARCÍA MONTIEL

Sacerdote.

Nacimiento, en Monasterio de Santillán (Palencia) el 12 de septiembre de 1928.

Profesión religiosa, en Mohernando, 16-8-1947.

Ordenación sacerdotal, en Carabanchel, 24-6-1956.

Defunción, en Mondoñedo (Lugo), 19-8-2004.

En el tranquilo y caluroso mes de agosto, cuando la comunidad estaba a punto de ponerse en marcha de cara al nuevo curso, sucedió la repentina muerte de don Felipe García Montiel.

En la mañana del 19 de agosto de 2004, había llamado por teléfono a la comunidad de Foz comunicando que en esa tarde se incorporarían él y don Anselmo Duque, nuevo director. Viajarían juntos desde León en el vehículo comunitario, tras concluir su tiempo de estancia con la familia.

En torno a las 20.00 h. el teléfono sonó nuevamente. Don Anselmo llamaba comunicando que habían sufrido un aparatoso accidente de circulación en la variante de Mondoñedo. Él tenía algunas magulladuras, pero don Felipe, que iba conduciendo el coche, había fallecido al instante. A apenas 20 km. de Foz, debido a la colisión de un vehículo, don Felipe había llegado al final de sus días entre nosotros.

El nuevo curso iba a ser distinto y aparentemente más tranquilo para don Felipe, puesto que dejaba la responsabilidad de la administración del Colegio «Martínez Otero» y todo lo relacionado con el Patronato de la Fundación propietaria del centro. No tuvo tiempo de empezar a gozar de dicha serenidad, la paz eterna que Dios promete a quienes le sirven fielmente es ahora su mayor esperanza y el consuelo de quienes han convivido con él.

La capilla ardiente quedó instalada, hasta la mañana del día 21, en un tanatorio mindoniense. Muchos fueron quienes se acercaron al velatorio y al colegio en esos días, dando muestras de cercanía a don Felipe y a la obra salesiana en la “mariña” lucense. El sábado, 21 de agosto, se trasladó el féretro al Colegio Salesiano «Divina Pastora» de Lugo. Tras ser velado durante toda la mañana en la capilla colegial, a las 16.30 h. tuvo lugar el Funeral en la vecina Parroquia de la Milagrosa. Tras las exequias, presididas por el sr. Inspector, don Ángel Fernández Artime, sus restos fueron enterrados en el panteón que la comunidad salesiana tiene en el cementerio municipal de “San Froilán”, en la capital lucense.

Los vecinos de Foz, participaron masivamente en el funeral que se celebró en el templo parroquial el 24 de agosto, donde en los últimos años habitualmente presidía don Felipe la eucaristía en la conmemoración mensual de María Auxiliadora. También los miembros del Patronato «Martínez Otero» le tributaron su homenaje con un funeral en el asilo de Foz, el 7 de septiembre, y los alumnos del colegio hicieron lo mismo el 24 de septiembre.

Felipe abrió los ojos a la vida por primera vez en la montaña palentina. Había nacido el 12 de septiembre de 1928 en el pequeño pueblo de Monasterio de Santullán, cerca de Guardo. Es bautizado en la Iglesia parroquial de la “Asunción” el 16 de septiembre por el párroco don Gerardo Gutiérrez Alonso.

El matrimonio formado por Juan y María tuvo cuatro hijos, entre ellos Felipe. A nadie se le escapa que los momentos de la infancia tuvieron que ser difíciles en múltiples ocasiones debido al clima social que se vivió en la España de aquellos años. No obstante, a las estrecheces y la austeridad se suman gestos de cariño y ternura en el ambiente familiar.

El 9 de julio de 1930 recibe el sacramento de la Confirmación en la parroquia de Matamorisca, en manos del Obispo de Burgos, diócesis a la que pertenecía su pueblo. El primer contacto con la Congregación Salesiana lo tiene en Astudillo en 1941. El primer día del mes de octubre de ese año inicia su aspirantado. Lo continúa en Santander en el curso 1942-1943 y lo concluye en Astudillo, desde 1943 a 1946. En este año inicia su noviciado en Mohernando (Guadalajara).

Emite su primera profesión, por cuatro años, en Mohernando el 16 de agosto de 1947. Renovará sus votos en 1951 en Salamanca y el 25 de junio de 1954 hará, en Madrid - Carabanchel su profesión perpetua como Salesiano de Don Bosco.

Sus estudios de Filosofía se prolongan durante dos años en Mohernando, hasta 1949. Año en el que inicia su trienio. Es destinado a la casa de Estrecho en la zona de Cuatro Caminos (Madrid).

En septiembre de 1952 comienza sus estudios de teología en el estudiantado de Carabanchel. En dicha casa recibirá las órdenes menores de Ostiario, Lectorado, Exorcista, Acolitado (1954) y subdiaconado (1955) y las órdenes mayores del diaconado, el 17 de diciembre de 1955, y el presbiterado, el 24 de junio de 1956. Fue ordenado por el Obispo de Oxyrinco en el año jubilar de Pío XII, según rezan los recordatorios de la ocasión.

Tras culminar sus estudios de teología es destinado como prefecto y profesor a la casa de Astudillo, donde permanece un año, ya que en 1957 le encontramos en Cambados como consejero y catequista. En esta casa permanece dos años y, a punto de cumplir los 32 años, es nombrado director del Colegio de Llaranes (ENSIDESA), en Avilés.

Pasa en Llaranes tres años, al término de los cuales es destinado, en 1962, al Colegio «Calvo Sotelo» de la Diputación de La Coruña. Gratos eran los recuerdos de don Felipe, de muchos salesianos, de los grupos de la Familia Salesiana y de gente cercana a esta obra de estos tiempos. Don Felipe esperaba concluir el período de seis años como director de esta obra, pero un imprevisto lo traslada en 1967 como director a la casa de Villagarcía de Arosa —ya que había fallecido repentinamente, en un accidente de tráfico, el director nombrado—.

En Bamio, pues así se llamaba el lugar en el que se encontraba este internado de RENFE en las cercanías de Villagarcía de Arousa, permanece tres años. Concluidos éstos la obediencia le lleva a la casa Inspectorial de León. Interrumpe su labor como profesor, que había desempeñado en todos los colegios por los que había pasado, para buscar nuevas vocaciones por los pueblos. Durante un año lleva adelante este encargo, hasta que en 1971 es destinado a Cambados como director.

Nuevamente volverá al que fuera su primer destino como presbítero, a Astudillo, ahora como director entre los años 1974 y 1979. Tras estos cinco años recibe un encargo especial. La Inspectoría ha estado fraguando cuál podría ser su aportación al «Proyecto África» lanzado por don Egidio Viganó. Felipe García con Manuel Garnelo forman la avanzadilla de este gran proyecto evangelizador y asientan las bases de las obras de nuestra inspectoría en Senegal. Es el encargado de la presencia de Tambacounda —en cuya crónica deja constancia de todos avatares de los inicios de la obra salesiana en el país— desde enero de 1980 hasta el mes de septiembre, en el que pasa a ser vicario y administrador de la comunidad de Saint Louis. Su dificultad con la lengua francesa le obliga a regresar a la Inspectoría en 1981, pero dejó su impronta en la fundación de nuestra presencia en el Senegal y ya nunca podría desvincularse por todo lo relacionado con la misión “ad gentes”.

Durante el curso 1981-1982 pertenece a la comunidad de la casa Inspectorial, de la que es vicario y administrador. En ese mismo año es el delegado de los Cooperadores y comienza la labor como primer párroco salesiano en la vecina Parroquia de Armunia —cargo que mantendrá a los largo de nueve años—. En 1982 pasa al Centro Don Bosco y va asentando las actuaciones pastorales de la parroquia; además es el vicario de la comunidad y, desde 1983, secretario del colegio.

Termina su labor en León en 1990, año en que es destinado a Lugo. Allí será durante ocho años el ecónomo local, además de ser profesor en el colegio y vicario en sus últimos años (1996-1998); también pondrá los cimientos de la “Asociación de María Auxiliadora” en Lugo. Tras pasar un mes en Allariz, en 1998 llega a Foz. Desde el primer momento se encarga del ADMA y de atender como capellán a las religiosas del Asilo de Foz —en un primer momento Hermanas de los Ancianos Desamparados y últimamente de la Congregación “Marta y María”—, y desde 2000 es administrador de la casa.

El "currículum" es prolijo en destinos, encargos y servicios, de él trasluce su disponibilidad continua, su laboriosidad incansable y la profunda confianza en Dios y en la Congregación ante los distintos retos que se presentan en la vida. En la homilía del funeral, el sr. Inspector hizo un emotivo retrato de cómo don Felipe afrontó en su vida la voluntad de Dios: «Gracias, querido Felipe, porque fuiste un hombre de familia, que siempre quisiste a los tuyos y a esa otra Familia, la salesiana. Fuiste un gran salesiano, un hombre de Congregación y de Inspectoría. Te dolía como algo tuyo, te alegraba como algo profundamente tuyo. Gracias por tu tarea continua en los patios, en las aulas, entre los jóvenes. Ninguna tarea te hacía ascos, nunca se te caían los anillos que nunca tuviste, te dolía todo lo que se gastaba sin necesidad y todo trabajo tuyo te parecía poco».

Y concluía el Inspector: «Gracias, querido Felipe, porque si algo te ha distinguido siempre fue tu absoluta, plena y total disponibilidad cada vez que se te pedía algo, siempre que se te necesitaba ... Todos tus hermanos, tus salesianos, tu Familia Salesiana, todos tus amigos y tus jóvenes nos hemos sentido queridos por ti y te hemos querido. Yo te he visto llorar a ti por otros, tú que eras tan sensible y emotivo, y he visto a otros llorar por ti».

Don Felipe ya ha emprendido el último viaje, el definitivo. Todos sus afanes, sus trabajos, su empeño pastoral, las súplicas nacidas de su constante y fiel oración, sus preocupaciones... encuentran ahora sentido pleno y recompensa merecida junto al Padre de la Vida, a quien Felipe se ha acercado a lo largo de su vida asido al manto protector de María Auxiliadora.